

HUELVA ARQUEOLOGICA

X-XI, 1

TARTESSOS Y HUELVA

JESUS FERNANDEZ JURADO



LAMINAS

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE HUELVA
1988-1989

HUELVA ARQUEOLOGICA X-XI, 1

1988-1989

La Revista HUELVA ARQUEOLOGICA se intercambia con toda clase de publicaciones sobre Arqueología, Prehistoria e Historia Antigua, tanto nacionales como extranjeras.

HUELVA ARQUEOLOGICA
X-XI, 1

TARTESSOS Y HUELVA

JESUS FERNANDEZ JURADO

con la colaboración de

PILAR RUFETE TOMICO, CARMEN GARCIA SANZ, PALOMA CABRERA BONET, JOSE A. CORREA, MANUEL CEREIJO PECHARROMAN, DANIEL PATON DOMINGUEZ, RUTH MORENO NUÑO, ADOLFO AGUILAR BALTAR y FRANCISCO HERNANDEZ CARRASQUILLA.

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE HUELVA

1988-1989

REDACCION Y ADMINISTRACION

Area de Bienestar Social de la Excma. Diputación
Provincial de Huelva - Sección de Arqueología
Avda. Martín A. Pinzón, 9
21003 Huelva
España

CONSEJO DE REDACCION

Director: Jesús Fernández Jurado
Redactores: Pilar Rufete Tomico
Carmen García Sanz
José Castiñeira Sánchez

Dibujos: Pilar Rufete Tomico
Carmen García Sanz
Paloma Cabrera Bonet

Delineación: Fernando Arroyo Gómez
Antonia Noguera Pérez
Javier Márquez Mendoza

Fotografías: Jesús Fernández Jurado

Procesamiento de textos: Juan M. Muñoz Luque
Consuelo Márquez Marcos

Edita: Excma. Diputación Provincial de Huelva
Imprime: Imprenta Provincial - Huelva
D.L. - H 467 - 1990
I.S.S.N. - 0214 - 1187

INDICES

VOLUMEN 1

RAZON DE LA OBRA	15
INTRODUCCION	19
Abreviaturas	23
1. EL MARCO GEOGRAFICO	29
2. EXCAVACIONES DE LA DECADA DE LOS SESENTA	49
2.1. La necrópolis de La Joya	51
2.2. El Cabezo de La Esperanza	58
3. EXCAVACIONES DE LA DECADA DE LOS SETENTA: el Cabezo de San Pedro	69
3.1. Ladera occidental	72
3.2. Corte M	74
3.3. Corte Onésimo Redondo (O.R.)	76
3.4. Campañas de 1977 y 1978	77
3.4.1. Campaña de 1977	77
3.4.2. Campaña de 1978	79
3.4.3. Síntesis de las campañas de 1977 y 1978	81
4. VALORACION ARQUEOLOGICA DE HUELVA EN BASE A LAS EXCAVACIONES DE LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA	87
5. EXCAVACIONES DE LA DECADA DE LOS OCHENTA	95
5.1. El Cabezo de La Esperanza (1983)	101
5.1.1. Piscinas de los Ingleses	101
5.1.2. La Horca	104

5.1.3. Las cerámicas	106
5.1.3.1. Cerámicas a mano	106
5.1.3.2. Cerámicas bruñidas	106
5.1.3.3. Decoraciones bruñidas	107
5.2. Excavación del solar nº 6 de la calle Puerto	108
5.2.1. Estratigrafía	114
5.2.2. Niveles arqueológicos	116
5.2.2.1. Nivel I	116
5.2.2.1.1. Nivel Ia	116
5.2.2.1.2. Nivel Ib	116
5.2.2.2. Nivel II	122
5.2.2.2.1. Nivel IIa	122
5.2.2.2.2. Nivel IIb	125
5.2.2.2.3. Nivel IIc	129
5.2.2.3. Nivel III	131
5.2.2.4. Nivel IV	137
5.2.2.5. Nivel V	141
5.3. Excavación del solar nº 9 de la calle Puerto	143
5.3.1. Estratigrafía	148
5.3.2. Niveles arqueológicos	151
5.3.2.1. Nivel I	151
5.3.2.2. Nivel II	154
5.3.2.2.1. Nivel IIa	154
5.3.2.2.2. Nivel IIb	158
5.3.2.3. Nivel III	163
5.3.2.3.1. Nivel IIIa	163
5.3.2.3.2. Nivel IIIb	168
5.3.2.3.3. Nivel IIIc	169
5.4. Excavación del solar nº 4-6 de la calle Méndez Núñez	171
5.4.1. Cuadro A-1	173
5.4.2. Cuadro A-2	176
5.4.3. Cuadro B-1	176
5.4.4. Cuadro B-2	179
5.4.5. Niveles arqueológicos	181
5.4.5.1. Nivel I	181

5.4.5.1.1. Nivel Ia	181
5.4.5.1.2. Nivel Ib	182
5.4.5.2. Nivel II	184
5.4.5.3. Nivel III	186
5.4.5.4. Nivel IV	187
5.4.5.5. Nivel V	188
5.4.5.5.1. Nivel Va	188
5.4.5.5.2. Nivel Vb	190
5.4.5.6. Nivel VI	191
5.5. Valoración de la década de los ochenta	193
6. PERIODIZACION CRONOLOGICA-CULTURAL DE HUELVA	201
6.1. Tartésico Antiguo	206
6.2. Tartésico Medio	212
6.2.1. Tartésico Medio I	213
6.2.2. Tartésico Medio II	219
6.2.3. Tartésico Medio III	224
6.2.3.1. Tartésico Medio IIIa	224
6.2.3.2. Tartésico Medio IIIb	227
6.3. Tartésico Final	230
6.3.1. Tartésico Final I	230
6.3.2. Tartésico Final II	237
6.3.3. Tartésico Final III	253
7. CONCLUSIONES	279
Bibliografía	297

INDICE DE FIGURAS (Vol. 1)

1. Localización de Huelva	32
2. Situación actual del estuario del Tinto-Odiel	33
3. Evolución de Saltés (según J. C. Rubio, 1985)	35
4. Factorías de salazones romanas en la Ría de Punta Umbría	36
5. Propuesta de línea de mareas en la antigüedad (según M. Belén, M. Fdez. Miranda y J. P. Garrido, 1978)	38
6. Factorías de salazones romanas en Huelva (según M. del Amo, 1976)	39
7. Huelva en el siglo XIX (según F. Coello, 1869)	40
8. Unidades geomorfológicas de Huelva (según C. González, 1977)	43
9. Excavaciones realizadas y línea de mareas propuesta	45
10. Localización de La Joya	52
11. Jarro metálico de la tumba 5 de La Joya	55
12. Objetos de La Joya: fíbula (t. 15); escarabeo (t. 9); brazaletes (t. 3); cuchillos (4: t. 9; 5: t. 17; 6: t. 19; 7: t. 18)	56
13. Localización del cabezo de La Esperanza	57
14. Excavaciones en el cabezo de La Esperanza	59
15. Estratigrafía de Basurero (La Esperanza)(según J. P. Garrido, 1978)	63
16. Excavaciones en el cabezo de San Pedro	73
17. Planimetría de las campañas de 1977 y 1978 en San Pedro (según Ruíz Mata, 1981)	78
18. Planta del muro de San Pedro (según Ruíz Mata, 1981)	80
19. Alzado del muro de San Pedro (según Ruíz Mata, 1981)	82
20. Excavaciones en Huelva durante las tres últimas décadas	99
21. Excavaciones en Huelva de la Sección de Arqueología de la Diputación Provincial (de 1982 a 1989)	100
22. Excavaciones en el cabezo de La Esperanza (1983)	102
23. Estratigrafía del Corte I de La Esperanza/83 (Piscinas de los Ingleses)	103
24. Estratigrafía del Corte II de La Esperanza/83 (La Horca)	105
25. Ubicación del área excavada en Puerto-6	109
26. Planta general de Puerto-6	110

27. Hornos de fundir metales de Puerto-6	113
28. Estratigrafía del perfil sur de Puerto-6	115
29. Ubicación del área excavada en Puerto-9	144
30. Planta general de Puerto-9	146
31. Estratigrafía del perfil occidental de Puerto-9	148
32. Estratigrafía bajo M-2 de Puerto-9	150
33. Ubicación de las zonas excavadas en Méndez Núñez-4	172
34. Planta de los cuadros A-1 y A-2 de Méndez Núñez-4	174
35. Estratigrafía noroccidental del cuadro A-1 de Méndez Núñez-4	177
36. Planta del cuadro B-1 de Méndez Núñez-4	178
37. Construcciones de los cuadros B-1 y B-2 de Méndez Núñez-4	179
38. Alzados sur (arriba) y norte (abajo) del muro de los cuadros B-1 y B-2 de Méndez Núñez-4	180
39. Muro de San Pedro (según Ruiz Mata, 1981)(arriba) y tipos A (centro) y B (abajo)(según J. Elayi, 1980)	215
40. Pixida geométrica (MGII) hallada en la calle Palos (Huelva)	216
41. Escifo eubeo (LG) hallado en Puerto-9 (Huelva)	223
42. Placa de hueso del Nivel IV de Puerto-6 (Huelva)	241
43. Pieza de hueso del Nivel Vb de Méndez Núñez-4 (Huelva)	243
44. Esquema de las secciones de la pieza de hueso de Méndez Núñez-4 (Huelva)	244
45. Alabastro de Botica 10-12	246
46. Inscripción griega (NIETHO) sobre pieza milesia, procedente de Puerto-9 (Huelva)	251
47. Inscripción griega sobre copa B.2, de Botica 10-12 (Huelva)	252
48. <i>Obeloids</i> de Méndez Núñez-5 (Huelva)	260
49. Casco griego de la Ría de Huelva (según Albelda y Obermaier, 1931)	263

INDICE DE GRAFICOS (Vol. 1)

PUERTO-6

Gráfico 1. Nivel Ia	117
Gráfico 2. Nivel Ib	120
Gráfico 3. Nivel IIa	123
Gráfico 4. Nivel IIb	126
Gráfico 5. Nivel IIc	130
Gráfico 6. Nivel III	133
Gráfico 7. Nivel IV	139
Gráfico 8. Nivel V	142

PUERTO-9

Gráfico 9. Nivel I	152
Gráfico 10. Nivel IIa	155
Gráfico 11. Nivel IIb	160
Gráfico 12. Nivel IIIa	165
Gráfico 13. Nivel IIIb	168
Gráfico 14. Nivel IIIc	170

MENDEZ NUÑEZ-4

Gráfico 15. Nivel Ia	181
Gráfico 16. Nivel Ib	183
Gráfico 17. Nivel II	185
Gráfico 18. Nivel III	186
Gráfico 19. Nivel IV	188
Gráfico 20. Nivel Va	189
Gráfico 21. Nivel Vb	190
Gráfico 22. Nivel VI	192

INDICE DE CUADROS (Vol. 1)

Cuadro 1. La Joya (cerámicas por tumbas)	53
Cuadro 2. Resumen cerámico del Corte M de San Pedro	75
Cuadro 3. Resumen cerámico de O. Redondo (San Pedro)	76
Cuadro 4. Periodización cronológica-cultural	264

CUADRO CERAMICO RESUMEN DE LA PERIODIZACION DE HUELVA (Separata)

VOLUMEN 2

CABEZO DE LA ESPERANZA

Cerámicas a mano y bruñidas

I-IV

PUERTO-6

Nivel Ia	V-VIII
Nivel Ib	IX-XIII
Nivel IIa	XIV-XVII
Nivel IIb	XVIII-XXIV
Nivel IIc	XXV-XXVIII
Nivel III	XXIX-XXXII
Nivel IV	XXXIII-XLIII
Nivel V	XLIV-LI

PUERTO-9

Nivel I	LII-LVII
Nivel IIa	LVIII-LXXI
Nivel IIb	LXXII-XC
Nivel IIIa	XCII-CIX
Nivel IIIb	CX-CXIV
Nivel IIIc	CXV-CXVII

MENDEZ NUÑEZ-4

Nivel Ia	CXVIII-CXIX
Nivel Ib	CXX-CXXII
Nivel II	CXXIII-CXXV
Nivel III	CXXVI-CXXVIII
Nivel IV	CXXIX-CXXXI
Nivel Va	CXXXII-CXXXIV
Nivel Vb	CXXXV
Nivel VI	CXXXVI-CXXXIX

VOLUMEN 3

Las cerámicas con engobe rojo de Huelva (Pilar Rufete Tomico)	9
El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía (Paloma Cabrera Bonet)	41
Presencia de cerámicas etruscas en Huelva (Jesús Fernández Jurado)	101
Nuevos grafitos hallados en Huelva (Jesús Fernández Jurado y José A. Correa)	121
El urbanismo protohistórico de Huelva (Carmen García Sanz)	143
Aspectos de la minería y la metalurgia en la Protohistoria de Huelva (Jesús Fernández Jurado)	177
Estudio sobre la fauna de vertebrados recuperada en el yacimiento tartésico de Puerto-6 (Huelva). Primera parte: mamíferos (Manuel A. Cereijo Pecharromán y Daniel Patón Domínguez)	215
Puerto-6: los moluscos (Ruth Moreno Nuño)	245
El ave del yacimiento tartésico de Puerto 6 (Huelva) (Adolfo Aguilar Baltar y Francisco Hernández Carrasquilla)	269

RAZON DE LA OBRA

RAZON DE LA OBRA AL LECTOR.

VIVIMOS en vn siglo fecundo de Escriptores, de vna Critica muy exacta, y de vn paladar tan delicado, que no todo le gusta; y aunque esta reflexa pudiera arrebatarme la Pluma de la mano, para no exponerme con ella à los vuelos de Icaro, con todo quise mas exponerme à ser vno de los muchos, que resistirme à los eficaces impulsos, con que me impelia el dulce amor à la Patria, à no dexar sepultadas sus glorias en el olvido de la ignorancia, à vindicar sus memorias de algunas equivocaciones de otras Plumas, y perpetuar por los moldes à la posteridad las noticias mas importantes, que puedan contribuir mucha gloria à vn Pueblo, tan distinguido como Huelva.

Algunos puede ser, que al leer este Libro, digan de èl lo que Ciceron de los de M. Varron: (1) *Tus Libros nos han guiado à los que como Forasteros viviamos, como huespedes en la propria Patria, para venir en conocimiento de quienes eramos, y donde viviamos.* La Obra es nueva, y singular, porque hasta aora nadie ha escrito de proposito sobre este assunto, que algunos Escriptores han tocado incidentalmente. Lleva tambien la recomendacion de veridica en lo que dixere, y esto por dos razones. La primera, por ir fundada lo que se escribe en Documentos, ò sacados de los Authores mas fidedignos, ò suministrados por el Archivo de aquella Villa con toda la autenticidad instrumental. Lo segundo, porque el que lo escribe es ocular testigo de gran parte de lo que dice. Escribir en lo Geographico à distancia, y por sè agena, es exponerse à errar mucho: es menester registrar con
ojos

(1) Cic. Acad. quest. lib. 1
Nos in nos-
tris urbi-
bus peregrinantes, cr-
xantesque,
tanquam hos-
pites, tui
libri quasi in
domum re-
duxeret ut
possemus
aliquando
qui, & ubi
essemus ag-
noscere.

ojos curiosos, tocar con las manos, y medir con los pies el sitio, que se ha de describir. Aun el Evangelico Historiador no se contentò con calificar lo dicho por lo que avia oido, sino por lo que avia visto, y tocado con las manos. (2)

No todo lo que aqui se dice, se afirma, y sostiene como cierto; porque, ò se nos escasea la luz de la Historia, ò se ve tan lexos en la distancia del tiempo la luz de la noticia, que no alumbra lo necessario, para distinguir los objetos. Mucho se duda: algo se conjetura con bastante fundamento: solo donde podemos hacer pie firme, vlamos de positivas asserciones. Ni quita esta desigualdad de especies su utilidad à la Obra, pues sobre noticiarse muchas cosas ciertas, con la duda se abre la puerta à la investigacion curiosa, y con la conjetura se facilita el camino à otros descubrimientos, que adelanten algo la instruccion de la especie. Por esto decia Seneca, (3) que tenia mucho audado, para hallar el que se aplicò à buscar.

Dios libre esta Obra de los que son, ò presumen de Criticos, sin serlo, à lo menos de Critica juiciosa. Dios la libre de los que se mantienen de solo roer, y que no aprueban lo que no hallan en sus Cartapacios. Y sobre todo librela Dios de aquellos genios pendentieros, que, por oponerse, salen al theatro del publico, sin mas armas, que la libertad, y el dictorio. Si salen, estèn ciertos, que hallaràn la Palestra sin mantenedor, que les resista, porque solo se escribe para curiosos, y bien intencionados, que con docilidad se dexen instruir de lo que no sabian, y con prudencia sepan disimular, ò emendâr los yerros, de que no carece ningun Escrito. VALE.

(1)
i. Joann. 1.

(3)
Senec.
*Multum ad
invincen-
dam con-
tuit, qui spe-
ravit se pos-
se invincere,*

INTRODUCCION

Son numerosos los autores que han investigado y escrito sobre el pasado onubense y no pocos también, los que lo han hecho en concreto de su período protohistórico; pero el hecho de ser muchos, no ha servido para clarificar en exceso dicha etapa de nuestra historia. Las razones pueden ser diversas y complejas, pero intentaremos resumirlas.

Desde que la Arqueología, como disciplina científica, comenzó a interesarse por Huelva, han sido muchas las excavaciones efectuadas en la ciudad, no obteniéndose en todas resultados positivos. Y esta realidad, la falta en ocasiones de los datos que se esperaban, propició una cierta actitud negativa respecto de las posibilidades arqueológicas de Huelva, llegándose a afirmar que no era posible hallar estratigrafías válidas en las zonas bajas de la ciudad. Esta actitud se basaba en las continuas inundaciones y arrastres procedentes de los cabezos que ocasionaban y aún hoy provocan las lluvias, por lo que, en definitiva, no era posible encontrar nada *in situ* y sí todo revuelto.

Al mismo tiempo, se opinaba que la población se había establecido en las zonas altas de los cabezos y que el paso del tiempo, la erosión y la propia acción humana, habían hecho desaparecer los restos arqueológicos.

Es indudable que estas actitudes y afirmaciones no partían de hechos gratuitos, sino que se basaban en la experiencia obtenida en las excavaciones arqueológicas realizadas. Y aquí es donde, en realidad, estribaba el desconcierto en cuanto a la importancia o no de la arqueología onubense.

En nuestra opinión, el inicio de la investigación arqueológica en Huelva partía de un error, que si bien no es imputable a ninguna actitud concreta, sí lo es en general a los arqueólogos, porque en demasiadas ocasiones pretendemos dar soluciones totales en base a pequeños cortes estratigráficos. Y esto es lo que ha venido sucediendo durante dos décadas en Huelva y, por desgracia, sigue sucediendo en otros yacimientos.

La realidad expuesta, es decir, el ofrecer soluciones *totales y definitivas* en base a escasos y parciales datos, es lo que nos llevó a plantear nuestra investigación desde una nueva perspectiva.

En primer lugar, debíamos evitar caer en la misma actitud que hemos analizado y para ello, lo primero que hicimos fue considerar a Huelva como un único y extenso yacimiento, huyendo por tanto de las denominaciones tipo *yacimiento de San Pedro, yacimiento de La Esperanza, yacimiento de la calle Puerto, etc.*; es decir, cada una de estas excavaciones debían ser para nosotros y así las consideramos, aspectos parciales de conocimiento obtenidos en diversos trabajos realizados en un único yacimiento.

En segundo lugar, si partíamos de esta premisa, debíamos plantearnos una investigación a largo plazo y no pretender dar una solución definitiva con cada una de las excavaciones que venimos realizando en la ciudad desde 1.982.

Y, en definitiva, creíamos y seguimos creyendo que sin un adecuado conocimiento del lugar donde se ubicó el hábitat protohistórico, así como de las circunstancias y acontecimientos que lo han ido modificando a lo largo del tiempo, nos sería imposible entender todos aquellos datos que las excavaciones ponen a nuestra disposición.

Esta y no otra, ha sido nuestra intención, es decir, la de conocer en conjunto y no parcialmente la protohistoria de Huelva. Que lo hayamos logrado o no es cuestión discutible, pero al menos y como dijo el Ldo. Juan A. de Mora, cremos haber contribuido a no *dejar sepultadas sus glorias en el olvido de la ignorancia.*

ABREVIATURAS

<i>AAA</i>	Anuario Arqueológico de Andalucía
<i>ABFV</i>	Athenian Black Figure Vases
<i>ABV</i>	Athenian Black Vases
<i>AEspA</i>	Archivo Español de Arqueología
<i>AH</i>	Archivo Hispalense
<i>ALARS</i>	Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae
<i>AO</i>	Aula Orientalis
<i>APs</i>	Allard Pierson series
<i>AUH</i>	Anales de la Universidad Hispalense
<i>BEFAR</i>	Bibliothèques des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome
<i>BPH</i>	Biblioteca Praehistorica Hispana
<i>BRAH</i>	Boletín de la Real Academia de la Historia
<i>BSA</i>	British School at Athens
<i>CAH</i>	Clásicos de la Arqueología de Huelva
<i>CCS</i>	Cambridge Classical Studies
<i>CEFR</i>	Collection de l'École Française de Rome
<i>CEHAR</i>	Cuadernos de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma
<i>CGE</i>	Las Céramiques de la Grèce de l'Est

<i>CISFP</i>	Congreso Internazionale di Studi Fenici e Punici
<i>CJB</i>	Centre Jean Bérard
<i>CNA</i>	Congreso Nacional de Arqueología
<i>CLCP</i>	Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas
<i>CPUG</i>	Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada
<i>CUP</i>	Cambridge University Press
<i>EAE</i>	Excavaciones Arqueológicas en España
<i>EAH</i>	Exploración Arqueometalúrgica de Huelva
<i>EC</i>	Etudes Chypriotes
<i>ETAM</i>	Etudes et Travaux d'Archéologie Marocaine
<i>GANOP</i>	Gabinete de Aplicaciones Nucleares a Obras Públicas
<i>HA</i>	Huelva Arqueológica
<i>HAntq</i>	Hispania Antiqua
<i>HH</i>	Huelva en su Historia
<i>HLS</i>	Homenaje a Luis Siret
<i>HP</i>	Huelva y su Provincia
<i>HPA</i>	Huelva: Prehistoria y Antigüedad
<i>HSB</i>	Homenaje a Sáenz de Buruaga
<i>IEEM</i>	Instituto Español de Estudios Mediterráneos
<i>IGME</i>	Instituto Geológico y Minero de España
<i>IHEM</i>	Institut des Hautes-Etudes Marocaines
<i>IHM</i>	Instituto Hidrográfico de la Marina
<i>IM</i>	Istanbuler Mitteilungen
<i>JHS</i>	Journal of Hellenic Studies
<i>JMI</i>	Jornadas del Mundo Ibérico
<i>JUH</i>	Jornadas de Urbanismo en Huelva
<i>MACME</i>	Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas
<i>MB</i>	Madridrer Beiträge
<i>MEFRA</i>	Mélanges de l'Ecole Française de Rome Antiquité
<i>MCV</i>	Mélanges de la Casa de Velázquez
<i>MHI</i>	La Minería Hispana e Iberoamericana

<i>MM</i>	Madrider Mitteilungen
<i>NAH</i>	Noticiario Arqueológico Hispano
<i>OBO</i>	Orbis Biblicus et Orientalis
<i>PCV</i>	Publications de la Casa de Velázquez
<i>PdP</i>	La Parola del Passato
<i>PEF</i>	Palestine Exploration Fund
<i>PLAV</i>	Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia
<i>PMI</i>	Publicaciones del Ministerio de Industria
<i>RA</i>	Revista de Arqueología
<i>RABM</i>	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos
<i>RAN</i>	Revue Archeologie Narbonnaise
<i>RB</i>	Revue Biblique
<i>RCI</i>	Reunión del Cuaternario Ibérico
<i>REA</i>	Revue des Études Anciennes
<i>RH</i>	Revista Huelva
<i>RH79</i>	Revista Huelva-79
<i>SA</i>	Studia Archaeologica
<i>SCB</i>	Simposium Colonizaciones de Barcelona
<i>SE</i>	Studi Etruschi
<i>SF</i>	Studi Fenici
<i>SLA</i>	Swedish Institute in Athens
<i>SM</i>	Studi Miscellanei
<i>SPAP</i>	Simposium de Prehistoria y Arqueología Peninsular
<i>TP</i>	Trabajos de Prehistoria
<i>UAM</i>	Universidad Autónoma de Madrid

1. EL MARCO GEOGRAFICO

Es costumbre iniciar cualquier escrito sobre asuntos arqueológicos con una aproximación a la geografía del lugar y en la actualidad, con buen criterio, esta actitud se ha convertido en norma, lo que lleva a un más amplio y profundo análisis en estos estudios, que en definitiva, nos ayudan a conocer y comprender mejor los aspectos históricos que investigamos a través de la Arqueología.

En el sentido expuesto, es evidente que Huelva (fig.1) se nos presenta como un claro ejemplo de esta realidad. Su localización en un terreno de topografía compleja y cambiante en la confluencia de dos ríos, Tinto y Odiel, que formaron un amplio estuario abierto a influencias marinas, nos obliga a intentar conocerlo en mayor profundidad y saber de su evolución en el tiempo si pretendemos acercarnos, con un mínimo de garantías, al conocimiento de la Huelva tartésica.

Los ríos Tinto y Odiel, que nacen en las áreas mineras de la serranía onubense y son similares en sus características, e incluso en lo que se refiere a su longitud (Odiel, 110 kms. y Tinto, 100 kms.), poseen cauces que siguen directrices de fallas dentro del complicado conjunto de las mismas en esta zona y que, aunque originadas en época hercínica, continúan activas en la actualidad (1).

Estos ríos, hace unos 18.000 años, se extendían sobre una plataforma continental de 40 kms. de anchura y a 110/130 m. por debajo del nivel de base actual (2). Posteriormente y debido a la transgresión Flandriense, el mar invadió las desembocaduras de los ríos (3), dando lugar a una amplia bahía de

influencia marina que se mantuvo hasta, al menos, los inicios de la Protohistoria, como parece poner de manifiesto el hallazgo de armas y otros objetos metálicos en la Ría de Huelva, en una capa de arenas y conchas situada entre 8 y 9'5 m. por debajo de la bajamar actual (4).



Figura 1. Localización de Huelva.

Poco a poco, el aporte sedimentario de los ríos y la deposición de arenas producida por la influencia marina, provocan la formación de barras litorales. Este proceso, generalizado en las desembocaduras de los ríos del suroeste peninsular, se concreta en la del Tinto-Odiel en la constitución de la flecha de Punta Umbría, que es la que ha contribuido al cierre del estuario onubense (fig. 2).

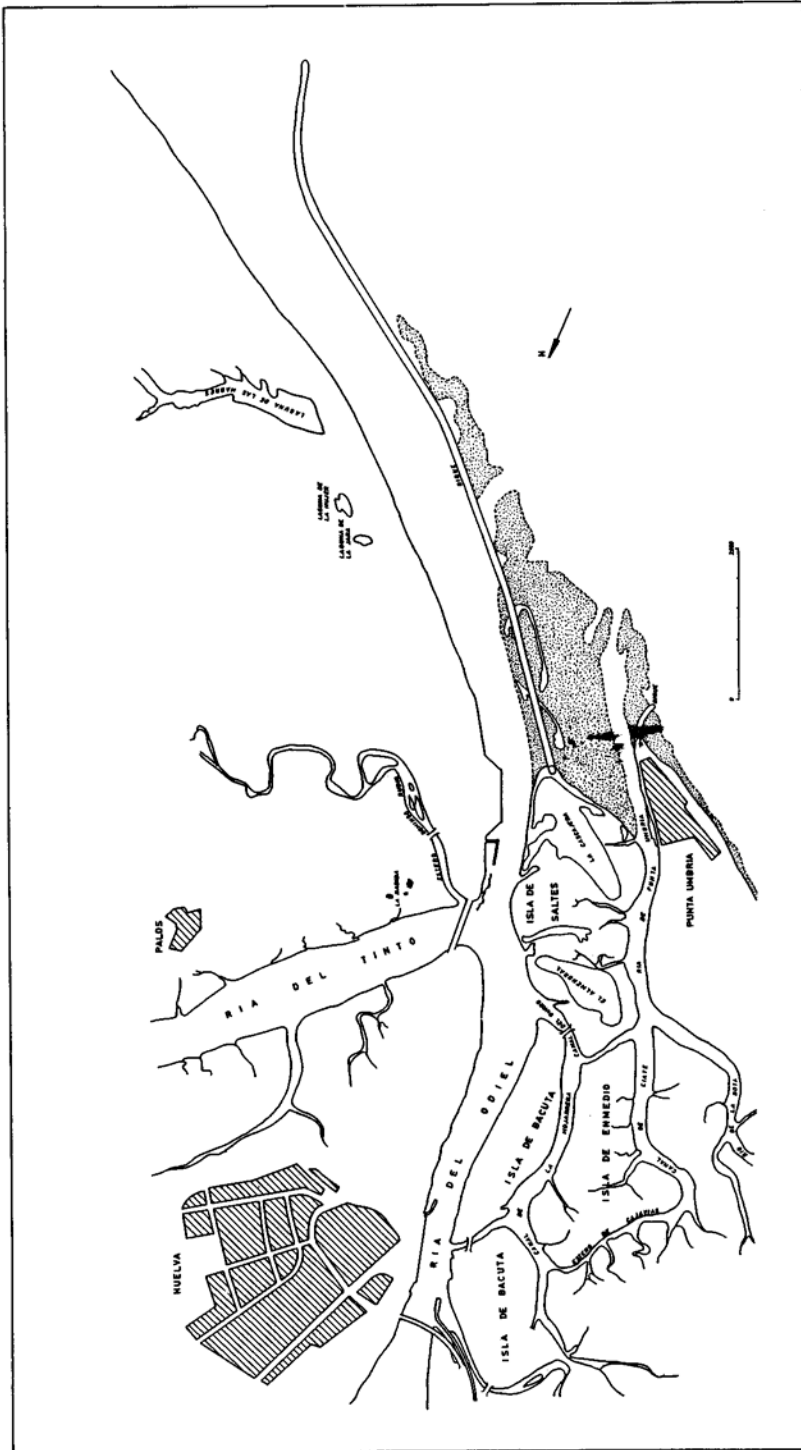


Figura 2. Situación actual de la desembocadura del Tinto-Odiel.

Esta flecha, hacia el tránsito del segundo al primer milenio antes de Cristo (5), tuvo una dirección O-E hasta alcanzar El Almendral, en el norte de la isla de Saltés, produciéndose el cambio de dirección hacia el SE pocos siglos después en La Cascajera (6), también en Saltés, posiblemente como consecuencia de episodios tormentosos similares a los acaecidos en años recientes y que han llevado a la construcción de pequeños diques en la playa de Punta Umbría, al objeto de evitar la pérdida de arena de la misma. No obstante, también existe la opinión por la que se explican estas pérdidas, generalizadas en las costas del SO peninsular, en relación a dos causas:

1. Subida general del mar, conocida en todo el mundo en el Holoceno.
2. Proceso de subsidencia de los estuarios de los ríos, debido a la carga creciente de los sedimentos que no pueden salir al mar por el impedimento que suponen las barras litorales (7).

Sea por unas causas u otras, la realidad es que la formación de la flecha litoral de Punta Umbría supuso el progresivo cierre del estuario onubense, que originó una mayor deposición sedimentaria de origen fluvial, sujeta sin embargo a la influencia mareal, que ha culminado en la formación de las actuales marismas y la configuración de las islas de Bacuta, Enmedio y Saltés (fig. 2). Estas islas, que no tuvieron las dimensiones actuales en aquella época, sobre todo Saltés que sigue creciendo (fig. 3), son de suma importancia para el conocimiento de la protohistoria de Huelva. Y en relación a Saltés creemos necesario hacer algunas consideraciones.

Durante muchos años, diversos investigadores han venido argumentando que esta isla fue el lugar donde se asentó Tartessos (8), dando así certeza a la *isla entre dos ríos* a que alude la *Ora Marítima* de Avieno; y poniendo esta "realidad" en conexión con el pasaje de Estrabón (III, 5, 5) relativo al segundo viaje de los tirios a Occidente en su interés por fundar una colonia. Esta tendencia investigadora, cuyo objetivo último era localizar la ciudad de Tartessos, junto con algún hallazgo casual, como la supuesta cabeza de Hércules encontrada por L. Clauss en 1.925 en Saltés (9), dió lugar a que en la década de los cuarenta D. Carlos Cerdán efectuara diversos sondeos (10) y que en 1.970 realizara excavaciones el Dr. Garrido Roig (11), no dando resultado positivo ninguna de las dos intervenciones, tanto por surgir el agua a poca profundidad como por aparecer mezcladas las cerámicas medievales con algunas *asas de ánforas púnicas* (12).

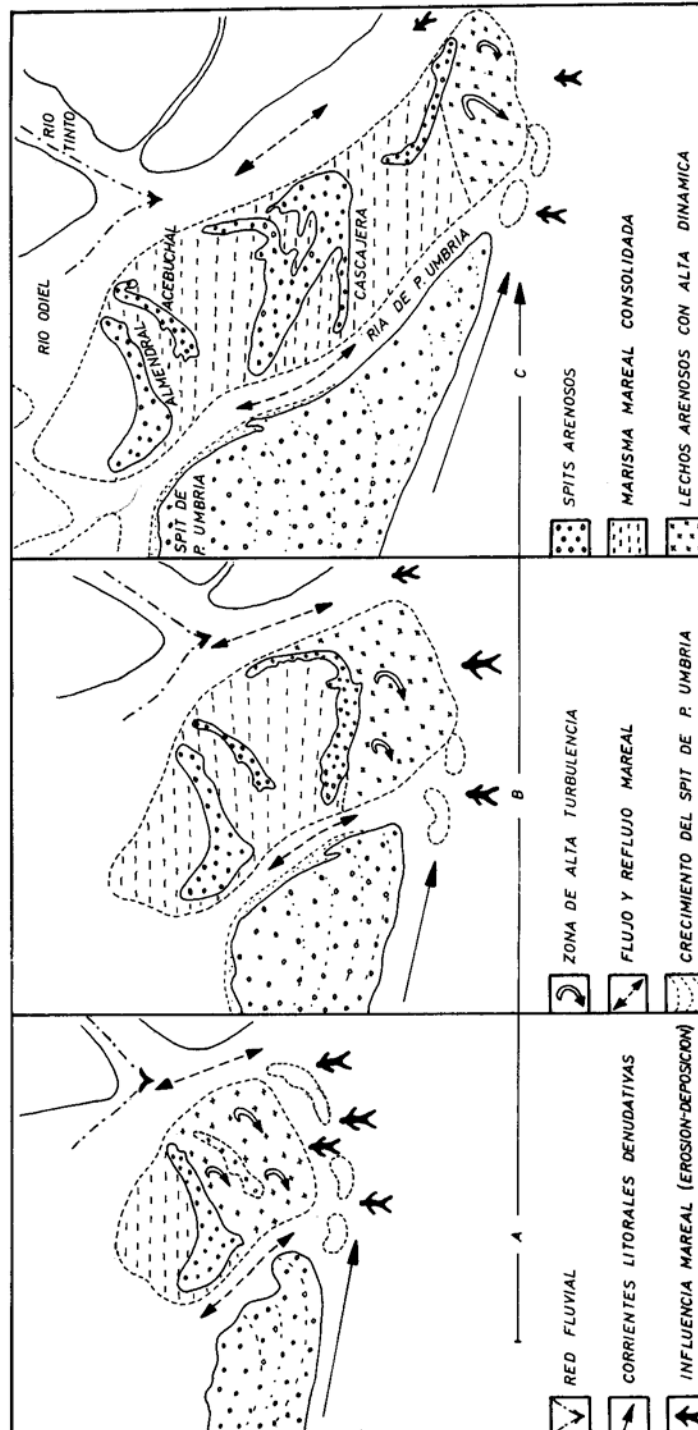


Figura 3. Evolución de Saltés (según J. C. Rubio, 1985).

Las investigaciones en Saltés continúan en la actualidad por parte de la Casa de Velazquez, aunque orientadas al estudio de la ciudad medieval que allí existió en el área de El Almendral (13); sin embargo, en trabajos previos de prospección, se localizaron restos de piletas de salazones romanas en la confluencia del canal del Burro Chico y la ría de Punta Umbría (14), que deben corresponderse con los restos, también de época romana, que se encuentran en la orilla opuesta de la citada ría (fig. 4).

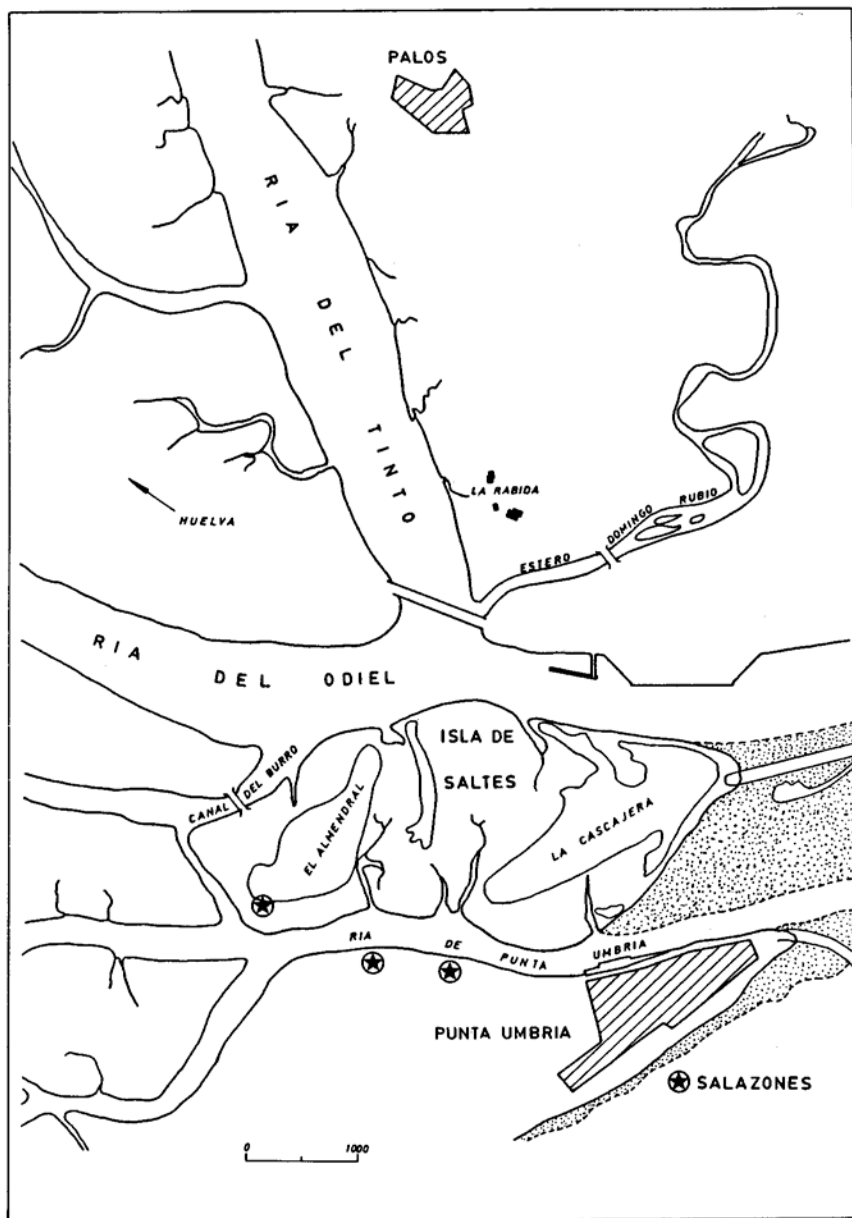


Figura 4. Piletas de salazones romanas en la Ría de Punta Umbría.

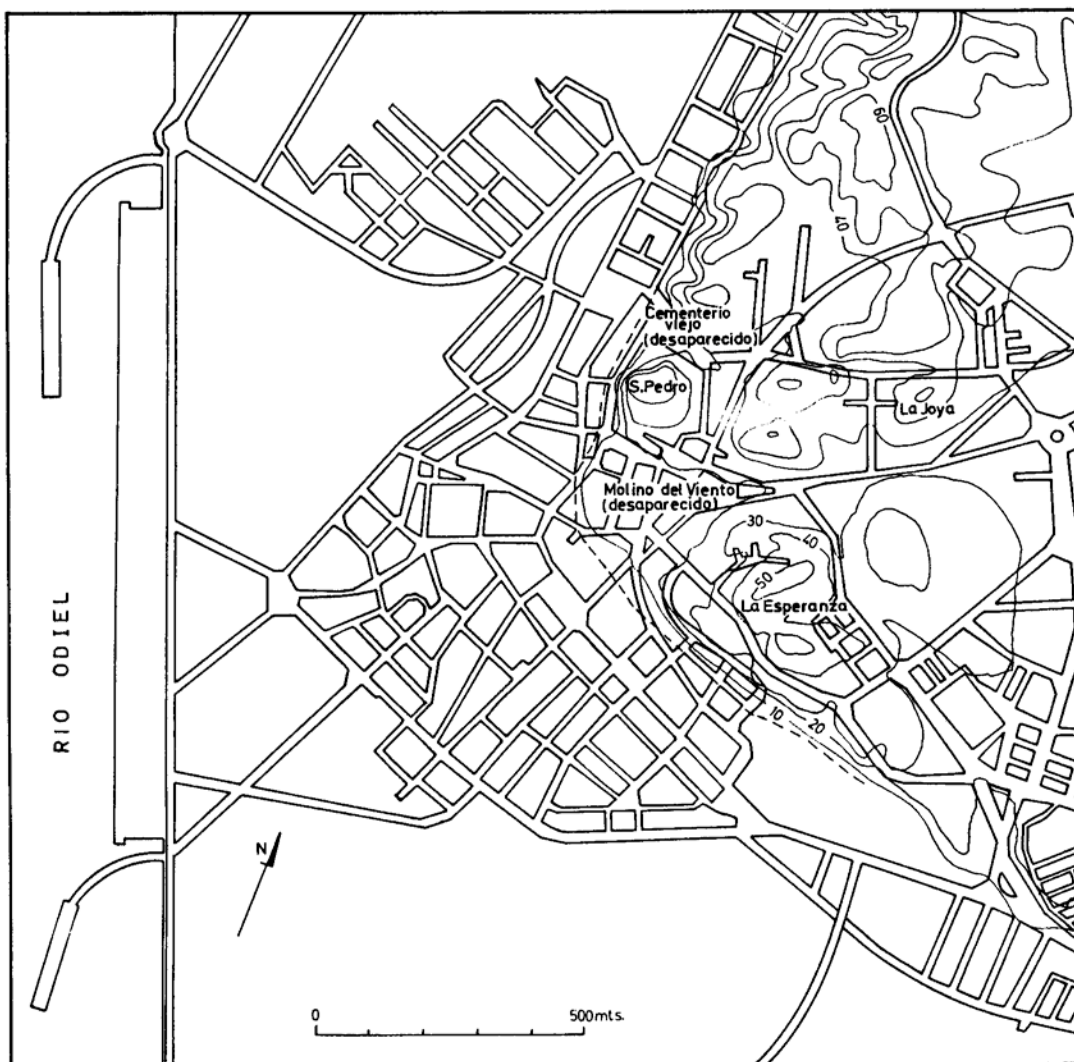
A la vista de lo expuesto, es decir, la inexistencia de objetos arqueológicos anteriores a las *asas púnicas* halladas con cerámicas medievales y a los restos de piletas de salazones, junto con la evidencia del proceso evolutivo del estuario del Tinto-Odiel, aún hoy activo, parece ponerse de manifiesto la dificultad para el establecimiento de una ciudad protohistórica en la ya existente pero reducida e inestable isla de Saltés, aunque sí creemos pudiera ser ella a la que se refiere Estrabón en el texto aludido referente a los viajes de los tirios, pero bien porque en la época en que escribe dicho autor la isla sí estaba más consolidada, bien porque, incluso, no estimamos descabellada la idea de aceptar que en ella, o en sus cercanías, hubiese un templo dedicado a Hércules en su tiempo.

En definitiva, nos encontramos ante un marco geográfico caracterizado por un amplio estuario, producto del encuentro de la desembocadura del Tinto-Odiel con el océano y ejerciendo éste, como hemos visto, un evidente protagonismo en el desarrollo y formación del actual paisaje, influencia marina que aún hoy sigue siendo muy importante y a ella hemos aludido al referirnos a las pérdidas recientes de costa, así como también lo fue en los inicios de la actual Era, a lo que nos referiremos más adelante.

Pero si el estuario onubense ha de ser objeto de estudio y conocimiento profundos, no menos atención ha de prestarse al lugar sobre el que se asienta Huelva: una península de topografía peculiar que avanza como un espolón hacia el estuario del Tinto-Odiel, hoy convertido en un paisaje de marismas y esteros.

Tradicionalmente se ha venido prestando atención al relieve de Huelva, en lo que se refiere a los cabezos, y así nos encontramos con que en cualquier trabajo arqueológico sobre la ciudad se recuerda que estas elevaciones; que no sobrepasan los 60 m. de altitud, son formaciones sedimentarias de época terciaria y naturaleza arenoso-limosa, en las que se encuentran restos orgánicos (lamelibranquios, ostrácodos, corales...) que evidencian su origen marino, a las que se superponen, durante el Cuaternario, una sedimentación cuarcítica que las protege de los efectos de la erosión.

Sin embargo, esta aproximación no deja de ser meramente descriptiva, habiéndose basado sobre todo, salvo excepciones (15), en los cabezos existentes en la actualidad, dejando al margen su configuración real en la antigüedad, así como la existencia de otros cabezos a los que siempre se ha aludido de forma marginal y hasta cierto punto, en nuestra opinión, con un pretendido afán de erudición más que como apoyo real de la investigación. En realidad ha hecho pensar, en demasiadas ocasiones, que el hábitat onubense se ubicaba en la cima de los cabezos y que la línea de mareas estaba al pie de los mismos (16)(fig.5).



----- LINEA DE MAREAS

Figura 5. Propuesta de línea de mareas en la antigüedad (según M. Belén, M. Fdez.-Miranda y J. P. Garrido, 1978).

La situación expuesta quizás haya venido condicionada, además de por la falta del correspondiente estudio y en consecuencia del desconocimiento del relieve en época antigua, por el hallazgo de piletas de salazones romanas próximas al pié actual de los cabezos (17)(fig.6), lo que justificaba la línea de costa propuesta y la posible ubicación del hábitat en zonas elevadas, considerando al mismo tiempo todo material arqueológico anterior a época ro-

mana y que aparecía en zonas bajas de la ciudad, como producto de arrastres o de su transporte entre las tierras que se usaron para nivelar el terreno (18).

Sin embargo, nuestra opinión no ha sido nunca coincidente con esta postura y hemos creído más en el hábitat en las laderas, quizás por mera intuición, quizás porque conocíamos bien los cabezos de Huelva antes de que estos sufrieran un progresivo y acelerado deterioro a partir de la década de los sesenta, como consecuencia del desarrollo urbanístico que se produjo al unísono de la industrialización que se llevaba a cabo en la ciudad (19). Y este conocimiento empírico, si así queremos denominarlo, es el que nos ha llevado durante algunos años a profundizar en su estudio y saber si estábamos equivocados o si, por el contrario, el hábitat protohistórico se extendió por las laderas medias de los cabezos onubenses, como así es y ponen en evidencia las excavaciones que desde 1.982 venimos efectuando en Huelva.

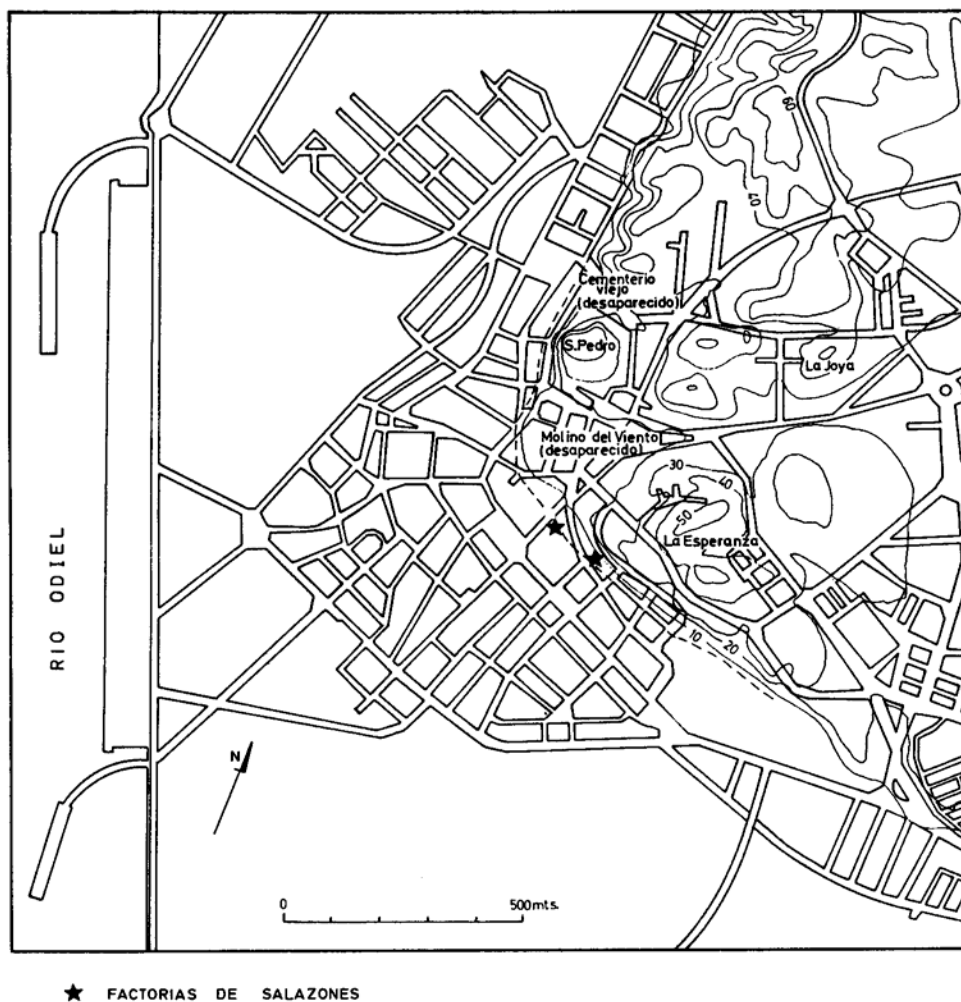


Figura 6. Factorías romanas de salzones en Huelva (según M. del Amo, 1976).

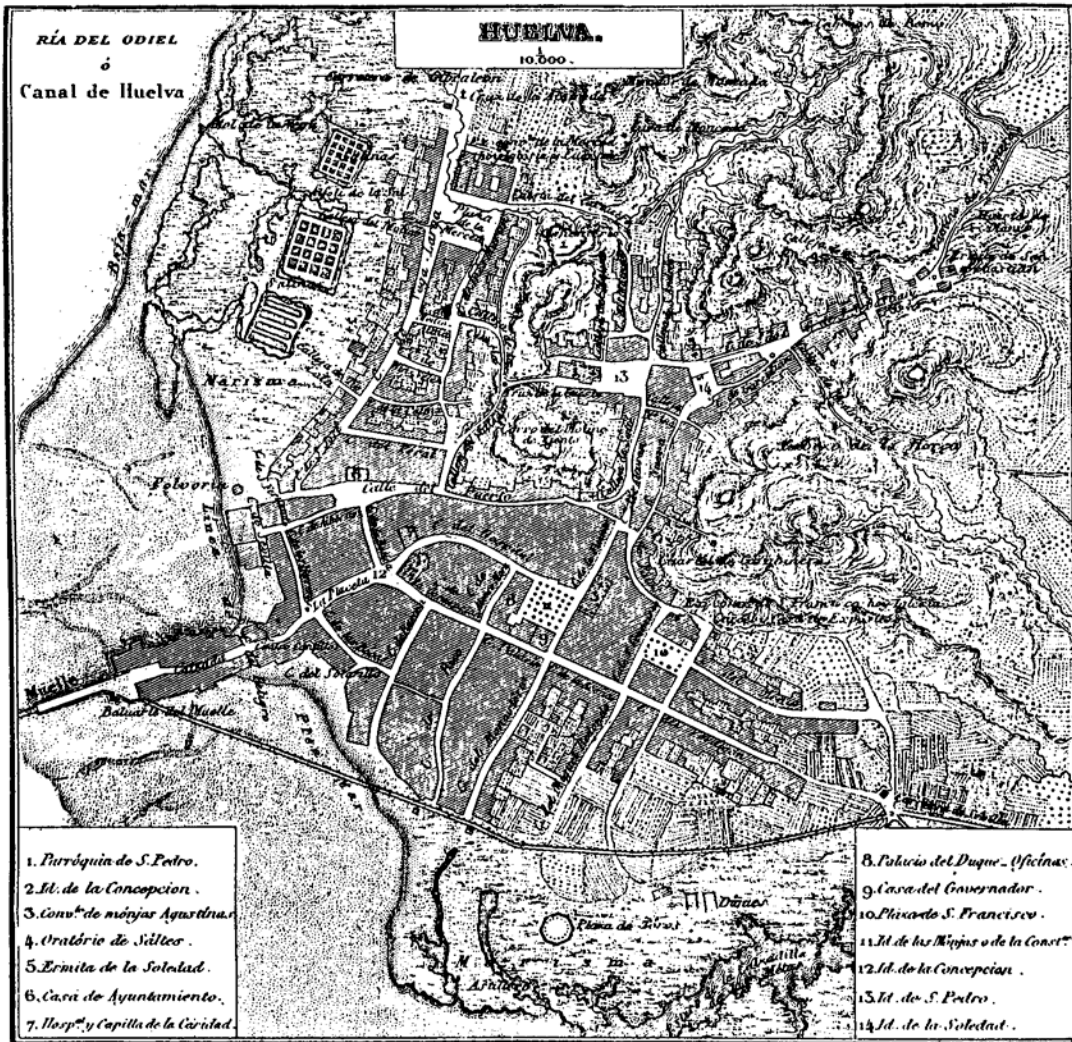


Figura 7. Huelva en el siglo XIX (Según F. Coello).

Si se observan con detenimiento los planos del siglo XIX (fig. 7), donde se reflejan tanto los cabezos hoy desaparecidos (Molino de Viento y Cementerio Viejo), como las dimensiones que entonces tenían los aún existentes, se observa que estas elevaciones poseían suaves laderas medias que bajaban hacia la Ría del Odiel y que, como en la antigüedad, se encontraban ocupadas en gran medida por la ciudad; y esta realidad, es decir, la existencia de dichas laderas, se comprueba gracias a los sondeos efectuados para la construcción en Huelva, que ponen de manifiesto la existencia de una capa de ma-

teriales de relleno procedentes de los cabezos de hasta 5 m. de espesor y que se apoya directamente sobre los fangos orgánicos de la marisma (20), proporcionando así una magnífica plataforma, junto con las laderas medias, para el asentamiento de la población, que siempre buscó el acercamiento a la Ría del Odiel.

Por lo expuesto hasta aquí, parece que puede afirmarse que existen dos unidades geomorfológicas básicas, **cabezos y marismas**, que al mismo tiempo han permitido establecer cinco grandes unidades (fig.8)(21), con un interés arqueológico diverso:

1. Cabezos de cornisa: constituyen el núcleo primordial de la topografía onubense. El hábitat protohistórico se situó en las vaguadas existentes entre ellos (San Pedro-Cementerio Viejo; Molino de Viento-La Esperanza) y en las laderas de los mismos. Por su parte, la necrópolis de La Joya se sitúa sobre un cabezo, en un lugar apartado del hábitat y junto al cauce de un estero hoy desaparecido (fig.8).

2. Cabezos interiores: en ellos no se conocen huellas del hábitat protohistórico, aunque sí tardorromanos en la barriada de La Orden (fig.8)(22), así como la existencia de una posible necrópolis tumular en el área de Santa Marta (fig.8), distinta de La Joya y de la que desconocemos con certeza su cronología, pero por materiales de superficie y la parcial excavación de uno de los túmulos (23), parece corresponder a la época que nos ocupa.

3. Zona de transición cabezos-marismas: corresponde a áreas de las laderas medias de los cabezos y a la plataforma creada por el corrimiento de materiales de éstos sobre las marismas, a lo que ya nos hemos referido. Es en ella donde se estableció el hábitat protohistórico, fundamentalmente en dirección oeste-suroeste, alcanzando zonas de cotas tan bajas como las actuales calles Botica y Méndez Núñez, en las que hemos efectuado excavaciones que así lo atestiguan. Esta realidad nos hace discrepar de la línea de mareas propuesta para época protohistórica (fig. 5), que en nuestra opinión debió estar en una zona más baja, aunque por falta de datos no nos atrevemos a determinar un lugar exacto, aunque sí mas abajo de las calles citadas (fig. 9).

4. Zona de marismas: formada por sedimentos de origen fluvial básicamente, aunque sujeta a una gran influencia mareal, presenta una consolidación escasa y hace poco menos que imposible el establecimiento en ella de un hábitat estable y menos aún de las características del que tuvo el protohistórico, con edificaciones de piedra y adobe o tapial.

5. Esteros antiguos: son canales de distribución irregular y se encuentran sometidos claramente a la influencia mareal. Dado su frecuente encajamiento en las zonas colindantes, es difícil su identificación cuando se desecan. Han sido tradicionalmente de una enorme importancia, dada su navegabilidad con embarcaciones de poco calado, así como por facilitar el establecimiento de salinas al permitir un fácil control del agua salada que llega con la subida de las mareas.


Todo lo expuesto nos lleva a formular una serie de consideraciones relativas a la etapa protohistórica de Huelva.

Quizás el desconocimiento de las realidades mostradas, junto a la desaparición total de algunos cabezos (Cementerio Viejo) y parcial de otros (Molino de Viento)(24), que dejan amplios espacios en la cornisa que en conjunto forman, lo que unido al crecimiento de la ciudad, que ha ido ganando terreno a estas elevaciones y los ha hecho más verticales, incrementando con ello el peligro de derrumbes que aún recientemente se han venido produciendo (25) y que sabemos debían ocurrir ya en la antigüedad, como lo pone de manifiesto la excavación de un muro de grandes proporciones en el cabezo de San Pedro (26), que opinamos debió ser de contención y destinado a proteger el hábitat situado en la ladera occidental del mismo y que se debía extender por la vaguada que unía este cabezo con el del Cementerio Viejo, quizás, decimos, sean las razones, que han llevado a realizar las afirmaciones referentes a la ubicación del poblamiento en las zonas más altas de los cabezos, idea que no compartimos.

Lo dicho respecto de la desaparición de los cabezos, junto con la presencia de piletas de salazones romanas (fig. 6), han dado lugar a las propuestas de la línea de mareas muy alta y que, como ya hemos apuntado, creemos debió estar en época protohistórica en un lugar más bajo del indicado.

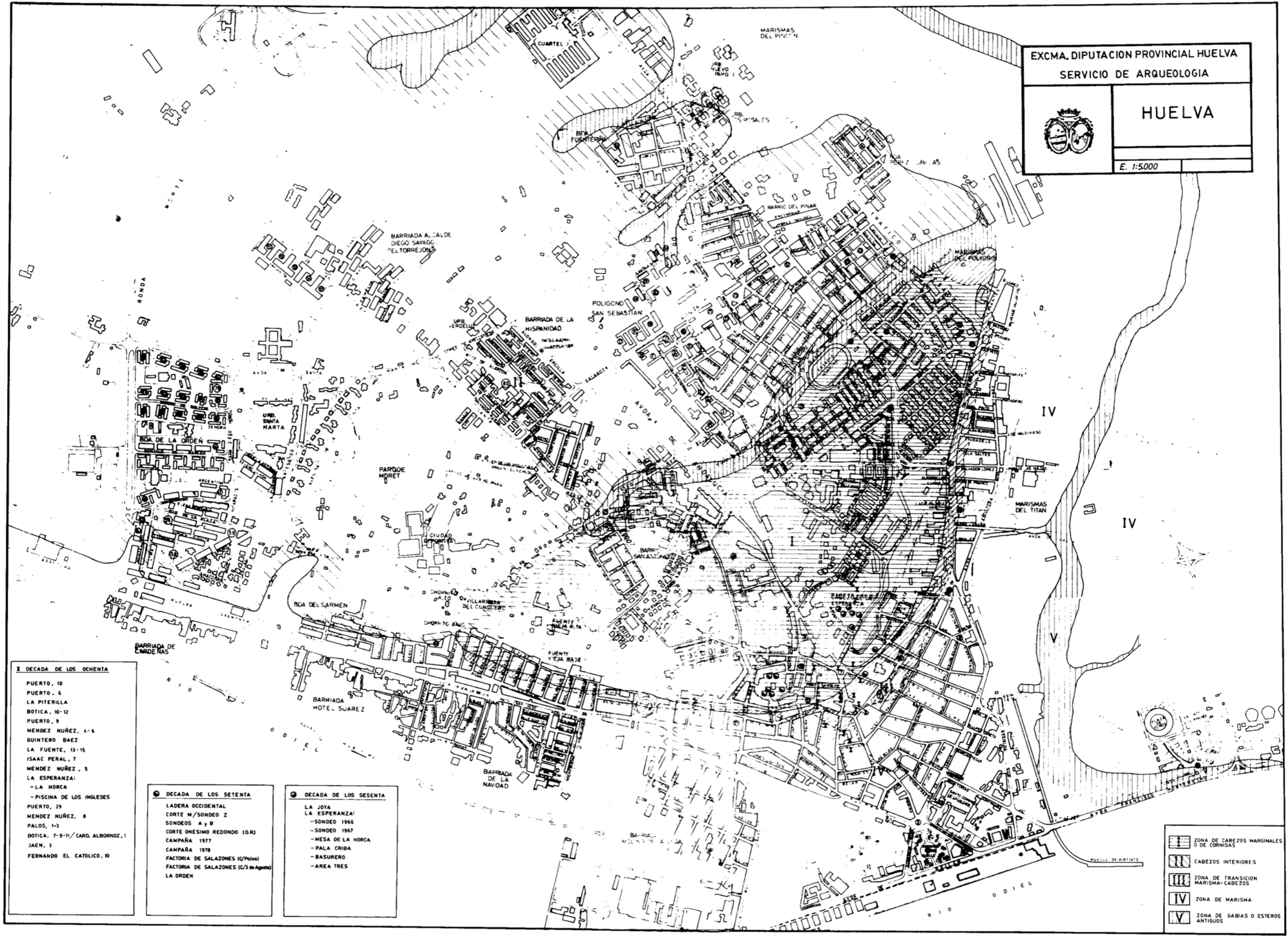
Ante la afirmación que hacemos, fundamentada en las excavaciones que venimos realizando en Huelva, cabe preguntarse entonces por qué las piletas de salazones romanas están en una cota sensiblemente más elevada que el hábitat protohistórico.

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL HUELVA
 SERVICIO DE ARQUEOLOGIA



HUELVA






E. 1:5.000

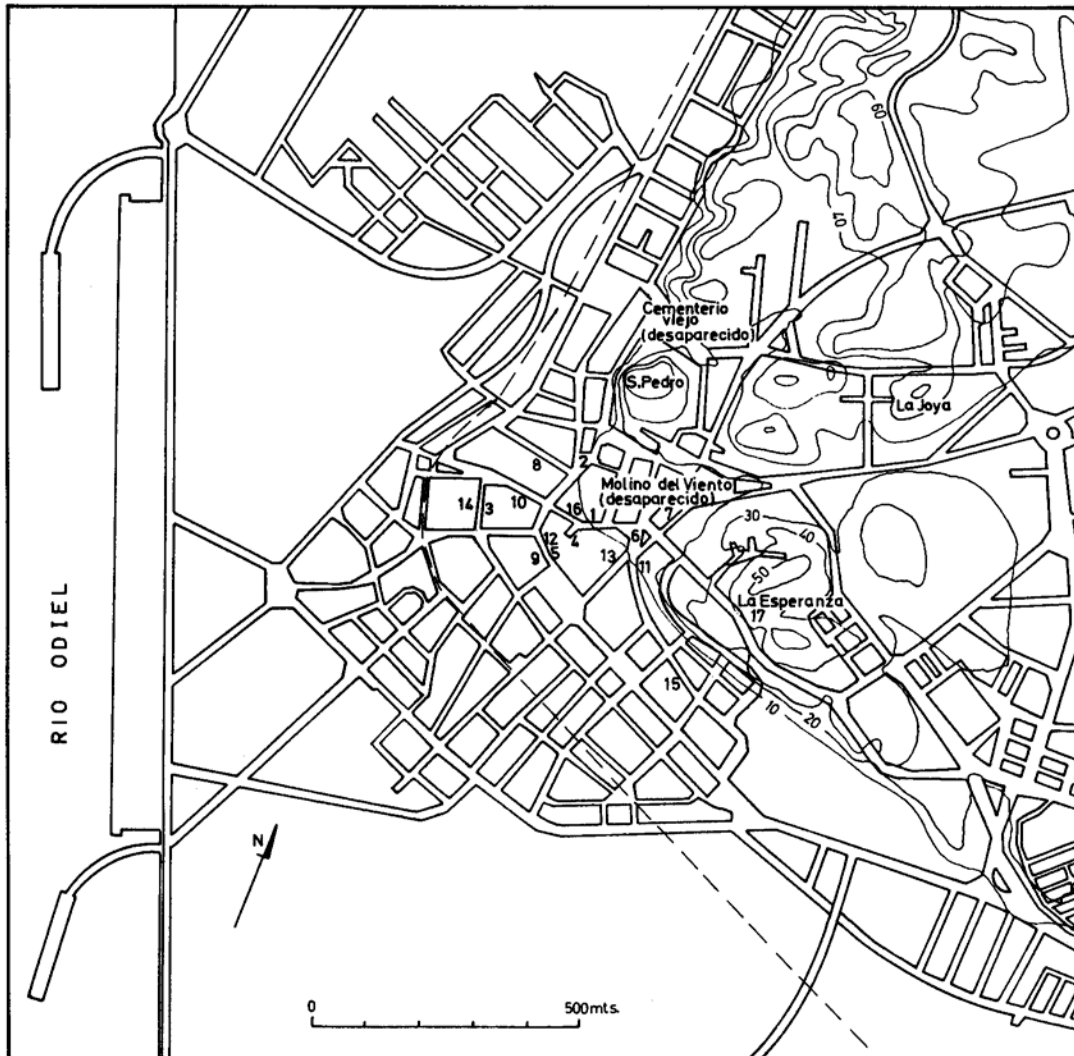


- I DECADA DE LOS OCHENTA**
- PUERTO, 10
 - PUERTO, 6
 - LA PITERILLA
 - BOTICA, 10-12
 - PUERTO, 9
 - MENDEZ NUÑEZ, 4-6
 - QUINTERO BAEZ
 - LA FUENTE, 13-15
 - ISAAC PERAL, 7
 - MENDEZ NUÑEZ, 5
 - LA ESPERANZA:
 - LA HORCA
 - PISCINA DE LOS INGLESES
 - PUERTO, 29
 - MENDEZ NUÑEZ, 8
 - PALOS, 1-3
 - BOTICA, 7-9-11 / CARD. ALBORNOZ, 1
 - JAEN, 3
 - FERNANDO EL CATOLICO, 10

- DECADA DE LOS SETENTA**
- LADERA OCCIDENTAL
 - CORTE M / SONDEO Z
 - SONDEOS A y B
 - CORTE ONESIMO REDONDO (O.R.)
 - CAMPAÑA 1977
 - CAMPAÑA 1978
 - FACTORIA DE SALAZONES (C/Palos)
 - FACTORIA DE SALAZONES (C/3 de Agosto)
 - LA ORDEN

- DECADA DE LOS SESENTA**
- LA JOYA
 - LA ESPERANZA:
 - SONDEO 1966
 - SONDEO 1967
 - MESA DE LA HORCA
 - PALA CRIBA
 - BASURERO
 - AREA TRES

-  ZONA DE CABEZOS MARGINALES O DE CORNISAS
-  CABEZOS INTERIORES
-  ZONA DE TRANSICION MARISSA-CABEZOS
-  ZONA DE MARISSA
-  ZONA DE GABIAS O ESTEROS ANTIGUOS



1-PUERTO,6 ; 2-LA PITERILLA ; 3-BOTICA,10 ; 4-PUERTO,9 ; 5-M.NUÑEZ,4 ; 6-QUINTERO BAEZ ; 7-LA FUENTE,13
 8-I. PERAL,7 ; 9-M.NUÑEZ,5 ; 10-PUERTO,29 ; 11-PALOS,1 ; 12-M.NUÑEZ,8 ; 13-TRES DE AGOSTO,9 ; 14-BOTICA,7
 15-F EL CATOLICO,10 ; 16-PUERTO,12 ; 17-LA ESPERANZA
 - - - - LINEA DE MAREAS

Figura 9. Excavaciones en Huelva de la Diputación Provincial y línea de mareas propuesta.

La explicación fácil sería argumentar la existencia, entre ambos, de los estratos correspondientes a las etapas existentes entre dichas épocas; sin embargo, hasta el momento no se han documentado estos posibles estratos en zonas tan bajas de la ciudad. En nuestra opinión, la interrogante planteada parece tener su respuesta en la transgresión Dunkerquiense, que a comienzos de la actual Era elevó el nivel de las aguas entre 2 y 3 m. por encima

del actual (27), dando lugar esta subida a la formación de rías en todo el suroeste peninsular (28).

En definitiva, creemos es entendible la complejidad arqueológica que presenta la ciudad de Huelva, pues a la dificultad propia de cualquier excavación en un núcleo urbano, hay que sumar las que se derivan de un marco geográfico y una topografía tan peculiares y cambiantes como los de esta ciudad. No obstante y gracias a los trabajos que venimos efectuando desde hace varios años, creemos estar en condiciones de poder afirmar que nos encontramos ante un excepcional yacimiento arqueológico.

NOTAS

1. C. GONZALEZ. "Informe geológico de Huelva". Colegio de Arquitectos de Huelva, 1977.
2. L. CLEMENTE y otros. "Los depósitos holocenos en el estuario de los ríos Tinto y Odiel (Huelva)". *IRCI*, Lisboa, 1985, p. 347
3. IGME. "Investigación minera submarina en el subsector "Huelva I", Golfo de Cádiz". *PMI*, 1974.
4. M. ALMAGRO. "Depósito de bronce en la Ría de Huelva". *HPA*. Madrid, 1975, p. 214.
5. L. CLEMENTE y otros. *IRCI*, 1985, p. 348.
6. L. CLEMENTE y otros. *IRCI*, 1985, p. 348.
M. SUAREZ BORES. "Determinación de la edad mediante medidas del contenido en C14, en muestras de conchas procedentes de los litorales de Huelva y Valencia". *GANOP*, 1971.
7. A. HOROWITZ. "Exploración de la llanura costera de Huelva". *EAH*, Ed. Lábor. Barcelona 1981, p. 201.
8. A. ARENAS. "El verdadero Tartessos". Valencia, 1926.
A. GARCIA BELLIDO. "Tartessos pudo estar donde está ahora la isla la Saltés, en el estuario de Huelva". *AEspA*. 55, Madrid 1944.
J. M. LUZON. "Tartessos y la ría de Huelva". *Zephyrus* 13, 1962, pp. 97 ss.
9. J. P. GARRIDO y E. ORTA. "Edad del Hierro". *HPA*. Madrid 1975, p. 206, lám. 204.
J. P. GARRIDO y E. ORTA. "Hércules de la isla de Saltés, Huelva". *LX CNA*. Zaragoza 1966, pp. 206 ss.
En opinión del Dr. Olmos, en conversación mantenida con él y sin estudio detenido, esta cabeza pudiera corresponder realmente a un personaje femenino y no a la representación de Hércules.
10. J. P. GARRIDO y E. ORTA. *HPA*, 1975, p. 205.
11. J. P. GARRIDO y E. ORTA. *HPA*, 1975, p. 206.
12. J. P. GARRIDO y E. ORTA. *HPA*, 1975, p. 206.
13. AL EDRISI. "Geografía de España". Valence 1974.
R. AMADOR DE LOS RIOS. "Huelva". Barcelona, 1981.
P. MADDOZ. "Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones de Ultramar". Madrid 1845-1850 (Reedición de la Diputación Provincial de Huelva, 1985), p. 124.
A. BAZZANA y P. CRESIER. "Shaltish/Saltés (Huelva). Une ville médiévale d'Al-Andalus". *PCV, Serie Etudes et Documents V*. Madrid 1989. (Recoge una amplia bibliografía sobre la isla de Saltés).
14. M. PONSICH y A. KERMOVANT. "Prospection géophysique à Saltés (Huelva)". *MCV. XX*, París 1984, p. 499.
15. M. FERNANDEZ-MIRANDA. "Cabezo del Castillo o de San Pedro y problemas del poblamiento de la actual ciudad de Huelva durante el primer milenio. Avance de su estudio". *HPA*, Madrid 1975, pp. 221 ss.

- M BELEN y otros. "Los orígenes de Huelva". *HA III*, Huelva 1.978.
16. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 3.
 17. M. DEL AMO. "Restos de la población romana de Onuba". *HA II*, 1.976.
 18. M. DEL AMO. *HA II*, pp. 39-40.
 19. A mediados de la década de los sesenta y como consecuencia del desarrollo industrial de Huelva, se produjo la llegada masiva de inmigrantes a la ciudad, lo que provocó un rápido y poco controlado desarrollo urbanístico, que incidió en la arqueología onubense de forma negativa y dió lugar a la pérdida de innumerables restos arqueológicos.
 20. C. GONZALEZ. Ob. cit. 1.977.
 21. C. GONZALEZ. Ob. cit. 1.977.
 22. M. DEL AMO. *HA II*, pp. 98-107.
 23. Un túmulo de esta necrópolis fue excavado en parte por el Dr. Garrido Roig en 1979, sin que por el momento conozcamos detalles del mismo.
 24. Creemos que de este cabezo sólo se desmontó la cubierta cuaternaria, estando sus laderas ocupadas por la ciudad actual, de ahí el alto interés arqueológico de la zona.
 25. El último desprendimiento en el cabezo de San Pedro tuvo lugar el día 12 de septiembre de 1.956 (Diario ODIEL, 13-IX-56), ocasionando varios muertos.
 26. D. RUIZ MATA y otros. "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva), Campaña de 1.978". *HA V*, 1.981, pp. 149-316.
 27. J. NEVES. "Estudos geográficos e históricos sobre Faro e a formação lagunar de Sotavento Algarvio". Gráfica Almondina, Torres Novas, 1.981, pp. 24 y 53.
 28. J. NEVES. Ob. cit., pp. 9 y 53.

2. EXCAVACIONES DE LA DECADA DE LOS SESENTA

La investigación arqueológica durante los años sesenta en Huelva estuvo centrada en la excavación y análisis de la necrópolis de La Joya, así como en el intento de localizar el hábitat correspondiente a la misma, para lo que se trabajó en el cabezo de La Esperanza, no siendo los resultados todo lo buenos que se esperaban; sin embargo, los estudios realizados no pueden considerarse, como nunca creemos deba hacerse, totalmente inútiles, pues en todo caso sirvieron como punto de partida para otras investigaciones al abrir nuevas expectativas en diversas áreas de la ciudad.

Nuestra intención, en las páginas que siguen, no es otra que la de mostrar de manera resumida los resultados de aquellos trabajos y el análisis que de los mismos, a la luz actual de los conocimientos que poseemos, creemos puede hacerse. Y para ello, vamos a centrar nuestra reflexión de forma separada, porque también así se hizo la investigación, en La Joya y en La Esperanza.

2.1. LA NECROPOLIS DE LA JOYA

Como consecuencia de uno de los característicos y ya citados derrumbes de los cabezos onubenses, quedó al descubierto en el de La Joya parte de una tumba de incineración de esta importante necrópolis (fig. 10)(1). Años después de este hallazgo casual, se llevó a cabo en 1.960 la excavación de esta tumba, a la que los excavadores otorgaron el número 1 (2). La excavación y estudio de esta tumba dió como resultado una continuada actividad arqueo-

lógica en la necrópolis de La Joya (3), lo que permitió el conocimiento de 19 enterramientos, con un rico ajuar, en los que predominan las incineraciones (doce tumbas) sobre las inhumaciones (tumbas 13 y 14, aunque es posible que también lo hubiese sido la tumba 5). Junto a las expresadas se encuentra la tumba 9, de rito mixto (?), en la que se hallaron una inhumación y una posible incineración *in situ*, sin que los restos se depositaran en urna alguna y vertiendo cal encima de los mismos (4).

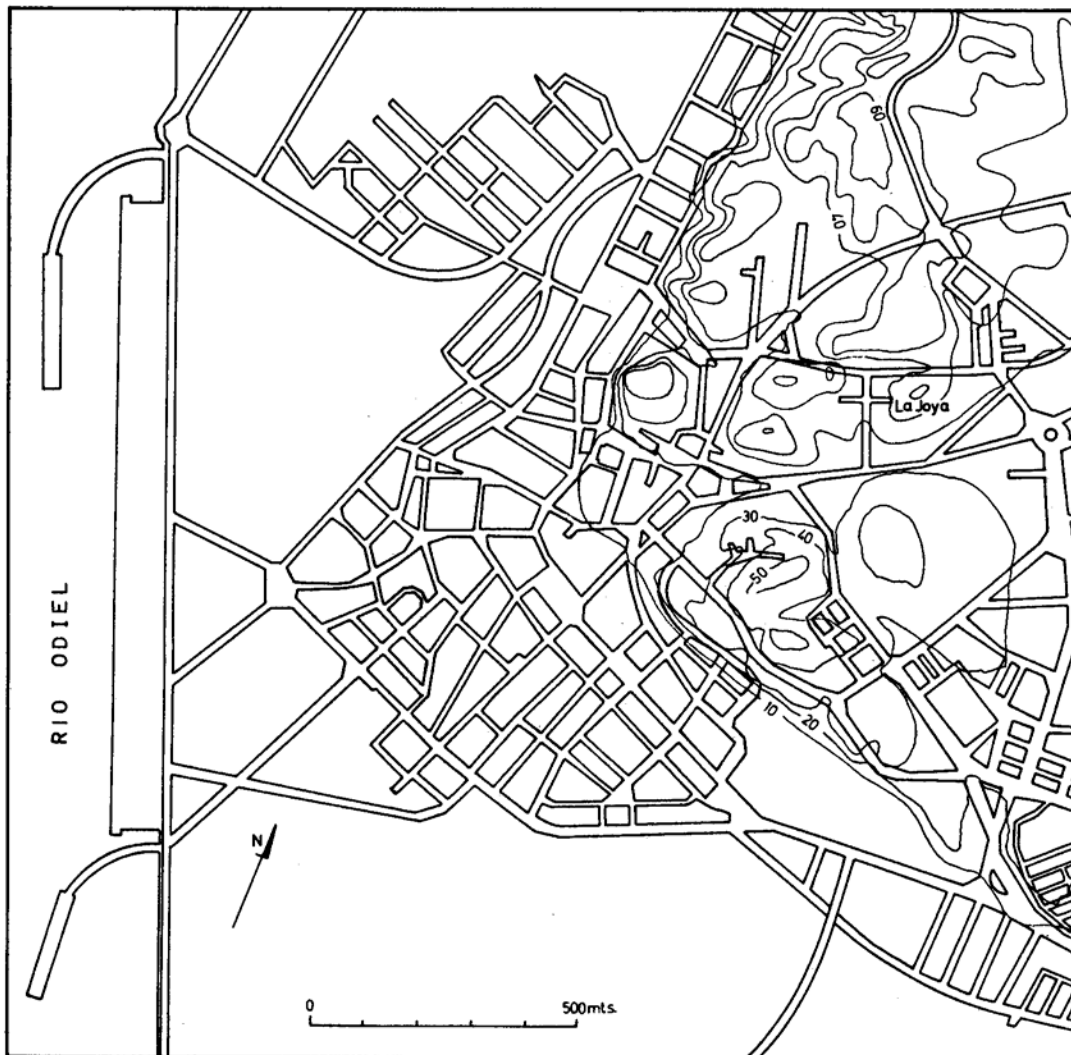


Figura 10. Localización de la necrópolis de La Joya.

Al observar los resultados de las diversas campañas de excavaciones que se han efectuado en esta necrópolis, lo primero que llama la atención es su riqueza, tanto por lo que representan las cerámicas, a mano y a torno, como por los diversos objetos metálicos, de marfil y alabastro.

Es indudable que una necrópolis que ofrece ajuares de la calidad de los hallados en La Joya, es el reflejo de un núcleo poblacional de alto nivel socio-económico y cultural, de ahí que se iniciaran también excavaciones en otras zonas de Huelva, fundamentalmente en el cabezo de La Esperanza, a la búsqueda del hábitat correspondiente a estos enterramientos.

Por lo que se refiere a la abundancia y diversidad de objetos metálicos no ha de extrañarnos en una sociedad dedicada a la metalurgia, debiéndose destacar también el hallazgo de escorias de fundición en la mayoría de las tumbas (5). Y la importancia de las piezas metálicas se acrecienta cuando algunas de ellas han servido de base para el encuadre cronológico de la necrópolis, como más adelante veremos.

Otra circunstancia a reseñar en La Joya es que dentro de una apariencia orientalizante, con objetos exóticos y profusión de elementos metálicos de diverso tipo y funcionalidad, sin embargo predominan las cerámicas a mano sobre las realizadas a torno (Cuadro 1), destacando la presencia de formas abiertas en casquete de esfera y con bordes indiferenciados apuntados o redondeados. Esta aparente contradicción, que en nuestra opinión no es tal, se ha de explicar por el fuerte componente indígena sobre el que se produjo la orientalización que, no obstante, fue incapaz de eliminar por completo los usos y costumbres locales.

Cuadro 1.

TUMBAS	CERAMICAS A TORNO									CERAMICAS A MANO								
	PLATOS				VASOS			ANFORAS	SOPORTES	OTRAS FORMAS	CAZUELAS	CUENCOS	CUENCOS CON PIE	COPAS	VASOS		SOPORTES	OTRAS FORMAS
	BARNIZ ROJO	ENGIBE BLANCO	GRISES	SIN ENGIBE	BARNIZ ROJO	CHARDON	OTROS								ACAMPANADOS	CUELLO CORTO		
1	8	1	1		1	1		4			1		5			1		
2			1	1		2			1	1	1		1	1			1	
9	6						3				16		4	3				
11											3				1			
12	6		1			1					1	1	4	2			1	
16	4			1		1					3			3				
17	2		2				2				15						1	
18	2						2	1			6		4	2				
19					2	1	2				1							

Pero, sin duda, el elemento primordial y causa continua de controversias, es el referido a la cronología de La Joya.

En general, los arqueólogos somos más proclives a aceptar las fechas otorgadas a necrópolis, e incluso a tumbas aisladas, que las atribuidas a estratigrafías, aún sabiendo que en el conjunto de una necrópolis puede y debe existir un marco cronológico, más o menos amplio, en el que se integra el conjunto de tumbas que a aquella pertenecen. Esta postura, tradicional y lógica por lo de contemporáneos que han de ser los objetos de un enterramiento, no es fácil de aplicar a La Joya. Y es que, paradójicamente, esta necrópolis no parece ofrecer contemporaneidad entre sus tumbas y sus objetos.

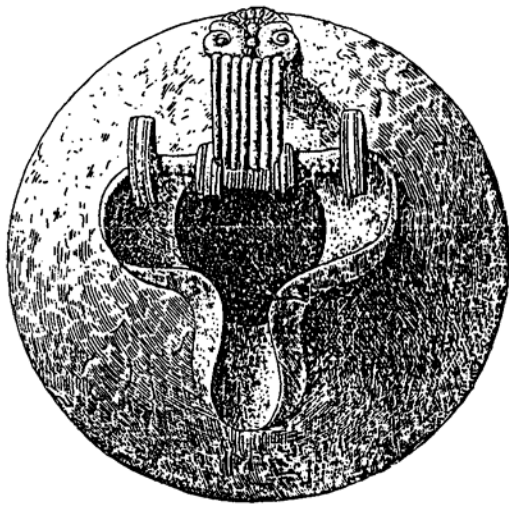
La argumentación expuesta no parte sólo de nuestras apreciaciones, sino de las afirmaciones de los propios excavadores, que tan pronto afirman que en La Joya existen elementos para "*fijar fechas desde fines del siglo VIII a.C. hasta la segunda mitad del siglo VI a.C.*" (6), como apuntan que "*la cronología que puede establecerse para la necrópolis es siempre posterior al siglo VII a.C., o en todo caso de fines de esta centuria*" (7), afirmación hecha en base a la cronología del jarro de la tumba 5 (fig. 11)(8), considerado como un oinocóe rodio del tipo fechado por Jacobsthal en la primera mitad del siglo VI a.C. (9), aunque Dehn y Frey consideran esta forma como etrusca y fechable desde el último tercio del siglo VII hasta el primer cuarto del siglo VI a.C. (10).

Pero si las cronologías apuntadas para el jarro de la tumba 5 no marcan grandes diferencias entre sí, aunque sí lo hacen desde el punto de vista cultural, rodio o etrusco, y son compatibles con las que se pueden otorgar a las ánforas de las tumbas 17, 18 y 19 (11) y se ven corroboradas además por el escarabeo de Psamético II (595-589 a.C.)(fig. 12, 2), encontrado en la tumba 9 (13) y hoy discutido (14), comprobamos que existiría un marco cronológico aceptable para la necrópolis entre fines del siglo VII y comienzos del siglo VI a.C.; sin embargo, la presencia de objetos como la fíbula tipo Alcores de la tumba 15 (15) o el brazaletes de la tumba 3 (16), plantean mayores dificultades cronológicas.

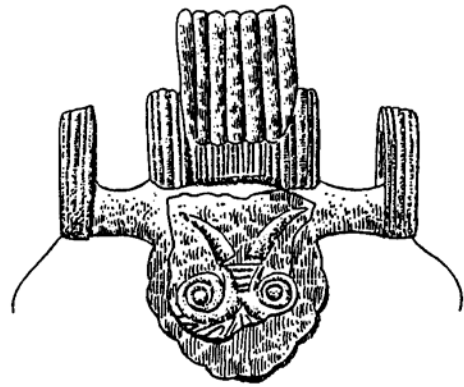
En el caso de la fíbula (fig. 12, 1), este tipo es fechado en el siglo VII a.C. por Schüle (17), mientras que Almagro y Cuadrado lo consideran de la segunda mitad del siglo VI a.C. (18). Si en el caso del jarro de la tumba 5 las diferencias cronológicas apuntadas no son muy dispares, vemos que no ocurre así con la fíbula de la tumba 15, donde el marco cronológico se comprueba es sumamente amplio.

Igual sucede con el brazaletes de la tumba 3 (fig. 12, 3), del que se afirma "*fehchable ya en el siglo VIII*" (19), aunque inmediatamente es matizada esta afirmación en base a la pervivencia de los objetos de adorno.

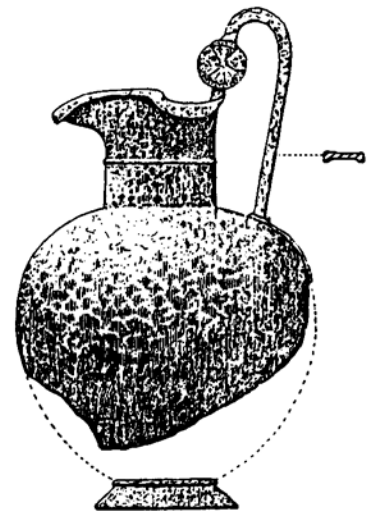
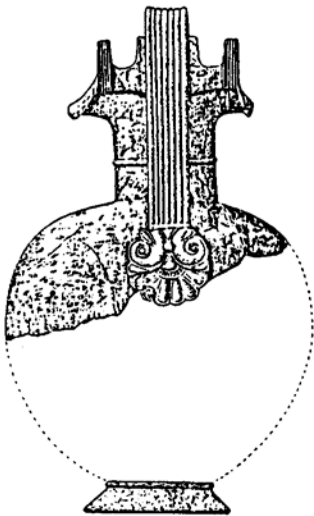
Por último y tras argumentar la coetaneidad de las tumbas en base a la presencia de cuchillos de hierro de hoja curva en varias de ellas (fig. 12, 4-



0 5cm



0 5cm



0 5cm

Figura 11. Jarro metálico de la tumba 5 de La Joya (según J. P. Garrido, 1970).

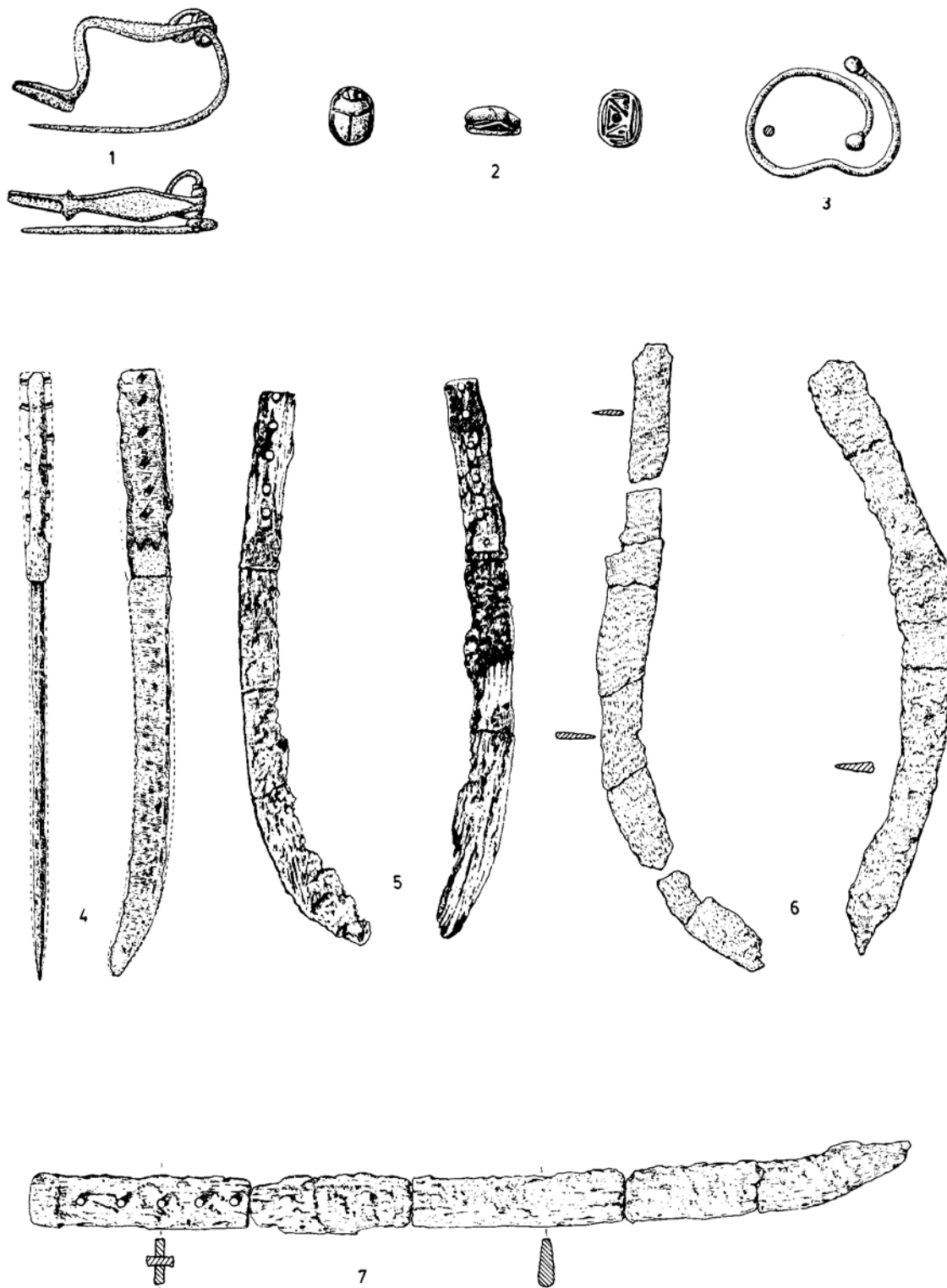


Figura 12. Objetos de La Joya: 1-fibula (t. 15); 2-escarabeo (t. 9); 3-brazalete (t. 3); 4-5-6-7 cuchillos (t. 9, 17, 19, 18)(según J. P. Garrido, 1970).

7)(20), los autores se inclinan por confirmar la cronología apuntada de fines del siglo VII y comienzos del siglo VI a.C.

A la vista de lo expuesto, parece evidente que a la necrópolis de La Joya no es fácil otorgarle una cronología concreta, quizás porque no se han interpretado correctamente los datos o tal vez por los problemas de estudio que todo sincretismo religioso ocasiona, como pone de manifiesto la ya citada predominancia de las cerámicas a mano sobre las a torno dentro de un ambiente que parece marcadamente orientalizante, sobre todo en los objetos de lujo y adorno.

El análisis del resto de las excavaciones realizadas en Huelva, tanto de las llevadas a cabo por otros investigadores como las hechas por nosotros, quizás pueda ofrecernos nuevos elementos de juicio y, en consecuencia, permita fijar más acertadamente la cronología de la necrópolis de La Joya.

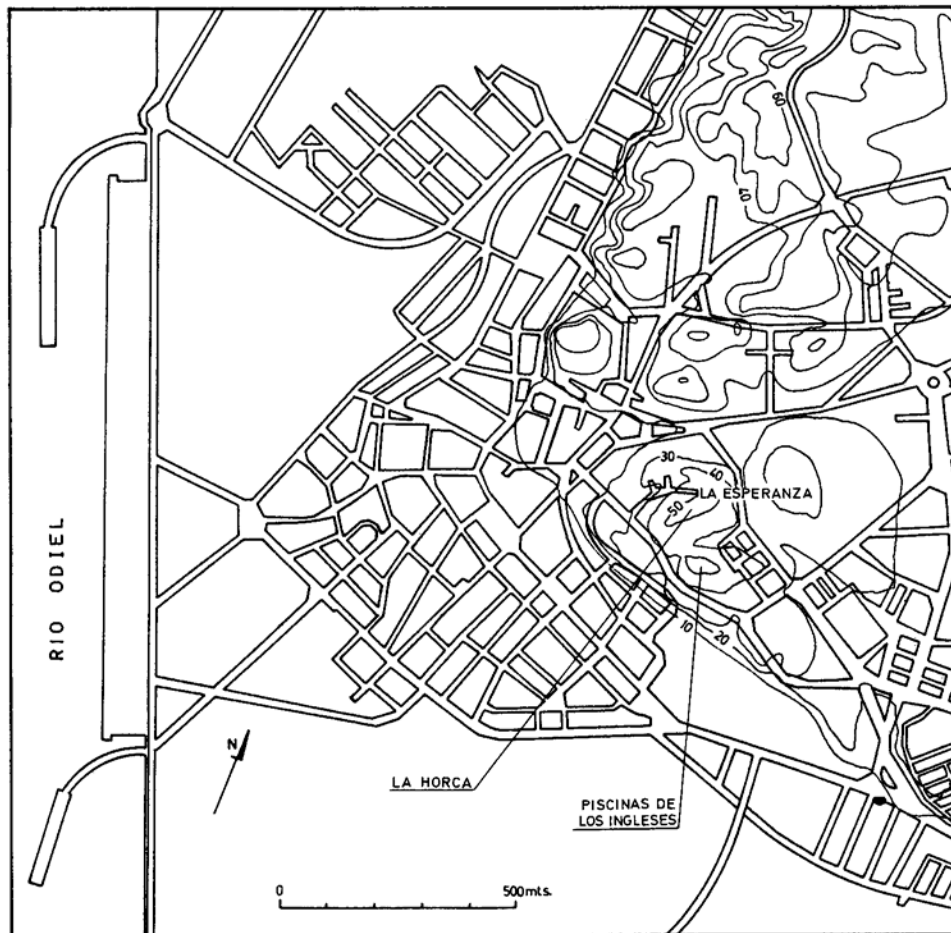


Figura 13. Localización del Cabezo de La Esperanza.

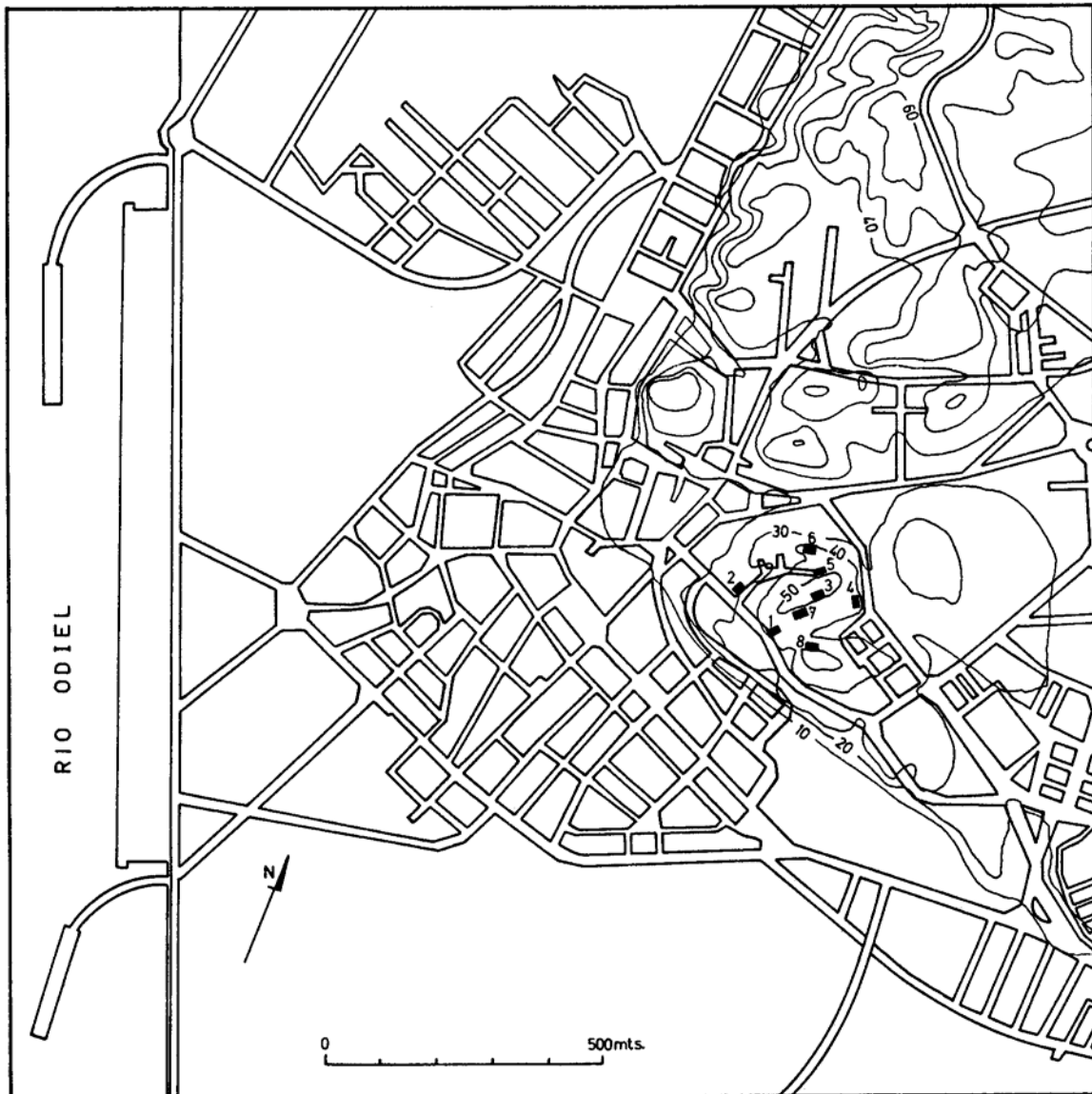
2.2. EL CABEZO DE LA ESPERANZA

Este cabezo, que se localiza al sur del de San Pedro, está conformado por dos elevaciones: la de **La Horca** y la de los **Baños o Piscinas de los Ingleses** (fig. 13), así llamados popularmente pero que no eran tales sino depósitos de agua de la Compañía de Minas de Riotinto. Estas dos alturas, las mayores de los cabezos onubenses (56 y 54 m. de altitud respectivamente), se encuentran separadas por una vaguada natural que hoy día está muy modificada artificialmente, así como el conjunto del Cabezo de La Esperanza, uno de los más alterados por las construcciones y el urbanismo recientes, siendo éstas causa y razón de los sucesivos sondeos arqueológicos que en él se realizaron y que pusieron en evidencia la falta de una estratigrafía arqueológica definida; pero, en cualquier caso, sirvieron para conocer la existencia de cerámicas protohistóricas en este cabezo.

La citada actividad constructiva, las excavaciones en La Joya y diversos hallazgos casuales, concretamente el de una urna cineraria que había quedado al descubierto en un talud tras la apertura de una nueva calle, la Vía Paisajista(21), dieron lugar a un inusitado interés arqueológico por este cabezo, lo que redundaría en la realización de diversas excavaciones en el mismo (22)(fig. 14), que ponen de manifiesto unas realidades que a continuación intentamos analizar y valorar.

Lo primero que llama la atención es que todos los trabajos se concentraron en la elevación de La Horca, bien en su superficie (Mesa de La Horca), bien en las laderas meridional (Sondeo de 1.966), suroccidental (Sondeo de 1.967), occidental (Basurero) o septentrional (Pala Criba), así como en una elevación cercana y a occidente de La Horca (Area Tres)(fig. 14). Y llama la atención este hecho porque se dejaron al margen de la investigación arqueológica la ladera oriental de este cabezo y por completo el de las Piscinas de los Ingleses, junto con la vaguada existente entre ambos.

Cierto es que, en aquellos años, el impacto urbanístico afectaba muy directamente a La Horca y concretamente a las laderas donde se excavó, de ahí la urgente necesidad de actuación en las mismas; así como es igualmente cierto que la vaguada entre ambas elevaciones se ha visto súmamente modificada, de forma tanto natural como artificial. Ahora bien, aún tomando en consideración las realidades expuestas, no comprendemos cómo al no obtenerse estratigrafías fiables y válidas en ninguno de los sitios donde se trabajó, no se buscaron otras zonas del cabezo de La Esperanza que, de una u otra manera, aclararan la realidad arqueológica del lugar, es decir, si fue asiento de un hábitat estable y definido en época prerromana o si, por el contrario, era un área marginal del núcleo de población que se extendía básicamente por las laderas de los cabezos de San Pedro y Molino de Viento.



■ EXCAVACIONES 1 SONDEO/66 ; 2 SONDEO/67 ; 3 LA HORCA ; 4 PALA CRIBA ; 5 BASURERO
 6 AREA TRES ; 7,8 SONDEOS/83

Figura 14. Excavaciones en el Cabezo de La Esperanza.

Para intentar salir de esta tesitura procedimos, en el otoño de 1.983, a la realización de dos cortes estratigráficos en el cabezo de La Esperanza. El primero de ellos (Corte 1) lo efectuamos en la ladera occidental del cabezo de las Piscinas de los Ingleses; y el segundo (Corte 2) lo hicimos en la ladera oriental del cabezo de La Horca (fig. 14). En definitiva, tratábamos de conocer qué había sucedido en las laderas que vertían a la vaguada que separa am-

bas elevaciones de La Esperanza, si es que de hecho había ocurrido algo. Los resultados de estos breves trabajos los desarrollaremos más adelante, al presentar la década de los ochenta.

Pero, volviendo al análisis de las excavaciones que hemos citado, creemos oportuno partir de la idea de si en el cabezo de La Esperanza hubo o no poblamiento.

A la vista de los datos que otorgan las actividades desarrolladas de 1.966 a 1.970, lo primero que observamos es la falta de restos constructivos, a excepción de los mal definidos del Area Tres, sólo una hilada de lajas de pizarras (23), o los no mejor conservados del Sondeo de 1.966 (24), que para nosotros es susceptible de una interpretación más definida que la hecha en su momento.

Si leemos con detenimiento la memoria de la excavación, en ella se nos dice que en el Nivel VII se encuentra "*un tosco murete de piedras sueltas, muy toscamente trabadas con arcilla*" (25), ampliándonos su descripción en otro lugar de la memoria, en la que se afirma que "*los restos del muro son de piedras, ... algún fragmento de adobe o ladrillo y algunas pizarras, ensambladas todos con arcilla ... e incluso algún gran bloque de escoria*" (26). Igualmente se afirma que en la zona occidental, al exterior de la construcción, se documenta la presencia de la arcilla vírgen del terreno (27), mientras que en el interior de la misma se hallaron cenizas, escorias y carbón vegetal (28), continuándose estas características en el Nivel VIII (29).

Según los datos que se nos ofrecen, pensamos que este sondeo proporcionó posiblemente el hallazgo de un horno de fundición de metales, algo que en años posteriores a esta excavación ha sido frecuente, como ya veremos, en la ciudad de Huelva, centro metalúrgico de gran transcendencia en la protohistoria andaluza. No obstante, llama la atención el que sólo en el Sondeo de 1.966 se haga referencia a las actividades metalúrgicas e incluso se cite la presencia de restos de mineral (gossan) en el Nivel IV (30), no volviendo a hacerse ninguna referencia a escorias, minerales o fundiciones, en ningún otro de los trabajos publicados sobre el cabezo de La Esperanza. No obstante, nos parece significativa la presencia de fragmentos de coladores en los Niveles I y III del Basurero (31), cuyo uso en tareas metalúrgicas parece frecuente en yacimientos protohistóricos de Huelva (32).

La escasez de elementos constructivos en el cabezo de La Esperanza y el que los existentes, además, no sean vinculables a edificios sino, en todo caso, a tareas metalúrgicas, es lo que nos lleva a pensar que este cabezo no fue ocupado por el urbanismo protohistórico onubense, aunque sí debió ser usado como área marginal del poblamiento de la época y utilizado como una más de las zonas de trabajo destinadas a la producción metalúrgica.

Pero si sorprende la falta de restos constructivos y de una estratigrafía válida en este cabezo, también llama la atención el que, en conjunto, exis-

te una cierta homogeneidad en los materiales arqueológicos hallados en cada una de las actuaciones llevadas a cabo, así como se puede establecer, con todas las reservas que ello comporta y desde un punto de vista amplio, un cierto orden temporal entre ellas, sin descartar el que a lo largo de este estudio y tras el análisis que hacemos de otras excavaciones llevadas a cabo en Huelva, tanto por otros investigadores como por nosotros mismos, procedamos a un ajuste de las cronologías propuestas.

Desde un punto de vista general y para todo el conjunto de La Esperanza, no parece descabellado el aceptar una cronología centrada en los siglos VII y VI a.C., aunque pensamos es ampliable al siglo VIII a.C. por las cerámicas bruñidas publicadas por los Drs. Schubart y Garrido (33), entre las que destacan los recipientes de amplias y marcadas carenas (34), junto a soportes también bruñidos y con baquetón desarrollado (35). Sin embargo, no vamos a entrar, por el momento, en valoraciones estrictamente cronológicas, sino en la ordenación que desde un punto de vista tipológico sugieren las cerámicas, fundamentalmente las realizadas a mano.

De la misma cronología o ligeramente posterior al Sondeo de 1.967 son los materiales de la Mesa de La Horca, entre los que predominan las cerámicas a mano, en las que se incluyen las bruñidas, respecto a las fabricadas a torno (36), pudiéndose mantener además esta cronología porque entre las formas bruñidas siguen estando presentes piezas muy carenadas, como la de reducido tamaño hallada en el cuadro B-1 (37), junto a las ya más evolucionadas que han perdido el tramo desarrollado de la carenación (38).

Directamente relacionables con la Mesa de La Horca, aunque algo más modernos, son los materiales procedentes del lugar llamado Pala Criba, localizado en la ladera norte del cabezo de La Horca. Lo primero que se aprecia en este conjunto es que se invierten los porcentajes respecto al grupo anterior, siendo más significativa la presencia de las cerámicas a torno (75'6%) respecto de las a mano (24'3%)(39). Al mismo tiempo, aparecen las formas cerradas realizadas a mano y con decoraciones digitadas (40) y se aprecia ya una mayor evolución en las cerámicas bruñidas, donde junto a algunas piezas que mantienen carenas ligeramente marcadas y bordes de tendencia vertical (41), otras empiezan a mostrar carenas menos angulosas y borde cóncavo, así como algunas de tendencia exvasada (42), preludiando las formas más abiertas que se encontrarán en momentos posteriores y que aparecen, en La Esperanza, tanto en el Basurero como en el Area Tres.

Respecto del lugar denominado Basurero vamos a centrar primero el análisis en la interpretación formal de la estratigrafía. Si ésta se observa detenidamente, lo primero que llama la atención es la homogeneidad con que se presentan las tierras alrededor de los tres niveles excavados, dando éstos la impresión de ser un conjunto aislado dentro de una masa uniforme y compacta (fig. 15), máxime cuando se afirma que estos niveles son el resultado

del relleno de un pozo (43) y no se refleja en el dibujo de la estratigrafía la necesaria abertura del mismo.

El Nivel I, el más profundo, presenta dentro de su forma de cubeta una clara uniformidad y horizontalidad, destacando en él la presencia de abundantes restos de comida (44).

El Nivel II, que muestra la base nivelada a causa de su apoyo directo sobre el Nivel I, ofrece sin embargo una potencia variable que va desde aproximadamente 1 m. hasta casi desaparecer (45). Y esta es una circunstancia interesante, porque si observamos el lugar donde se llevó a cabo el hallazgo de estos niveles arqueológicos, se comprueba que está situado en la base de la ladera occidental del cabezo de La Horca y junto a la suave vaguada que separaba a éste de la denominada Area Tres (46), lo que nos da pie a pensar que el Nivel II se formó de manera natural por el arrastre y deposición de las tierras de las zonas más elevadas del cabezo sobre el Nivel I, que sí representa un nivel de hábitat. Esta formación que proponemos para el Nivel II es también la que puede explicar su esterilidad desde el punto de vista arqueológico, pues sólo proporcionó cinco fragmentos cerámicos.

Por lo que se refiere al Nivel III, aparece como una masa informe constituida por tierras sueltas, de potencia variable y superior a la de los otros dos niveles (47). Dado que en la Mesa de La Horca se localizó una necrópolis de época moderna, que había ocasionado la destrucción de posibles estratos arqueológicos más antiguos y la aglomeración de los materiales arqueológicos procedentes de los mismos en diversos lugares del cabezo (48), nos inclinamos a pensar que este Nivel III es, casi con seguridad, una deposición artificial realizada desde otros lugares del cabezo, probablemente de la propia Mesa de La Horca al realizar la citada necrópolis.

Una vez hecha esta reflexión sobre la formación de los niveles del Basurero, vamos a considerar cuál es la ubicación de cada uno de ellos en el marco cronológico del cabezo de La Esperanza, excepto el Nivel II que por su escasa significación no entramos a analizar.

El Nivel I presenta una mayoría de cerámicas a mano sobre las a torno, que representan el 34%. Entre las realizadas a mano están presentes las formas cerradas con digitaciones en el hombro y las formas abiertas de tendencia a casquete esférico con borde indiferenciado, apuntado o redondeado (49). Estas formas cerámicas deben situarse cronológica y culturalmente en el marco de la necrópolis de La Joya, donde aparecen en algunas de las tumbas (Cuadro 1)(50); por consiguiente, este Nivel I, hemos de considerarlo ligeramente posterior a la Mesa de La Horca y a Pala Criba.

La preponderancia del número de cerámicas a mano sobre las a torno se mantiene en el Nivel III, donde siguen estando presentes las formas decoradas con impresiones digitadas junto con los vasos de boca acampanada. En cuanto a las formas abiertas, se documentan las de tendencia a casquete

esférico que se encuentran en el Nivel I, así como otras formas con carenas suaves y superficies bruñidas. Estas cerámicas son las que nos llevan a considerar este nivel como coetáneo de Pala Criba y ligeramente posterior a la Mesa de La Horca, pero anterior al horizonte de La Joya, por lo que estimamos que el Nivel III es anterior al Nivel I, aunque estratigráficamente aparezca por encima de éste.

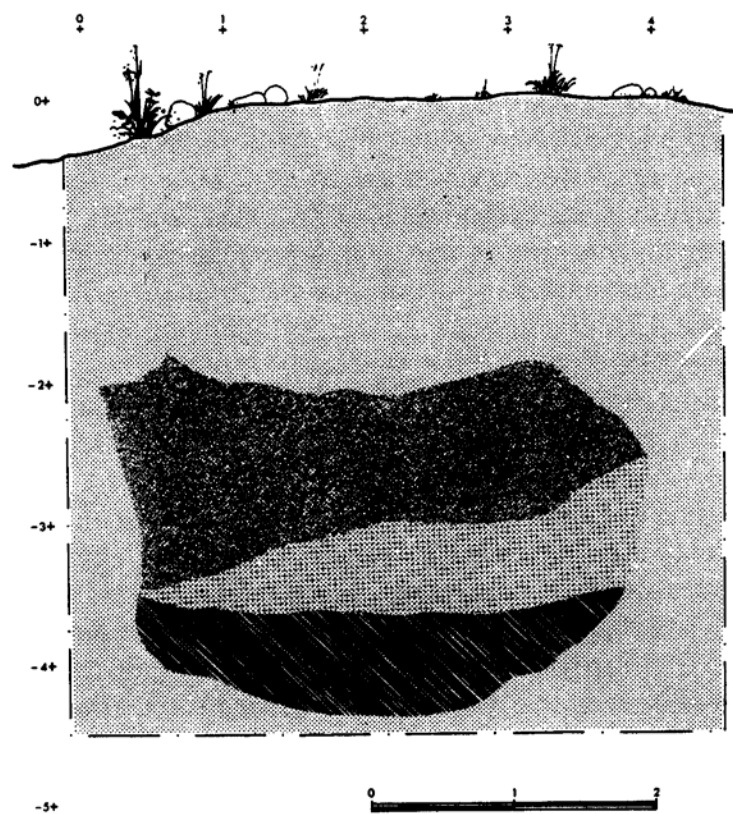


Figura 15. Estratigrafía de Basurero (según M. Belén, M. Fdez.-Miranda y J. P. Garrido, 1978).

Si retomamos las consideraciones que hemos hecho respecto de la formación de la estratigrafía del Basurero, podemos afirmar que el Nivel III, el que proporcionó materiales más antiguos, es un relleno artificial, proveniente de La Horca, que se depositó sobre el Nivel II, formado por arrastres naturales de la ladera del cabezo, el cual lo hizo sobre el Nivel I, el más moderno, que consideramos es el único no alterado ni removido y del que dudamos fuese un foso vertedero, lo que se ha justificado por la abundancia de restos de comida, debiendo interpretarse, en nuestra opinión, como un fondo de cabaña, lo que igualmente explicaría la presencia de restos de comida, siendo quizás éste el único nivel que se localizó *in situ* y sin aparente alteración en el cabezo de La Esperanza.

Relacionado con el Basurero encontramos el Area Tres, tanto por su cercana localización como por los materiales aportados (51), fundamentalmente el corte A-1, que es el único que proporcionó una estratigrafía válida.

En este corte A-1 del Area Tres destaca el predominio de las cerámicas a torno sobre las a mano en los tres niveles excavados (52), aunque no creemos deban hacerse diferencias formales entre los Niveles I y II, diferencias que tampoco parece puedan establecerse desde el punto de vista cronológico respecto del Nivel III, pues en los tres aparecen las cerámicas a mano con tendencia a casquete esférico y borde indiferenciado.

En cuanto a las cerámicas a torno, éstas también presentan cierta uniformidad en los tres niveles, con abundante y variada presencia de formas grises, cerámicas con engobe rojo, pintadas y ánforas cuyos hombros han perdido su tendencia a la horizontalidad, presentando bordes alargados o cortos y redondeados (53).

Desde el punto de vista cronológico debemos situar este área, junto con el Basurero, en el momento más moderno del cabezo de La Esperanza, pues la predominancia de las cerámicas a torno sobre las a mano así parece indicarlo, además de por la presencia de un fragmento de oinocóe, al parecer chipriota y fechable a fines del siglo VII a.C. (54), y un fragmento correspondiente a una copa jonia de comienzos del siglo VI a.C. (55).

A la vista de lo expuesto creemos poder afirmar que, con excepción del Nivel I del Basurero que interpretamos como un fondo de cabaña, no existen elementos objetivos en el cabezo de La Esperanza que permitan decir que sobre el mismo se produjo la expansión del hábitat durante los siglos VII y VI a.C., sino que debió comportarse como zona marginal del mismo (Basurero) y, en algún punto, como área de trabajos metalúrgicos (Sondeo de 1.966).

En definitiva, parece lógico plantear una sucesión temporal de las distintas excavaciones partiendo del siglo VIII a.C. y alcanzando los primeros años del siglo VI a.C., cuya ordenación sería (56):

- Sondeo de 1.967.

- Mesa de La Horca.
- Pala Criba/Basurero (Nivel III).
- Basurero (Nivel I).
- Area Tres.

NOTAS.

1. El desprendimiento se produjo en 1.945 sobre el patio de la casa nº. 18 del Callejón de La Joya, hoy Fray Juan Pérez, recogiendo los hermanos Felipe y Juan A. Martínez Acuña algunos de los restos arqueológicos que quedaron al descubierto, destacando entre ellos los de un vaso globular metálico.
2. E. ORTA y J. P. GARRIDO. "Un nuevo hallazgo arqueológico en Huelva". *VIII CNA*. Zaragoza 1.963.
J. P. GARRIDO y E. ORTA. "La tumba orientalizante de La Joya (Huelva)". *TP XI*. Madrid 1.963.
3. J. P. GARRIDO. "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva (1ª y 2ª campañas)". *EAE 71*. Madrid 1.970. (En adelante LA JOYA 1.970).
J. P. GARRIDO y E. ORTA. "Las nuevas campañas de excavaciones arqueológicas de la necrópolis de La Joya en Huelva". *XIII CNA*. Zaragoza 1.975.
J. P. GARRIDO y E. ORTA. "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva (3ª, 4ª y 5ª campañas)". *EAE 96*. Madrid 1.978. (En adelante LA JOYA 1.978).
4. LA JOYA 1.970, p. 39.
5. LA JOYA 1.978, p. 18.
6. LA JOYA 1.978, p. 200.
7. LA JOYA 1.978, p. 210.
8. LA JOYA 1.970, pp. 21-33, figs. 12-16.
9. LA JOYA 1.978, p. 200.
10. LA JOYA 1.978, p. 200.
11. LA JOYA 1.978, pp. 63-166, figs. 69, 70, 90, 91, 101 y 102.
12. I. GAMMER-VALLET. "Der Skarabäus von Cabezo de La Joya in Huelva". *MM 14*, 1.973, pp. 121 ss.
13. LA JOYA 1970, pp. 50-51, fig. 29.
14. J. PADRO. "De nuevo sobre los hallazgos egipcios y egiptizantes de la Península Ibérica". *Hispania Antiqua XI-XII*, 1.981-1.985, pp. 223-225.
15. LA JOYA 1.978, p. 46, fig. 15.
16. LA JOYA 1.970, p. 19, fig. 10.
17. LA JOYA 1.978, p. 200.
18. LA JOYA 1.978, p. 200.
19. LA JOYA 1.978, p. 200.
20. LA JOYA 1.978, p. 200.
21. J. P. GARRIDO y E. ORTA. "Una nueva urna de incineración en los cabezos de Huelva". *Ampurias XXVIII*. Barcelona 1.966, pp. 209 ss.
22. J. P. GARRIDO. "Excavaciones en Huelva. El cabezo de La Esperanza". *EAE 63*. Madrid 1.968. (En adelante LA ESPERANZA 1.966).

23. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 273, fig. 130.
24. LA ESPERANZA 1.966, pp. 21-22.
25. LA ESPERANZA 1.966, pp. 21-22, lám. III, 4.
26. LA ESPERANZA 1.966, pp. 30-31.
27. LA ESPERANZA 1.966, p. 22.
28. LA ESPERANZA 1.966, p. 22 y 31.
29. LA ESPERANZA 1.966, pp. 25 y 31.
30. LA ESPERANZA 1.966, p. 16.
31. M. BELEN y otros. *HA III*, pp. 252 y 258, figs. 124, 10 y 128, 8.
32. J. FERNANDEZ JURADO. "Economía tartésica: minería y metalurgia". *HH I*. Colegio Universitario de La Rábida-Universidad de Sevilla, 1.986. pp. 158-161.
 J. FERNANDEZ JURADO. "La metalurgia de la plata en época tartésica". *MACME* (Madrid 1.985). Ministerio de Cultura 1.989, pp. 160-161, fig. 4.
33. LA ESPERANZA 1.967, figs. 13-15.
34. LA ESPERANZA 1.967, figs. 13-15.
35. LA ESPERANZA 1.967, figs. 15.
36. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 223.
37. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 106, 6.
38. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 106, 5, 7, 18 y 19.
39. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 243.
40. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 119.
41. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 117, 1 y 4.
42. M. BELEN y otros. *HA III*, 117, 5-11.
43. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 243, fig. 123.
44. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 250.
45. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 252.
46. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 3, 5-6.
47. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 254.
48. M. BELEN y otros. *HA III*, pp. 216 y 220-221.
49. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 252.
50. LA JOYA 1.963, tumba 1.
 LA JOYA 1.970, tumbas 2 y 9.
 LA JOYA 1.978, tumbas 11, 12, 16, 17, 18 y 19.

51. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 3, 6.
52. M. BELEN y otros. *HA III*, pp. 262 ss.
53. M. BELEN y otros. *HA III*, figs. 131-145.
54. M. BELEN y otros. *HA III*, fig. 143, 7.
55. M. BELEN y otros. *HA III*, p. 294, fig. 143, 8.
56. Descartamos de esta periodización el Sondeo de 1.966, por ser escasamente significativo.

3. EXCAVACIONES DE LA DECADA DE LOS SETENTA.

Los negativos resultados que proporcionaron las diversas excavaciones efectuadas en el cabezo de La Esperanza, condujeron la actividad arqueológica hacia otra de las elevaciones de Huelva: el cabezo de San Pedro, casi único protagonista de la investigación arqueológica en esta ciudad durante los años setenta, excepción hecha de los trabajos que se continuaban en La Joya y las tareas arqueológicas de urgencia (1).

Este cabezo, que hoy nos aparece aislado, forma parte de la cornisa de elevaciones que, de Norte a Sur discurre paralela a la Ría del Odiel (fig. 8). El aislamiento actual es consecuencia de la desaparición de los cabezos del Cementerio Viejo y del Molino de Viento (fig. 7), unidos a San Pedro por vaguadas, lo que ha conllevado al desconocimiento de la superficie real que tuvo San Pedro y, con toda probabilidad, a la pérdida de gran cantidad de datos arqueológicos. Pero, paradójicamente, ha sido este cabezo el menos afectado por el desarrollo urbanístico acaecido en Huelva en los últimos 25 años, quizás por ser propiedad privada y estar habitado desde hace varias décadas, así como por encontrarse en él la Iglesia Mayor de San Pedro, que impide cualquier modificación urbanística.

Esta situación fue la que propició el poder efectuar diversas excavaciones durante la década de los setenta (fig. 16), que evidenciaron la importancia arqueológica del lugar, así como permitieron diseñar las sistematizaciones de la protohistoria onubense (2).

En las páginas que siguen, en orden cronológico exponemos de forma resumida los resultados obtenidos en cada una de las excavaciones en el

Cabezo de San Pedro, así como efectuamos las valoraciones que las mismas nos sugieren.

3.1. LADERA OCCIDENTAL.

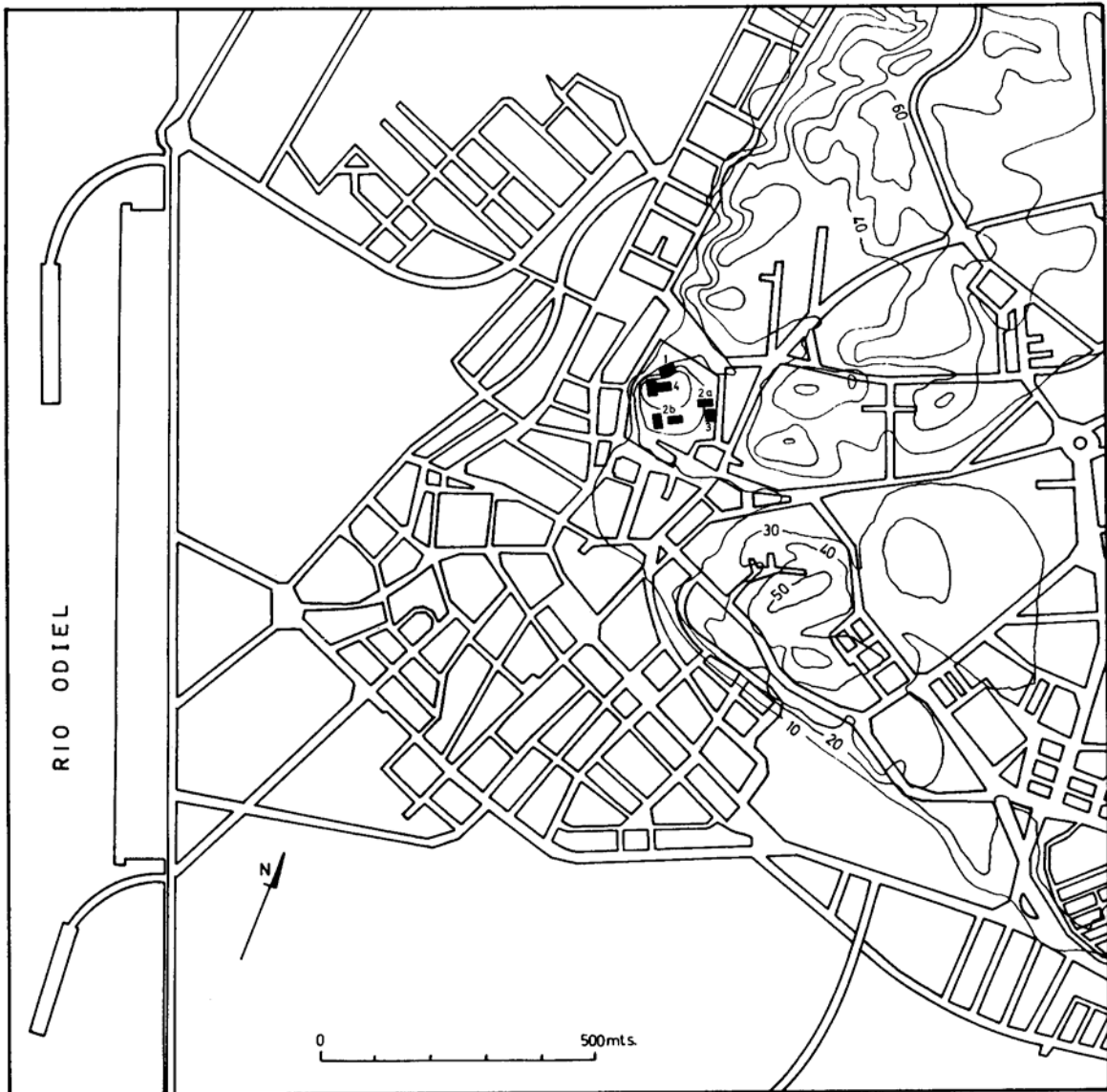
Ante el evidente peligro de desprendimientos en esta ladera de San Pedro, en 1.960 se llevó a cabo una labor de peinado de la misma. Esta tarea, que facilitó el conocimiento de la gran potencia estratigráfica existente en el lugar, cercana a los 25 m., se completó con el análisis de dicha estratigrafía y la recogida de los materiales arqueológicos que los trabajos iban poniendo al descubierto. El estudio y posterior publicación de los resultados (3), que hizo que los especialistas comenzaran a fijarse en este cabezo, dada la calidad de las cerámicas encontradas y las cronologías que de ellas podían deducirse, ya que al no ser una excavación propiamente dicha los materiales fueron agrupados, de forma teórica, en base a la experiencia de quienes los estudiaron y de acuerdo con el número de niveles arqueológicos hallados.

El trabajo arqueológico realizado en esta ladera ha sido objeto de numerosas controversias, siendo la opinión más extendida el que se trataba de niveles de arrastre, no prestándose atención al hecho de que "*espóradicamente encontramos fondos de cabañas, restos de hogar o fuego, que cierran los estratos inferiores y permiten así establecer con seguridad una cronología relativa de las distintas culturas identificadas*" (4).

Es indudable que la desaparición del cabezo del Cementerio Viejo, dificultaba la comprensión de esta estratigrafía que se encontraba *in situ* y no era producto de arrastres; pero, si se reconstruye el paisaje de época protohistórica, se comprueba la existencia de una amplia y suave vaguada entre ambos cabezos en la que se debió ubicar la población, siendo éste el modelo seguido tradicionalmente en Huelva, es decir, la localización del hábitat en las no muy escarpadas laderas medias y bajas de los cabezos y no en sus cimas.

La realidad expuesta se ha visto confirmada por el hallazgo de un muro de contención, junto a esta misma ladera occidental, durante las excavaciones de 1.978 (5).

Los seis niveles arqueológicos definidos por los excavadores, permitieron a éstos establecer un marco cronológico que abarcaba desde época medieval hasta el II milenio a.C. (6). No obstante y dejando al margen los niveles 1 y 2, de épocas medieval y romana respectivamente, así como la alta cronología otorgada al Nivel 6, que pensamos no debe ser más antiguo del siglo IX a. C., es importante reseñar la presencia de abundante cerámica ática en el Nivel 3, al que denominaron greco-púnico (7), lo que se ha visto corroborado en las excavaciones que venimos realizando en el núcleo urbano de Huelva (8).



- 1 LADERA OCCIDENTAL
- 2a CORTE M Y SONDEO Z
- 2b SONDEOS A Y B
- 3 CORTE ONESIMO REDONDO (O.R.)
- 4 CAMPAÑAS DE 1977 Y 1978

Figura 16. Excavaciones en el Cabezo de San Pedro.

Circunstancia de similar interés e importancia fue el hallazgo de evidencias metalúrgicas (9), lo que también hemos podido documentar ampliamente en nuestras excavaciones (10).

En cualquier caso, el trabajo realizado en la ladera occidental del cabezo de San Pedro ha sido de gran importancia y es justo reconocer que fue el punto de partida de una intensa actividad arqueológica en este cabezo, la cual ha ido matizando las afirmaciones hechas en su día y que, sin embargo, no fueron excesivamente descabelladas. Al mismo tiempo, la publicación de estos resultados aumentó el interés por la arqueología onubense, ya que se vislumbraba la posibilidad de excavar una estratigrafía que permitiera conocer la evolución del poblamiento antiguo en Huelva, pues los trabajos en el cabezo de La Esperanza, como hemos visto, no habían aclarado la cuestión.

3.2. CORTE M.

Se efectuó en la ladera oriental del cabezo de San Pedro, junto a la calle Plácido Bañuelos (antes Onésimo Redondo). El corte se realizó en la zona más baja de la citada ladera, a -18 y -22 m. de la cima, cuya cota es de 47 m. (fig. 16) (11) y puso al descubierto trece niveles arqueológicos. Junto a este corte y en sus cercanías se realizaron otros (sondeos A, B y Z), que sólo proporcionaron materiales revueltos y una total ausencia de estratigrafías válidas.

El estudio de este conjunto de trabajos en el Cabezo de San Pedro y básicamente el de los trece niveles del Corte M, llevó a los excavadores al establecimiento de seis etapas culturales (12), que en síntesis son como siguen:

HUELVA I: representada por los Niveles XIII y XII, fueron fechados a inicios del siglo VIII o fines del IX a.C.

HUELVA II: fundamentada en el Nivel XI, representa el auge de la influencia oriental durante el siglo VII y el primer cuarto del VI a.C. Coincidiría cronológica y culturalmente con la necrópolis de La Joya y con el Nivel III del Corte A-1 del Area Tres de La Esperanza.

HUELVA III: mal definida por el Nivel X, es la prolongación de la etapa anterior y coincide con los momentos finales del cabezo de La Esperanza, fechándose en el siglo VI a.C., aunque sin descartar que entrara en el siglo V a.C.

HUELVA IV: abarca los Niveles IX al V inclusive, aunque se distinguieron dos horizontes:

Huelva IVa: representada por los Niveles IX, VIII y VII, se define por las importaciones áticas de los siglos V y IV a.C.

Huelva IVb: constituida por los Niveles VI y V, es continuación de la anterior y se fecha durante todo el siglo IV a.C.

HUELVA V: definida por los Niveles IV y III, ocupa desde los últimos momentos del siglo IV hasta los inicios del II a.C. Es la etapa que los autores denominan "*horizonte turdetano evolucionado*" (13).

HUELVA VI: coincide con el Nivel II y representa el inicio de la romanización. Cronológicamente abarca los siglos II y I a.C.

En nuestra opinión, los resultados obtenidos en este corte estratigráfico no parecen suficientemente explícitos y consideramos, a la vista del cuadro resumen publicado por los excavadores y que reproducimos (Cuadro 2), que los niveles excavados son el resultado de arrastres de zonas más elevadas, no siendo fácil por ello el correlacionarlos con otras excavaciones desarrolladas en Huelva.

CUADRO 2. Resumen del Corte M de San Pedro (según M. Belén y otros, 1978).

	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII
GRISES	1							3	18	44	5	5
									(3,8 %)	(7 %)	(4,8 %)	(1,8 %)
BARNIZ ROJO				1				78	72	73	2	3
								(12,8 %)	(15,3 %)	(11,7 %)	(1,9 %)	(1 %)
GRIEGA/ CAMPA- NIENSE ..	2		1	1	3	17	10	8				
				(2 %)	(15,7 %)	(6,7 %)	(1,3 %)					
PINTADAS .	126	83	53	90	103	66	108	345	168	223	7	
	(35,8 %)	(53,1 %)	(54,6 %)	(66,6 %)	(68,2 %)	(61,1 %)	(73 %)	(58,5 %)	(35,5 %)	(33,1 %)	(6,7 %)	
COMUN	220	72	41	39	44	25	28	136	62	56		
	(62,5 %)	(46,1 %)	(42,2 %)	(28,8 %)	(29,1 %)	(23,1 %)	(18,9 %)	(22,3 %)	(13,1 %)	(9 %)		
BRUÑIDA ..	1							3	37	40	28	98
									(7,8 %)	(6,4 %)	(27,1 %)	(35,7 %)
MANO	2	1	2	4	1		2	37	115	188	61	168
			(2 %)	(3 %)				(6 %)	(24,3 %)	(30,1 %)	(59,2 %)	(61,3 %)
TOTAL ...	352	156	97	135	151	108	148	610	472	624	103	274

En definitiva, creemos que el Corte M del Cabezo de San Pedro no permite afirmar que en esa zona hubo un asentamiento ininterrumpido y hace difícil aceptar la periodización y las etapas culturales propuestas, pareciendo incluso que alguna de ellas (HUELVA III), han visto ampliada su cronología para así poder explicar una secuencia cronológica, lineal desde el siglo VIII al I a. C.

3.3. CORTE O.R. (Onésimo Redondo).

También en la ladera oriental del Cabezo de San Pedro y aprovechando el derribo de casas antiguas de la calle Onésimo Redondo (O.R.) (fig. 16) (14), hoy Plácido Bañuelos, se procedió en 1.972 a realizar el estudio de los niveles arqueológicos que las máquinas habían dejado al descubierto en la ladera.

La excavación se llevo a cabo en un frente de 9 m. de alto por 6 m. de ancho, extrayendo las tierras y materiales arqueológicos por niveles y mediante la formación en el corte de una caja de 20 cms. de fondo, completándose el procedimiento por la excavación de los niveles en orden inverso a como normalmente se hace, es decir, de abajo hacia arriba (15).

CUADRO 3. Resumen del Corte O.R. de San Pedro (según M. del Amo y M. Belén, 1981).

	NIVELES									
	I	IIa	IIb	IIc	III	IV	V	VI	VIIa	VIIb
A MANO	71'60	36'53	28'09	38'00	2'05	11'67	0'82	0'76	0'42	0
A TORNO	28'40	63'44	71'88	62'00	97'91	88'28	99'18	99'22	99'54	99'97
GRIEGAS			2		6	1	2			

(Este cuadro es resumen del ofrecido por los autores en HA V, p. 129; en él expresamos numéricamente las cerámicas griegas, mientras que el resto lo hacemos porcentualmente).

Los resultados obtenidos en este trabajo, en el que se definieron siete niveles y cuya cronología se enmarcó entre los siglos VII y II a.C., tampoco aportaron novedades sobre lo ya conocido en el Cabezo de San Pedro y, de acuerdo con los excavadores, parece que nos encontramos ante una zona de vertedero o escombrera (16), opinión que nosotros ampliamos a toda la ladera oriental del cabezo, aunque discrepamos respecto a los excavadores en que los estratos no responden a las distintas etapas de poblamiento, sino que son el resultado, arbitrario y desordenado, de los arrastres que en dicha ladera se han ido produciendo a lo largo de los siglos.

3.4. CAMPAÑAS DE 1977 y 1978.

Los resultados obtenidos en los diversos trabajos efectuados en el Cabezo de San Pedro, ponían de manifiesto la existencia en el mismo de poblamiento desde época antigua, pero no facilitaban una lectura clara y fiable de su evolución.

Ante esta realidad y con vistas a determinar si aún quedaban lugares en este cabezo que permitiesen una lectura arqueológica válida, se procedió a excavar de nuevo en este cabezo en los veranos de 1.977 y 1.978 (fig. 16)(17), obteniéndose resultados muy satisfactorios y clarificadores respecto a la población autóctona y al proceso de orientalización que se produjo con la llegada de los fenicios.

Aunque presentamos de forma individualizada los datos de cada una de las campañas, la valoración de las mismas la haremos conjuntamente.

3.4.1. Campaña de 1.977.

En el verano del citado año y considerando que sólo la recogida de materiales efectuada en la ladera occidental había sido útil (18), se buscó un lugar cercano a la misma que permitiera la excavación desde la superficie (19), intentando con ello eludir el problema de los arrastres, tan frecuentes en San Pedro como en el resto de los cabezos onubenses.

Tras la realización de una zanja de sondeo, dividida en dos tramos (A.1 y A.2), se procedió a trabajar en dos cuadros estratigráficos (A.2.1 y A.2.2) que se ubicaron a ambos lados del extremo más occidental de A.2 (fig. 17), lugar que parecía proporcionar las mejores posibilidades de hallar una estratigrafía válida.

Los datos aportados por esta campaña de excavación permitían conocer, al fin, una estratigrafía ordenada en el Cabezo de San Pedro, que facilitaba el establecimiento de tres Fases cronológico-culturales (20), aunque no proporcionó una amplitud cronológica tan amplia como la que se dedujo, años

antes, de la ladera occidental del cabezo; esta circunstancia y lo reducido del espacio excavado aconsejaban una nueva campaña de excavaciones, al objeto de profundizar en las fases establecidas y en las cronologías propuestas.

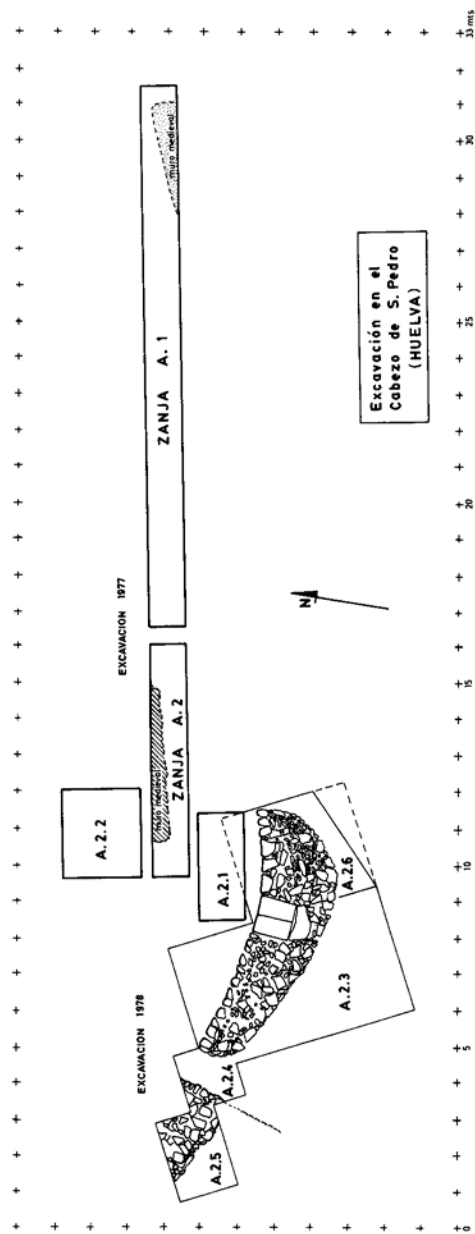


Figura 17. Planimetría de las campañas de 1977-1978 en San Pedro (según D. Ruíz Mata y otros, 1981)).

3.4.2. Campaña de 1978.

Los nuevos trabajos se localizaron junto al corte A.2.1 de 1.977 (fi. 17) (21) y aprovechando el poco espacio disponible que aún quedaba cerca de la ladera occidental del cabezo. El hallazgo en este nuevo corte (A.2.3) de un gran muro, dió lugar a la apertura de otros tres cortes (A.2.4, A.2.5 y A.2.6), con el objetivo de ampliar los datos que se obtuviesen en el primero de los cortes practicados y que una vez excavado, proporcionó una amplia y potente estratigrafía que colmataba el muro citado, sin duda el hallazgo más novedoso de la campaña (22).

El muro se orienta de Este a Oeste en una longitud de 7 m., ocupando los cortes A.2.3 y A.2.6 (fig. 18) y presenta una planta de tendencia semi-circular; en su extremo occidental y en relación con el corte A.2.4, desaparece en un tramo de casi 1 m., aunque es posible que allí no haya existido nunca; de todas formas, durante la excavación no se apreciaron evidencias que explicaran el por qué de su inexistencia.

La construcción está formada por un pilar de sillares bien escuadrados (fig. 19), aunque los de las dos hiladas inferiores no son totalmente paralelepíedicos; su colocación, a soga y tizón y sin argamasa alguna, ha impedido la medición de todos ellos, habiéndose podido hacer exclusivamente con los de la parte superior, que poseen las siguientes dimensiones: 0'50 m. de ancho, 1 m. de longitud y 0'37 m. de grosor. Adosados al pilar de sillares se encuentran dos paramentos de pizarras, ligeramente escuadradas y con pequeños cantos que rellenan los intersticios.

El proceso constructivo fue único, es decir, la colocación de los sillares y los mampuestos fue una obra ejecutada de una sola vez, observándose en la zona occidental del muro la realización de un relleno con guijarros y tierra para facilitar la nivelación y apoyo de la construcción que, por otra parte, no presenta zanja de cimentación y descansa directamente sobre el desnivel del cabezo; quizá, la forma curvada del muro esté condicionada por seguir la línea de la ladera, así como parece apoyar también esta idea la irregular anchura que presenta su planta.

El muro, que se excavó por su cara vista, parece estar construido sobre una vaguada, apoyando los mampuestos en los laterales y el pilar de sillares en el fondo de la misma, mientras que su cara sur descansa directamente sobre el suelo firme de la ladera occidental del cabezo. Esta forma de construirlo evita la necesidad de caja de cimentación (23).

La finalidad de este muro ha sido discutida y se han barajado diversas hipótesis, pero en nuestra opinión hay que descartar las que lo definen como parte de una fortificación (24), pues ya hemos aludido en otro lugar de este trabajo a la falta de tradición onubense por vivir en las cimas de los cabe-

zos y sí hacerlo en sus laderas, lo que se corrobora arqueológicamente por la ausencia de restos en aquéllas y su frecuente presencia en éstas.



Figura 18. Planta del muro de San Pedro (según D. Ruíz Mata y otros, 1981).

Creemos que esta potente construcción estaba destinada a la contención de las tierras del cabezo. Afirmado así puede parecer descabellado, pero vamos a intentar explicarlo.

Al hablar de la topografía onubense, hemos hecho alusión a la existencia del Cabezo del Cementerio Viejo (fig. 5) hasta, al menos, el último tercio del siglo pasado. La desaparición de este cabezo hace perder visión de conjunto y lo que entonces fue un espacio habitable entre los dos cabezos, Cementerio Viejo y San Pedro, hoy nos aparece como un gran vacío, dando así la impresión de encontrarnos ante un muro prácticamente *colgado* y en consecuencia sin utilidad o finalidad aparente. Sin embargo, cuando reconstruimos mentalmente el paisaje antiguo, se comprende más fácilmente la finalidad de este muro, es decir, la de contener las tierras del cabezo y salvaguardar el hábitat que se disponía en su ladera.

Por último y dejando al margen las cuestiones meramente constructivas de este muro de filiación fenicia (25), ha de reseñarse que se construyó en un ambiente indígena del Bronce Final (26).

3.4.3. Síntesis de las Campañas de 1.977 y 1.978.

Estas campañas de excavaciones han sido las únicas que a nuestro juicio, han proporcionado estratigrafías válidas en el cabezo de San Pedro, sirviendo los resultados obtenidos para que sus excavadores establecieran una secuencia cronológico-cultural que, en gran medida, ha sido útil no sólo para la protohistoria onubense, sino también para el resto de Andalucía Occidental.

En función de los resultados obtenidos en 1.977, se establecieron tres Fases (27) que, con los datos de 1.978, pudieron matizarse adecuadamente (28) y que, en síntesis, reproducimos en el Cuadro 4 y resumimos a continuación:

Fase I: Es un amplio momento indígena y prefenicio, que se caracteriza por la presencia de cerámicas bruñidas carenadas y a mano de superficies toscas o alisadas. La excavación del muro con sillares facilitó el que pudiesen delimitarse tres subfases:

I.a: corresponde a una etapa anterior a la construcción del muro (29).

I.b: es el momento de la construcción del muro (30).

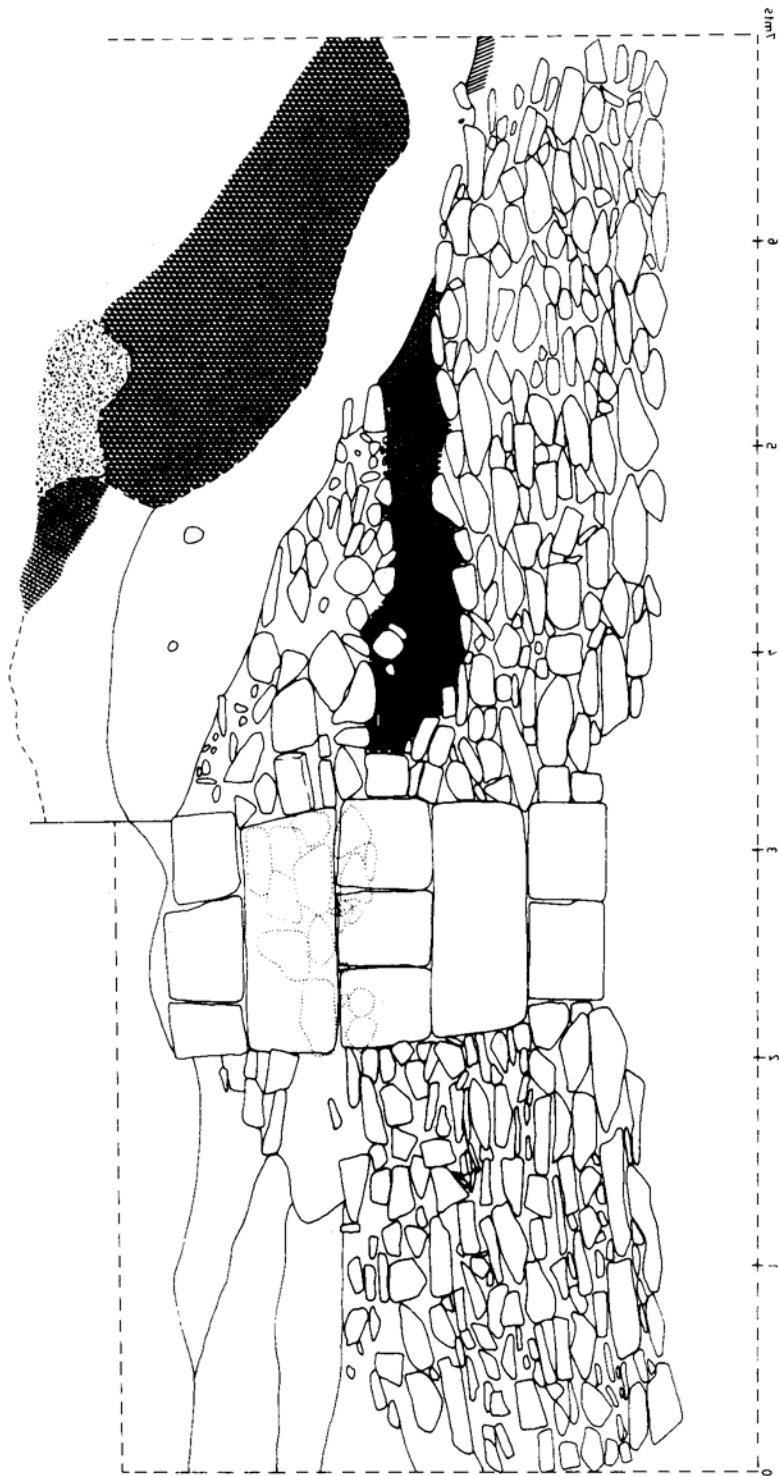


Figura 19. Alzado del muro de San Pedro (según D. Ruíz Mata y otros, 1981).

I.c: representa la colmatación del muro de sillares y supone la aparición del primer fragmento cerámico a torno, probablemente un oinocóe (31).

La Fase I representa un horizonte fechado entre los siglos X-IX y el 700 a.C. (32).

Fase II: Se caracteriza por la evolución de las formas y decoraciones bruñidas, apareciendo nuevos tipos como los carenados de pequeño tamaño y paredes finas, así como esquemas decorativos más complejos que los estrictamente reticulados de la fase anterior. Surgen también ahora las formas cerradas a mano con decoración digitada y hacen su irrupción, en gran número, las cerámicas a torno con engobe rojo y polícromas (33). Cronológicamente se sitúa entre el 700 y el 650/625 a. C.(34).

Fase III: Evidencia el proceso de orientalización que se produce en la población indígena. Las formas bruñidas han evolucionado desde las carenadas hasta las hemiesféricas con borde diferenciado y superficies poco cuidadas. En cuanto a las cerámicas a torno, hay que mencionar la mayor presencia de los platos de engobe rojo, aunque tipológicamente no varían respecto a la Fase II y se observa incluso una mayor presencia de los bordes estrechos en la Fase III (35). Junto a estas cerámicas oxidadas aparecen las grises y las ánforas polícromas de asas geminadas (36), que ya habían hecho su aparición, aunque en menor porcentaje, en la fase anterior. La cronología de esta Fase III se estableció entre el 650/625 y el 575/550 a.C. (37).

La determinación de estas tres fases cronológico-culturales, tuvo y aún tiene una gran importancia. Con ellas y el estudio pormenorizado que de las formas cerámicas se hizo, fue posible ir entendiendo, con mayor claridad, quiénes fueron los primeros habitantes del cabezo de San Pedro y el proceso de aculturación que, a través de los fenicios, vivió la población indígena al entrar en contacto con estos comerciantes mediterráneos.

Igualmente, se puso de manifiesto la posible existencia de un hábitat de cabañas, ya apuntado con anterioridad por los autores del *peinado* de la ladera occidental y localizado en las laderas medias, siendo precisamente la llegada de los fenicios la que determinó la aparición de los primeros elementos constructivos en piedra (38), aunque en niveles indígenas (Fase Ic) y en los que se constata también el primer fragmento cerámico a torno ya citado.

NOTAS.

1. M. del AMO. "Restos materiales de la población romana de Onuba". *HA II*, 1.976.
2. M. BELEN y otros. *HA III*, pp. 370-371.
J. M. BLAZQUEZ, D. RUIZ MATA y otros. "Excavaciones en el cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1.977". *EAE 102*. Madrid 1.979 (En adelante: SAN PEDRO 1.977).
3. J. M. BLAZQUEZ y otros. "Las cerámicas del Cabezo de San Pedro". *HA I*, 1.970. (2 edición en 1989)(En adelante: SAN PEDRO 1970).
4. SAN PEDRO 1970, p. 9.
5. D. RUIZ MATA y otros. "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1.978". *HA V*, 1.981, pp. 178-189, figs. 21- 23. (En adelante: SAN PEDRO 1.978).
6. SAN PEDRO 1.970, pp. 10 y 17.
7. SAN PEDRO 1.970, p. 11, lám. IX.
8. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega arcaica en Huelva". *EH 1*, Diputación de Huelva, 1.984.
R. OLMOS y P. CABRERA. "Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva". *AEspA 53*, 1.980, pp. 5-14.
R. OLMOS y J. P. GARRIDO ROIG. "Cerámica griega en Huelva. Informe preliminar". *HSB*, Diputación Provincial de Badajoz 1.982, pp. 243-264.
J. FERNANDEZ JURADO y R. OLMOS. "Una inscripción jonia arcaica en Huelva". *Lycenium IV*. Alicante 1.985, pp. 107-114.
P. CABRERA. "Los griegos en Huelva: los materiales griegos". *HLS* (Cuevas del Almanzora 1.984). Sevilla 1.986, pp. 575-583.
P. CABRERA y R. OLMOS. "Die Griechen in Huelva". *MM 26*, 1.985, pp. 61-74.
J. FERNANDEZ JURADO. "Fenicios y griegos en Huelva". *HLS* (Cuevas del Almanzora 1.984). Sevilla 1.986. pp. 562-574.
J. FERNANDEZ JURADO. "El poblamiento ibérico en Huelva". *IJMI*. (Jaén, 1.985). Sevilla 1.987, pp. 315-326.
J. FERNANDEZ JURADO y P. CABRERA BONET. "El comercio griego en los siglos V y IV a.C. en Huelva". *REA, tomo LXXXIX*, 3- 4. Burdeos 1.987, pp. 149-160.
9. SAN PEDRO 1970, p. 17.
10. J. FERNANDEZ JURADO y D. RUIZ MATA. "La metalurgia de la plata en época tartésica en Huelva". (X SPAP, Barcelona 1982). *Pyrenae 21*. Barcelona 1985, pp. 23-42.
J. FERNANDEZ JURADO. "La metalurgia de la plata en época tartésica". *MACME* (Madrid 1985). Ministerio de Cultura, 1988, pp. 147-166.
J. FERNANDEZ JURADO. "Economía tartésica: minería y metalurgia". *HH 1*, 1986, pp. 149-170.
J. FERNANDEZ JURADO. En esta misma obra, vol. 3.
11. M. BELEN y otros. *HA III*, pp. 24 ss. (En adelante: Corte M).

12. CORTE M, pp. 369-371.
13. CORTE M, p. 370.
14. M. del AMO y. BELEN. "Estudio de un corte estratigráfico en el cabezo de San Pedro". *HA V*, 1981, pp. 57-148 (En adelante: O. REDONDO).
15. O. REDONDO, p. 62.
16. O. REDONDO, p. 142.
17. Queremos agradecer al Dr. Ruiz Mata el que nos incluyese en su equipo para la realización de estas excavaciones en San Pedro.
18. SAN PEDRO 1970.
19. SAN PEDRO 1977.
20. SAN PEDRO 1977, pp. 30-31 y 172-177.
21. D. RUIZ MATA y otros. "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1.978". *HA V*, 1981, pp. 149-316. (En adelante: SAN PEDRO 1978).
22. El muro ha sido conservado por el propietario del cabezo de San Pedro, D. Joaquín Domínguez Roqueta, haciendo posible su visita.
23. SAN PEDRO, 1978, p. 185.
24. O. REDONDO, p. 59.
 M. BELEN y otros. "Secuencia cultural del poblamiento en la actual ciudad de Huelva durante los siglos IX-VI a.C." *HA VI*, 1982, p. 24.
25. SAN PEDRO 1978, p. 259.
26. SAN PEDRO 1978, p. 258.
27. SAN PEDRO 1977, pp. 30-31 y 172-177.
28. SAN PEDRO 1978, pp. 190-195 y 2562-258, fig. 28.
29. SAN PEDRO 1978, pp. 192 y 256, fig. 12.
30. SAN PEDRO 1978, pp. 256.
31. SAN PEDRO 1978, pp. 192, 201 y 257.
32. SAN PEDRO 1978, p. 258.
33. SAN PEDRO 1978, pp. 192, 194-195, 248 y 257.
 SAN PEDRO 1977, pp. 31 y 177.
34. SAN PEDRO 1978, p. 258.
35. SAN PEDRO 1977, pp. 147-150 y 166, fig. 63.
36. SAN PEDRO 1977, pp. 150-156.
37. SAN PEDRO 1977, pp. 176-177.
38. SAN PEDRO 1978, pp. 179-189.

**4. VALORACION ARQUEOLOGICA DE HUELVA EN BASE
A LAS EXCAVACIONES DE LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA.**

Es indudable que hasta la realización de las campañas de excavaciones de 1.977 y 1.978 en el cabezo de San Pedro, no se poseía una estratigrafía válida del yacimiento arqueológico que es y está bajo la actual ciudad de Huelva. Ciertamente es que la excavación de la necrópolis de La Joya y los distintos trabajos efectuados en La Esperanza y en el mismo San Pedro, ponían de manifiesto la importancia arqueológica de la ciudad, pero eran y son difíciles de interpretar, inclusive La Joya.

Ya en las páginas precedentes y a pesar de las dificultades a las que hacemos mención, hemos intentado valorar cada uno de los trabajos arqueológicos efectuados durante los años sesenta y setenta. Dicha apreciación individual la intentamos en base a los conocimientos que se tenían en la época en que se hizo cada excavación, de ahí nuestro interés por mantener un orden cronológico a la hora de presentarlas.

Siguiendo la misma línea expositiva, pretendemos ahora una interpretación conjunta de todos los trabajos efectuados, basándonos para ello en las faes establecidas a raíz de las últimas excavaciones efectuadas en el cabezo de San Pedro; sin embargo, la utilización que haremos de ellas lo serán desde el punto de vista cultural y prescindiremos por el momento de estimaciones cronológicas que, de acuerdo con los resultados de las últimas excavaciones que hemos realizado en Huelva, pueden hacerse y que haremos una vez hayamos presentado estos últimos trabajos.

4.1.FASE I.

Corresponde a una etapa de marcado carácter autóctono y anterior a la presencia fenicia. Sus cerámicas están exclusivamente fabricadas a mano,

destacando las formas carenadas de superficies bruñidas y decoradas con igual técnica, en la que predomina los motivos exclusivamente reticulados, así como está presente la decoración pintada en rojo, con motivos geométricos, sobre estas mismas cerámicas. Junto a las cerámicas bruñidas se encuentran otras realizadas a mano, sobre todo formas cerradas, con superficies más o menos cuidadas, que presentan en algunos casos mamelones como elementos de suspensión.

Esta fase se ha documentado claramente en el cabezo de San Pedro, correspondiendo a ella los niveles 6, 5a y 5b de la Ladera Occidental (1); la zona inferior, con reservas, del estrato XIII del Corte M (2); los cortes A.2 y A.2 1. de 1.977 (3) y A.2.3, A.2.4, A.2.5 y A.2.6 de 1.978 (4), siendo el corte A.2.3 el que permitió una mejor definición de esta fase, gracias al hallazgo del muro con sillares, facilitando al mismo tiempo el establecimiento de tres subfases (Ia, Ib y Ic) en relación con la edificación del citado muro. Igualmente, se recogieron cerámicas bruñidas, tipológicamente correspondientes a esta Fase, en el sondeo de Schubart-Garrido en La Esperanza (5), aunque no estratificados.

Es evidente que la desaparición de algunos cabezos (Cementerio Viejo y Molino de Viento en su parte superior) (fig. 5) y la modificación substancial de otros (La Esperanza, San Pedro y Molino de Viento en sus laderas), hacen difícil la comprensión del poblamiento onubense en este momento. No obstante, parece poder afirmarse que el hábitat de esta fase debió estar constituido por cabañas, que se distribuirían por las laderas medias de los diversos cabezos y sin preferencia por ninguno de ellos, aunque los resultados más satisfactorios de las excavaciones en San Pedro puedan llevarnos a pensar que éste fue el núcleo central del poblamiento, núcleo que pensamos no debió existir y sí por el contrario un hábitat discretamente disperso, ya que todos los cabezos ofrecían las mismas condiciones y posibilidades de ocupación.

4.2.FASE II.

Esta etapa se define por la presencia fenicia y en consecuencia por la aparición masiva de las cerámicas a torno en una variada tipología.

Respecto de las cerámicas bruñidas, se observa una evolución de las mismas hacia la suavización de las carenaciones y a la complicación compositiva de las decoraciones, con predominio de los esquemas radiales, complicación que también se observa en las que se ornamentan con motivos pintados en rojo.

En las cerámicas a mano hay que destacar la aparición de las formas cerradas, con superficies toscas y decoración digitada, coincidiendo curiosamente con la llegada de las formas a torno.

Esta Fase se ha documentado estratigráficamente en todos los cortes efectuados en las campañas de 1.977 y 1.978 en el cabezo de San Pedro (6), a excepción de en el A.2.2; en el nivel 4 de la Ladera Occidental de este cabezo (7); en los estratos XIII y XII del Corte M (8); y en el nivel I de O.R. (9). También el conjunto de los materiales de La Esperanza se deben integrar en este momento, aunque el Area Tres podría ser ligeramente posterior y por tanto se incluiría con mayor precisión en la Fase siguiente.

Desde el punto de vista del poblamiento, esta Fase II se caracteriza por la sustitución de las cabañas por estructuras cuadrangulares construidas en piedra, que se documentan en La Esperanza (Sondeo 1.966)(10) y más claramente en San Pedro (cortes A.2.1 y A.2.5)(11), siendo ésta una evidente manifestación, junto con las cerámicas a torno, del proceso de orientalización que se produce en la población autóctona.

4.3. FASE III.

Es esta etapa marcadamente orientalizante y con claro predominio de las cerámicas a torno sobre las autóctonas, desapareciendo las formas carenadas características de momentos precedentes, documentándose ahora las formas hemiesféricas de borde indiferenciado y superficies no excesivamente cuidadas, aunque la interior suele presentar mejor tratamiento que la exterior. Junto a éstas, se encuentran pequeñas piezas bruñidas de paredes finas.

Arqueológicamente se ha documentado en el corte A.2.2 de San Pedro (12) y en el cabezo de La Esperanza, fundamentalmente en el Area Tres (13), aunque también hay elementos de esta fase en el resto de los sondeos hechos en este cabezo. Pero donde mejor se define, junto con el corte A.2.2 de San Pedro, es sin duda en la necrópolis de La Joya, en la se produce una aparente paradoja, que ya hemos apuntado, como es la predominancia de cerámicas a mano sobre las a torno (Cuadro 1), mientras que en el poblado el porcentaje se invierte. Esta *contradicción* no debe interpretarse como tal, sino que ha de explicarse, en nuestra opinión, por el mayor tradicionalismo existente, en general y en todas las culturas, en las cuestiones relacionadas con lo espiritual, tradicionalismo que no es tan acusado en los aspectos de la vida cotidiana.

Esta fase ofrece desde el punto de vista urbanístico, las mismas características de la anterior, produciéndose en ella un incremento poblacional y una extensión del hábitat hacia zonas más bajas de los cabezos y en consecuencia más cercanas a la Ría del Odiel, vía de penetración del comercio marítimo.

En definitiva, nos encontramos ante un yacimiento, Huelva, que dadas sus características topográficas y la modificación que éstas han sufrido. así

como el uso del mismo espacio como lugar de hábitat a lo largo de los siglos, hacen compleja su excavación y en consecuencia la comprensión del poblamiento y el desarrollo socio-económico-cultural de la población que habitó en este marco geográfico durante la primera mitad del I milenio a. C.

NOTAS.

1. SAN PEDRO 1970, pp. 13-17, láms. XIX-XXV y XXVIII-XXX.
2. CORTE M, pp. 30-31 y 167-173, figs. 93-96.
3. SAN PEDRO 1977, pp. 21-28, figs. 11-24.
4. SAN PEDRO 1978, pp. 163-178, figs. 11-24.
5. LA ESPERANZA 1967, figs. 13-15.
6. SAN PEDRO 1977.
SAN PEDRO 1978.
7. SAN PEDRO 1970, pp. 11-13, láms. XIII-XVIII.
8. CORTE M, pp. 30-32 y 165-173, figs. 93-96.
9. O. REDONDO, pp. 62-72, figs. 2-6.
10. LA ESPERANZA 1966.
11. SAN PEDRO 1977, pp. 25-28.
SAN PEDRO 1978, pp. 172-173.
12. SAN PEDRO 1977, pp. 29-30.
13. M. BELEN y otros. *HA III*, pp. 259-294.

5. EXCAVACIONES DE LA DECADA DE LOS OCHENTA.

El inicio de los años ochenta marcó una nueva etapa de actividad arqueológica en Huelva que, como hemos visto en páginas precedentes, se ha venido caracterizando por coincidir con las últimas décadas (fig. 20).

La de los sesenta significó, desde un punto de vista sistemático, el inicio de la investigación arqueológica en la ciudad, centrándose en la necrópolis de La Joya (figs. 10 y 20) y en el Cabezo de La Esperanza (figs. 13, 14 y 20).

La de los setenta, con excepción de algunas excavaciones de urgencia (1) (figs. 6 y 20), estuvo protagonizada por el Cabezo de San Pedro (figs. 16 y 20), al tiempo que se continuaban los trabajos en La Joya.

Por último, el hallazgo fortuito acaecido en el solar 10 de la calle Puerto durante el verano de 1980 (2) (fig. 20), dió pie a una serie de circunstancias que posibilitaron el que iniciáramos, en 1982, un amplio programa de excavaciones sistemáticas e investigación arqueológica permanente en Huelva (3), cuyos primeros resultados ofrecemos en esta obra, en la que presentamos algunos de los trabajos que venimos desarrollando en estos últimos años en Huelva y que, en su mayoría, se han centrado en la zona baja de la ciudad (fig. 21).

De acuerdo con el criterio general que venimos manteniendo, analizaremos estas excavaciones siguiendo el orden cronológico en que las hemos ido realizando, con excepción de los dos cortes estratigráficos efectuados en el otoño de 1983 en el Cabezo de La Esperanza y que son los primeros que estudiamos. Esta modificación en el orden establecido se explica por lo redu-

cido de ambos, pero también por lo significativos que son en cuanto a la valoración que podemos hacer de los materiales cerámicos que proporcionaron y que nos permiten aproximarnos mejor a las características del poblamiento autóctono de Huelva.

El conjunto de trabajos que hemos venido realizando desde 1982, ha evidenciado que en el subsuelo de la actual Huelva se encuentran los restos arqueológicos de un importante núcleo poblacional, que lo fue desde antes del siglo VIII a.C. y alcanzó los últimos años del VI a.C., momento en que se produjo una notable crisis económica que ocasionó la decadencia del lugar, el cual y posteriormente (a mediados del siglo V a.C.) registró una ligera recuperación.

Esta realidad se concreta en el hallazgo de elementos constructivos pertenecientes a un denso e importante conjunto urbano, así como de abundante y variada tipología cerámica de diverso origen, junto con hornos para el beneficio de metales, fundamentalmente plata, y numerosos restos que evidencian esta actividad (escorias, cerámicas con escoria, minerales...).

La continuada labor de estos últimos años nos ha permitido alcanzar también, en nuestra opinión, un amplio conocimiento del proceso histórico que tuvo lugar en Huelva durante los siglos a los que con anterioridad hemos aludido. Sin embargo, no vamos a presentar la totalidad de las excavaciones realizadas, bien porque no corresponden estrictamente a la etapa histórica que nos ocupa (La Piterilla), bien porque su reciente realización y estado del estudio impiden presentar ahora un análisis profundo de las mismas, o por aportar estratigrafías menos amplias desde el punto de vista cronológico y, al mismo tiempo, no ofrecer variaciones apreciables respecto de las que aquí estudiamos.

Por otra parte y aún a riesgo de ser reiterativos, hemos de señalar como circunstancias comunes a todas las excavaciones realizadas, el que éstas siempre se han visto condicionadas, en mayor o menor grado, por la falta de espacio útil para trabajar, aún a pesar de las amplias dimensiones de algunos solares, dada la imposibilidad de acercamiento a los límites de los mismos por el evidente peligro de derrumbes, como consecuencia de la presión de las cimentaciones de los edificios colindantes y a la ejercida por el tráfico rodado. A esta realidad hay que añadir otras que, en síntesis, se concretan en la presencia de cimentaciones modernas, así como de canalizaciones y pozos de agua y/o negros, sin que podamos olvidar la aparición de agua en todos y cada uno de los trabajos efectuados, como consecuencia de la mayor altura actual del nivel freático respecto a la antigüedad, lo que provoca la inundación de buen número de niveles arqueológicos, que han de excavarse tras el previo bombeo del agua.

Por último, hemos de hacer constar que los pormenores de las excavaciones los presentaremos sucintamente y la valoración de las mismas la ha-

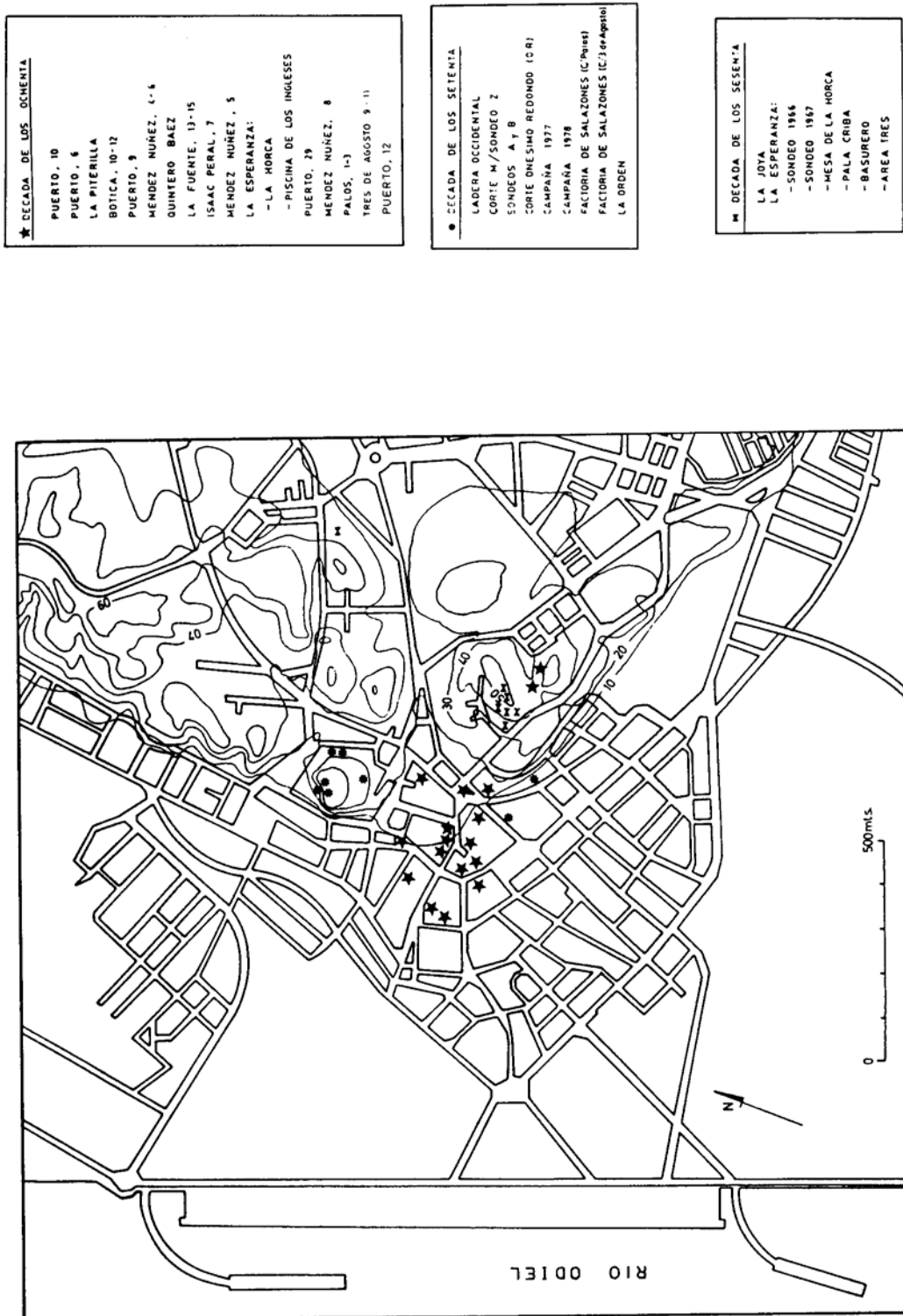


Fig. 20. Excavaciones en Huelva durante las tres últimas décadas.

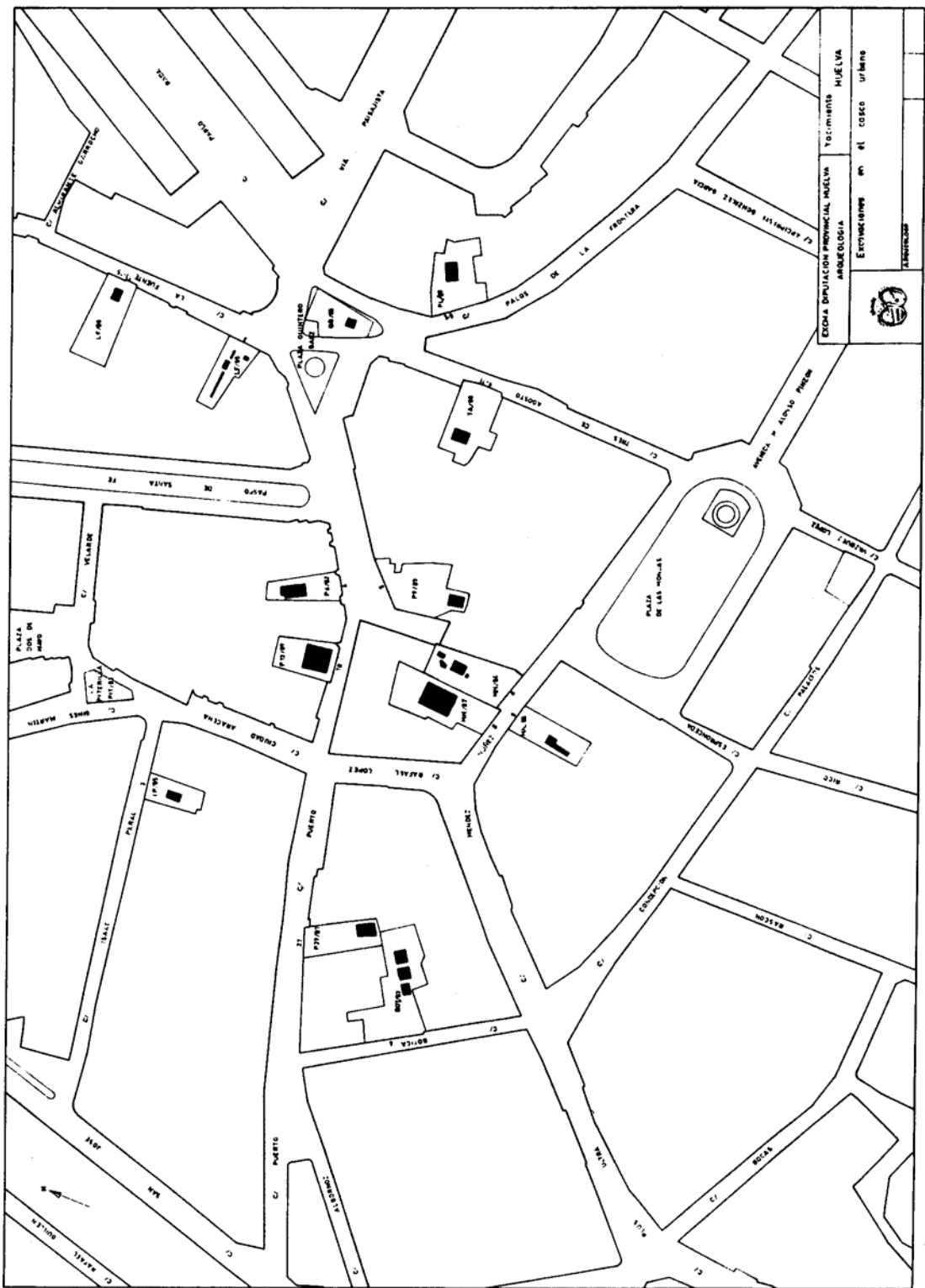


Fig. 21. Excavaciones en Huelva de la Sección de Arqueología de la Diputación Provincial (de 1982 a 1989).

remos de forma conjunta, dado el carácter de único yacimiento que debe otorgársele a Huelva. Del mismo modo, hemos de advertir que tampoco es nuestra intención el ofrecer un amplio y extenso catálogo de piezas y formas cerámicas, sino que por considerar que la mayoría de ellas son suficientemente conocidas, nos limitaremos a presentar los conjuntos que definen los niveles arqueológicos de cada una de las excavaciones, lo que posteriormente nos facilitará el establecimiento de etapas cronológico-culturales en Huelva.

5.1. EL CABEZO DE LA ESPERANZA (1983).

Las excavaciones que veníamos haciendo en Huelva, desde el invierno de 1982, ponían de manifiesto la presencia de un importante núcleo urbano de época protohistórica; pero, sin embargo, no documentaba la etapa más antigua (Fase I), que con anterioridad se había detectado en el de La Esperanza y más tarde se excavó en el de San Pedro. Esta situación y el hallazgo fortuito en el primer cabezo citado de una cazuela cerámica bruñida, decorada con la misma técnica (lám. I) (4), nos llevó a efectuar dos cortes estratigráficos en sendas laderas de La Esperanza.

Los trabajos se realizaron durante el otoño de 1983 y se localizaron en la ladera oriental del cabezo de **La Horca** y en la occidental de las **Piscinas de los Ingleses**, es decir, se hicieron en las laderas que confluyen en la vaguada que separa ambas elevaciones del cabezo de La Esperanza (fig. 22). El escoger estos lugares venía condicionado por circunstancias concretas que a continuación explicitamos.

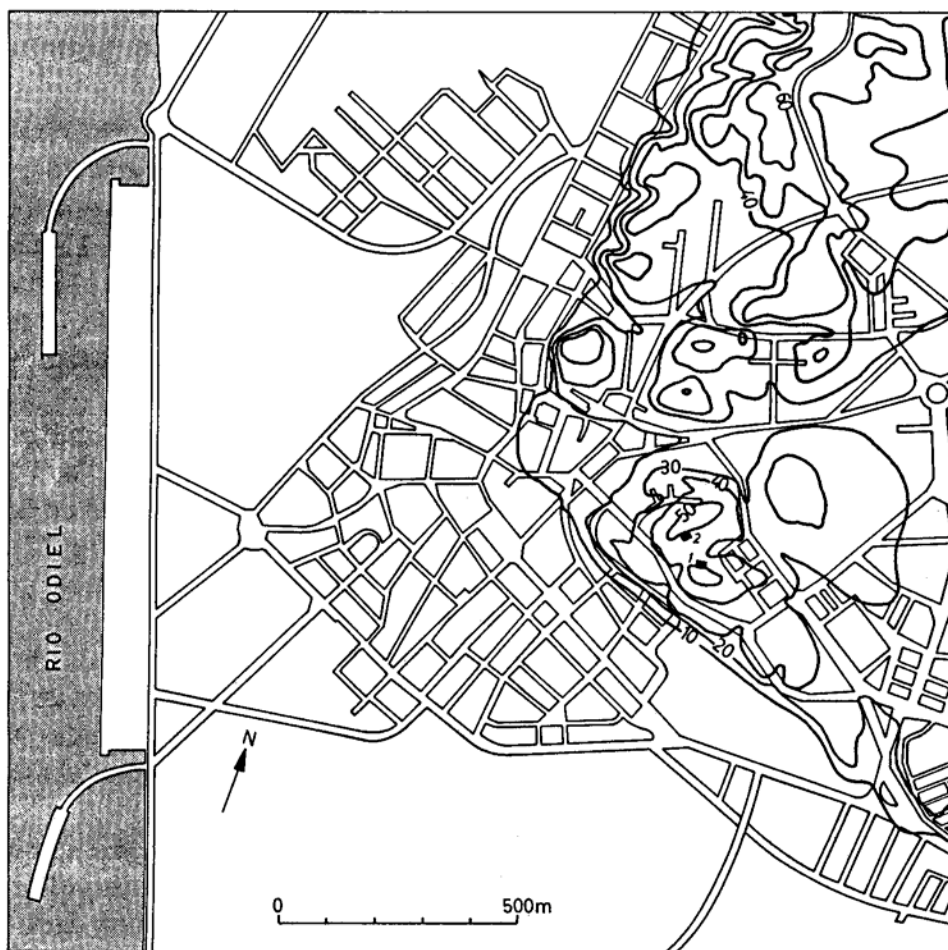
En el caso de las Piscinas de los Ingleses, así llamadas popularmente pero que en realidad eran depósitos de agua de la Compañía de Minas de Riotinto, porque en él se había producido el hallazgo de la cazuela citada y porque en dicho cabezo no se habían hecho aún trabajos arqueológicos, al menos que nosotros conociéramos.

El decidirnos por la ladera oriental de La Horca respondió a que los trabajos arqueológicos en este cabezo se habían realizado en su superficie o en las otras laderas (5), pero nunca en la oriental; al mismo tiempo y dado que los trabajos en las Piscinas de los Ingleses habían sido previos a éstos, buscábamos en esta ladera una posible correlación con los datos ya obtenidos, considerando la posibilidad de que la depresión entre ambos cabezos hubiese sido utilizada como lugar de hábitat.

5.1.1. Piscinas de los Ingleses.

A la vista de la gran potencia de los arrastres que se observaban en la ladera escogida para efectuar el sondeo, que denominamos Corte I, iniciamos los trabajos desmontando parte de los mismos. Una vez efectuada esta labor,

dejamos preparado para su excavación un frente de 5 m. y al objeto de evitar desprendimientos de las zonas más elevadas, dada la altura de la ladera (4 m. en la parte más alta y 3 m. en la más baja) respecto del suelo de la vaguada, procedimos a efectuar un escalonamiento de la pared sobre la que íbamos a trabajar.



1. PISCINA DE LOS INGLESES ; 2. LA HORCA

Fig. 22. Excavaciones en el Cabezo de La Esperanza (1983).

Una vez realizados los trabajos mencionados y comprobada la estratigrafía que había quedado al descubierto, procedimos a excavar cada uno de los estratos que se distinguían, mediante la profundización de 10 cm. en cada uno de ellos y siguiendo su formación natural.

La estratigrafía obtenida (fig. 23), analizada de arriba hacia abajo, presentó las siguientes características:

5.1.1.1. Estrato superficial: correspondía al manto vegetal y presentaba escasa potencia. No proporcionó material arqueológico alguno.

5.1.1.2. Estrato 1: formado por diversos estratos, presenta una potencia total aproximada de 1 m., siendo su coloración castaña. Estaba constituido por gravas de diversos tamaños y granulometría. En nuestra opinión, este nivel debió formarse al arrojar sobre la ladera las tierras resultantes de la excavación de la parte superior del cabezo, para la construcción de los depósitos de agua de la Compañía Minera de Riotinto. Como en el nivel superficial, tampoco se hallaron materiales arqueológicos.

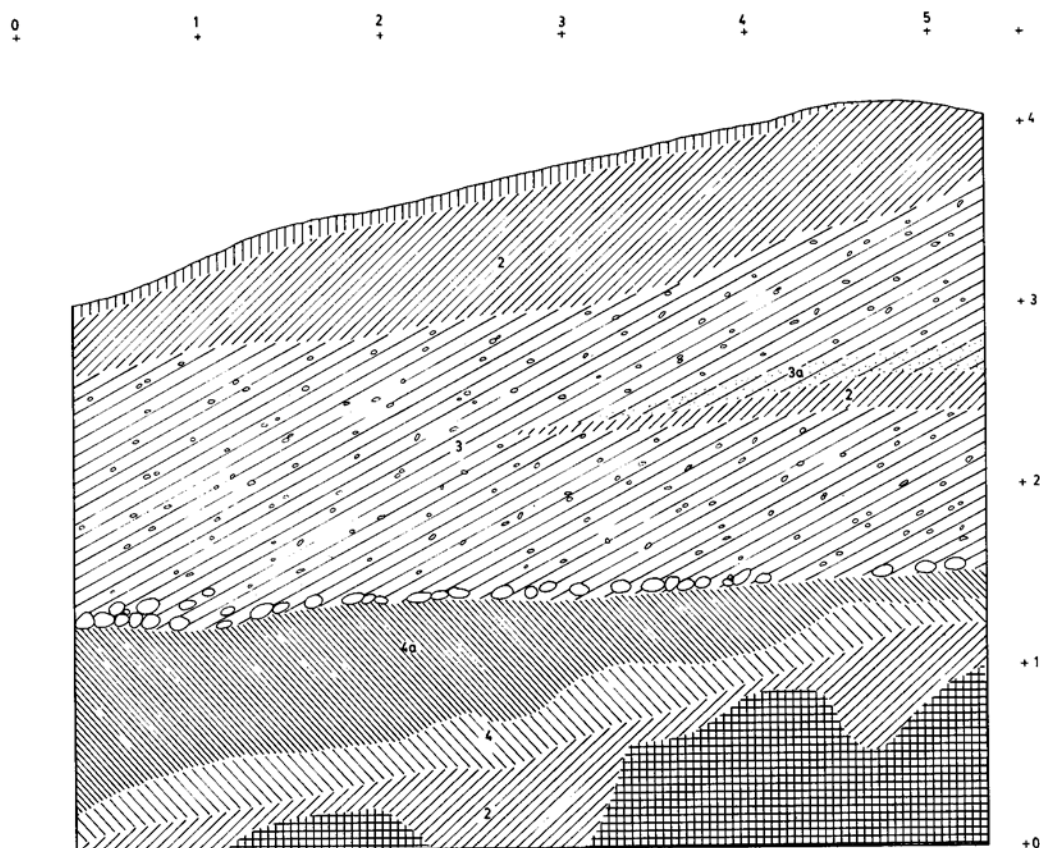


Fig. 23. Estratigrafía del Corte I de La Esperanza/83 (Piscinas de los Ingleses).

5.1.1.3. Estrato 2: igual que el anterior, estaba constituido por diversos estratos de características similares y aunque en éste la cantidad de grava era menor su granulometría era mayor, llegando a alcanzar algunos cantos los 10 cm. de longitud. La tierra que cementaba la grava era de color rojizo con vetas grisáceas, siendo más dura y compacta que la del Nivel 1, que aparecía más suelta. Este nivel, que tampoco proporcionó elementos arqueológicos, parece responder en su formación a materiales del arrastre natural de la cubierta cuaternaria del cabezo, antes que ésta fuese alterada artificialmente para la ubicación en el mismo de los depósitos de agua.

5.1.1.4. Estrato 3: podían distinguirse básicamente por su coloración, dos subestratos:

Subestrato 3a: de color marrón claro, aparecían en él pequeños cantos, algunos fragmentos sueltos y pequeños de pizarra y escasos de cerámica, aunque ninguno de ellos realizado a torno.

Subestrato 3b: constituía la parte inferior del estrato 3 y presentaba una coloración marrón oscura, acumulándose en él restos orgánicos, trozos de escorias de fundición y fragmentos cerámicos, estando ausentes también los fabricados a torno.

5.1.1.5. Estrato 4: estéril desde el punto de vista arqueológico, estaba formado por tierras de color rojo claro con grava de pequeño tamaño y abundante cal.

5.1.1.6. Estrato 5: de arcillas arenosas de color amarillo, presentaba zonas anaranjadas como consecuencia de la oxidación natural. Tampoco proporcionó materiales arqueológicos.

5.1.2. La Horca.

Procedimos a trabajar sobre un frente de 3'60 m. de altura por 3'80 m. de ancho en su base, al que llamamos Corte II. El proceso de excavación seguido fue el mismo que el utilizado en las Piscinas de los Ingleses, con la salvedad de que en este caso no se hizo siguiendo los estratos naturales, sino que la excavación lo fue por capas artificiales.

Tras los trabajos preparatorios el perfil presentaba los siguientes estratos (fig. 24):

5.1.2.1. Estrato superficial: era la capa de humus vegetal y no proporcionó restos arqueológicos.

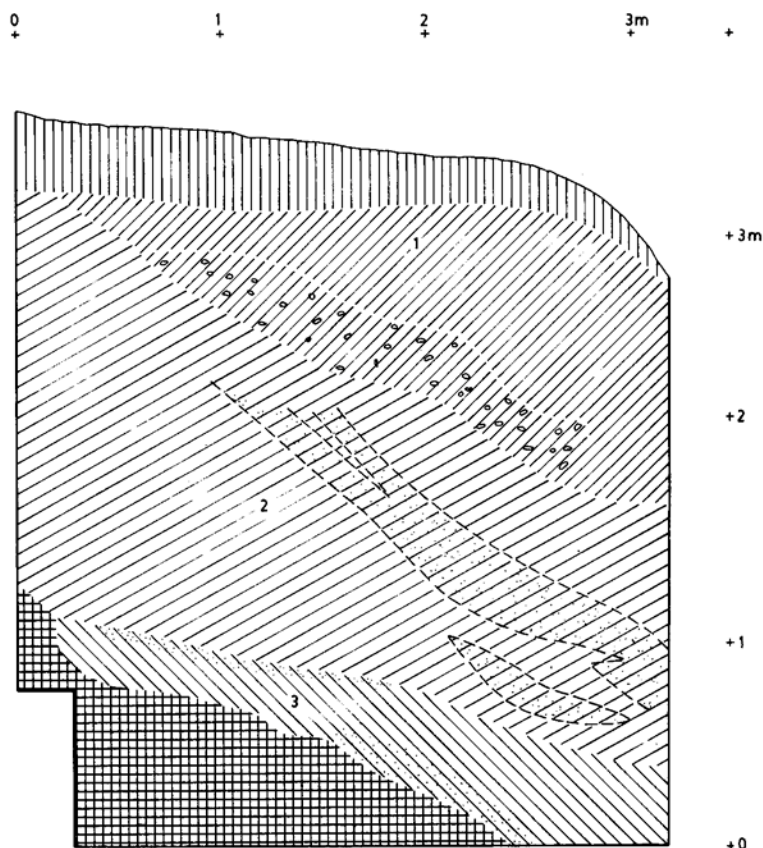


Fig. 24. Estratigrafía del Corte II de La Esperanza/83 (La Horca).

5.1.2.2. Estrato 1: formado por materiales de arrastre de la parte más alta del cabezo, estaba constituido por tierra de textura arcillosa semigrosera, de color marrón y con abundantes aporte húmicos. Incluido en este estrato se observaba la presencia de un gran bolsón de arcilla muy roja, con grava de pequeño tamaño, por lo que debemos interpretarlo como restos del conglomerado cuaternario propio de estos cabezos.

5.1.2.3. Estrato 2: estaba formado por arcillas arenosas de color castaño claro, apreciándose bolsadas de arcillas casi blancas con presencia de nódulos de cal de pequeño y mediano tamaño. Lo interpretamos como producto del arrastre de las arcillas del cabezo a causa de las lluvias.

5.1.2.4. Estrato 3: de color castaño rojizo con vetas grisáceas, probablemente por la presencia de restos orgánicos sometidos a la acción del fuego. Proporcionó cerámicas a mano y de técnica bruñida, pero no a torno, así como restos de escorias, conchas y huesos.

5.1.2.5. Estrato 4: correspondía a las margas terciarias del cabezo.

5.1.3. Las cerámicas.

Los sondeos estratigráficos practicados en el cabezo de La Esperanza proporcionaron escasos, pero significativos, fragmentos de cerámicas, que presentan una clara homogeneidad en cuanto a las formas halladas y respecto de su encuadre cronológico-cultural. Se encontraron en los substratos 3a y 3b de las Piscinas de los Ingleses (Corte I) y en el Estrato 3 de La Horca (Corte II), respectivamente.

5.1.3.1 Cerámicas a mano.

Están representadas por cinco fragmentos (lám. II, 1-5), cuatro de ellos pertenecientes a bordes de vasos cerrados y el quinto a un fragmento de galbo con mamelón. Todos los fragmentos poseen pasta grosera con desgrasantes gruesos, a excepción de uno de ellos que los tiene medios (lám. II, 4), siendo el color de la misma negruzca, aunque por efectos de la cocción se presenta marrón-castaño en las superficies, que aparecen generalmente bien alisadas, con mayor cuidado en la interior de uno de los fragmentos (lám. II, 2), siendo rugosa la superficie exterior del fragmento con mamelón (lám. II, 5).

Todas las piezas fueron halladas en el Corte II, a excepción de una de ellas (lám. II, 4), que lo fue en el Corte I.

5.1.3.2. Cerámicas bruñidas.

El hallazgo de una cazuela bruñida, decorada con esta misma técnica, dió lugar, como ya hemos dicho, a la realización de estos trabajos en el Cabezo de La Esperanza.

La pieza responde al tipo A.I.b de los definidos en San Pedro (6) (lám. I), siendo su pasta marrón oscura y bien depurada, con desgrasantes muy finos, presentando en la superficie exterior manchas rojizas y negruzcas por efectos de la cocción. El exterior y el borde por el interior aparecen muy bien bruñidos, quedando mate la superficie interior, sobre la que se realizó un motivo decorativo igualmente bruñido. Consiste la ornamentación en grupos de finas líneas paralelas que forman triángulos, dejando zonas sin decorar entre los haces de líneas, hasta llegar al último y más pequeño triángulo que aparece reticulado en su interior.

El resto de las piezas bruñidas fueron halladas en el Corte I, dos de ellas (lám. II, 7 y 8), y las demás en el II. En general, presentan pastas muy bien depuradas de color gris oscuro, aunque es normal que en la superficie exterior aparezcan manchas de tono castaño como consecuencia de la cocción.

Del conjunto de piezas bruñidas halladas podemos hacer la siguiente distinción tipológica: tres fragmentos pertenecen al tipo A.I.a (lám. II, 7, 8 y 10) y dos a la forma A.I.b (lám. II, 6; lám. III), debiéndose mencionar que uno de los fragmentos A.I.a (lám. II, 10) presenta el borde plano como consecuencia de su limado, posiblemente realizado tras una rotura previa. Igualmente hay que resaltar la presencia de restos de una laña metálica en otra de las piezas (lám. II, 6).

5.1.3.3. Decoraciones bruñidas.

Los fragmentos cerámicos hallados que presentan esta técnica decorativa (láms. I; II, 9; III y IV), tienen como elemento común la exclusiva presencia de motivos reticulados, circunstancia característica de las piezas bruñidas más antiguas (7), sin que ésto implique que en épocas más tardías no se den, pero ya acompañadas de ornamentaciones más complejas. Respecto de los fragmentos que hemos hallado en La Esperanza, ha de hacerse mención expresa de tres de ellos.

El primero corresponde a la carena de una pieza que, por sus dimensiones, podría considerarse como una B.I. (lám. II, 9)(8) y presenta en la superficie interior los extremos de seis líneas paralelas, mientras que en el exterior lleva cuatro finas incisiones también paralelas, estando la superior más separada de las otras tres.

El segundo de los fragmentos a que nos referimos (lám. III), que responde a la forma A.I.b, presenta en su interior una decoración bruñida sobre la superficie mate que, hecho el intento de reconstrucción, compone un motivo en cruz reticulada, al tiempo que se establecen en los cuadrantes otros tantos triángulos igualmente reticulados.

Por último, hallamos un fragmento con decoración reticulada (lám. IV, 7), que presenta en la superficie interior restos de escoria de fundición, lo cual es frecuente en yacimientos con actividad metalúrgica, como es el ca-

so de Huelva, y que hemos podido documentar también y ampliamente en San Bartolomé de Almonte (Huelva) (9) o en Tejada la Vieja (Escacena, Huelva) (10).

A la vista de los datos proporcionados por estos dos cortes hechos en el cabezo de La Esperanza, se comprueba que el mismo se habitó desde épocas anteriores a la llegada fenicia y que, en correspondencia con el cabezo de San Pedro, ha de situarse por la tipología de las cerámicas, tanto a mano como bruñidas y los motivos decorativos de estas últimas, en la Fase I (11), sin que podamos hacer mayores precisiones con los datos obtenidos.

Igualmente, parece se pone de manifiesto que el hábitat de La Esperanza debió responder, en la fase aludida, a las características propias de la misma, es decir, en cabañas de estructura vegetal que se dispondrían por las laderas medias de los distintos cabezos de Huelva. De la misma manera, se hace evidente que el cabezo de La Esperanza no fue un lugar por el que se distribuyó el amplio poblamiento que, con la llegada de los fenicios, se produjo posteriormente.

En definitiva, parece poder afirmarse que nos encontramos ante restos arqueológicos provenientes del hábitat disperso existente con anterioridad a la llegada de los fenicios y que la presencia de éstos no dió lugar al incremento de poblamiento en el cabezo de La Esperanza, aunque sí en otras zonas de la ciudad, como a continuación veremos.

5.2. EXCAVACION DEL SOLAR Nº 6 DE LA CALLE PUERTO.

La excavación arqueológica en este solar (figs. 20 y 21) hubo de efectuarse en condiciones no demasiado favorables, por lo que se refiere fundamentalmente a la superficie en la íbamos a trabajar. Dadas las dimensiones del solar y la necesidad de habilitar sitio para la colocación de las cubas destinadas al desalojo de las tierras resultantes de la excavación, así como para que la constructora propietaria del solar pudiera continuar los trabajos de edificación en el solar anejo (12), decidimos aprovechar al máximo el terreno sobrante en la zona más al interior del solar, por lo que realizamos un único cuadro con dimensiones de 10'5x5'5 m. (fig. 25)(13).

Desde su inicio y además de por las circunstancias expresadas, esta excavación se vió condicionada por diversos avatares. De una parte, fue necesario realizar durante una semana un minucioso trabajo de desescombros del lugar a excavar, así como hubo de retirarse una placa de hormigón de 16 m² y 0'30 m. de espesor, que había servido de basamento a la grúa que con anterioridad se venía usando en la construcción colindante. A estas circunstancias ha de añadirse el que la zona donde se desarrolló la excavación estaba rebajada casi 2 m. respecto a la rasante de la calle, lo que en un principio nos pa-

recía justificaba la ausencia de niveles de época romana (14). En atención a esta realidad y considerando que los cimientos de la casa que allí había existido afectaban hasta una profundidad ligeramente superior a 1 m., también respecto de la rasante de la calle y según se apreciaba en el perfil que quedaba al descubierto bajo el edificio colindante por el Este, construido en años precedentes, fue por lo que decidimos establecer el Punto 0 de referencia a dicha cota, quedando de esta forma ubicado ligeramente a algo más de 1 m. sobre el nivel de superficie en el que íbamos a empezar nuestra excavación.

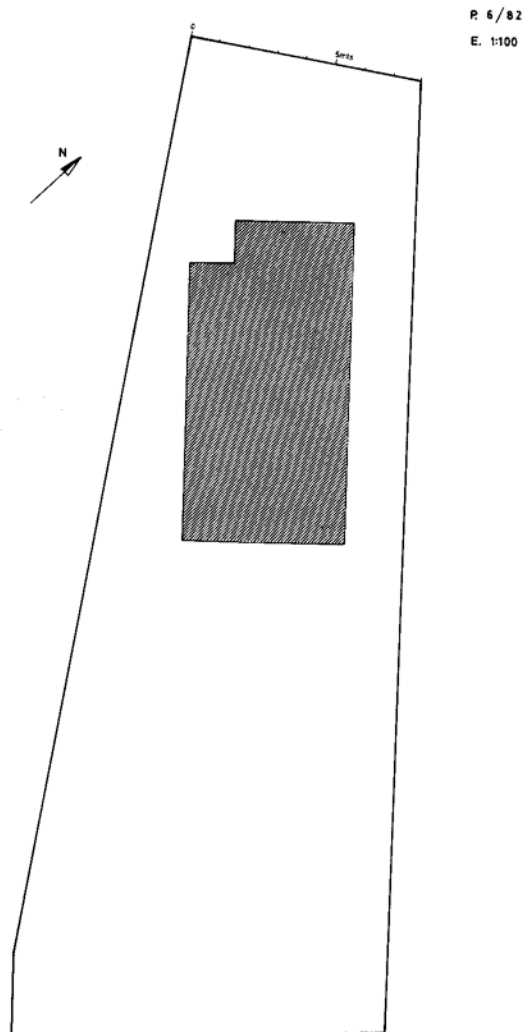


Fig. 25. Ubicación del área excavada en Puerto-6.

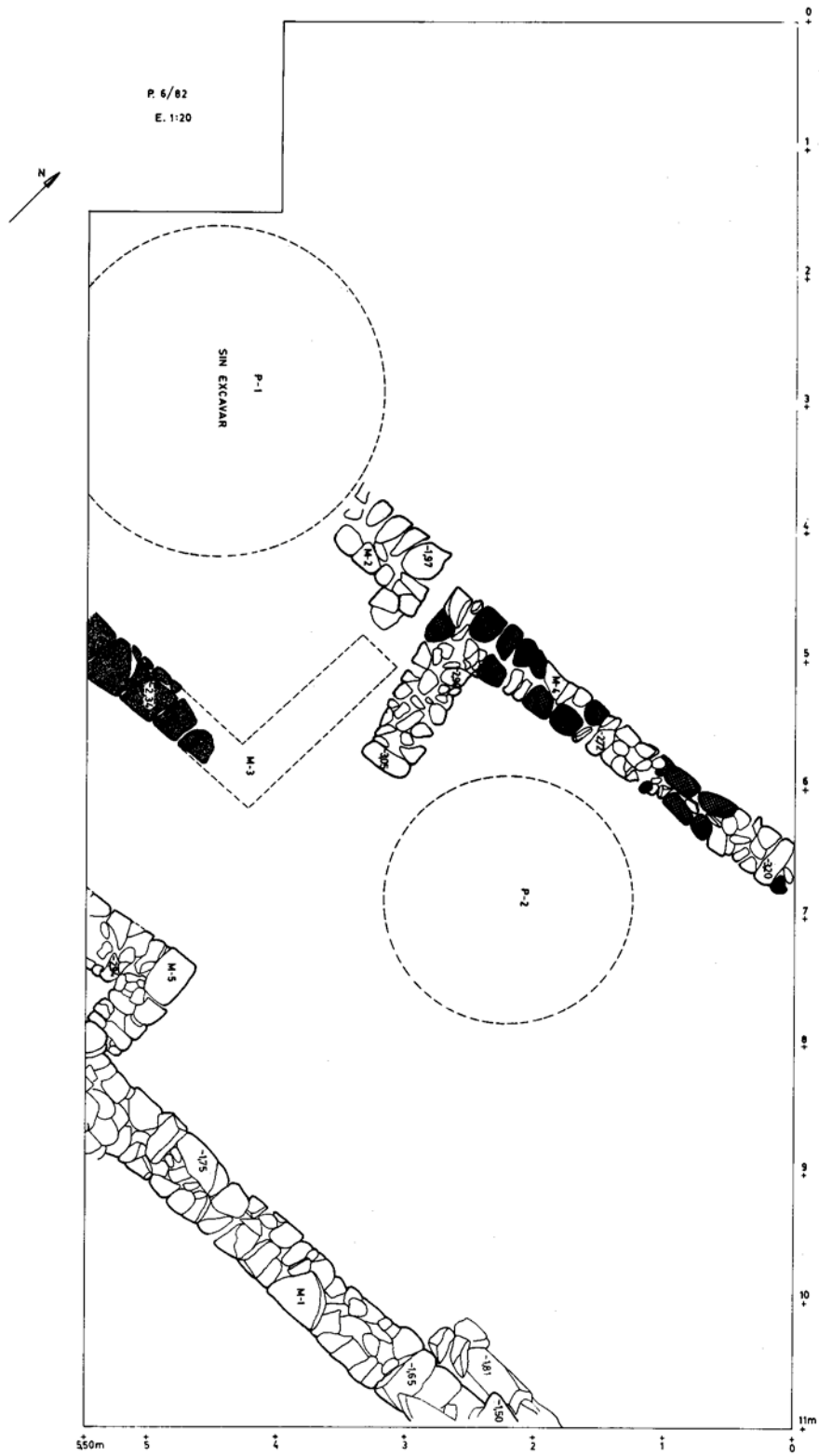


Fig. 26. Planta general de Puerto-6.

De otra parte y una vez iniciados los trabajos, pudimos comprobar la existencia de dos pozos de agua (P-1 y P-2)(fig. 26) pertenecientes a la última edificación que había existido en este solar, lo que nos obligó a excavar con especial cuidado las zonas circundantes a los mismos. Igualmente, observamos que los posibles niveles arqueológicos desaparecidos a que hemos hecho referencia con anterioridad, habían afectado a las hiladas superiores del muro de lajas de pizarra que, a escasa profundidad, apareció en el ángulo SO del cuadro en que excavábamos (fig. 26) y sobre el que volveremos más adelante.

A las circunstancias descritas hemos de añadir la existencia de filtraciones de agua, procedentes del nivel freático, a partir de la cota -3'80 m. y aunque conseguimos alcanzar la de -4'50 m., el lugar que se excavaba se había convertido en un auténtico barrizal que impedía proseguir los trabajos con las mínimas garantías científicas necesarias, al tiempo que suponía un evidente peligro por el riesgo de deslizamiento de los perfiles del cuadro excavado.

También debemos señalar que desde la cota de -3 m. el espacio útil para excavar comenzó a reducirse debido a la aparición, en el ángulo noroienta, de las margas terciarias constitutivas del cabezo y que iban ampliando su presencia conforme profundizábamos, es decir, estábamos excavando los estratos arqueológicos que apoyaban directamente sobre la ladera del, hoy considerado como desaparecido (15), cabezo del Molino de Viento, ladera que había sido cortada y nivelada en la antigüedad para un mejor aprovechamiento de la misma, ubicándose sobre ella el hábitat de la época.

Las dificultades señaladas, presencia de agua y reducción progresiva del espacio, nos llevaron a considerar la posible suspensión de los trabajos, tanto por la imposibilidad de continuarlos con la suficiente garantía, respecto de la recuperación de los materiales arqueológicos, como por el evidente peligro de derrumbes que la presencia de agua y la presión del edificio colindante por el Este, cimentado sobre placa de hormigón, hacía presumir. Y la presunción, desgraciadamente, se hizo realidad, *ayudada* por las vibraciones de los trabajos de pilotaje que se llevaban a cabo en el solar situado al norte del que nos ocupa, lo que ocasionó el deslizamiento del perfil oriental y en consecuencia la definitiva paralización de los trabajos.

Pero, centrándonos en lo estrictamente arqueológico y entre otros datos, que en el transcurso de este escrito iremos presentando, sí debemos mencionar que Puerto-6, junto con La Fuente 13-15, Tres de Agosto-11, Méndez Núñez-8 y Puerto-12 (fig. 21), ha proporcionado, hasta ahora, los niveles arqueológicos más viejos en el Casco Antiguo de Huelva, niveles que entroncan directamente con la Fase II de San Pedro (17). Igualmente, Puerto-6 también ha puesto en evidencia, como el resto de excavaciones que hasta ahora hemos realizado, la gran vitalidad que la ciudad tuvo durante todo el siglo VII a.C., en el que se documenta una continuada actividad constructiva.

De otra parte, las tareas metalúrgicas para la obtención de plata, que se comprueban también en la mayoría de las excavaciones que hemos efectuado en Huelva, son en Puerto-6 más evidentes, pues no sólo están presentes las escorias producto de dichas labores o las cerámicas que en ellas intervienen, sino que además hallamos dos hornos de fundición (H-1 y H-2)(fig. 27), de los que sólo uno pudo excavar completamente, ya que el otro se introducía en el perfil oriental bajo el inmueble que allí existía. Las características de estos hornos las exponemos y analizamos, con mayor detalle, en el capítulo que dedicamos a las cuestiones minero-metalúrgicas en el volumen 3 de esta misma obra.

Siguiendo el proceso de la excavación y respecto de las estructuras en ella halladas (fig. 26), hemos de mencionar un primer muro (M-1), ubicado en el ángulo suroccidental y a -1'50 m., construido con bloques y pequeñas lajas de pizarra, así como con algunas piedras calizas mejor escuadradas y que presumimos debían servir para reforzar la esquina de una habitación que, con toda probabilidad, se extendería hacia el sur del solar, pero la imposibilidad de excavar dicha zona por estar ya edificada, no nos ha permitido confirmar esta hipótesis. El muro estaba alterado en sus hiladas superiores por cimientos y remociones modernas, por lo que dada la potencia que conservaba (de -1'50 a -2'67 m.), pensamos debió tener mayor altura de la que es normal encontrar en este tipo de estructuras, aunque no debemos olvidar que al menos su hilada inferior se encontraba embutida en la fosa de cimentación realizada, que se observa en la estratigrafía que presentamos (fig. 28), lo que también refuerza la idea de una posible mayor altura de este muro respecto de otros de sus mismas características.

Un segundo muro (M-2)(fig. 26), lo encontramos a -1'97 m. en la zona central del cuadro y como el anterior estaba realizado con bloques de pizarras. De este muro, del que sólo se conservaba una hilada, no podemos decir nada más de interés, ya que estaba cortado por un gran pozo (P-1) de época moderna.

La tercera estructura constructiva hallada (M-3)(fig. 26), corresponde a las huellas dejadas por un muro de adobes a -2'34 m. Estos adobes se encontraban muy descompuestos y sólo fue posible definir los que se reflejan en planta, así como la posible orientación que seguían.

A -2'27 m. y alcanzando hasta -3'30 m. se encontraba una cuarta construcción (M-4), realizada con pizarras y bloques de escorias (fig. 26).

La quinta estructura de habitación hallada (M-5), se introducía en el perfil occidental y partía de la vertical de M-1 (fig. 26), correspondiendo a la esquina de una estancia que se perdía bajo el perfil citado y estaba realizada con bloques y lajas de pizarra. Su potencia iba desde la cota de -2'80 m. a la de -3'60 m.

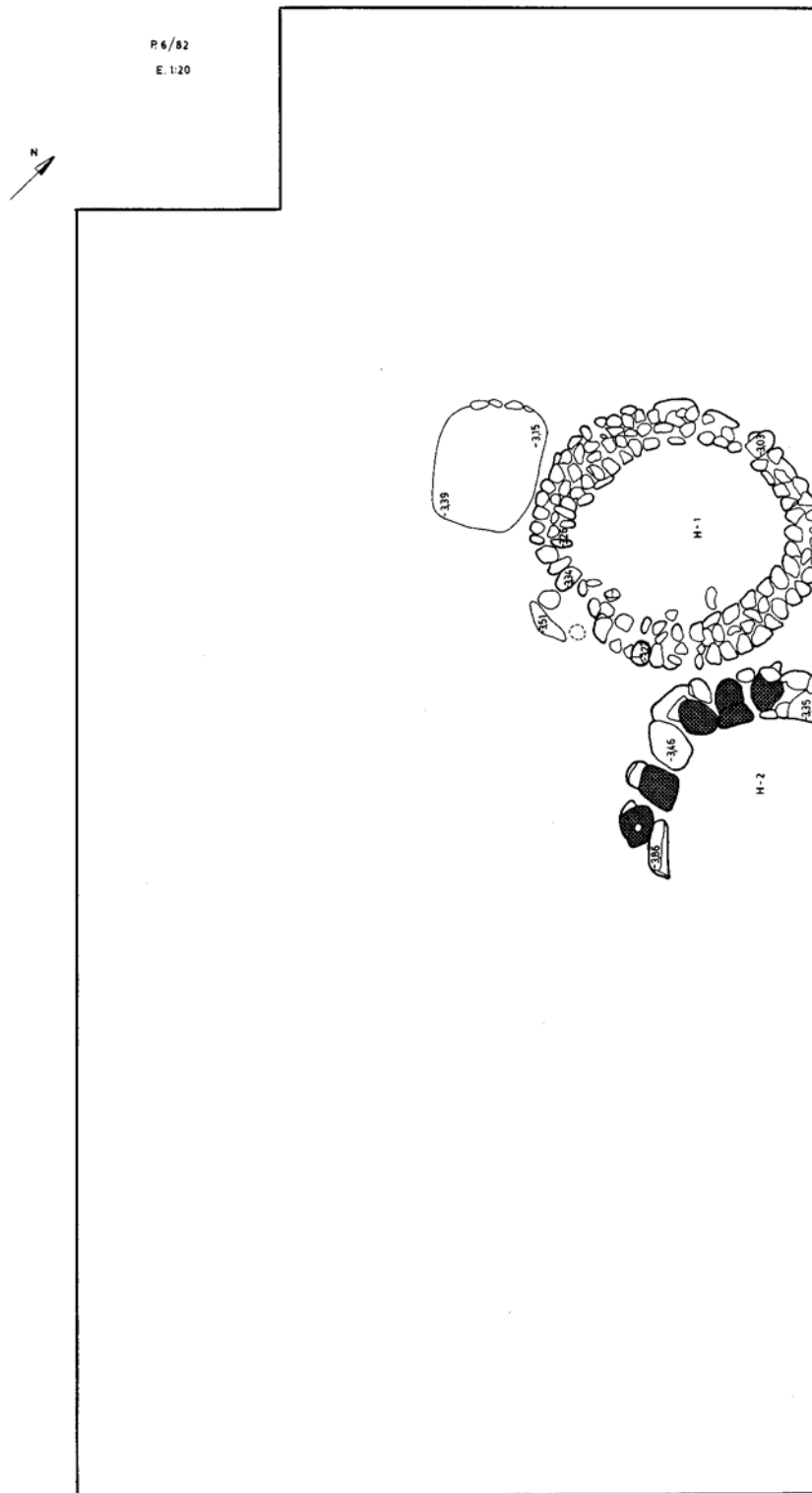


Fig. 27. Hornos de fundir metales de Puerto-6.

Con los muros citados encontramos, como ya hemos apuntado, dos hornos (H-1 y H-2) de fundir metales, uno en la cota de -3'03 m. y otro en la de -3'35 m. (fig. 27), presentando ambos una posición ligeramente inclinada hacia el suroeste. Para su construcción se usaron cantos rodados, piedras calizas y lajas de pizarra en H-1 y bloques de escorias y de pizarra en el H-2.

5.2.1. ESTRATIGRAFIA.

Una vez levantada la potente capa de relleno que constituían los escombros y restos de cimentaciones existentes en el solar, inmediatamente podían definirse los estratos arqueológicos que, siguiendo el orden natural de la excavación, fueron los siguientes (fig. 28):

5.2.1.1. Estrato 1: no aparece reflejado en la estratigrafía que presentamos, ya que correspondía al nivel de habitación del muro (M-1) situado en el ángulo suroccidental. Estaba constituido por una tierra suelta de color castaño que presentaba en su base y junto al perfil occidental, un cúmulo de cenizas de escasa potencia y amplitud que no constituía hogar ni estructura definida alguna.

5.2.1.2. Estrato 2: corresponde al momento de la cimentación de M-1. Presentaba una tierra amarillenta-anaranjada no muy compacta, con cascotes y pequeñas piedras.

5.2.1.3. Estrato 3: desde el punto de vista estratigráfico presenta una gran homogeneidad y potencia, sólo interrumpida por pequeños paquetes de cenizas y por restos de un pavimento de arcilla, manteniendo estas características sin variación en su conjunto. Constituido por tierra marrón rojiza compacta, es en él donde se enmarcan la mayoría de las estructuras excavadas, en virtud de las cuales y de las cenizas y pavimentos citados, lo subdividimos en:

Estrato 3a: en contacto con el estrato 2, la diferencia se establece mediante un continuado, pero poco potente, nivel de cenizas.

Estrato 3b: al igual que el anterior, se diferencia del 3a por la presencia de un paquete de cenizas que, en este caso, es más estrecho que el del estrato anterior.



Fig. 28. Estratigrafía del perfil sur de Puerto-6.

En la base del estrato se aprecian de nuevo cenizas y los restos de un pavimento de arcilla roja, que debe ponerse en relación estratigráfica con M-5; y especificamos lo de relación estratigráfica, porque la habitación de la que fuese parte la esquina que denominamos M-5 no la hemos podido excavar por perderse bajo el edificio en construcción y colindante por el Oeste. Por otra parte, este pavimento de arcilla, que se encontraba

en una pequeña zona con conchas colocadas intencionadamente, también a modo de pavimento, se veía interrumpido por una arrollada proveniente del estrato superior, circunstancia que se documenta con frecuencia en las excavaciones de Huelva, que en esta ocasión y a resultas de la base poco consistente que supone la deposición de estos materiales arrastrados, da lugar a un perceptible hundimiento de M-5 y en consecuencia, el que la estratigrafía pierda bajo él y en esa zona su horizontalidad.

Estrato 3c: situado bajo el pavimento de arcilla roja, citado en 3b, es el que sirve para marcar la diferencia con el estrato 4.

5.2.1.4. Estrato 4: no se vincula a él ninguna de las estructuras halladas y, al igual que en el estrato 3, se documenta un potente nivel de cenizas que lo divide en dos:

Estrato 4a: se encuentra por encima de las cenizas citadas y presenta una tierra amarillenta muy compacta.

Estrato 4b: con las mismas características formales que el anterior, es el último estrato excavado.

En conjunto, el estrato 4 proporcionó poco pero muy significativo material cerámico.

5.2.2. NIVELES ARQUEOLOGICOS.

La estratigrafía presentada y más concretamente las diversas estructuras que hemos excavado, nos permiten definir en Puerto-6 los niveles arqueológicos que a continuación detallamos.

5.2.2.1. Nivel I.

Se corresponde con el estrato 4 y en él no se halló elemento constructivo alguno, definiéndose por la homogeneidad que ofrece el conjunto de sus materiales arqueológicos; sin embargo y en razón de los mismos, hemos podido establecer una subdivisión de este nivel:

5.2.2.1.1. Nivel Ia.

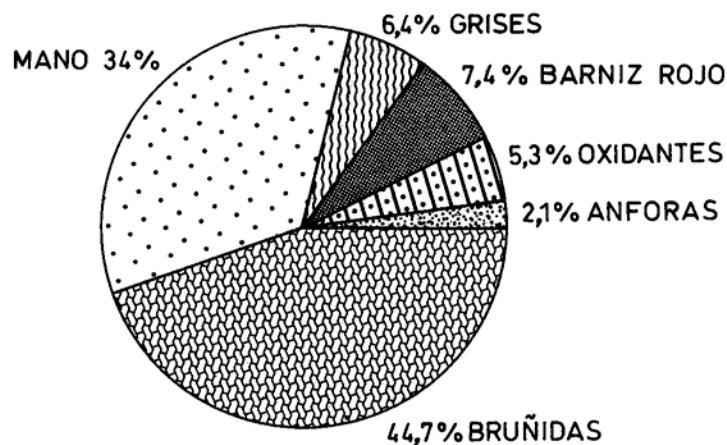
En él incluimos el amplio paquete de cenizas que encontramos en el estrato 4 (fig. 28).

Respecto de las cerámicas (láms. V-VIII) hemos de decir que predominan las fabricadas a mano y de técnica bruñida sobre las a torno (Gráfico 1).

En las realizadas a mano (lám. V), que representan un 34% del total (Gráfico 1), están ya presentes los vasos con digitaciones en el hombro o con unguilaciones (lám. V, 4), que poseen cuello corto y superficies mal alisadas, siendo su base plana (lám. V, 12-13). El que estas formas las encontremos desde este nivel tiene su trascendencia en el hecho de ser piezas cerámicas que, en yacimientos como Huelva, hacen su aparición e incrementan su número al compás de la presencia fenicia, siendo ésta una circunstancia hoy no del todo resuelta, es decir, la coincidencia en la aparición de las cerámicas a torno con éstas a mano.

GRAFICO 1.

Puerto-6: Nivel Ia.



Junto a las piezas decoradas con digitaciones y también fabricadas a mano, encontramos vasos de cuello acampanado (lám. V, 7-10) y otros de tendencia cilíndrica pero ligeramente exvasados (lám. V, 5-6), que recuerdan las urnas a torno que más adelante se generalizan.

Acompañando a estas cerámicas aparecen tres cuencos (lám. V, 14-16) que, desde el punto de vista formal, no se distinguen de los de técnica bruñida que también hallamos en este nivel, aunque en escaso número (lám. VI, 12-14), excepto y como es lógico suponer en el tratamiento de las superficies, que en éstos se encuentran someramente alisadas. Por último y también realizados a mano, hallamos un fragmento de colador (lám. V, 18) y una pieza realmente curiosa (lám. V, 17), a la que más adelante aludiremos.

El hallazgo del colador evidencia que en Puerto-6, ya desde este primer nivel, está presente la metalurgia, lo que opinamos en base al posible uso de estas piezas en la preparación de las copelas (18).

Respecto de la otra pieza cerámica a la que nos referimos, no nos atrevemos a definir una utilidad concreta. Es un pequeño *vaso* de cerámica muy tosca y factura poco cuidada, cuyo borde no es horizontal y junto al que se encuentran dos pequeñas perforaciones. Por sus dimensiones y la presencia de las perforaciones, que permitirían atar la pieza, parece lógico suponer que pudiera usarse para colgarlo o llevar en él algo, aunque su capacidad es muy pequeña y no parece por tanto muy útil en este último sentido.

Acompañando a las cerámicas citadas, se encuentra un numeroso conjunto de piezas con superficies y ornamentación bruñida (lám. VI), que suponen el 44'7% del total de cerámicas de este nivel (Gráfico 1). Entre las formas bruñidas y aunque aún hay ejemplares con carena marcada y borde que continúa la curva del galbo (lám. VI, 1, 5 y 7), predominan las piezas de borde cóncavo (lám. VI, 2-4) e incluso alguna que presenta una tendencia a borde de perfil en S (lám. VI, 6). Junto a ellas, otras piezas marcan escasamente la carena (lám. VI, 8 y 10) y tres presentan una forma definida de cuenco con tendencia hemiesférica y borde apuntado (lám. VI, 12-14).

En cuanto a la ornamentación bruñida, señalar la presencia de motivos reticulados con una disposición no muy regular (lám. VI, 7, 8 y 11), junto con otros motivos que, si bien no sabemos exactamente su composición, evidencian una posible disposición radial (lám. VI, 5 y 9), ornamentación ésta que se ajusta a cronologías coincidentes con la presencia de cerámicas a torno, mientras que los motivos reticulados, cuando se encuentran en exclusiva, suelen ofrecer cronologías más altas, tal como se podía entrever en San Pedro y hemos corroborado en San Bartolomé de Almonte (19).

Las cerámicas a torno, que en conjunto sólo alcanzan el 21'3% (Gráfico 1), están representadas por piezas con engobe rojo (lám. VII), junto con otras de pasta gris (lám. VIII, 6-9) y varias oxidadas que en algún caso aparecen pintadas (lám. VIII, 2, 4 y 5).

Las formas con engobe rojo, que son un 7'4% del total (Gráfico 1), están representadas casi exclusivamente por platos con borde estrecho de entre 2'4 y 3'1 cm. (lám. VII, 2-4) y tendencia horizontal, aunque hemos de señalar la presencia de varios ejemplares de los que presumimos un borde más

ancho, pero cuyas dimensiones no podemos precisar por estar incompletos (lám. VII, 5-7). También encontramos dos bases, una sencilla y otra marcada (lám. VII, 9 y 10), ofreciendo ésta última el tondo en reserva. Acompañando a estas cerámicas hallamos otra pieza (lám. VII, 1), también con engobe rojo, de especial significación a la hora de del encuadre cronológico-cultural de este nivel. Se trata de un cuenco hondo con el borde de tendencia vertical y dos acanaladuras junto al mismo, que se cubre con engobe por el exterior hasta sobrepasar las acanaladuras, mientras que por el interior sólo rebasa ligeramente el borde.

En las piezas grises (6'4%; Gráfico 1) hemos de señalar la predominancia de las formas con perfiles carenados o en S (lám. VIII, 6-8) sobre los cuencos hemiesféricos, de los que sólo hallamos un ejemplar que presenta el borde sin diferenciar y redondeado (lám. VIII, 9). Esta mayoría tiene especial significación por el hecho de ser una constante de valor cronológico, pues son las piezas carenadas las primeras que aparecen y, en algún caso, llegan a ser casi una imitación perfecta de las formas bruñidas igualmente carenadas.

Las piezas oxidadas (5'3%; Gráfico 1) ofrecen algunos ejemplares con decoración pintada, caso de una urna (lám. VIII, 4) con asas geminadas y cuello de tendencia cilíndrica con ligero rehundimiento en la zona central que se refleja por el exterior, estando decorada con dos bandas de color rojo muy oscuro que se sitúan en la parte superior del cuello y en el galbo.

Respecto a las ánforas, que son el 2'1% (Gráfico 1), sólo poseemos dos fragmentos que no sean atípicos y de ellos uno corresponde al borde, vertical por el exterior y engrosado al interior (lám. VIII, 1); aunque no poseemos el hombro de la pieza, presumimos debió tener una tendencia horizontal, tanto por el tipo de borde, que corresponde a ánforas de dichas características, como por lo anguloso del lugar donde se produjo la fractura, que es prácticamente un ángulo recto, mientras que un hombro menos horizontal daría una unión más suave y con un ángulo de más de 90º, lo que no propiciaría tan fácilmente una fractura en dicho lugar.

5.2.2.1.2. Nivel Ib.

Corresponde a la parte superior del estrato 4, al que denominamos 4b (fig. 28) y aunque presenta características similares al anterior, sin embargo es posible observar en él algunos matices diferenciadores en las cerámicas (láms. IX-XIII). Lo primero que se aprecia es un descenso de las cerámicas a mano (27'9%) y de las bruñidas (40'6%) en relación con el Nivel Ia, aumentando el porcentaje de las a torno (Gráfico 2).

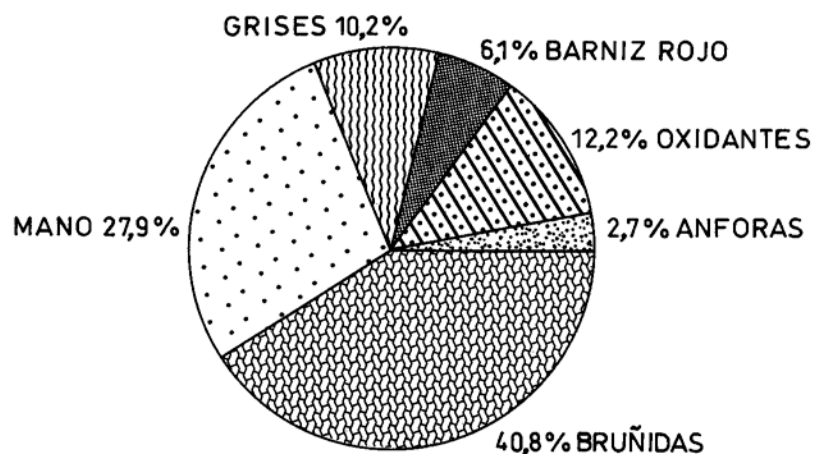
Las cerámicas a mano (lám. IX) no ofrecen variaciones cualitativas, continuando la presencia de formas decoradas con digitaciones, que en algún caso alargan el cuello (lám. IX, 1), junto con otras que presentan incisiones

realizadas previamente a la cocción (lám. IX, 3, 11 y 12). Acompaña a estas formas un vaso de cuello y borde exvasado con mamelón (lám. IX, 14).

Los coladores siguen estando presentes (lám. IX, 15), lo que reafirma la existencia de metalurgia desde los primeros niveles de Puerto-6.

GRAFICO 2.

Puerto-6: Nivel Ib.



Las cerámicas bruñidas, que descienden porcentualmente, ofrecen una variación cualitativa de importancia al producirse en este momento una predominancia de las formas hemiesféricas (lám. X, 5 y 11-20) sobre las carenadas (lám. X, 1-4 y 6-10), aunque éstas muestran ya unas carenaciones muy suavizadas en relación con el nivel anterior. En las decoraciones bruñidas siguen estando presentes los motivos reticulados (lám. X, 21 y 24), junto con otras ornamentaciones más complejas (lám. X, 22, 23 y 25). En el conjunto de las cerámicas bruñidas, hemos de señalar la presencia de una pieza care-

nada y decorada con pintura roja por el exterior (lám. X, 1). Esta pieza posee un borde cóncavo y alargado que ocasiona una posición muy baja de la carena, que no es excesivamente acusada. La decoración que la cubre, que corresponde al tipo 3 de los definidos por D. Ruiz Mata para la denominada tipo Guadalquivir (20), está constituida por tres bandas de triángulos rayados y separados por líneas, que se ubican en el tramo comprendido entre el borde y la carena, a partir de la cual se establecen una serie de líneas, completándose la decoración con un conjunto de rombos, también rayados y unidos por uno de los vértices, pudiéndose afirmar que sólo serían dos grupos de rombos, pues por la curva del galbo no queda espacio para disponer un nuevo grupo de los mismos.

Las cerámicas a torno, que como hemos dicho, aumentan su porcentaje, ofrecen curiosamente un ligero descenso (0'5%) en las de engobe rojo, que ahora representan el 6'1% (Gráfico 2).

Estas piezas con engobe rojo aportan, en este momento, una serie de variaciones en cuanto a los tipos de sumo interés. Lo primero que debemos destacar es la convivencia de platos con borde estrecho (lám. XI, 1-2) con otros más anchos (lám. XI, 3-8), llegando uno de los ejemplares, que presenta una clara tendencia abocinada, a tener 5'5 cms. (lám. XI, 5). Esta circunstancia, la convivencia de platos de borde estrecho con los que lo poseen ancho, será una constante en Huelva (21). También con engobe rojo, encontramos la base sin marcar de un plato con el tondo en reserva (lám. XI, 10), debiendo por ello recordar que el hallado en el Nivel Ia, igualmente con tondo en reserva, poseía el pie marcado (lám. VII, 10), lo que evidencia que esta decoración no es exclusiva de un tipo concreto de plato. Completan el conjunto de cerámicas con engobe rojo, un fragmento del cuello de un jarro (lám. XI, 9) y un cuenco carenado con borde cóncavo y aristado que se proyecta hacia el exterior, pié marcado y éste cubierto por engobe por el interior, mientras que en el exterior sólo presenta engobe hasta la carena, dejando en reserva el resto de la pieza (lám. XI, 11).

Respecto de las cerámicas grises, que suponen en este nivel un 10'2% (Gráfico 2), ofrecen la presencia de un vaso de cuello corto y proyectado hacia el exterior con dos finas incisiones (lám. XII, 9), así como el acercamiento entre el número de formas carenadas (lám. XII, 1-4 y 8), ahora más suaves y menos marcadas, y los cuencos hemiesféricos que han aumentado su presencia (lám. XII, 5-7), presentando algunos el borde ligeramente engrosado al interior (lám. XII, 5 y 6).

Se completan las cerámicas de este nivel con la presencia de vasos pintados en rojo (lám. XIII, 5-9), aunque algunos portan dos estrechas bandas negras sobre el fondo rojo (lám. XIII, 9), acompañados de diversos tipos de ánforas (lám. XIII, 1-4), en las que ya se aprecia la pérdida de horizontalidad del hombro en algunas de las formas (lám. XIII, 1 y 4), estando una de

ellas decorada con pintura roja en el borde y con una ancha banda bajo el asa (lám. XIII, 4).

5.2.2.2. Nivel II.

Su definición se fundamenta en las diversas y hasta cierto punto numerosas estructuras constructivas halladas, dada la posición estratigráfica con la que se relaciona (estrato 3)(fig. 28), lo que evidencia una intensa actividad urbanística que, en algún caso y si atendiésemos exclusivamente a las cotas de profundidad, daría lugar prácticamente al solapamiento de diversas construcciones entre sí.

Desde el punto de vista de las edificaciones, de los materiales cerámicos y de las evidencias estratigráficas, el presente nivel es susceptible de ser dividido en tres subniveles.

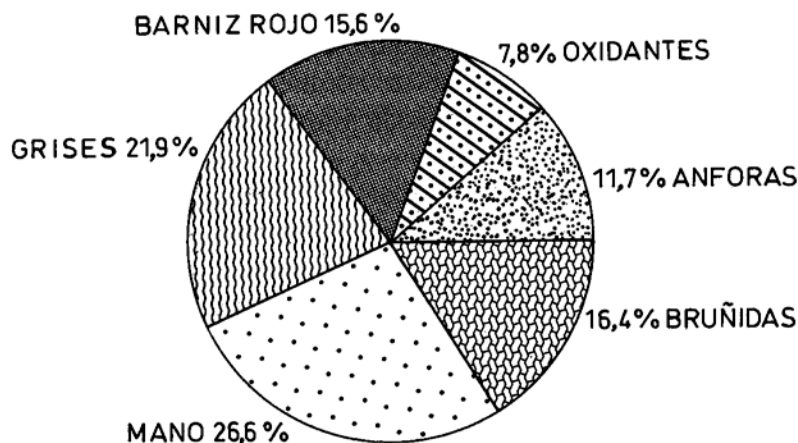
5.2.2.2.1. Nivel IIa.

Supone un cambio sustancial, en cuanto a las cerámicas se refiere (Gráfico 3)(lám.XIV-XVII), observándose una considerable disminución de las de técnica bruñida (16'4%) y manteniéndose prácticamente invariable el porcentaje del resto de las producciones a mano (26'6%), lo que supone el que, en conjunto, ambas clases cerámicas supongan el 43% del total y que en consecuencia se produzca una inversión respecto de las producciones a torno, que ahora ya son mayoría.

Las cerámicas a mano (lám. XIV) no ofrecen variación alguna en cuanto a las formas, manteniéndose la presencia de vasos de cuello corto y digitaciones en el hombro, junto con algún ejemplar que, además, se decora con unguilaciones sobre el borde (lám. XIV, 31), sistema decorativo similar al que ofrece un cuenco realizado a mano (lám. XIV, 32). Siguen apareciendo también los coladores (lám. XIV, 33 y 34), lo que evidencia la importancia y transcendencia de la actividad metalúrgica.

A estas cerámicas a mano, que pudiéramos denominar toscas, hemos de añadir la presencia de otras que ofrecen superficies más cuidadas, aunque sin llegar a ser bruñidas. Corresponden estas piezas a vasos de cuello acampanado y amplia boca (lám. XIV, 19- 28), a los que acompaña otro (lám. XIV, 29) de menor diámetro en la boca y con el cuello de tendencia más vertical, que proyecta el borde hacia el exterior. Completa el conjunto de cerámicas a mano una serie de cuencos bruñidos (lám. XIV, 1-17) con borde indiferenciado de tendencia apuntada, aunque algunos poseen una sección ligeramente cuadrada (lám. XIV, 4, 5 y 15) y otros recuerdan muy someramente las formas carenadas (lám. XIV, 9 y 16), de las que no se encuentra en este nivel ninguna pieza, aunque sí se documenta un fragmento de borde con tendencia abocinada de un vaso bruñido (lám. XIV, 18), lo que es infrecuente y no tanto por el tratamiento de las superficies como por la forma que presenta.

GRAFICO 3.
Puerto-6: Nivel IIa.



Las cerámicas a torno, como ya hemos apuntado, incrementan considerablemente su presencia (57%) y sobrepasan a las fabricadas a mano, aunque ha de señalarse que si prácticamente todas estas cerámicas aumentan, algunas de forma espectacular (Gráfico 3), otras, sin embargo, como las oxidadas, reducen su porcentaje ligeramente y representan el 7'8% del total cerámico de este nivel.

Dentro del conjunto de cerámicas a torno, las que llevan engobe rojo (15'6%; Gráfico 3) ofrecen sólo tres formas básicas: platos, cuencos acanalados y cuencos hemiesféricos. En los platos (lám XV, 5-20) hemos de señalar la presencia exclusiva de piezas con borde estrecho (2-2'4 cm.), aunque algunos ejemplares sobrepasan ligeramente este tamaño (lám. XV, 13 y 17) y uno de ellos (lám. XV, 17) aparece deformado por la cocción, lo que puede implicar que su producción sea local. Las bases de estos platos siguen siendo sencillas o muy poco marcadas (lám. XV, 20) y continúan estando presentes los tondos en reserva (lám. XV, 18 y 19).

Los cuencos acanalados muestran dos variantes: los de borde con tendencia vertical (lám. XV, 1) y los que lo poseen entrante (lám. XV, 2). En el

primer caso hemos de pensar, dado lo reducido del fragmento, que es similar al hallado en el Nivel Ia (lám. VII, 1), aunque el que ahora mostramos presenta la moldura de la primera acanaladura ligeramente más baja que el anterior. Respecto del segundo modelo de cuenco acanalado, lo denominamos así desde un punto de vista estrictamente metodológico, pues la realidad es que dado lo entrante del borde las acanaladuras más parecen un escalonamiento (lám. XV, 2). Ambos cuencos presentan engobe rojo por el exterior hasta sobrepasar escasamente las acanaladuras, lo que debemos suponer es así en el de borde vertical y por similitud con el del Nivel Ia; por el interior solo cubre de engobe una estrecha banda junto al borde, que también aparece engobado. Los cuencos hemiesféricos aparecen ahora y se caracterizan por presentar el borde engrosado por el interior, mientras que por el exterior no ofrece ningún elemento que lo diferencie del galbo (lám. XV, 3-4); la superficie interior aparece completamente cubierta de engobe rojo.

En las cerámicas grises, que porcentualmente son algo más del doble que en el nivel anterior (21'9%; Gráfico 3), se observa el continuado incremento de las formas hemiesféricas, con borde engrosado al interior o no (lám. XVI, 10-19), manteniéndose las piezas carenadas que son, con alguna excepción (lám. XVI, 1), de líneas muy suaves y redondeadas (lám. XVI, 2-9). También en cerámica gris encontramos dos vasos, uno con cuello muy corto y ligeramente cóncavo (lám. XVI, 22), junto a otro con cuello cóncavo y borde muy exvasado (lám. XVI, 23).

En los vasos a torno siguen estando presentes los de cuello cilíndrico con el borde algo proyectado al exterior y que lo tienen pintado en rojo (lám. XVII, 5-6 y 8), siendo frecuente la presencia de fragmentos de galbo decorados con pintura roja en bandas anchas, que se enmarcan con otras estrechas de color negro (lám. XVII, 10-11), presentando uno de los fragmentos parte de dos círculos rojos (lám. XVII, 11).

Completan el conjunto de las cerámicas a torno las ánforas, que han aumentado notablemente su presencia, pasando del 2'7% en el Nivel Ib a ser ahora el 11'7%, con lo que ello puede implicar de incremento en las relaciones comerciales que en ese momento se desarrollaban. Básicamente son tres los tipos de ánforas hallados. Uno de ellos (lám. XVII, 1) posee un borde vertical redondeado, que no modifica excesivamente la sección del ánfora por el interior. Una segunda forma tiene también un borde vertical que se une con el galbo, por el exterior, mediante una estrecha acanaladura, al tiempo que por el interior presenta un perfil más cuadrado y no tan redondeado (lám. XVII, 3). El tercer tipo que presentamos (lám. XVII, 4) posee un borde que ya no es vertical sino algo inclinado hacia el exterior y levemente aristado en su extremo, ofreciendo también un ángulo muy acusado en su unión con el hombro; por el interior, sin embargo, no se aprecian en el borde excesivas diferencias respecto de la primera forma descrita, poseyendo en consecuencia

un perfil muy redondeado. Por último y en relación con las ánforas, señalar la presencia de un grafito sobre el hombro de una de las piezas halladas (lám. XVII, 2)(22).

Pero de las cerámicas de este nivel es, sin duda, el hallazgo de una pieza griega el elemento más destacable (lám. XVII, 7). Corresponde el fragmento al pie de una copa samia del tipo A.2 que aparece barnizada por el exterior, mientras el interior se decora por medio de la alternancia de bandas negras con otras en reserva, en las que se agrupan diversas líneas también negras. La aparición de esta cerámica en el Nivel IIa de Puerto-6 plantea un problema cronológico de singular importancia, que se agravaría si ésta fuera la única pieza hallada en la excavación, pero a partir del Nivel III encontramos ya otras cerámicas griegas (lám. XXXI), que cronológicamente no suponen problemática alguna y, al mismo tiempo, otorgan fiabilidad a esta copa samia. Sin embargo y como más adelante veremos, la cronología que debemos otorgar a este nivel hace difícil aceptar la presencia de esta copa en él, pero si recordamos lo dicho respecto de los estratos 3b y 3c, en relación con la arroyada que en ellos se documenta, así como el hundimiento que la misma provoca de la base de M-5 y al mismo tiempo de los estratos que bajo él se disponen, ello nos permite decir que aunque estratigráficamente esta cerámica debamos incluirla en el Nivel IIa, no es descabellado aceptar que la misma pueda provenir de un estrato más moderno y que, al producirse la arrollada y el hundimiento citado, haya podido incluirse con algunos otros materiales en estratos que no les corresponderían en principio.

5.2.2.2. Nivel IIb.

Se asocian a este nivel dos estructuras, M-5 y H-2 (fig. 26), que tienen una singular importancia, por lo que suponen como evidencias de elementos constructivos (M-5) menos perecederos que los meramente vegetales y, sobre todo, por lo que permiten de mayor conocimiento de las actividades metalúrgicas (H-2).

Circunstancia a destacar en este nivel es el predominio, nuevamente, de las cerámicas a mano y bruñidas (53'4%) sobre las torneadas (46'6%)(Gráfico 4)(láms. XVIII-XXIV), mientras que en el Nivel IIa había sido al contrario (Gráfico 3). Igualmente llama la atención el que se invierte la proporción dentro de las fabricadas a mano, pasando a ser claramente mayoritarias las cerámicas bruñidas (34'4%) sobre las de superficie no cuidadas (19%), tal como sucedía en los niveles Ia y Ib, circunstancia que se mantendrá, aunque con una diferencia porcentual menos acusada, en el resto de niveles, con excepción del V (Gráfico 8) en que las bruñidas descienden en porcentaje respecto a las a mano toscas.

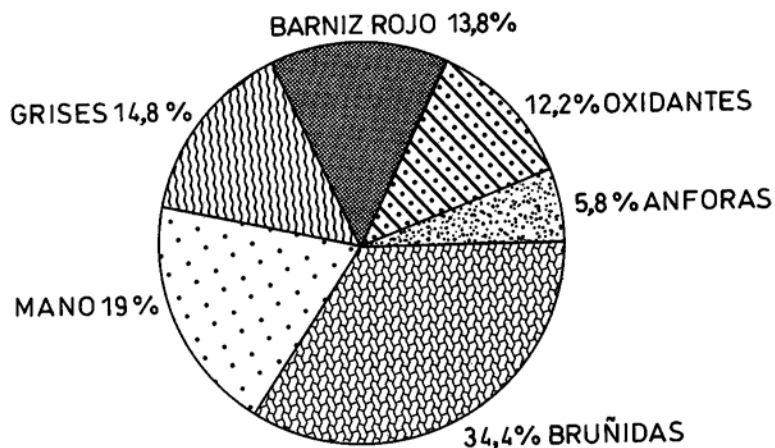
Estas últimas, las cerámicas a mano toscas, siguen estando representadas por vasos de cuello corto con digitaciones en el hombro (lám. XVIII, 1-

5), junto con alguno de borde recto con digitaciones y una línea incisa en zigzag (lám. XVIII, 6). También están presentes los cuencos (lám. XVIII, 8-10), algunos con los bordes decorados con digitaciones (lám. XVIII, 7 y 11), siendo estos difíciles de clasificar en algunos casos, dada la amplitud de la curva del galbo y la escasa profundidad que presentan, junto al hecho de haber encontrado algunos fragmentos de placas de arcilla planas que poseen digitaciones en sus extremos (lám. XXIX, 28). Realizados igualmente a mano, seguimos encontrando vasos de cuello acampanado con las superficies cuidadas (lám. XXIX, 12-18), aunque sin alcanzar la calidad de bruñidas. Acompañan a éstas otras que, por sus formas y cuidado tratamiento de las pastas (lám. XVIII, 19-20), nos hacen pensar son un preludio de las piezas toscas realizadas a torno que, aún de forma esporádica y en porcentaje mínimo (1%; Gráfico 5), hacen su aparición en el Nivel IIc.

Respecto de otras formas a mano, como son los coladores, debemos seguir haciendo hincapié en su presencia (lám. XVIII, 21), tal y como era de esperar, dado el hallazgo de un horno (H-2) en este nivel.

GRAFICO 4.

Puerto-6: Nivel IIb.



En las cerámicas bruñidas, además del ya citado aumento de su presencia, apreciamos que siguen conviviendo los cuencos (lám. XIX, 11-19) con formas carenadas de diverso tipo (lám. XIX, 1-10), apareciendo también ahora las copas carenadas (lám. XIX, 20-22), al tiempo que los motivos ornamentales de esta cerámica (lám. XIX, 23-29) parecen continuar la línea evolutiva en base a la diversidad y complicación de las decoraciones, frente a los simples reticulados de momentos precedentes y no siendo extraño encontrar ya la combinación, en una pieza, de retículas con palmas (lám. XIX, 27).

De otra parte, sí hemos observado una serie de circunstancias relativas a las cerámicas a mano, sean toscas o de superficies bruñidas, en cuanto a su incremento en relación al total de las piezas halladas, así como en la inversión porcentual que hace mayoritaria a las bruñidas ante el resto de cerámicas y no sólo respecto de las a mano; también en las formas de engobe rojo observamos algunas novedades.

Dejando al margen, por no considerarlo significativo, el ligero descenso que las cerámicas con engobe rojo experimentan respecto del Nivel IIa, situándose ahora en el 13'8% (Gráfico 4), comprobamos la desaparición de algunas formas y la aparición de otras nuevas. En el primer caso, es decir, en el de las ausencias, hemos de incluir los cuencos acanalados, tanto de borde vertical como de tendencia entrante, que encontrábamos en los niveles Ia (lám. VII, 1) y IIa (lám. XV, 1-2). En segundo lugar, es decir, en lo que se refiere a la aparición de nuevos tipos y formas, hemos de reseñar ahora la presencia de un cuenco hondo con borde entrante que recuerda a los acanalados, aunque ha sustituido las acanaladuras por aristas (lám. XX, 1), manteniendo el mismo esquema decorativo por el exterior, es decir, engobado desde algo más abajo de las aristas y hasta el borde, mientras que el interior lo cubre totalmente con engobe.

También aparece, por primera vez, una forma de fuente de borde cóncavo con ambas superficies cubiertas de engobe rojo (lám. XX, 3), que seguirá estando presente en los niveles siguientes. Igualmente, encontramos ahora un fragmento con engobe rojo que pertenece a una forma de cuenco carenado con borde apuntado de tendencia vertical (lám. XX, 8), que se hace frecuente, con pequeñas variaciones tipológicas, a partir del Nivel IV (lám. XXXVIII, 2-5, 7 y 8).

En lo referente a los platos, que mantienen la tónica general de convivencia de los tipos con borde estrecho (lám. XXI, 1-8) con otros más amplios (lám. XXI, 9-11), hemos de señalar la presencia de un ejemplar con borde de 7'1 cm. que posee una acanaladura en el extremo del mismo (lám. XXI, 11). Este tipo que ahora aparece lo veremos representado en el Nivel IIc (lám. XXVI, 7 y 8) y en el Nivel III (lám. XXX, 9), aumentando su número en los sucesivos niveles (lám. XXXVI, 8-14; lám. XLVI, 10 y 12-13), aunque perdiendo en general la tendencia abocinada de éste y en algún caso reduciendo

ligeramente el tamaño del borde (lám. XLVI, 12), que en muchos ejemplares perderá incluso la acanaladura, que sólo se refleja por una muy ligera y a veces inapreciable concavidad, lo que dará como resultado una sección de tendencia cuadrada del borde. Señalar también que siguen estando presentes platos con tondo en reserva (lám. XXI, 12).

Por lo que se refiere al resto de las formas con engobe rojo, indicar la continuidad de los cuencos con borde engrosado al interior (lám. XX, 4-6), aunque ahora el engrosamiento es menos acusado que en el nivel anterior, siendo ésta una tendencia que seguirá en lo sucesivo. Junto a los cuencos citados, también permanece el que presenta carena y borde proyectado al exterior (lám. xx, 2), que en este caso ofrece una pestaña más amplia que el hallado en el Nivel Ib (lám. XI, 11). Por último, en lo que se refiere a las cerámicas con engobe rojo, señalar la presencia de un fragmento que, con toda probabilidad, debió pertenecer a un soporte (lám. XX, 7), así como reseñamos el hallazgo de dos fragmentos que, aunque no es posible concertar entre sí, parecen sin embargo pertenecer a una misma pieza, en este caso una tapadera (lám. XX, 6a y 6b), dada su similitud en pasta y engobe, que sólo cubre las superficies exteriores del pomo y del borde.

Junto a las cerámicas presentadas encontramos las de pastas grises, que en este nivel han descendido en su presencia porcentual, alcanzando sólo el 14'8% (Gráfico 4). En cuanto a las formas, siguen documentándose las carenadas (lám. XXII, 1-3, 5 y 7), con aquellas otras que sólo marcan una leve arista por el exterior (lám. XXII, 6), junto con una gran abundancia de cuencos (lám. XXII, 7-22), en los que predominan los que poseen un ligero engrosamiento del borde por el interior.

Acompañan a estas cerámicas otras oxidadas que, en algunos casos, aparecen decoradas con pintura (lám. XXIII) normalmente roja y negra, que en ocasiones se combinan en un mismo vaso. De los fragmentos pintados hacemos hincapié en uno (lám. XXIII, 11) que presenta líneas negras dejando zonas en reserva, aunque tres de ellas delimitan dos bandas rojas, llamando la atención la presencia de dos líneas negras que debían formar parte de un motivo figurativo, el cual no somos capaces de definir.

En el conjunto de cerámicas oxidadas, hemos de reseñar la continuada presencia de urnas con cuello de tendencia cilíndrica (lám. XXIII, 1, 2, 7 y 8) así como destacamos también el hallazgo de un cuenco hondo de borde redondeado y ligeramente entrante, que presenta dos suaves aristas en el exterior (lám. XXIII, 4); la mención expresa de este fragmento viene condicionada porque nos recuerda tipológicamente a los cuencos acanalados, sustituyendo las acanaladuras por aristas y no presentando engobe rojo como aquéllos, aunque con posterioridad encontraremos otra pieza similar en el Nivel V (lám. XLVII, 12), pero que en este caso sí aparece con engobe rojo.

Respecto a las ánforas (lám. XXIV, 1-7), decir que descienden también en porcentaje (5'8%; Gráfico 4), aunque no se observan diferencias en los tipos respecto del nivel anterior. Acompañando a las ánforas encontramos dos vasos cerrados que aparecen decorados con pintura, uno de ellos mediante una banda roja que parte del hombro y alcanza el borde por el interior, donde queda una estrecha línea (lám. XXIV, 8); el otro fragmento decorado con pintura, en este caso de tono anaranjado, presenta una estrecha banda por el interior junto al borde, mientras que en el exterior lleva una banda en el cuello que se diferencia del borde por una pequeña moldura (lám. XXIV, 9).

Por último, reseñar que parece significativa la disminución de las formas torneadas frente a las fabricadas a mano, así como el que las cerámicas con engobe rojo sean las que menos desciendan porcentualmente, siendo sólo las que denominamos oxidadas, en las que incluimos las pintadas, las que aumentan en su porcentaje; sin embargo, las ánforas bajan casi a la mitad. En nuestra opinión, creemos no es descabellado el interpretar este nivel como reflejo de un momento en el que la relación comercial en general ha descendido, de ahí la reducción de las ánforas en un 50%, así como el incremento de las formas a mano, tanto toscas como bruñidas (Gráfico 3 y 4), situación que no vuelve a repetirse en esta excavación, observándose a partir del Nivel IIc un descenso continuado y paulatino de estas cerámicas.

5.2.2.2.3. Nivel IIc.

Si en general hemos venido definiendo los niveles, además de por elementos cerámicos, por las construcciones halladas, en este caso la distinción entre el nivel que nos ocupa y el anterior en base a las edificaciones es más vinculante, pues desde el punto de vista de las cerámicas no se observan diferencias cualitativas relevantes, aunque sí las haya en aspectos cuantitativos.

En cuanto a las estructuras, señalar que el horno (H-1) y el muro de escorias encontrados (M-4), se edificaron con escasa diferencia temporal entre ambos (fig. 26), pues la base del muro coincide prácticamente con la zona más elevada del horno, de ahí que la edificación del muro y el abandono del uso del horno debió producirse prácticamente al unísono, por lo que es muy difícil establecer alguna diferencia cronológica entre ambas construcciones, máxime cuando en las cerámicas (láms. XXV-XXVIII) no se observan diferencias apreciables y vuelven a estar representadas porcentualmente de forma similar a la del Nivel IIa, predominando de nuevo las cerámicas a torno sobre las a mano (Gráfico 5), en las que sigue siendo superior la presencia de las bruñidas (21'9%) en relación con las toscas a mano (16'2%), que ahora ya debemos diferenciar claramente de las toscas a torno, que están presentes en un 1% (Gráfico 5).

En las cerámicas a mano (lám. XXV) no se observan variaciones sustanciales, manteniéndose las mismas formas y tipos (cuencos hemiesféricos,

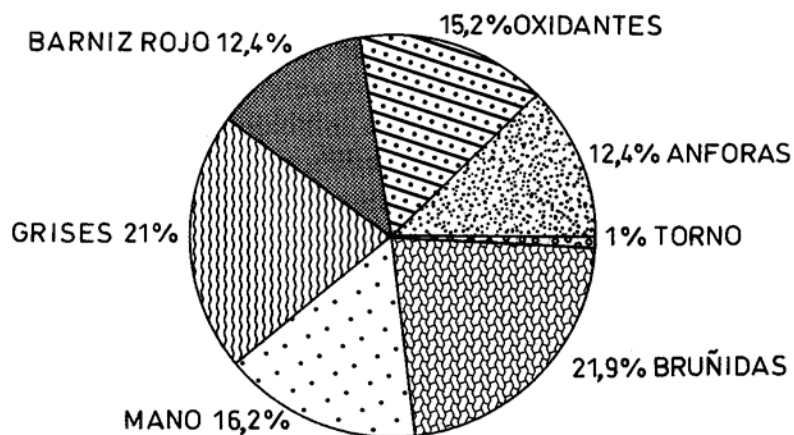
vasos y cuencos con digitaciones, vasos de cuello acampanado), apareciendo también un fragmento de "colador" (lám. XXV, 19), que entrecorrimos porque ésa debió ser la intención, la de realizar un colador, pero da la impresión que las "perforaciones", que no atraviesan completamente la pared de la pieza y que debieron hacerse desde el interior hacia el exterior, se cerraron durante el secado de la misma, por lo que su utilidad debió ser poco menos que ninguna. Señalar también la presencia de un pequeño vaso con la superficie del cuerpo rugosa, mientras que el cuello, que es corto, aparece bien alisado (lám. XXV, 15).

GRAFICO 5.

Puerto-6: Nivel IIc.

Las piezas bruñidas están representadas casi exclusivamente por cuencos (lám. XXV, 1-9), no hallándose formas carenadas, aunque de esta tipología pudiera ser un fragmento que, además, aparece con ornamentación bruñida (lám. XXV, 11).

En las cerámicas con engobe rojo (lám. XXVI) no se aprecian variaciones formales respecto del nivel anterior, manteniéndose la presencia de la mayoría de los tipos y observándose sólo la aparición de uno nuevo en los platos, que se caracteriza por tener un perfil de tendencia abocinada y borde an-



cho ligeramente vuelto hacia abajo en su extremo (lám. XXVI, 10). Igualmente, hemos de señalar el hallazgo de un plato de borde ancho y con pocillo central marcado (lám. XXVI, 11), aunque su relevancia no es ésta, sino que por el exterior y a la altura del pocillo interior se observa una ligera curva, lo cual nos hace pensar si no es este plato un prelude de los que más adelante encontraremos con una acusada carena en los niveles IV (lám. XXXVII, 2-7) y V (lám. XLVII, 1-4).

Las cerámicas grises tampoco evidencian variaciones apreciables, manteniéndose la presencia, aunque no muy numerosa, de formas con bordes diferenciados (lám. XXVII, 1-5) y siendo mayoritarios los cuencos (lám. XXVII, 6-15). Respecto de las bases, señalar el hallazgo de una con moldura exterior (lám. XXVII, 17).

Las cerámicas oxidadas, en general, siguen las pautas de niveles precedentes, debiéndose indicar que algunas piezas siguen pintadas en rojo y negro (lám. XXVIII, 6-8, 10 y 11), destacándose entre éstas dos urnas de cuello cilíndrico con pequeño baquetón. La primera de ellas (lám. XXVIII, 6) presenta asas geminadas y el cuello cubierto en su mitad superior de pintura roja sobre la que se han aplicado dos bandas negras, de las que se ha corrido un goterón; la importancia de este fragmento estriba, además, en que fue hallado en el interior del horno 1, lo que nos facilitará el encuadre cronológico de éste. La segunda urna (lám. XXVIII, 8) sólo aparece decorada en rojo, aunque su tipología y la disposición de la decoración es similar a la anterior. Acompaña a estas urnas un fragmento del cuello de una tercera (lám. XXVIII, 7) que presenta dos finas incisiones paralelas y una decoración en negro que, por sus características y disposición, parece perteneció a un motivo figurativo; desde un punto de vista formal, es semejante a otro fragmento de urna hallado en el Nivel IV (lám. XLI, 2). Completan el conjunto de las piezas pintadas una fuente (lám. XXVIII, 10), con decoración roja y negra, y un fragmento de tendencia globular, también decorado en rojo y negro (lám. XXVIII, 11), que dada su forma debemos asimilar con un jarro.

Señalar también la existencia de una fuente carenada que tipológicamente podríamos identificar con piezas grises (lám. XXVIII, 9), pero el color claro de su pasta nos impide hacerlo, al tiempo que nos lleva a pensar en la posibilidad de un fallo en el proceso de cocción que no permitió tomara la pasta color oscuro.

Por lo que se refiere a las ánforas (lám. XXVIII, 1-5), éstas no experimentan variación formal alguna respecto del Nivel IIb.

5.2.2.3. Nivel III.

Si por las construcciones hemos de vincularlo a las escasas huellas de adobes encontradas (M-3) (fig. 26) y en consecuencia podría pensarse que tuviese poca relevancia, no es así desde el punto de vista de las cerámicas (láms.

XXIX-XXXII). En general, las cerámicas (Gráfico 6) siguen la pauta marcada desde el Nivel II, pero ahora se documenta ya la presencia de cerámicas griegas (lám. XXXI, 17-19) y el hallazgo de un cuenco que debemos integrar en los del tipo *samaria* (lám. XXX, 11). Sobre ambas clases de cerámicas volveremos más adelante.

Las cerámicas a mano siguen estando representadas por vasos de cuello corto con digitaciones (lám. XXIX, 17), así como por un cuenco que también las presenta en el borde (lám. XXIX, 16), junto a otros de borde apuntando (lám. XXIX, 20 y 21); completa el conjunto un grupo de vasos con paredes de tendencia vertical y borde indiferenciado (lám. XXIX, 24-27), a los que acompañan otros con ligera diferenciación del borde por el exterior (lám. XXIX, 22 y 23), aunque uno de ellos ofrece un cuerpo globular (lám. XXIX, 22); por último, señalar la presencia de un vaso de pequeñas dimensiones (lám. XXIX, 19), similar al hallado en el Nivel IIc (lám. XXV, 15), aunque en este caso no presenta el cuello alisado, sino que éste y el cuerpo aparecen rugosos.

Respecto de las cerámicas bruñidas hay que mencionar la ausencia de formas carenadas, aunque un fragmento con ornamentación reticulada pudiera serlo (lám. XXIX, 14), siendo casi exclusiva la presencia de cuencos (lám. XXIX, 1-12), acompañados de un fragmento de copa (lám. XXIX, 13) y del borde vertical de un vaso que también aparece bruñido (lám. XXIX, 13) y del borde vertical de un vaso que también aparece bruñido (lám. XXIX, 15), siendo éste un tipo cerámico poco frecuente.

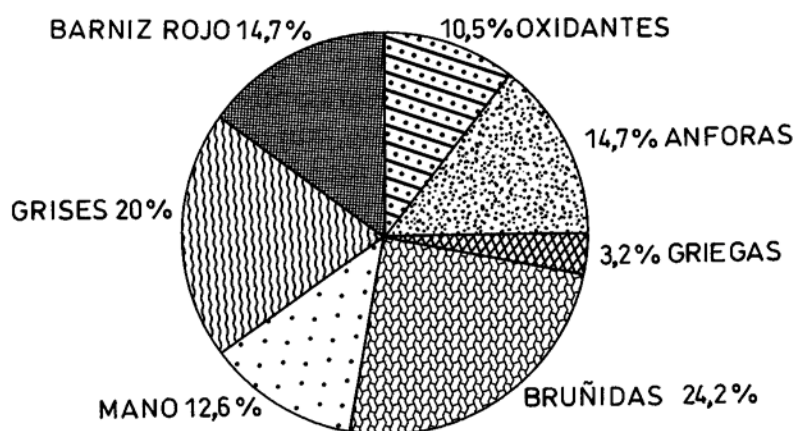
En las cerámicas con engobe rojo (lám. XXX) no se aprecian diferencias formales respecto del nivel precedente, aunque sí hemos de mencionar el predominio absoluto de los platos, tanto de borde estrecho como ancho, sobre cualquier otra forma; no obstante, encontramos tres fragmentos que merecen citarse con mayor detalle. Dos de estas piezas, una de galbo con engobe en el exterior (lám. XXX, 12) y otra del arranque de un asa geminada (lám. XXX, 13), bien pudieron pertenecer a un mismo jarro, dadas sus similitudes en pasta y engobe, aunque es evidente que no podemos definir el tipo al que pudieran haber pertenecido.

Pero, sin duda, la pieza que debemos describir con mayor detenimiento es un cuenco con engobe rojo (lám. XXX, 11), de pasta anaranjada y muy bien depurada, con desgrasantes muy finos y entre los que se aprecian puntos grises y rojizos, probablemente estos últimos cerámica molida. Presenta las superficies muy bien bruñidas y engobadas, poseyendo en el exterior cinco estrechas acanaladuras que se realizaron con posterioridad a la cocción de la pieza. El que las acanaladuras aparezcan en grupos de tres y dos parece algo accidental, pues el segundo conjunto también pudo ser de tres o más, pero la fractura en esa zona de la pieza nos impide afirmarlo. Desde una visión estrictamente formal, este cuenco deberíamos incluirlo en la denominada ce-

rámica de *samaria*, con lo que ello implica respecto de la cronología de la misma y que en lo referente a las encontradas con estas características en Huelva ya hemos tenido ocasión de escribir (23), pero sobre esta problemática volveremos al analizar los aspectos cronológicos de esta excavación.

GRAFICO 6.

Puerto-6: Nivel III.



En las cerámicas grises se observa ahora un predominio casi absoluto de los cuencos (lám. XXXI, 4-16) sobre las formas de borde diferenciado (lám. XXXI, 1-3), siendo cada vez más suave la carena, con excepción de una pieza (lám. XXXI, 3) que aún la posee muy marcada. También en pasta gris encontramos otra pieza que por sus características y procedencia analizamos aparte.

Las urnas, por otro lado, ofrecen una serie de diferencias formales respecto a las halladas en niveles precedentes, concretándose en la pérdida de la tendencia cilíndrica del cuello, que ahora se hace más troncocónico (lám. XXXII, 9-13); sin embargo, no ofrecen variaciones en los esquemas decorativos basados en líneas y/o bandas rojas y/o negras, aunque aparecen también círculos concéntricos en la decoración (lám. XXXII, 15).

Por lo que se refiere a las ánforas (lám. XXXII, 1-8), éstas continúan sin ofrecer grandes modificaciones formales, aunque persiste la tendencia ya observada de pérdida de horizontalidad de los hombros, lo que ocasiona el que las asas se apoyen en ellos (lám. XXXII, 8). Respecto de los bordes, que presentan una variada tipología, decir que aunque existen algunos de tendencia vertical por el exterior (lám. XXXII, 1 y 4-5), se incrementa la presencia de los que van perdiendo dicha verticalidad (lám. XXXII, 2-3 y 6-7), lo que hace más angulosa la unión del galbo con el borde, al tiempo que ocasiona el que la curva por el interior sea más acusada y, a la vez, de lugar a una sección de tendencia triangular (lám. XXXII, 6-7).

Al iniciar el análisis de este nivel decíamos que las cerámicas iban a tener especial importancia y así es, como lo evidencia el hecho de la presencia de varios fragmentos griegos.

El primero al que nos referimos es una copa realizada en pasta gris (lám. XXXI, 17), bien depurada, con desgrasantes muy finos y presencia de mica plateada. El interior aparece brillante, muy bien bruñido al torno, mientras que el exterior ofrece una superficie bien alisada pero mate, habiéndose realizado sobre ella tres finas incisiones en la zona de unión del labio con el cuerpo de la copa y que fueron ejecutadas antes de ser cocida la pieza. Esta copa, que consideramos de *bucchero* eolio, es de sumo interés, ya que su presencia en esta excavación, así como otras piezas encontradas en Puerto-9, nos permiten, como más adelante veremos, fijar cronológicamente los inicios de la presencia griega en el ámbito tartésico.

Junto a esta pieza hemos de mencionar también un fragmento de procedencia griega, concretamente de la Grecia del Este (lám. XXXI, 18), que corresponde a la parte baja del cuerpo de una copa y está realizado con una pasta de color crema-beige, con puntos blancos y abundante mica dorada, apareciendo las superficies muy bien alisadas y brillantes, disponiéndose sobre la interior una serie de cinco bandas concéntricas pintadas en rojo, que dejan en reserva las zonas entre ellas.

Completa el conjunto de cerámicas griegas un fragmento atípico de ánfora ática *à la brosse*, con el exterior barnizado de negro en la forma característica de estas piezas (lám. XXXI, 19).

En definitiva, es éste un nivel de gran trascendencia pues, como ya hemos apuntado ayuda a definir el inicio de la presencia griega en Huelva, atendiendo al hallazgo stratigráfico de estas piezas, ya que es conocida la existencia de objetos griegos en la ciudad desde hace tiempo, pero sin contexto arqueológico definido (24) e incluso sin relación arqueológica posible (25).

5.2.2.4. Nivel IV.

Corresponde al momento de fundación de M-1 (fig. 26) y ha de señalarse, además de continuar la presencia griega, el acusado descenso que se

produce en las cerámicas bruñidas (15%; Gráfico 7) y el notable incremento que se observa en las de engobe rojo, con la aparición de nuevos tipos y formas, como más adelante expondremos; en conjunto, se aprecia el continuado descenso de las cerámicas a mano, que entre las de técnica bruñida y el resto de piezas así fabricadas sólo suman el 29% del total.

Las cerámicas a mano están representadas por vasos de cuello corto y superficies cuidadas (lám. XXXIII, 1-15), junto con las igualmente de cuello corto pero de superficies más toscas y con decoraciones digitadas (lám. XXXIII, 16-18 y 21), sin que falten las piezas con incisiones en zig-zag (lám. XXXIII, 19) o haciendo retículas (lám. XXXIII, 20). A ellas las acompaña un fragmento con unguilaciones en el borde y una incisión que debía formar parte de un motivo más complejo (lám. XXXIII, 23), siendo éste un fragmento para nosotros de interés, pues aunque en principio y por la ligera curva que presenta pudiera pensarse en un cuenco, no nos lo parece por diversas razones. En primer lugar, porque la curva que posee, de ser un cuenco, daría un diámetro que nos parece excesivo para este tipo de piezas; en segundo lugar, porque en la hipotética superficie exterior no se observa tratamiento alguno de la misma, apreciándose rugosa, mientras que el también posible interior lo encontramos mejor cuidado, lo cual no sería extraño, aunque sí el que sea en esta superficie donde se realizó el motivo decorativo del que formaba parte la incisión. A la vista de estas consideraciones, nos inclinamos por pensar que la pieza analizada no corresponde a un cuenco y sí a una placa de cerámica, cuya finalidad concreta desconocemos. Un último ejemplar a mano corresponde a un fragmento de colador (lám. XXXIII, 22), lo que ya hemos visto es frecuente en esta excavación y su posible relación con la metalurgia.

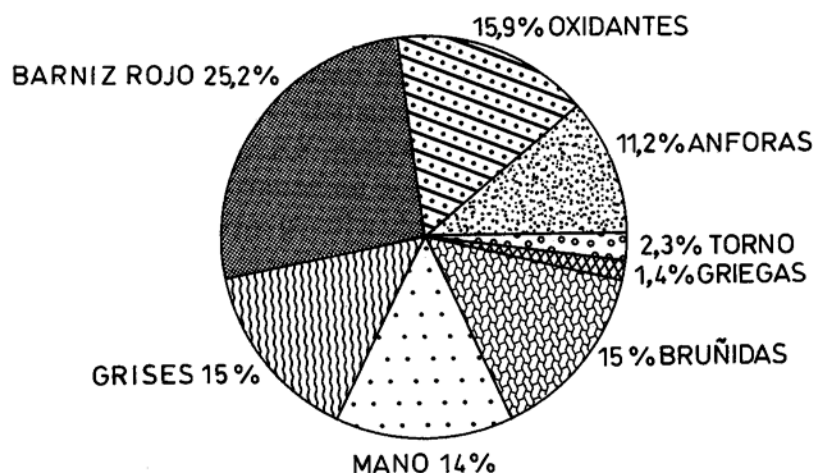
En las cerámicas bruñidas siguen predominando los cuencos hemisféricos de borde indiferenciado (lám. XXXIV, 11-24), en los que ya no se aprecia la carena o ésta es una ligera inflexión de la curva del galbo que, además, se acompaña en algún caso por un borde ligeramente cóncavo (lám. XXXIV, 11-14); pero, a pesar de la abundancia de esta forma cerámica, conviven con ellas algunas piezas carenadas (lám. XXXIV, 1-6), lo que es una novedad respecto del nivel anterior, aunque no hemos de olvidar que estas piezas es frecuente aparezcan acompañando a los cuencos bruñidos. En relación con los motivos ornamentales (lám. XXXIV, 7-11), poco podemos decir sobre lo ya apuntado en páginas precedentes, dado el escaso número de fragmentos hallados y lo poco significativo de los elementos que los decoran.

La cerámica con engobe rojo, que en este nivel alcanza un alto porcentaje (25'2%; Gráfico 7), al tiempo que mantiene la continuada presencia de platos con borde estrecho (lám. XXXV), otros con borde más ancho (lám. XXXVI, 1-7) y algunos con acanaladura en el extremo del borde (lám. XXXVI, 8-14), ofrece ahora algunas novedades de interés, además de seguir apareciendo platos con tondo en reserva (lám. XXXVII, 8). Es en este mo-

mento cuando se encuentran los platos con una acusada carena exterior que, normalmente, se corresponde en el interior con el pocillo del plato (lám. XXXVII, 2-6), no siendo extraño el que algunos ejemplares presenten un hundimiento central en la base (lám. XXXVII, 6). Acompañan a estos platos y también en gran número, los cuencos carenados con borde de tendencia vertical (lám. XXXVIII, 2-8), forma de la que un ejemplar ya lo habíamos encontrado en el Nivel IIb (lám. XX, 8). La diferencia formal más acusada estriba en que los ejemplares de este nivel poseen, en general, un borde redondeado y no apuntado como el del Nivel IIb, así como son algo exvasados y los que mantienen el borde apuntado reducen al mismo tiempo el tramo entre éste y la carena (lám. XXXVIII, 7-8), sin que falte un ejemplar que, además de una suave carena, diferencia el galbo del borde y lo proyecta ligeramente hacia el exterior (lám. XXXVIII, 5), tendencia que también observamos en otra pieza (lám. XXXVIII, 6) en la que una suave curva ha sustituido a la carena, al tiempo que se ha alargado el tramo entre ésta y el borde, que es de tendencia exvasada. También siguen presentes los cuencos hemisféricos con engobe rojo y borde ligeramente engrosado al interior (lám. XXXVIII, 9), así como se encuentran algunas lucernas engobadas (lám. XXXVIII, 10) y permanecen las fuentes de bordes cóncavos (lám. XXXVIII, 1).

GRAFICO 7.

Puerto-6: Nivel IV.



En las cerámicas grises se hallan piezas que diferencian el borde del galbo (lám. XXXIX, 1-8), aunque en general de forma suave, con excepción de algunas piezas que lo hacen más acusadamente (lám. XXXIX, 2-3); no obstante, estas formas cerámicas están menos representadas que los cuencos hemisféricos (lám. XXXIX, 9-22), conviviendo los de borde ligeramente engrosado o aristado al interior (lám. XXXIX, 11-12 y 16-22) con los que no lo marcan (lám. XXXIX, 10 y 13-15) o lo tienen apuntado (lám. XXXIX, 9). También en pasta gris encontramos dos fragmentos, uno de vaso (lám. XXXIX, 24) y otro posiblemente de un cuenco carenado (lám. XXXIX, 25), junto con una fuente que, por la curva del galbo, parecer ser del tipo que diferencia borde y galbo (lám. XXXIX, 23), estando el interés de esta pieza en que porta un grafito en la superficie interior, no siendo el único hallado en este nivel, sino que encontramos otros dos en platos con engobe rojo, uno bajo el borde de la pieza por el exterior (lám. XXXVII, 1) y otro en la base de un ejemplar con carena exterior (lám. XXXVII,3)(26).

De tipología similar a la de los cuencos con engobe rojo y a los grises, encontramos otra serie de ellos (lám. XL, 1-6) cuya característica esencial es la ausencia de cualquier tipo de preparación posterior a su fabricación, excepción hecha de algunos que poseen una estrecha banda de pintura por el exterior y cercana al borde (lám. XL, 1), aunque hemos de señalar la presencia de algunos cuencos que ofrecen un ligero rehundimiento en el galbo por el exterior (lám. XL, 2 y 6) y que si está muy cerca del borde da a éste la apariencia de poseer también un ligero engrosamiento por el exterior (lám. XL, 1, 3 y 4).

Aparecen ahora los morteros con diversa tipología (lám. XL, 7-8) que se acompañan de vasos sin tratamiento o decoración digna de mención (lám. XL, 9-14), así como de urnas que, como en el nivel anterior y manteniendo la tendencia a exvasarse del cuello, aparecen decoradas con pintura roja y/o negra dispuesta en bandas más o menos estrechas por distintas zonas del vaso (lám. XLI), sin que falten motivos figurativos (lám. XLI, 2) o círculos concéntricos (lám. XLI, 14). Reseñar también la presencia de un ánfora con el borde, tanto en el interior como en el exterior, pintado de rojo (lám. XLI, 9).

Y son éstas, las ánforas, las que representan un alto porcentaje del total (11'2%; Gráfico 7)(lám. XLII), observándose cada vez más acusada la pérdida de verticalidad de los bordes, lo que se acompaña, como viene siendo norma, de la menor horizontalidad del hombro de estas piezas.

De características similares al cuenco de *samaria* del Nivel III (lám. XXX, 11), tanto en la pasta como en el tratamiento de las superficies, es el fragmento hallado en este nivel, correspondiente a la base de un cuenco, que presenta tres estrechas acanaladuras por el exterior (lám. XLIII, 8).

La presencia de cerámicas griegas en este nivel es algo más significativa que en los demás, aunque no tan numerosa como en otras excavaciones

que hemos realizado en Huelva, caso de la efectuada en Puerto-9 y que analizamos más adelante. Entre las piezas griegas halladas se encuentran ánforas áticas (lám. XLIII, 3-5), así como copas del tipo B.2 barnizadas en rojo (lám. XLIII, 1-2), junto con un cuenco de borde apuntado con el interior en reserva y el exterior barnizado en rojo, sobre el que se disponen dos líneas negras paralelas (lám. XLIII, 6). Completa el grupo un fragmento cuyas características formales, decoración y disposición de ésta (lám. XLIII, 7), son muy similares a las del hallado en el Nivel III (lám. XXXI, 18), aunque a la que ahora nos referimos no presenta una ornamentación tan regularmente trazada como la del nivel citado.

5.2.2.5. Nivel V.

Corresponde al momento de habitación de M-1 (fig. 26), no observándose grandes variaciones en las formas cerámicas, que mantienen la tendencia apreciada desde el Nivel III y que, entre otras evidencias, determina un paulatino descenso de las fabricadas a mano, tanto toscas como bruñidas, que ahora representan el 26'8 % (Gráfico 8).

Las cerámicas a mano están presentes en cuencos de tendencia hemisférica (lám. XLIV, 1-8), vasos con cuello acampanado (lám. XLIV, 10-12) y vasos de paredes rectas (lám. XLIV, 13-16), todos ellos con las superficies algo cuidadas, mientras que otros vasos (lám. XLIV, 17-21) las presentan más rugosas y peor tratadas, poseyendo alguno de ellos mamelones (lám. XLIV, 18), incisiones en el cuello y unguilaciones en el borde (lám. XLIV, 20-21) o incisiones y digitaciones (lám. XLIV, 19).

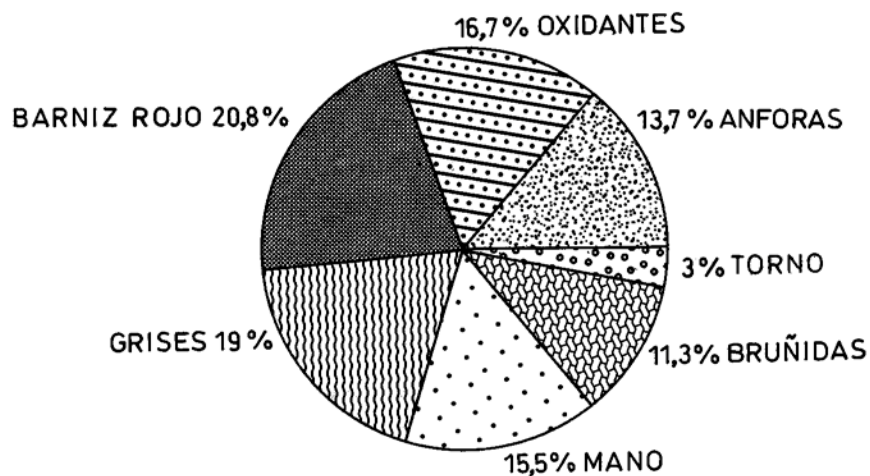
En las de técnica bruñida se observa un predominio casi absoluto de los cuencos (lám. XLV, 4-15), aunque están presentes algunos fragmentos carenados (lám. XLV, 1-3), que por lo pequeño de su tamaño y por su tipología nos atrevemos a considerar como una intrusión, al menos dos de ellos (lám. XLV, 1-2), de material antiguo en un estrato más moderno y que en este caso y dada la correspondencia con estructuras claras de habitación, no sería descabellado pensar que provengan del tapial o de los adobes que constituyesen la superestructura de la habitación correspondiente a M-1. En cuanto a las decoraciones, se mantiene la tendencia a ornamentar las piezas con motivos más o menos complejos (lám. XLV, 16-17), lo que contrasta, aunque es poco lo conservado, con la decoración de una de las piezas que consideramos intrusivas (lám. XLV, 2), que parece tener un motivo exclusivamente reticulado; no obstante, el fragmento es demasiado pequeño como para que podamos definirnos más en la apreciación, por lo que no descartamos que la ornamentación fuese más compleja y en ella se incluyesen zonas reticuladas.

En las cerámicas con engobe rojo no se aprecian diferencias formales que puedan ser destacadas, manteniéndose los platos de borde estrecho (lám. XLVI, 1-3) con los que presentan éste más ancho y abocinado (lám.

XLVI, 4-9), o lo tienen también ancho y con acanaladura en el extremo, ofreciendo una sección de tendencia cuadrada (lám. XLVI, 10-23) y sin que falten los de carena exterior (lám. XLVII, 1-4), así como los de tondo en reserva (lám. XLVII, 4 y 6).

GRAFICO 8.

Puerto-6: Nivel V.



Los cuencos con engobe rojo siguen estando presentes (lám. XLVII, 7-13) aunque sólo en ejemplares que no engrosan el borde por el interior (lám. XLVII, 10-11) o simplemente lo aristan (lám. XLVII, 8-9). A éstos les acompaña un cuenco hondo con aristas y borde redondeado (lám. XLVII, 12) que nos recuerda al hallado en el Nivel IIb (lám. XX, 1), pero que es prácticamente igual al encontrado también, aunque sin barniz, en dicho nivel (lám. XXIII, 4). Y junto al anterior citar la presencia de otro cuenco, en este caso carenado, con borde de tendencia vertical y ligeramente cóncavo (lám. XLVII, 13), similar a los del Nivel IV (lám. XXXVIII, 7-8).

Las cerámicas grises están representadas mayoritariamente por cuencos (lám. XLVIII, 5-17), aunque no faltan algunos ejemplares, escasos, con el borde diferenciado (lám. XLVIII, 1-4).

En las cerámicas pintadas (lám. XLIX) no se observan diferencias respecto al nivel anterior, comprobándose también como en el citado (lám. XLI, 9) la presencia de un ánfora de igual tipología con pintura roja en el borde, tanto en el interior como en el exterior (lám. XLIX, 9). Del conjunto de estas cerámicas hemos de destacar la presencia de dos urnas con cuello de tendencia cilíndrica y baquetón central y asas geminadas (lám. XLIX, 3-4), que son tipológicamente similares a algunas de las halladas en el Nivel IIb (lám. XXIII, 1-2 y 8) y en el Nivel III (lám. XXVIII, 5 y 8).

Respecto de las ánforas (lám. L) sí se observan ahora mayores diferencias, siendo más variada la tipología de las mismas y apareciendo entre ellas las que presentan claramente marcado el lugar de apoyo de la tapadera (lám. L, 3-4).

Por último, señalar la presencia de vasos a torno sin especial significación (lám. LI, 8-15), junto con dos fragmentos de morteros (lám. LI, 6-7) y la aparición de vasos toscos de cuello corto, borde ligeramente exvasado, base plana, y asas de sección rectangular (lám. LI, 1-5), cuya cocción ha sido reductora y su significación viene dada por estar realizadas a torno.

5.3. EXCAVACION DEL SOLAR Nº 9 DE LA CALLE PUERTO.

La excavación de este solar (figs. 20 y 21) se vió condicionada por diversas circunstancias, además de por las específicas de una excavación en casco urbano. Al no haberse aprobado aún, en la fecha de los trabajos (mayo-junio de 1983), la revisión del P.G.O.U. de Huelva en la que se establecían las zonas arqueológicas y las cautelas que respecto de cada una de ellas deberían adoptarse, la empresa constructora no encontró impedimento legal alguno para llevar a cabo el pilotaje en el solar, obra necesaria para la cimentación del edificio de nueva planta que se pretendía construir.

Dada la situación citada y observando la presencia de material arqueológico entre las tierras procedentes del pilotaje, estimamos conveniente llegar a un acuerdo con la empresa constructora (27), al objeto de poder efectuar la necesaria excavación arqueológica y que, al mismo tiempo, pudieran continuarse los trabajos de construcción.

Teniendo en cuenta la disposición del pilotaje, junto con el hecho de encontrarse el solar en la ladera meridional del en parte desaparecido cabezo del Molino del Viento (fig. 9), así como por el conocimiento que teníamos gracias a la excavación del solar 6 de esta misma calle, situado al norte del que ahora nos ocupa (fig. 21), respecto de la inclinación de dicha ladera, estima-

mos conveniente efectuar la excavación en la zona sur del solar, al objeto de intentar obtener una estratigrafía arqueológica suficientemente potente y que estuviera poco afectada por el nivel freático. A la vista de este conjunto de circunstancias, decidimos usar la superficie destinada a futuro patio de luces del edificio a construir como lugar de excavación, montando para ello un único cuadro de 6'50x4'80 m. (fig. 29).

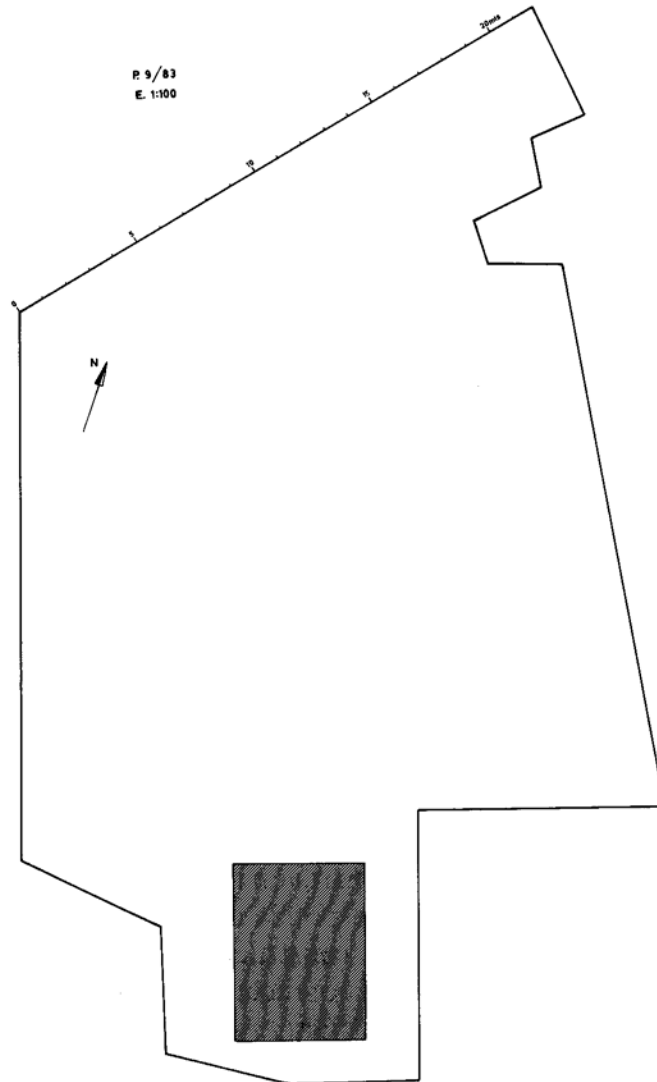


Fig. 29. Ubicación del área excavada en Puerto-9.

Iniciada la excavación y una vez retirado el relleno de escombros y cascotes, apareció una zona empedrada con corriente central que, dadas las características de la excavación en lo referente al poco tiempo disponible para realizarla, decidimos dejar en *in situ*, de forma que al mismo tiempo, pensábamos, nos serviría para sellar los estratos arqueológicos del lugar. Esta posibilidad no se vió posteriormente cumplida, pues la estratigrafía que se encontraba inmediatamente por debajo de esta estructura se hallaba alterada hasta aproximadamente la cota de -1'50 m. respecto de la rasante de la calle. El empedrado aparecido presentaba una anchura de 1'20 m. en el extremo norte y de 1'60 m. en el sur, discurriendo prácticamente paralelo al perfil oriental de la cuadrícula. Las dimensiones del empedrado y el haber decidido no desmontarlo, dió lugar a que la superficie útil para excavar se viera reducida respecto de sus dimensiones originales, quedando a partir de aquel momento con las siguientes medidas:

- perfiles E y O: 6'50 m.
- perfil N: 3'60 m.
- perfil S: 3'20 m.

Junto a la problemática expuesta y como es corriente en Huelva, hemos de reseñar la presencia de varios pozos, los cuales afectaban a los niveles arqueológicos en mayor o menor profundidad, aunque por fortuna su incidencia superficial era escasa.

Los hechos relatados dificultaron la excavación; pero, al mismo tiempo, nos obligaron a un mejor y más estricto control de las diversas zonas del cuadro excavado, lo que ha beneficiado el posterior estudio de los materiales y de la estratigrafía hallada, que aparece bien ordenada desde la cota -1'50 m. a la que ya nos hemos referido.

En la cota citada comenzaron a aparecer en el ángulo NW pequeñas lajas de pizarra que correspondían a los restos de las hiladas superiores de un murete (M-1) muy deteriorado (fig. 30) que, a su vez y por la cara sur, se encontraba afectado por un pozo moderno hasta los -2'23m.; sin embargo, la potencia deducible del muro desde su aparición hasta la cota afectada por el pozo y que se cifra en 0'73 m., no corresponde a un único muro, sino que 0'60 m. aproximadamente pertenecen a la construcción dicha, que a su vez se apoya en un segundo muro inferior cuya potencia es de 0'40 m.

El segundo muro (M-2), que mantiene la misma orientación NW-SE que el primero, no alcanza el perfil oriental y se introduce en el occidental, apareciendo de nuevo en el ángulo formado por los perfiles oeste y norte (fig. 30), siendo presumible en consecuencia que parte de la habitación que formasen quede fuera del área excavada. Las dimensiones que presenta M-2 son 0'40 m. de potencia, 0'60 m. de anchura y 4 m. de longitud medidos desde el

perfil occidental, interrumpiéndose bruscamente a 0'50 m. del oriental, como ya hemos apuntado. Su construcción fue realizada mediante una somera nivelación del terreno y sobre ella se dispuso una hilera de gruesos bloques de pizarra, colocándose a continuación pequeñas lascas que, a su vez, eran seguidas por otra hilada de similares características a la primera, para de nuevo disponer las lascas, que también se usaron para el relleno de los intersticios de los bloques más gruesos. La presencia de M-1 y M-2 propició el que dividiéramos el cuadro en dos sectores (norte y sur) y el que su excavación fuese individualizada.

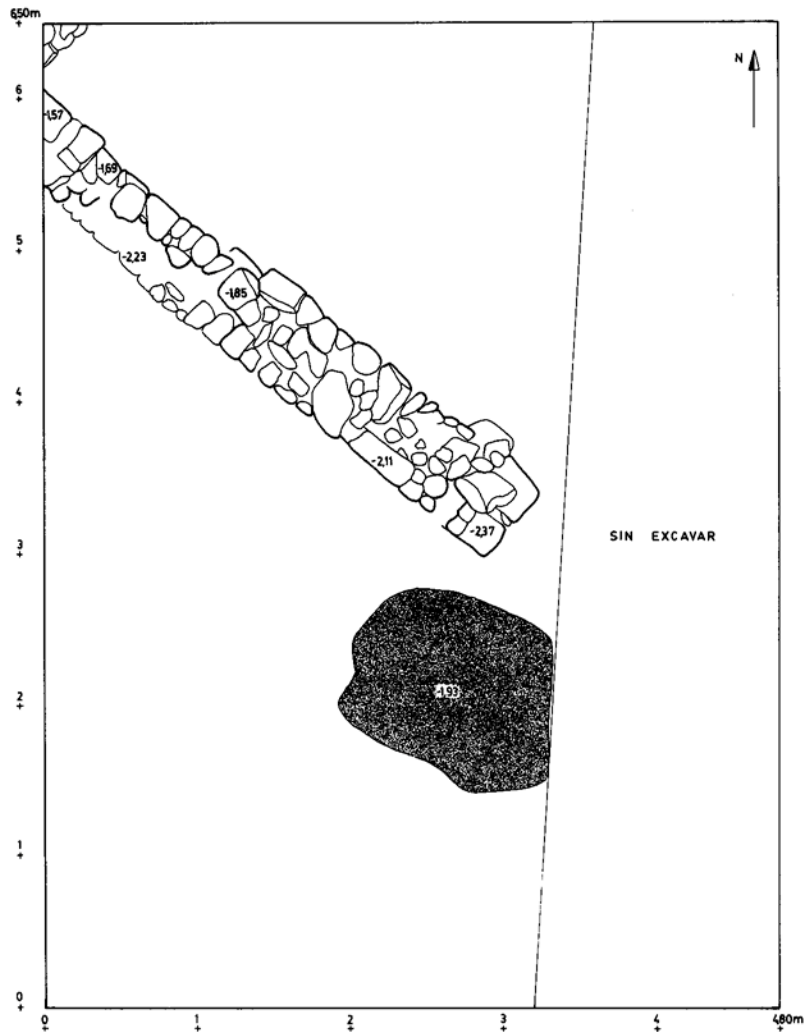


Fig. 30. Planta general de Puerto-9.

Sin aparente relación directa con los elementos constructivos reseñados, pero conectado estratigráficamente con M-1, hallamos en la cota -1'89 m., apoyándose en la pared oriental y cercano al ángulo SE, un hogar de tendencia oblonga (1x1'50 m.), y de 10 cm. de grueso, formado por tierras rojizas apisonadas con abundantes restos cerámicos atípicos dispuestos a modo de lecho del hogar. Dada la posición estratigráfica en la que fue hallado, hay que presumir está relacionado con el elemento constructivo al que hemos denominado M-1.

Respecto del conjunto de la estratigrafía (figs. 31 y 32), ésta se encontraba bajo M-2 muy horizontal, pudiéndose distinguir tres estratos de diversa potencia que, en conjunto, alcanzaban la cota -3'85 m., donde fue posible apreciar la presencia de un potente nivel de inundación, algo frecuente en Huelva y que hemos podido documentar en otras excavaciones realizadas en la ciudad. La aparición de este nivel nos llevó a modificar la metodología que veníamos empleando en la excavación, abandonando entonces el sistema de levantamiento de capas artificiales y lo sustituimos por la excavación de paquetes naturales, lo que conllevaba mayor lentitud en los trabajos pero, al mismo tiempo, facilitaba la individualización de los materiales arqueológicos en función de la deposición de los distintos elementos arrastrados por las aguas desde los cabezos. Una vez levantados los diversos niveles que configuraban el de inundación, continuamos con la excavación por planos artificiales, obligados como estábamos a finalizar la misma a la vez que la cimentación del edificio y en base a las necesidades de construcción en el solar.

Este potente nivel de inundación rompió y alteró un pavimento de arcilla roja batida y apisonada, con una lechada de cal como base, que se encontraba a -4'32 m. y ofrecía una potencia en el ángulo NE de casi 20 cm., no apreciándose casi su existencia en la zona occidental del cuadro como consecuencia de los efectos de la inundación.

Una vez superada la cota del pavimento y a -4'50 m. aproximadamente, comenzamos a observar el progresivo aumento de la humedad del terreno, lo que hacía presuponer la presencia, más o menos inmediata, del nivel freático. Ante esta circunstancia, decidimos continuar la excavación sólo en el sector sur del cuadro, intentando evitar con ello una inundación masiva del mismo, lo que nos impediría continuar nuestra tarea. Pero desde la cota citada (-4'50 m.) a la de -5'38 m., la incidencia del agua se fue haciendo cada vez más evidente, por lo que procedimos a realizar en el ángulo SE un pozo de drenaje de 1x1 m. y 0'40 m. de profundidad. La realización de este drenaje puso de manifiesto la existencia de otro nivel de habitación en el que se hallaban pequeñas lascas de pizarra, muy fragmentadas, algunas escorias, abundantes cenizas y restos de arcilla de posibles pavimentos, aunque no descartamos pudieran ser de revoques, pero dado lo reducido del espacio no fue posible determinar exactamente cuál fué la utilidad. Estos materiales apoyaban

sobre tierras de textura y aspecto similares a las margas constitutivas de los cabezos onubenses, aunque hemos de insistir en la imposibilidad de mayor precisión, dadas las circunstancias expuestas.

A la vista de la situación en la que se encontraba la excavación y no siendo posible continuarla con las mínimas garantías necesarias, tanto desde el punto de vista de la recuperación de los materiales arqueológicos, como del evidente peligro de derrumbes que el suelo inestable en el que nos hallábamos propiciaba, decidimos realizar un sondeo mecánico que nos permitiera, al menos, saber que potencia estratigráfica quedaba aún en el solar que excavábamos.

El sondeo se efectuó a partir de -5'38 m., en la zona central del cuadro y a 2 m. del perfil sur. Usamos una barrena de 15 cm. de diámetro y profundizamos con ella 0'65 m., comprobándose la aparición de las margas a 0'35 m. del nivel desde el que se realizaba el sondeo, por lo que sumados a la cota de excavación se comprueba que, en dicho lugar, existía una estratigrafía arqueológica que alcanzaba los 5'73 m. de potencia. Una vez realizado el sondeo, abrimos un pequeño cuadro (0'70x0'70 m.) en el lugar donde lo habíamos efectuado, al objeto de conseguir una muestra representativa del material arqueológico de este nivel.

Posteriormente y una vez desmontados M-1 y M-2, proseguimos la excavación del sector norte, en este caso por capas naturales, lo que pudo hacerse hasta los -5'16 m., cota en la que de nuevo la presencia de agua nos impedía continuar, por lo que decidimos abrir un nuevo pozo de drenaje en el ángulo NW de características similares al efectuado con anterioridad en el ángulo SE. Una vez drenado el terreno, pudimos continuar la excavación hasta alcanzar los -5'38 m. del plano general.

Del mismo modo que en la zona sur, realizamos un nuevo sondeo con la barrena, que también situamos en el eje central del cuadro y a 2 m. del perfil norte, aunque en este caso procedimos de manera distinta. Abrimos un cuadro de 1x1 m. y profundizamos en él 0'60 m., apareciendo restos arqueológicos de las mismas características de los reseñados en el drenaje del ángulo SE, continuando luego hasta los 0'70 m., profundidad en la que desaparecían las pizarras pero en la que continuaba la estratigrafía arqueológica; pero la abundante presencia de agua hacía necesario el achicarla permanentemente y aún así cubría 0'50 m. de los 0'70 m. excavados, por lo que procedimos en este punto a realizar el sondeo mecánico. En esta ocasión la barrena se introdujo 2'30 m., que sumados a los 6'08 m. que habíamos alcanzado en el pozo de sondeo, dan un total de 8'38 m. en la zona norte del cuadro excavado. A esta cota hemos de descontarle 0'50 m., que corresponden a las arenas encontradas, estériles desde el punto de vista arqueológico, que servían de base a la estratigrafía arqueológica, por lo que la potencia total de ésta, en la zona norte de la excavación, podemos cifrarla en 7'88 m.

5.3.1. ESTRATIGRAFIA.

Tras el levantamiento del relleno compuesto por escombros y restos de cimentaciones modernas, pudimos distinguir estratos con las siguientes características (fig. 31):

5.3.1.1. Estrato 1: es un amplio estrato formado por tierra suelta de color castaño claro, con algunos cantos y restos cerámicos. Corresponden a este estrato la construcción que hemos denominado M-1 y el hogar.

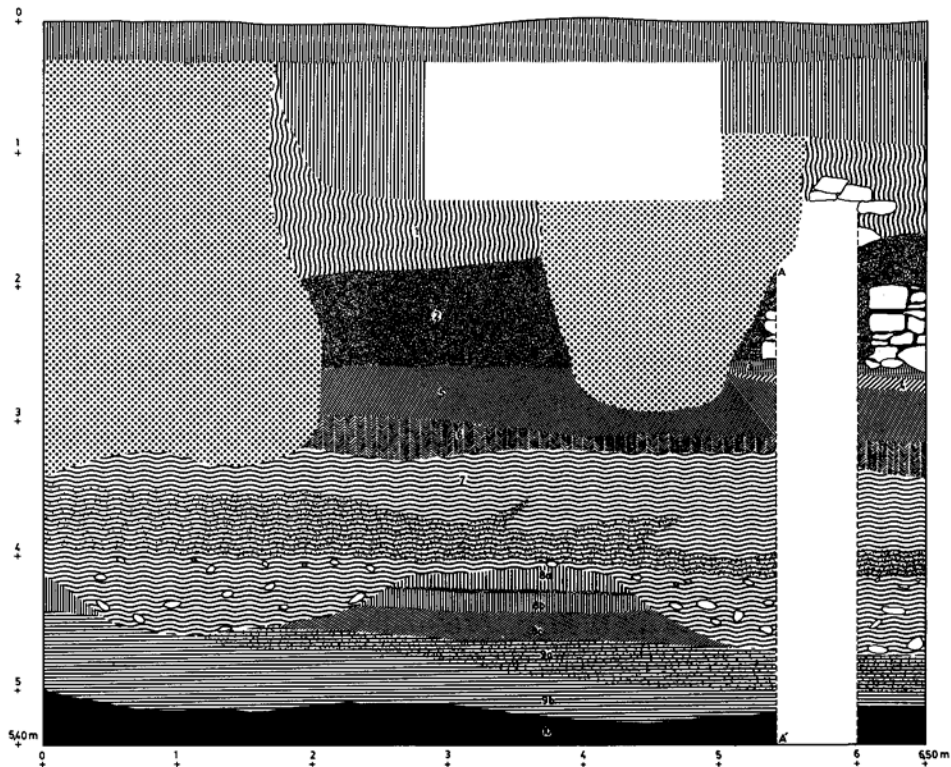


Fig. 31. Estratigrafía occidental de Puerto-9.

5.3.1.2. Estrato 2: también de tierra suelta, presenta sin embargo un color grisáceo con zonas acastañadas-rojizas y otras más oscuras con abundantes puntos de carbón. Ha de relacionarse con el nivel de habitación de la construcción denominada M-2, de ahí que en el sector norte se aprecie una aglomeración de lasjas provenientes del derrumbe de este muro y que sirve para diferenciar aún más claramente este estrato del anterior.

5.3.1.3. Estrato 3: de escasa potencia, está constituido por tierra suelta, muy arenosa, de color anaranjado. Corresponde a la nivelación efectuada para la construcción de M-2, lo que hace que sólo aparezca escasamente reflejado en los perfiles oeste y norte, coincidiendo con los lugares donde el muro citado se introduce; no obstante, su presencia quedó perfectamente reflejada en el perfil que se definió bajo M-2 (fig. 32).

5.3.1.4. Estrato 4: formado por tierra gris con abundantes restos de carbón y algunas cerámicas, era de poca potencia y al igual que el estrato 3 se definió claramente en el perfil bajo M-2, aunque también se observaba su presencia en los perfiles este y norte.

5.3.1.5. Estrato 5: presentaba una potencia regular de unos 40 cms. y estaba constituido por una tierra marrón muy homogénea de textura grasienta.

5.3.1.6. Estrato 6: corresponde al que sellaba el potente nivel de inundación que constatamos durante la excavación. Estaba formado por margas arrastradas y sueltas de color amarillento-verdoso.

5.3.1.7. Estrato 7: es la inundación y en consecuencia estaba constituido por la alternancia de capas de gravas y arenas, producto de la deposición de los materiales arrastrados y que se disponían según su granulometría, por lo que las arenas ocupaban las zonas más altas del estrato, mientras que en su base se acumulaban cantos y abundantes fragmentos cerámicos. La disposición de este estrato, con una acusada inclinación en su base, nos permite afirmar que la inundación debió discurrir en dirección Este-Oeste, lo que hemos podido corroborar en las excavaciones que hemos efectuado en Botica 10-12 y en Puerto-29

(fig. 21), que se sitúan en una misma línea y en las que el nivel de inundación presenta la misma dirección. Estas circunstancias son las que nos permiten apuntar la posibilidad, respecto del cabezo del Molino del Viento, que éste se prolongara algo más hacia el sur, en relación a como aparece en los planos del siglo pasado (fig. 7).

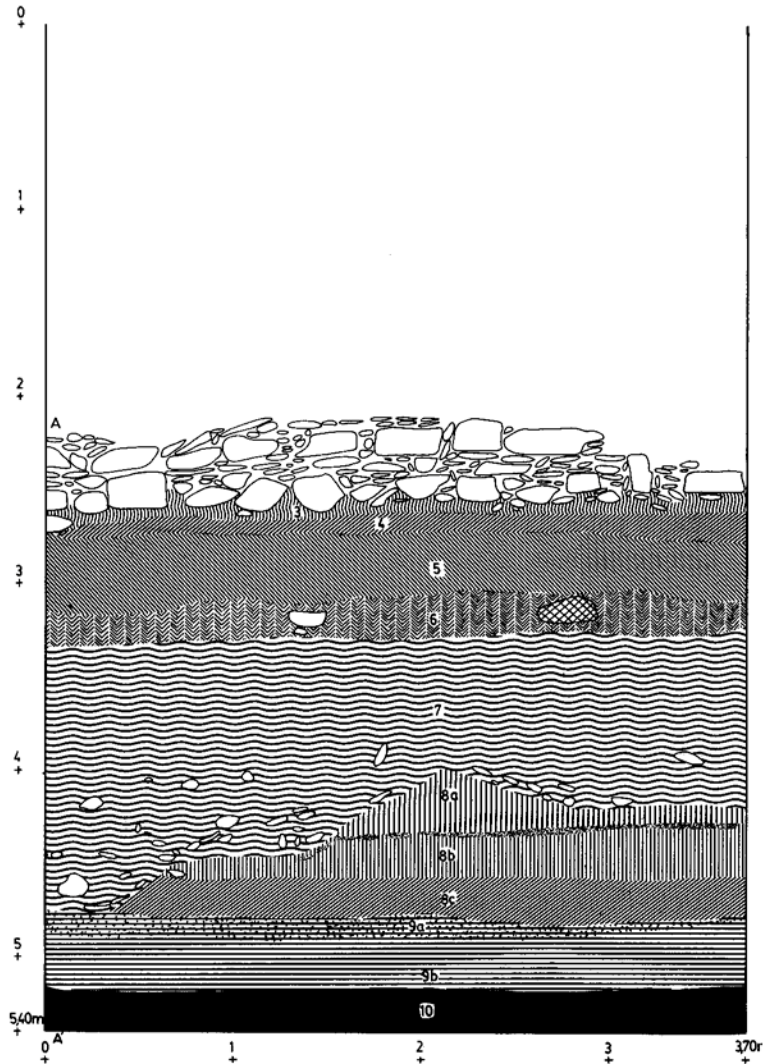


Fig. 32. Estratigrafía bajo M-2 de Puerto-9.

5.3.1.8. Estrato 8: es el estrato que sufrió el impacto de la inundación, lo que le afectó considerablemente y rompió el potente pavimento al que hemos aludido al explicar el desarrollo de la excavación. En conjunto estaba constituido por tierra castaña de textura grasienta y en él podían establecerse tres substratos:

Estrato 8a: correspondía al paquete situado por encima del pavimento.

Estrato 8b: estaba constituido por el paquete inmediato al pavimento que se apoyaba en él.

Estrato 8c: conformaba el paquete último de este estrato, aunque la diferencia respecto del anterior no era muy precisa desde el punto de vista estrictamente estratigráfico.

5.3.1.9. Estrato 9: de color castaño oscuro, con zonas verdosas, estaba formado por tierra semigrasienta, apreciándose numerosas manchas de carbón, cuya disposición regular nos ha permitido subdividirlo en 9a y 9b.

5.3.1.10. Estrato 10: de tierra verdosa grasienta, presentaba líneas de cenizas con abundantes puntos de carbón. No conocemos su potencia total, pero a él debemos adscribir los materiales arqueológicos obtenidos en los sondeos.

5.3.2. NIVELES ARQUEOLOGICOS.

El conjunto de estratos excavados y los materiales arqueológicos hallados, nos han permitido establecer diversos niveles que, en base fundamentalmente a las cerámicas griegas y por su correspondencia con otras excavaciones realizadas en Huelva, nos facilitarán el establecimiento de sus respectivos marcos cronológicos con bastante precisión.

En definitiva y de abajo hacia arriba, hemos podido precisar los siguientes niveles:

5.3.2.1. Nivel I.

Se caracteriza por una acusada escasez de cerámicas bruñidas (lám. LII, 1), que sólo alcanzan el 3'4% (Gráfico 9), lo que igualmente ocurre con las a mano toscas (lám. LII, 2-4), que representan un 10'2%, debiéndose se-

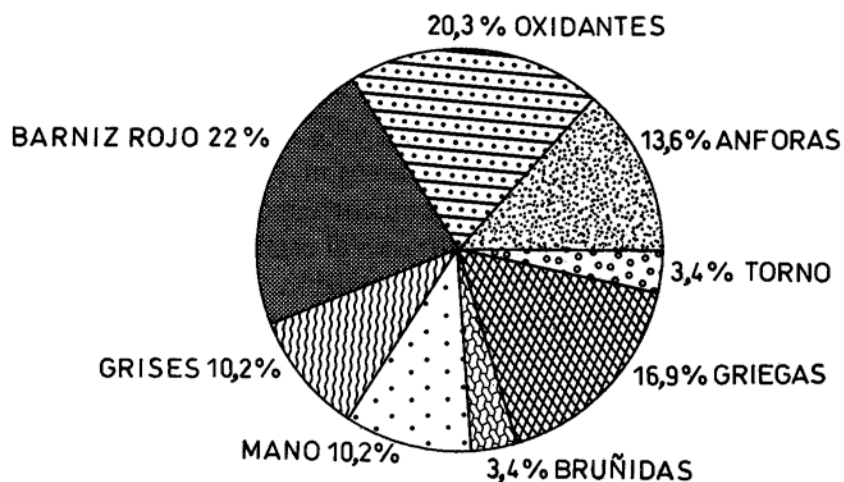
ñalar la presencia de un vaso digitado con el cuello algo alargado (lám. LII, 2) y de una lucerna (lám. LII, 4).

Las cerámicas con engobe rojo están bien representadas desde el punto de vista cuantitativo (22%; Gráfico 9), así como en lo referente a los tipos. En este nivel se encuentran platos con borde estrecho (lám. LIII, 6), otros que lo poseen más ancho (lám. LIII, 7-8) y los que lo tienen acanalado en su extremo (lám. LIII, 9-10). junto con cuencos de borde indiferenciado (lám. LIII, 3) o que lo poseen ligeramente engrosado al interior (lám. LIII, 4-5). Completan el conjunto los cuencos carenados (lám. LIII, 1-2), que se caracterizan por la tendencia a exvasar el tramo comprendido entre la carena y el borde, estando éste generalmente proyectado al exterior, siendo fácil confundirlos, cuando no están completos, con quemaperfumes, aunque éstos suelen presentar una base más gruesa y el engobe rojo no cubre todo el interior, como sí es el caso de los cuencos.

Las cerámicas grises de fabricación local representan, como las a mano toscas, el 10'2% (Gráfico 9). Hacemos la precisión del localismo porque más adelante veremos otras cerámicas grises, pero de origen eolio. Por lo que se refiere a las primeras (lám. LIV, 14-18), están presentes en la forma de cuencos con borde indiferenciado, encontrándose sólo un ejemplar con ligero engrosamiento (lám. LIV, 16).

GRAFICO 9.

Puerto-9: Nivel I.



También se hallan en este nivel urnas de cuello cilíndrico (lám. LIV, 1-2), algunas con baquetón central, que están decoradas con pintura roja, siendo ésta la técnica y el color de otras piezas oxidadas que hallamos ahora (lám. LIV, 5, 9-12), aunque alguna se completa con una línea negra (lám. LIV, 12). El conjunto de estas cerámicas de tradición orientalizante se completa con vasos (lám. LIV, 3, 4 y 8) y cuencos hemiesféricos (lám. LIV, 6-7).

Acompañan a estas cerámicas ánforas de diversa tipología (lám. LV, 6-14), pero que ofrecen en común el no presentar bordes de tendencia vertical y sí hombros muy caídos, que en algún caso prácticamente ha desaparecido (lám. LV, 10). Uno de los fragmentos (lám. LV, 14) ofrece el ángulo final de un grafito que, como es evidente, no podemos definir con mayor precisión, debiendo limitarnos exclusivamente a mencionarlo.

Pero, sin duda, la mayor trascendencia de este nivel y en general de la excavación, radica en la abundante presencia de cerámicas arcaicas griegas. Las halladas, además de su homogeneidad cronológica, ofrecen en conjunto un claro marco de procedencia: la Grecia del Este. Estas cerámicas griegas suponen un 16'9% del total de piezas halladas este nivel (Gráfico 9), lo que las sitúa en tercer lugar en número, tras las oxidadas y las de engobe rojo y superando al resto de producciones.

Entre estas cerámicas griegas hemos de destacar la presencia de piezas de *bucchero* eolio, más concretamente una cratera de columnas (lám. LVI), un jarro de boca trilobulada (lám. LVII, 3) y una jarra de cuello con tendencia cilíndrica (lám. LVII, 4) que presenta dos grupos de acanaladuras poco profundas, tres de ellas junto al borde y dos en el cuello, que se une al resto del vaso mediante un poco pronunciado baquetón. Estas cerámicas presentan una pasta gris muy bien depurada, con mica plateada entre sus desgrasantes, así como poseían un engobe negro que está muy perdido en las mismas.

Acompañando a estas producciones eolias se encuentran otras cerámicas jonias, como un cuenco con barniz rojo (lám. LVII, 10); una copa del tipo B.1 (lám. LVII, 9) también barnizada en rojo, con una banda reservada en el exterior y el interior cubierto completamente de barniz, que aparece muy cuarteado y perdido; y un pequeño fragmento del labio de otra copa, probablemente del tipo B.2 (lám. LVII, 8), igualmente barnizada en rojo, aunque el labio aparece reservado en el exterior, excepto una banda que cubre el borde y alcanza el interior, donde queda también una estrecha zona en reserva, estando barnizado el resto del fragmento. Completan el conjunto de cerámicas griegas de este nivel dos fragmentos de procedencia ática (lám. LVII, 6-7) pertenecientes a copas de comastas, uno de ellos correspondiente al asa y al lugar donde ésta se apoya, observándose el extremo de una roseta en la zona reservada que delimita el asa (lám. LVII, 6); el otro fragmento, perteneciente a la zona cercana a la unión con el pie, ofrece una decoración radial en el exterior (lám. LVII, 7). Ambos fragmentos aparecen con barniz rojo.

Junto a las cerámicas griegas han de mencionarse otros dos fragmentos, aunque de distinto origen, pero que reafirman aún más la trascendencia que las importaciones del Mediterráneo tuvieron en la protohistoria onubense.

La primera de las piezas corresponde a una producción de origen fenicio (lám. LVII, 1) que hemos de clasificar como una marmita del tipo A, con abundantes paralelos en yacimientos del Próximo Oriente.

El segundo de los fragmentos cerámicos a que nos referimos es una pieza de *bucchero nero* etrusco (lám. LVII, 5), que debió pertenecer a un cántaro, pero lo reducido del tamaño de este fragmento y la falta de elementos de análisis, pues de él sólo tenemos el borde, no nos facilita su adscripción a una forma determinada y, aún menos, definir el tipo concreto al que corresponde, aunque como hemos apuntado parece posible afirmar que pertenezca a un cántaro.

Estas dos piezas, la marmita fenicia y el cántaro etrusco, con el conjunto de cerámicas griegas, homogéneo en procedencia geográfica y cronología, nos permitirán definir el marco cronológico-cultural en que se hallan estas cerámicas y en definitiva el período al que corresponden.

5.3.2.2. Nivel II.

Aunque no era fácil establecer la diferencia entre los estratos 10 y 9, con el que se corresponde básicamente este nivel, sin embargo sí hemos podido hacerlo en relación a los materiales arqueológicos hallados, que a su vez nos han permitido establecer dos subniveles dentro de este Nivel II.

5.3.2.2.1. Nivel IIa.

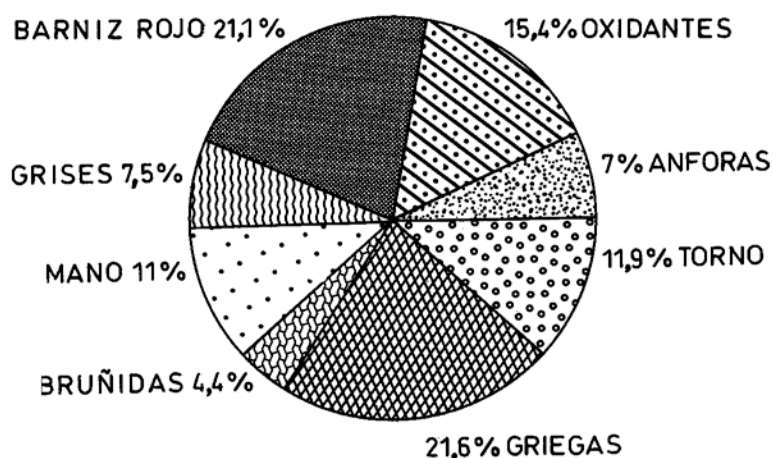
Corresponde a la parte superior del estrato 10 y al estrato 9, no apreciándose en el mismo, respecto de las cerámicas a mano (lám. LVIII), diferencias notables con el Nivel I, representando aproximadamente el mismo porcentaje (Nivel I: 10'22%; Nivel IIa: 11%)(Gráficos 9 y 10). Como piezas a destacar, ha de señalarse la presencia de una lucerna (lám. LVIII, 16), dos cuencos con restos de fundición (lám. LVIII, 17-18) y varios fragmentos de toberas (lám. LVIII, 19-21), uno de ellos con restos de escoria por el interior (lám. LVIII, 19) y otro de sección cuadrangular (lám. LVIII, 21) que debió pertenecer a una tobera de dos orificios, como es frecuente en este tipo.

En las cerámicas bruñidas (lám. LIX), que representan el 4'4% del total (Gráfico 10), tampoco se observan diferencias notables respecto del nivel anterior, aunque ya hay cuencos no carenados (lám. LIX, 2-3) y están presentes dos fragmentos de copas (lám. LIX, 6 y 9) y otro que corresponde al baquetón redondeado de un soporte cerámico (lám. LIX, 4). En cuanto a las decoraciones (lám. LIX, 3, 5-9), éstas ofrecen motivos de zonas rayadas que alternan con espigas (lám. LIX, 9), junto a otros simplemente rayados (lám.

LIX, 5-6), pero que delimitan zonas y hacen presumir una ornamentación más compleja.

GRAFICO 10.

Puerto-9: Nivel IIa.



Las cerámicas con engobe rojo (láms. LX-LXII), que han descendido ligeramente (21,1%; Gráfico 10) respecto del Nivel I (22%; Gráfico 9), están representadas en su mayoría por platos (láms. LX-LXI) y cuencos, fundamentalmente carenados (lám. LXII), haciendo ahora su aparición también vasos cubiertos con engobe rojo (lám. LXI). Por lo que se refiere a los platos, inician ahora su presencia los de borde ancho que lo marcan por el exterior mediante una carena (lám. LX, 1, 4-5 y 10-11), al tiempo que es significativa la escasez de los que poseen bordes entre 2 y 4 cm. (lám. LXI, 1-3). Acompañan a estos platos los de borde con acanaladura (lám. LXI, 7-8) y aquellos cuyo extremo cuelga ligeramente (lám. LX, 6-9), que es también el caso de un ejemplar con acanaladura (lám. LX, 8).

Los cuencos carenados continúan manteniendo la tendencia del borde ligeramente proyectado hacia el exterior (lám. LXII, 9-11), forma ya presente en el nivel anterior (lám. LIII, 1-2). Junto a éstos se encuentran ahora los de borde con tendencia vertical (lám. LXII, 2-8), siendo en algunos ejemplares de tendencia redondeada y con carena suave (lám. LXII, 2-5 y 7), mientras que en otros es más apuntado y la carena se marca acusadamente (lám. LXII, 6 y 8). Los demás cuencos con engobe rojo responden a los de formas hemiesféricas (lám. LXII, 13-16), observándose la tendencia a perder el engrosamiento interior del borde, aunque en algún ejemplar sigue presente (lám. LXII, 13). Completa el conjunto de cuencos un ejemplar hondo con borde de tendencia entrante y diámetro de 25'2 cm. (lám. LXII, 1), que presenta ambas superficies con engobe rojo, aunque el tratamiento de la exterior es más cuidado. Esta circunstancia, es decir, el mejor tratamiento de la superficie exterior y lo entrante de su borde, nos hacen pensar en la posibilidad de que sea una tapadera en lugar de un cuenco, aunque en contra de esta hipótesis puede argumentarse la amplitud del diámetro, lo que evidencia la necesidad de cubrir un recipiente con un diámetro en su boca de la misma dimensión y si pensamos que normalmente las tapaderas son para ánforas, sabemos que éstas no tienen diámetros tan amplios; no obstante estas consideraciones y lo improbable de su definición como tapadera, no hemos querido pasar por alto la posibilidad que la forma de la pieza y el tratamiento de la misma nos ofrecen.

También con engobe rojo encontramos ahora vasos de cuello corto y perfil en S (lám. LXI, 9-10), a los que acompañan otros de cuello más recto y que marcan el hombro mediante una arista (lám. LXI, 12-13). Estas formas cerámicas, que inician su presencia en este nivel, continuarán apareciendo en los siguientes.

En cuanto a las cerámicas grises, suponen ahora un 7'5% (Gráfico 10), lo que indica un ligero descenso respecto del nivel anterior (Gráfico 9), estando representadas en su mayoría por cuencos hemiesféricos (lám. LXIII, 5-8), aunque persisten algunas piezas con el borde diferenciado (lám. LXIII, 1-4) y aparece un vaso de cuello cilíndrico (lám. LXIII, 9).

Respecto de las cerámicas a torno de cocción oxidante y sin ningún tipo de ornamentación (lám. LXIV, 1-10 y 12) se observa un, hasta cierto punto acusado, descenso porcentual que se cifra en casi el 5% respecto del Nivel I, siendo su presencia en este Nivel IIa del 15'4% (Gráfico 10). En cuanto a las formas, éstas son un fiel reflejo de las grises y/o de las que poseen engobe rojo; sin embargo, de entre ellas hemos de destacar la presencia de un cuenco de pasta anaranjada con engobe *beige* (lám. LXIV, 4), así como la presencia de un plato que, aún sin poseerlo, recuerda en su tipo a los de engobe rojo con borde estrecho (lám. LXIV, 9). Acompañan a estas piezas cuencos y platos de diversa tipología, ofreciendo uno de estos últimos una forma simi-

lar a la de algunos platos grises (lám. LXIV, 8), aunque como en el caso del plato citado con anterioridad, en relación a las cerámicas con engobe rojo, no presenta la pasta ni la cocción propias de estas piezas.

El conjunto de estas cerámicas se completa con la presencia de una lucerna (lám. LXIV, 10), una fuente con el borde redondeado y pestaña ligeramente colgante (lám. LXIV, 1) y un quemaperfumes de textura muy arcillosa (lám. LXIV, 12), al que no se ha realizado ningún tratamiento especial, tanto desde el punto de vista de la técnica cerámica como desde el de la ornamentación, pues no posee elemento decorativo alguno.

Por último y en relación con estas cerámicas oxidadas, hemos de señalar la presencia de una fuente con borde de sección cuadrangular que se proyecta horizontalmente (lám. LXIV, 2). Esta pieza nos recuerda, en cuanto al tipo que no a la pasta cerámica ni al tratamiento de la misma, a cráteras griegas como las que hallamos en el Nivel IIB (lám. LXXXVI, 1-2), no poseyendo tampoco ningún tipo de decoración. El hacer especial mención de esta pieza viene condicionado por el hecho de considerar que, en no pocas ocasiones, han debido ser confundidas cráteras de este tipo con fuentes de engobe rojo e incluso con platos de borde acanalado, en casos en los que el fragmento haya sido pequeño y dada su similitud con el perfil de algunas de las cráteras que aparecen barnizadas en rojo (lám. LXXXVI, 1).

Las cerámicas pintadas ofrecen una variada tipología en la que están presentes cuencos (lám. LXIV, 11 y 13-17), vasos y urnas (lám. LXV). La característica general es el predominio de los motivos rojos en bandas de distinta anchura (lám. LXIV, 11 y 13-14; lám. LXV, 1-2 y 9-11), que en algún caso enmarcan círculos concéntricos también rojos (lám. LXIV, 15-16); no obstante, algunas piezas presentan sobre la pintura roja líneas negras (lám. LXIV, 17; lám. LXV, 8), que en algún caso sirven para delimitar la banda roja (lám. LXV, 4) y en otros se disponen como gotas negras sobre rojo en el borde de la pieza (lám. LXV, 7).

Las ánforas (lám. LXVI) representan ahora el 7% (Gráfico 10), lo que supone un descenso del 6'6% respecto del Nivel I. La tipología que presentan es variada, mostrando como característica común el ofrecer hombros muy caídos y poco marcados, aunque dos ejemplares poseen una arista más acusada (lám. LXVI, 5-6), precisamente aquellos que mantienen bordes con una mayor tendencia a la verticalidad.

Por otra parte, señalar la existencia de dos fragmentos con grafitos (lám. LXVI, 13-14)(28), observándose además en uno de ellos parte de una banda pintada en rojo (lám. LXVI, 13), así como es posible que también uno de los fragmentos pintado con líneas negras sobre rojo (lám. LXV, 8), a los que anteriormente hemos aludido, pudiera pertenecer al hombro de un ánfora, pero por su delgada sección no hemos considerado oportuno incluir es-

te fragmento entre las mismas, aunque, insistimos, bien pudiera pertenecer a una de pequeño tamaño.

Si las ánforas experimentan un acusado descenso, esta tendencia se invierte con claridad en las cerámicas toscas a torno (lám. LXVII), que pasan de representar el 3'4% en el Nivel I, a ser ahora el 11'9% (Gráfico 10), aunque la tipología no ofrece variación alguna respecto del nivel anterior.

Y si las piezas toscas a torno aumentan su porcentaje, igual sucede con las cerámicas griegas (láms. LXVIII-LXXI), que son ahora el 21'6% (Gráfico 10). Estas cerámicas, que siguen procediendo mayoritariamente de la Grecia del Este, ofrecen una variada tipología. Así, encontramos copas de tipo B.1 (lám. LXXI, 1-3), que difieren del modelo genérico en la disposición y color de la decoración, tal como puede comprobarse en las figuras y descripciones correspondientes; a las citadas les acompañan otras de los tipos B.2 (lám. LXXI, 4-8), B.3 (lám. LXXI, 9-11) y A.2 (lám. LXXI, 12-13), junto con ejemplares de origen corintio (lám. LXXI, 14) y laconio (lám. LXX, 1-2), ambas con motivos figurados, siendo la segunda atribuible al Pintor de Naucratis, debiéndose señalar que sólo es en este nivel en el que se han hallado producciones laconias (29). Acompañan a estas piezas pequeñas jarras (lám. LXX, 10-12), olpes (lám. LXX, 5-9), cuencos (lám. LXX, 3-4), un vaso samio (lám. LXIX), un fragmento de ánfora ática *à la brosse* (lám. LXX, 13) y otros de ánforas jonias (lám. LXVIII, 1-2; lám. LXX, 11).

Respecto de una de las ánforas jonias (lám. LXVIII, 1-2), hemos de reseñar que su tipología y motivos decorativos, realizados en negro, se enmarcan en el ámbito griego; sin embargo, el color de la pasta, verdosa-amarillenta clara, no la hemos localizado en otras producciones griegas, aunque sí es frecuente, hasta cierto punto, en las cerámicas con dicho origen que llegan a Huelva. Ante esta realidad, no descartamos la posibilidad de existencia de un taller en un punto de la ruta mediterránea seguida por los comerciantes griegos hacia la Península Ibérica, donde artesanos de dicho origen, o bien imitadores, fabricaron con arcilla del lugar piezas cerámicas de tipología griega. Sobre esta cuestión volveremos más adelante, al analizar los periodos culturales.

5.3.2.2.2. Nivel IIb.

Relacionable con el estrato 9a, su primera característica es el notable incremento numérico de las cerámicas, lo que nos permite hacer valoraciones más precisas, excepto en las piezas a mano y en las bruñidas, en las que no se aprecian variaciones destacables.

Pero, si desde el punto de vista numérico se produce el aumento indicado, es en los porcentajes donde se observan mayores diferencias, como iremos indicando, pero que en síntesis podemos resumir en un descenso porcentual de la mayoría de las cerámicas (Gráfico 11), especialmente acusado

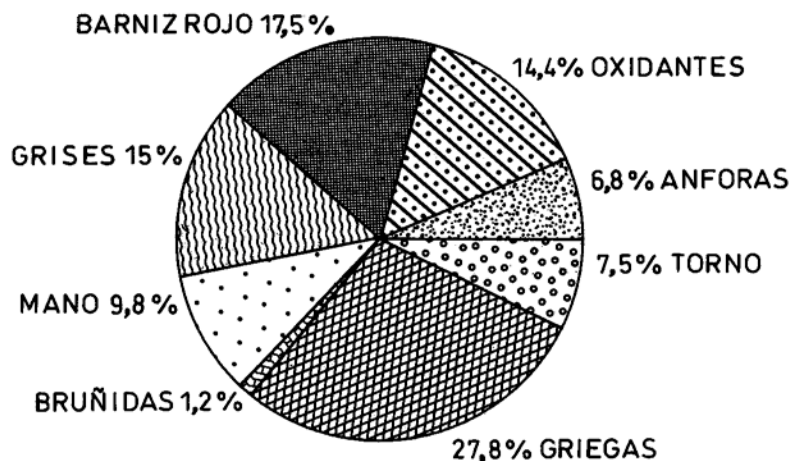
en las bruñidas, que ya sólo son el 1'2%. Este descenso generalizado va en beneficio del incremento numérico de las piezas grises, que ahora alcanzan el 15% (Gráfico 11), el doble respecto del Nivel IIa (Gráfico 10) y sobre todo en favor de las producciones griegas, que ya alcanzan el 27'8% (Gráfico 11), siendo éste el máximo porcentaje que alcanzarán en el conjunto de niveles de esta excavación.

En las cerámicas a mano (lám. LXXII) encontramos tanto vasos con las superficies someramente cuidadas como cuencos, algunos profundos, con el interior bruñido y el exterior alisado (lám. LXXII, 5). Acompañan a estas piezas placas de cerámica con borde engrosado (lám. LXXII, 22), alguna fustayola bitruncocónica (lám. LXXII, 23) y fragmentos de toberas (lám. LXXII, 21) junto con un *ladrillo* de sección triangular (lám. LXXII, 24). La asociación de estos ladrillos con toberas la hemos observado en otros yacimientos que excavamos, como Tejada la Vieja (Escacena, Huelva)(30), donde son varios los encontrados. Con lo dicho no pretendemos afirmar que estos ladrillos sirvan para entibar las toberas, pues no los hemos hallado así dispuestos, pero sí queremos dejar constancia de que su hallazgo suele ir asociado al de las toberas.

En las cerámicas bruñidas siguen presentes las formas de amplio diámetro y suavemente carenadas (lám. LXXIII, 1-2 y 4), junto con otras más pequeñas de carenas acusadas (lám. LXXIII, 5); pero, sin duda, la novedad la aporta el hallazgo de pequeños vasos de fondo plano, borde de tendencia apuntada y ligeramente indicado y asas de cinta, con las superficies bien bruñidas (lám. LXXIII, 7- 10). Ciertamente no podemos asegurar el origen de esta forma cerámica, realizada con la pasta y la técnica de las bruñidas locales, en las que este tipo y la existencia de asas no se documentaba con anterioridad, ni van a estar presentes en momentos posteriores, de ahí el que nos atrevamos a sugerir una posible influencia de las cerámicas etruscas que, como hemos visto, ya habían hecho su aparición en el Nivel I de Puerto-9 (lám. LVII, 5), así como las veremos en el Nivel Va de Méndez Núñez-4 (lám. CXXXIV, 1) e igualmente las hemos hallado en Méndez Núñez-5 (fig. 21)(31).

En las cerámicas con engobe rojo (láms. LXXIV-LXXVIII) predominan los platos que tienden a aumentar el tamaño del borde, que se sitúa en torno a los 7 cm., presentan carena exterior (lám. LXXIV, 1-2; lám. LXXV, 11-14) o no la posean (lám. LXXIV, 4), estando los de borde estrecho representados por un único ejemplar (lám. LXXV, 1). Respecto de los bordes se observan tres tendencias: los que terminan en forma apuntada (lám. LXXIV, 1-2; lám. LXXV, 4 y 9-10); los que presentan un extremo redondeado y con tendencia a caer ligeramente (lám. LXXIV, 3-5 y 10; lám. LXXV, 3-8); y los que poseen una sección cuadrangular y acanaladura en el extremo (lám. LXXIV, 6-9).

GRAFICO 11.
Puerto-9: Nivel IIb.



Junto a los platos son mayoritarios los cuencos en casquete de esfera, cuyos bordes son redondeados (lám. LXXVI, 2-4, 7 y 10-11) o ligeramente aplanados (lám. LXXVI, 5-6 y 12), aunque en algunos se aprecia el recuerdo del engrosamiento interior del borde, que ahora sólo se marca con una arista (lám. LXXVI, 1 y 8-9). A los cuencos citados les acompañan otros carenados, en los que es posible distinguir dos tipos. Uno de ellos presenta un tramo vertical entre la carena y el borde (lám. LXXVII, 1-9), siendo la tendencia de éste, en algunas piezas, a ser apuntado por el exterior y presentar un ligero engrosamiento por el interior (lám. LXXVII, 1, 3, 5 y 8). El otro tipo es el que corresponde a cuencos de borde cóncavo que no poseen engobe rojo por el exterior (lám. LXXVI, 13-15), siendo éste un modelo que recuerda piezas realizadas en pastas grises.

En el apartado de cuencos hemos de mencionar la presencia de un cuenco del tipo *samaria* (lám. LXXVII, 13), de las mismas características que el hallado en Puerto-6 (lám. XXX, 11), al que acompaña otro fragmento hallado en este mismo nivel (lám. LXXVII, 12) que pudiera pertenecer a la base de un ánfora y que posee lleva cinco estrechas acanaladuras, aunque en este caso aparecen cubiertas por el engobe rojo.

En este nivel también se encuentran vasos de perfil en S (lám. LXXVIII, 1), aunque ahora la tendencia generalizada es a suavizar la curva del cuello y hacer más vertical el borde, acentuando al mismo tiempo la unión de éste con el galbo mediante una arista (lám. LXXVIII, 2-5), tipo del que ya habíamos hallado un ejemplar en el Nivel IIa (lám. LXI, 12). Completan el conjunto de cerámicas con engobe rojo algunas botellas (lám. LXXVIII, 6-7) y bases de vasos (lám. LXXVIII, 8).

Por último y en relación con los platos de borde ancho, hemos de hacer hincapié en uno de ellos (lám. LXXIV, 1) que presenta un motivo inciso por el exterior, el cual no nos es posible reconstruir, aunque uno de los fragmentos, el del borde, parece relacionable con el extremo superior de una palmeta de cuenco.

Las cerámicas grises (lám. LXXIX), que ya hemos dicho experimentan un considerable incremento (Gráfico 11), están representadas por piezas de borde diferenciado (lám. LXXIX, 4-13) y cuencos de tendencia hemiesférica y borde indiferenciado (lám. LXXIX, 14-28), aunque algunos están ligeramente aristados por el interior (lám. LXXIX, 14, 19-20, 24-25 y 28) y otros presentan un suave hundimiento bajo el borde por el exterior (lám. LXXIX, 22-23 y 26-27), lo que da la apariencia de cierto engrosamiento del borde. Junto a las formas abiertas citadas encontramos

vasos de cuello cilíndrico y borde proyectado al exterior (lám. LXXIX, 1 y 3) y el borde vertical de un vaso (lám. LXXIX, 2), que por su tipo se asemeja a un ánfora, aunque su boca es de diámetro algo más amplio (19 cm.) Respecto de las formas abiertas, hemos de reseñar la presencia de engobe rojo en algunos de los ejemplares (lám. LXXIX, 12-14), tanto sean carenados o no. Y, por último, indicar la presencia de una pieza cerámica en pasta gris que, por su forma, nos recuerda a las copas jónicas (lám. LXXIX, 8); no obstante, su pasta es distinta a la del *bucchero* eolio, al que nos hemos referido con anterioridad, y tampoco se asemeja a las producciones marselesas, sino que es igual al de las cerámicas grises locales y como tal hemos de considerarla.

De perfil similar a los grises son los cuencos de cocción oxidante que no presentan ningún tratamiento especial (lám. LXXX, 1-13), así como se encuentran algunos ejemplares carenados (lám. LXXX, 14 y 17). Acompañan a estos tipos otros similares que aparecen decorados con bandas de pintura roja (lám. LXXX, 15-18 y 20), que en algún caso se disponen formando círculos concéntricos en el fondo de la pieza por el interior (lám. LXXX, 19) o en el exterior del vaso (lám. LXXXII, 6).

La decoración pintada en bandas y/o líneas rojas la seguimos encontrando en vasos de diversa tipología (lám. LXXXI, 1-3, 6-7 y 10-12; lám. LXXXII, 1-6). El color ofrece distintas gradaciones que van del rojo intenso (lám. LXXXI, 7), pasando por el marrón rojizo (lám. LXXXI, 11; lám.

LXXXII, 5), hasta alcanzar el marrón (lám. LXXXI, 4; lám. LXXXII, 2), que en alguna ocasión aparece con diversas tonalidades en un mismo vaso (lám. LXXXII, 3). También decoradas con pintura se encuentran otras cerámicas en las que se combinan líneas y bandas negras sobre pintura roja (lám. LXXXII, 9), o se disponen círculos concéntricos pintados en negro entre bandas rojas (lám. LXXXII, 8), aunque en algún caso sólo se apoyan en una banda roja (lám. LXXXII, 7).

Acompañan a estas cerámicas otras que no poseen tratamiento especial ni ornamentación alguna, estando representadas por morteros (lám. LXXX, 21-23), vasos de cuello cilíndrico y borde proyectado al exterior (lám. LXXXI, 5 y 8), un jarro piriforme (lám. LXXXI, 14), ánforas (láms. LXXXIII y LXXXIV), que presentan una muy variada tipología en sus bordes, siendo nota común en ellas la tendencia cada vez menos horizontal de sus hombros.

De otra parte y como era de esperar, también se encuentran producciones toscas a torno (lám. LXXXV), cuya tipología no se identifica sustancialmente respecto de las del Nivel IIa.

Por lo que respecta a las cerámicas griegas, ya hemos aludido al notable incremento que experimenta su número (Gráfico 11), al tiempo que debemos señalar la diversidad de formas y tipos que ahora se encuentran y cuyo origen es fundamentalmente de la Grecia del Este, aunque no faltan algunas producciones, escasas, de origen ático (lám. LXXXIX, 5-6; lám. XCI, 1-4) y corintio (lám. LXXXVI, 14; lám. LXXXIX, 1-2), apreciándose en conjunto un incremento de las ánforas (lám. LXXXIX y XC) y, sobre todo, de las copas de diversa procedencia (lám. LXXXVIII y XCI).

Entre las ánforas encontramos varios fragmentos *à la brosse* áticos (lám. LXXXIX, 5-6), algunos corintios (lám. LXXXIX, 1-2) y otros quiotas (lám. LXXXIX, 4), con su característico y espeso engobe blanco sobre el que se dispone la ornamentación realizada con pintura marrón rojiza. Completan el conjunto de ánforas varios ejemplares más, de cuya procedencia sólo podemos decir, genéricamente, que es jonia (lám. LXXXIX, 3 y 7; lám. XC), pero en relación a dos de los fragmentos (lám. XC, 3-4) hemos de recordar lo ya dicho de algunas ánforas del Nivel IIa (lám. LXVIII, 1-2), en relación con la pasta amarillenta-verdosa con que fueron fabricadas, pues los ejemplares que ahora reseñamos presentan las mismas características.

Por lo que se refiere a las copas, en primer lugar se observa la desaparición de las B.1 y las A.2, aunque algunos fragmentos hemos de clasificarlos como A.2/B.2 (lám. LXXXVIII, 30-33); junto a estas apreciaciones ha de indicarse el considerable aumento del número de copas B.2 (lám. LXXXVIII, 1-29) y B.3 (lám. XCI, 5-14), a las que acompañan algunos fragmentos de copas Gordion (lám. XCI, 1-3), uno de ellos atribuible a Clitias (lám. XCI, 3).

Integra también el conjunto de cerámicas griegas un fragmento de vaso, atribuible al círculo del Pintor de la Gorgona (lám. XCI, 4), así como

un aríbalo corintio (lám. LXXXVI, 14), varios oinochoes (lám. LXXXVI, 11-13), tazas (lám. LXXXVI, 15-17), jarras (lám. LXXXVII, 10-13), platos y cuencos (lám. LXXXVII, 1-3 y 14), lucernas con mechero central (lám. LXXXVII, 15-18), olpes (lám. LXXXVI, 3-10), fuentes (lám. LXXXVII, 5-9) y crateras (lám. LXXXVI, 1-2). Respecto de las dos últimas formas citadas, fuentes y crateras, consideramos oportuno hacer algunas aclaraciones.

Una de las fuentes (lám. LXXXVII, 6) presenta el perfil, así como el color y la disposición de la decoración, similar a las fuentes y morteros que, en épocas más modernas, se generalizarán en el contexto del mundo ibérico y que ya encontramos en el Nivel IIIa (lám. CI, 17; lám. CII, 3).

En cuanto a las crateras, indicar que una de ellas (lám. LXXXVI, 1) presenta una acanaladura poco profunda en el extremo del borde. El interés de este fragmento estriba, y por ello lo indicamos, en la existencia de dicha acanaladura y en que aparece cubierto de barniz castaño rojizo, dando lugar ambas circunstancias a la posibilidad de confundir fragmentos de crateras de este tipo con platos de engobe rojo con acanaladura, como ya hemos indicado no siendo éste el caso por conservarse el arranque del cuello, pero sí es posible que en otras ocasiones no se de esta circunstancia, de ahí la necesidad de un buen conocimiento y definición de los tipos de pastas y barnices de cada una de las formas cerámicas citadas.

5.3.2.3. Nivel III.

Es el último que analizamos de esta excavación, ya que sobre el estrato 8, con el que se corresponde, se produjo la inundación documentada y a la que con anterioridad nos hemos referido. La inundación, así como los estratos que sobre ella apoyan, corresponden a épocas más modernas de las por nosotros aquí estudiadas y, por tanto, quedan fuera del marco cronológico-cultural que ahora nos ocupa.

La división que establecíamos en el estrato 8 (8a, 8b y 8c) en base a elementos meramente estratigráficos, como era la presencia de un potente pavimento de arcilla roja, no tendría mayor significación que la establecida y desde un punto de vista estrictamente metodológico, pues la única apreciación que puede hacerse respecto de las cerámicas, a excepción de las griegas, es de orden cuantitativo, pues su número aumenta considerablemente, pero no es factible apreciar variaciones cualitativas; ahora bien, las cerámicas griegas sí nos permiten establecer tres subniveles, que son los que a continuación describimos.

5.3.2.3.1. Nivel IIIa.

En él englobamos los substratos 8b y 8c, apreciándose un descenso porcentual generalizado de las distintas formas cerámicas (Gráfico 12), del que se *benefician* las producciones que genéricamente denominamos oxida-

das y las de engobe rojo. Este descenso es más acusado en las griegas que, si bien siguen alcanzando el 17% (Gráfico 12), bajan más del 10% respecto del nivel anterior, en el que representaban el 27'8% (Gráfico 11).

Las cerámicas a mano, que son ahora el 6'7% (Gráfico 12)(lám. XCII), no presentan grandes variaciones formales y se mantiene la presencia de cuencos, aunque se incrementa el número de formas cerradas (lám. XCII, 1-5 y 11-13) y en algunas de ellas se observan restos de metalurgia (lám. XCII, 11), lo que es congruente con el hallazgo de fragmentos de toberas (lám. XCII, 27 y 29). Completa el conjunto de las formas a mano un cuenco carenado que, por su tipo, recuerda a las cazuelas bruñidas de borde cóncavo (lám. XCII, 16), así como un fragmento que parece responder al pie de una pieza cerámica que pudiera ser un cuenco (lám. XCII, 28) del tipo hallado en la tumba 12 de La Joya (32).

Las cerámicas bruñidas (lám. XCIII), que ya sólo significan el 0'9% (Gráfico 12), están representadas por algunos fragmentos de cazuelas (lám. XCIII, 1-3), uno de copa con pequeños bullones en el interior (lám. XCIII, 4) y por varios vasos bruñidos (lám. XCIII, 5-8) de tipología similar a los hallados en el Nivel Ib (lám. LXXIII, 5-8) de tipología similar a los hallados en el Nivel Ib (lám. LXXIII, 7-10), aunque ahora alguno presenta la base ligeramente indicada (lám. XCIII, 8).

Respecto de las cerámicas con engobe rojo (lám. XCIV-XCIX), lo primero que hemos de señalar es el acusado incremento que experimenta su número, llegando a representar el 24'6% (Gráfico 12), siendo éste el máximo porcentaje que alcanzan en el conjunto de los niveles que estudiamos. Desde un punto de vista formal, las cerámicas con engobe rojo de este nivel mantienen la tendencia del anterior, aunque se observa un ligero incremento del número de platos sobre el resto de las formas; no obstante, los platos de borde estrecho (lám. XCIV, 1-5) y los que presentan acanaladura (lám. XCIV, 8-11) son minoría frente a los de borde ancho (lám. XCIV, 6-7; lám. XCV, 1-20), que en algún ejemplar alcanza los 7'2 cm. (lám. XCV, 1); al mismo tiempo, estos platos de borde ancho tienen tendencia a indicarlo por el exterior mediante una carena (lám. XCV, 7 y 21; lám. XCVI, 3-7); por último, hemos de señalar la presencia de dos platos (lám. XCIV, 15; lám. XCVI, 2) que poseen pocillo interior pero no carena exterior, observándose en ellos la tendencia a disminuir el tamaño del pocillo al tiempo que se le da mayor profundidad, con lo que el plato presenta una forma ligeramente abocinada.

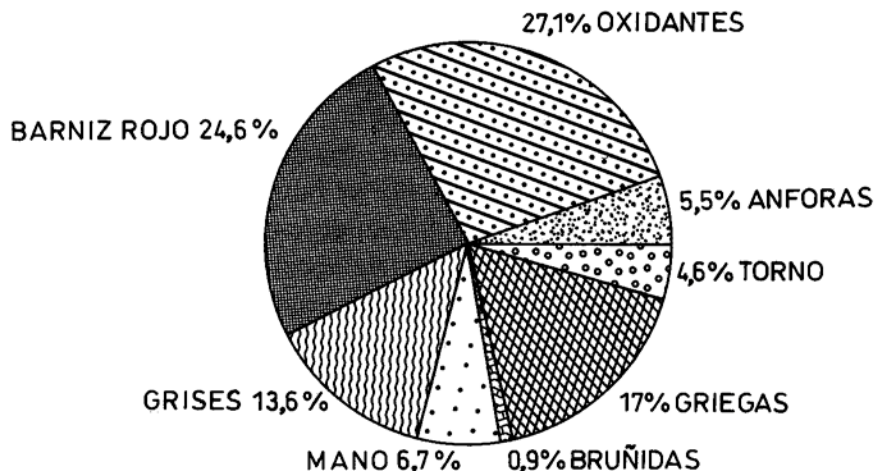
Acompañando a los platos encontramos cuencos en casquete de esfera cuyos bordes continúan la tendencia del nivel anterior, aunque cada vez es mayor el número de ejemplares que lo presentan aplanado (lám. XCVII, 2, 7 y 13-15). Junto a los cuencos descritos, siguen estando presentes los carenados con borde de tendencia vertical (lám. XCVIII), cuya exclusiva variación formal estriba en la disminución, en algunos ejemplares, del tamaño del

tramo comprendido entre el borde y la carena (lám. XCVIII, 3-5 y 7). Dentro del conjunto de los cuencos y aunque sea ejemplar único, hemos de señalar la presencia de uno hondo con borde ligeramente entrante y cuya unión con el galbo se realiza por el exterior mediante una arista (lám. XCVIII, 11).

También en este nivel siguen estando presentes los vasos de perfil en S (lám. XCIX), pero su sección es ahora más suave y la tendencia del borde más vertical, conviviendo el tipo que marca la unión de borde y galbo con una arista y aquél que no la posee.

GRAFICO 12.

Puerto-9: Nivel IIIa.



Completan el conjunto de cerámicas con engobe rojo un fragmento de lucerna (lám. XCVIII, 12) y dos *platos* que presentan características muy peculiares respecto de las que son comunes en esta forma cerámica. Ambas piezas (lám. XCVI, 1 y 8) presentan el interior cubierto con engobe rojo, mientras que el exterior no aparece con dicho engobe, siendo en él donde se aprecian diversas aristas. Por lo que se refiere a una de las piezas (lám. XCVI, 8), recuerda a otra procedente de la tumba 1 de La Joya (33), aunque ésta no presenta las aristas que posee la hallada en Puerto-9.

Las cerámicas grises, que son ahora el 13'6% (Gráfico 12), están básicamente representadas por cuencos en casquete de esfera (lám. C, 5-18), siendo muy variada la tipología de sus bordes. Por lo que respecta a las formas con borde diferenciado (lám. C, 1-4), éstas son minoría frente a los cuencos. Completando el conjunto de las cerámicas grises encontramos tres vasos, cuyos bordes y cuellos difieren entre sí. Un ejemplar lo presenta de tendencia cilíndrica y borde ligeramente proyectado al exterior (lám. C, 20); otro vaso ofrece un cuello corto y cóncavo (lám. C, 21); y, por último, el tercer vaso posee un cuello de tendencia abocinada y borde indiferenciado (lám. C, 22). Por fin y también dentro del grupo de las cerámicas grises, hemos de señalar la presencia de un plato con moldura en el exterior, pie en anillo y ligero rehundimiento de la base (lám. C, 19).

En las cerámicas oxidadas (lám. CI), que representan el 27'1% (Gráfico 12), lo que supone casi el doble respecto del nivel anterior (14'4%; Gráfico 11), se observa la presencia de diversas formas y tipos cerámicos que podríamos incluir en las de engobe rojo, pero al no poseerlo hemos de incluirlas en este otro grupo. Entre estas cerámicas y junto a cuencos en casquete de esfera (lám. CI, 1-12 y 20), otros con borde diferenciado (lám. CI, 13 y 14), alguno carenado (lám. CI, 16) y varias lucernas (lám. CI, 21-22), encontramos algunas piezas que merecen especial mención.

Nos referimos primero a dos pesas, una de ellas circular (lám. CI, 18) y la otra alargada (lám. CI, 19). La circular se fabricó mediante un fragmento cerámico de un vaso y se redondeó, haciéndole posteriormente un orificio en el centro. La segunda de las pesas podría hacernos pensar en una tobera, pero dado lo reducido de su diámetro (4 cm.), nos parece más lógico atribuirle el uso propuesto.

Las otras cerámicas a las que nos referimos son dos fuentes (lám. CI, 15 y 17), cuya forma nos recuerda a la de origen griego hallada en el Nivel IIb (lám. LXXXVII, 6), aunque las encontradas en este nivel no poseen decoración alguna, mientras que aquélla aparecía cubierta con bandas de pintura roja, siendo en este caso más parecida a otra también procedente del Nivel IIIa (lám. CII, 3), que sí aparece decorada con bandas de pintura roja, siendo ésta la tendencia de las cerámicas pintadas de este nivel (lám. CII; lám. CIII, 1, 4-5, 8, 13-14, 16-17 y 27), aunque algunas piezas lo combinan con elementos en negro (lám. CII, 8-10; lám. CIII, 17) y otras se decoran exclusivamente con este color (lám. CII, 13).

También realizadas a torno encontramos urnas con cuello de tendencia cilíndrica y baquetón ligeramente marcado (lám. CIII, 8-11), otras de cuello troncocónico (lám. CIII, 2-6), vasos de perfil en S (lám. CIII, 18) como los de engobe rojo ya citados pero ahora sin él, y pequeñas botellas (lám. CIII, 26).

Completa el conjunto una variada tipología de ánforas (lám. CIV), que no ofrecen variaciones destacables respecto del nivel anterior, aunque sí descienden porcentualmente y sólo representan el 5'5% (Gráfico 12), siendo este porcentaje ligeramente superior al de las cerámicas toscas a torno (lám. CV), que son el 4'6% (Gráfico 12) y que tampoco ofrecen variaciones formales ni tipológicas.

También este nivel aporta numerosas cerámicas griegas, llegando a representar el 17% (Gráfico 12); sin embargo y a pesar del alto porcentaje, es en este nivel donde empieza el descenso de la presencia de estas cerámicas, apreciándose además el que la variación porcentual entre el Nivel Ib y éste, el IIIa, es muy acusada, pues se pasa del 27'8% al ya citado 17%.

Otra de las circunstancias que debemos señalar es que, a pesar de seguir siendo mayoritaria la presencia de producciones de la Grecia del Este, ahora se observa un incremento de las cerámicas griegas con otro origen, destacándose las de procedencia ática.

Dentro de este conjunto de cerámicas se sigue documentando las ánforas quiotas (lám. CVI, 1-2), samias (lám. CVI, 5) y en general jónicas (lám. CVI, 7), que van acompañadas por otras corintias (lám. V, 4) y áticas *à la brosse* (lám. CVI, 6).

Junto a las ánforas están presentes olpes (lám. CVI, 8-11; lám. CIII, 20), cuencos (lám. CVI, 12-13), fuentes (lám. CVI, 14), jarras (lám. CIII, 24-25; lám. CIX, 1-3), oinocoos (lám. CIX, 4) y lucernas (lám. CVI, 15-20), que ahora incrementan su número en relación con el nivel precedente.

Respecto de las copas, señalar la presencia de las del tipo B.2 (lám. CVII, 1-20), las más numerosas, junto a algunos ejemplares de B.3 (lám. CVIII, 1-6) y de las denominadas de bandas (lám. CVIII, 7-10), que se ven acompañadas por las de Siana (lám. CVIII, 11-13), aunque uno de estos ejemplares (lám. CVIII, 11) plantea dudas en cuanto a su adscripción, pudiéndose considerar dicha copa como del tipo ST. Completan el grupo de las copas las de comastas (lám. CVIII, 14-16). Pero no es la presencia de copas de bandas y de Siana la única novedad que se produce, sino que también lo es el hallazgo de tapaderas de pixides (lám. CIX, 5-6), así como de varios fragmentos de aríbalos (lám. CIX, 7-9), siendo ambos tipos de piezas de procedencia corintia.

Por último, señalar la presencia de dos fragmentos cuya utilidad y origen es totalmente distinta. El primero de ellos corresponde a un ánfora (lám. CVI, 3), que por su tipología y color de la pasta, castaño rojiza, nos hacen otorgarle un origen etrusco (34).

El segundo de los fragmentos a que nos referimos (lám. CVIII, 17), pertenece a un vaso sobre el que se ha realizado un motivo figurativo y del que sólo se conserva algo de la cabeza y del ojo de un animal que, dadas sus características, es posible atribuirlo al círculo del Pintor de la Gorgona.

5.3.2.3.2. Nivel IIIb.

Ha de relacionarse con el estrato 8b y se caracteriza por un acusado descenso del número de hallazgos, aunque desde el punto de vista porcentual hemos de indicar el notable incremento de las cerámicas grises, que pasan de ser el 13'6% en el nivel anterior a representar el 21'85% ahora (Gráfico 13).

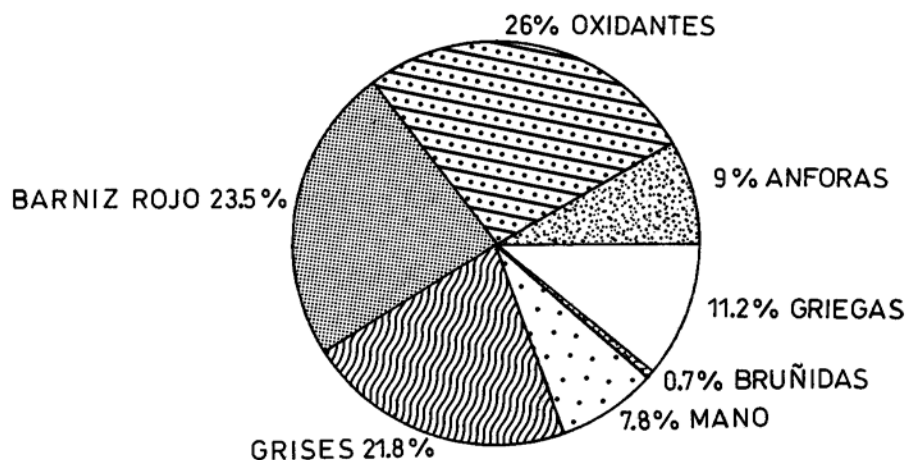
Las cerámicas a mano (lám. CX, 3-13) están representadas fundamentalmente por vasos de grandes proporciones y cuello acampanado, aunque también se halla una lucerna que imita a las realizadas a torno (lám. CX, 13), junto con una placa de arcilla sobre la que se realizaron profundas acanaladuras (lám. CX, 14); igualmente, hemos de reseñar el hallazgo de una tobera (lám. CX, 15), lo que evidencia el mantenimiento de las actividades metalúrgicas.

Por lo que se refiere a las cerámicas bruñidas (lám. CX, 1-2), han desaparecido prácticamente y sólo alcanzan a representar el 0'7% (Gráfico 13).

Las cerámicas con engobe rojo, que alcanzan un alto porcentaje (23'5%; Gráfico 13), están representadas por platos (lám. CXI, 1- 11) y cuencos (lám. CXI, 12-16), observándose la práctica ausencia de los platos de borde estrecho, así como el que entre los que lo poseen más ancho encontramos algunos ejemplares cuyo extremo lo vuelven hacia abajo (lám. CXI, 2-3), como sucedía en el nivel anterior.

GRAFICO 13.

Puerto-9: Nivel IIIb.



Respecto de las cerámicas grises, de las que ya hemos indicado su acusado incremento, decir que es el cuenco la forma predominante (lám. CXI, 17-19 y 22-25), aunque hemos de señalar la presencia de dos piezas con el borde diferenciado (lám. CXI, 20-21), así como el que uno de los cuencos (lám. CXI, 19) posee el interior cubierto de engobe rojo que sobrepasa el borde y se dispone en una estrecha banda por el exterior.

Las cerámicas pintadas (lám. CXII, 2, 4-6, 9, 11-13, 15 y 17) siguen siendo fundamentalmente vasos, aunque también encontramos algún cuenco con pie indicado y en anillo (lám. CXII, 17); en general, están decoradas con pintura roja, aunque algunas piezas presentan bandas negras sobre rojo (lám. CXII, 6 y 13).

En relación con las ánforas, cuya presencia también se ha incrementado (9%; Gráfico 13)(lám. CXIII, 1-10), se caracterizan en general por tener un perfil alargado en el que el hombro prácticamente ha desaparecido, aunque algunos ejemplares lo siguen indicando.

Las cerámicas toscas realizadas a torno son muy escasas (lám. CXIII, 12-20) y no ofrecen diferencias formales respecto de los niveles precedentes.

Las producciones griegas, que siguen descendiendo en número y representan ahora el 11'2% (Gráfico 13), van ofreciendo ya una clara variación respecto de los lugares de procedencia, experimentándose ahora un cierto equilibrio entre las cerámicas de la Grecia del Este, que siguen siendo mayoritarias, y las que tienen un origen distinto.

Entre las formas cerámicas griegas siguen estando presentes las copas de los tipos B.2 (lám. CXIV, 8) y B.3 (lám. CXIV, 5 y 7), las de bandas (lám. CXIV, 10-12), una de ellas atribuible al Pintor de Tleson (lám. CXIV, 10), por la decoración con cisne que lleva, así como una posible copa de Siana con decoración figurada (lám. CXIV, 13). A estas piezas les acompaña un fragmento de ánfora ática *à la brosse* (lám. CXIV, 3), otra milesia (lám. CXIV, 1) y una tercera de pasta amarillenta verdosa con decoración en negro (lám. CXIV, 2), de cuya posible procedencia ya hemos hablado en páginas precedentes, poniéndola en relación con la existencia de un posible taller del área del mediterráneo central, aunque no descartamos un posible origen foceo. Completan el conjunto de las cerámicas griegas una lucerna con barniz negro (lám. CXIV, 6) y un aríbalo corintio (lám. CXIV, 4).

5.3.2.3.3. Nivel IIIc.

Corresponde al momento de habitación del pavimento hallado en el amplio estrato 8 y en consecuencia hemos de relacionarlo con el subestrato 8a. Es también éste un nivel con poco material cerámico y en el que las cerámicas bruñidas ya han desaparecido, representando las a mano sólo el 6'3% (Gráfico 14)(lám. CXVI, 24- 27) y siendo exclusivamente vasos de boca amplia y cuello acampanado.

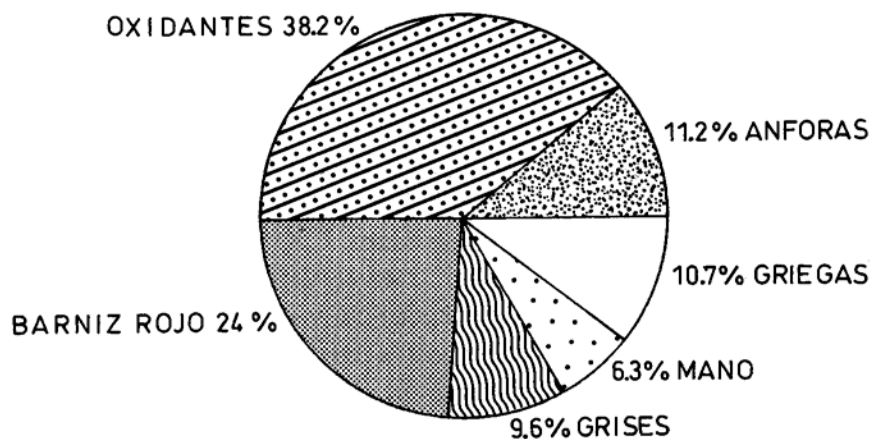
En las cerámicas con engobe rojo (lám. CXV, 7-20) no se aprecia ningún elemento a reseñar desde el punto de vista formal, sin embargo es necesario hacer mención de la existencia de un grafito en la base de un plato (lám. CXV, 10)(35).

Igual sucede, en relación con los aspectos formales, con las cerámicas grises (lám. CXV, 1-6), aunque sí hemos de destacar el importante descenso que experimentan, pasando de representar el 21'85% en el Nivel IIIb a ser en éste sólo el 9'6% (Gráfico 14).

Las cerámicas pintadas (lám. CXV, 21-27; lám. CXVI, 12-13), tanto sean vasos como cuencos, siguen estando decorados mediante motivos en rojo, a excepción de un fragmento (lám. CXV, 27) que lleva una estrecha banda negra.

GRAFICO 14.

Puerto-9: Nivel IIIc.



En las ánforas, que representan el 11'2% (Gráfico 14)(lám. CXVI, 1-11 y 18), se observan las mismas características que en el nivel anterior; no obstante, hemos de indicar la presencia de un grafito sobre una de ellas (lám. CXVI, 18)(36).

Las cerámicas toscas a torno (lám. CXVI, 19-23 y 28) tampoco ofrecen novedades dignas de mención, si exceptuamos la presencia de dos vasos (lám. CXVI, 22-23) cuya sección nos recuerda a los de perfil en S con engobe rojo, que hemos citado con anterioridad en el Nivel Iib (lám. LXXVIII, 3-5).

Por lo que se refiere a las cerámicas griegas (lám. CXVII), éstas siguen descendiendo en número y ya sólo representan el 10'7% (Gráfico 14), observándose ahora una mayor presencia de cerámicas no procedentes de la Grecia del Este sino del Atica y del ámbito marsellés, lo que pone de manifiesto la inversión que se produjo en las cerámicas griegas que llegaban a Huelva respecto del diverso lugar de origen de las mismas.

Entre las cerámicas griegas halladas, destacamos un ánfora de figuras negras (lám. CXVII, 3) y un fragmento con rayos (lám. CXVII, 4) que posiblemente pertenezca a la misma pieza que el anterior, dada la similitud del barniz y del tipo de arcilla que ambas representan. Completa el grupo una píxida-trípode de figuras negras (lám. CXVII, 2).

5.4. EXCAVACION EN EL SOLAR 4-6 DE LA CALLE MENDEZ NUÑEZ.

El solar objeto de excavación (fig. 21) es el resultado de la agregación de dos colindantes (nº 4 y nº 6), que por sí solos no hubiese sido posible excavar dada la estrechez de los mismos.

El espacio teórico de excavación tenía una superficie de 532 m². (fig. 33) y observando las características del mismo así como la diferencia de cota, cercana a los 4 metros, que se apreciaba respecto de Puerto-9, solar próximo por el noroeste al que nos ocupa (figs. 20 y 21), decidimos centrar los trabajos en la zona más alejada de la calle y por tanto más cercana a Puerto-9. Igualmente y tal como se aprecia en la figura 33, los cuadros abiertos hubieron de tomar formas no muy al uso, al objeto de evitar la presencia de restos de cimentaciones, pozos y desagües, aunque ésto no siempre fue posible; no obstante las circunstancias expuestas, la excavación pudo desarrollarse satisfactoriamente y puso al descubierto una serie de elementos arqueológicos de innegable interés y que como más adelante se verá vienen a completar la visión que, en el momento actual, podemos ofrecer de la protohistoria onubense.

La excavación se realizó mediante la apertura de cuatro cuadros (A-1, A-2, B-1 y B-2), de diversas formas y dimensiones (fig. 33), aunque no todos se abrieron a un tiempo, sino que se fueron realizando conforme la dinámica y las necesidades de la excavación lo demandaban. Todos los cuadros excavados lo fueron hasta que la presencia de agua, muy abundante, lo permitió; sin embargo, en el cuadro A-1 fue posible alcanzar el nivel correspondien-

te a tierras de arrastre anteriores a la formación de los estratos arqueológicos.

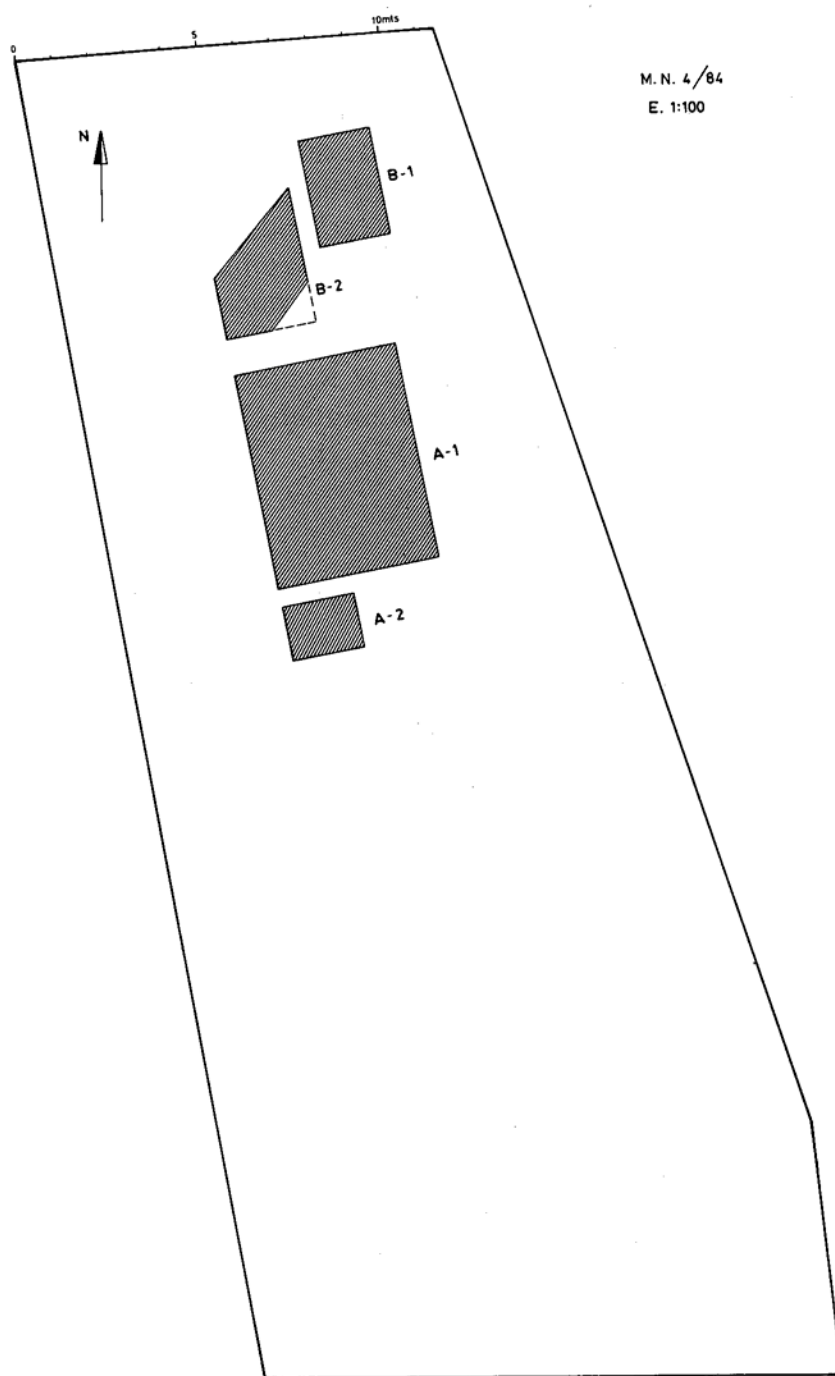


Fig. 33. Ubicación de las zonas excavadas en Méndez Núñez-4.

5.4.1. CUADRO A-1.

De 6x4'5 m., este cuadro se ubicó en el centro del solar y con orientación N-S (fig. 33). Tras retirar una capa de terreno removido, pudimos observar tres zonas bien diferenciadas:

Zona NW: presentaba forma triangular con hipotenusa desde el ángulo NE hasta los 2'8 m. del perfil W (medidos desde el ángulo NW). Ofrecía una tierra anaranjada, compacta y homogénea.

Zona Central: en ella se encontró un pozo con diámetro de 1'9 m., que rompía por completo la estratigrafía arqueológica.

Zona Sur: discurría paralela al perfil sur y tenía una anchura de 1 m. Su aspecto no era homogéneo y las tierras aparecían revueltas en la mitad oriental, pareciendo la occidental más uniforme.

Una vez definidas estas tres zonas, consideramos oportuno abandonar el trabajo en la zona central y continuar excavando en la NW y en la mitad occidental de la sur, que tras ser rebajada hasta -0'82 m. decidimos abandonar igualmente por lo revuelto de las tierras.

La zona noroccidental la excavamos hasta -2'53 m., donde además de la presencia de agua, que como ya hemos visto es frecuente en las excavaciones en Huelva, observamos que el terreno correspondía a margas corridas y sin evidencia arqueológica alguna.

En la excavación de este cuadro, a -1'94 m., hallamos parte de un muro, con una longitud de 1'50 m., que partía del perfil oeste y presentaba una dirección NE (fig. 34). Este muro, del que se conservaba una potencia de apenas 0'20 m., estaba construido con lajas de pizarras y algunos cantos rodados, ofreciendo una factura poco cuidada.

La excavación de este cuadro ofreció la siguiente estratigrafía (fig. 35):

5.4.1.1. Estrato 1: de tierra anaranjada y textura arenosa, presentaba una relativa abundancia de puntos de carbón y algunos nódulos de cal.

5.4.1.2. Estrato 2: presentaba una tierra de tonalidad parda y homogénea, en la que se incluían algunas vetas de arena.

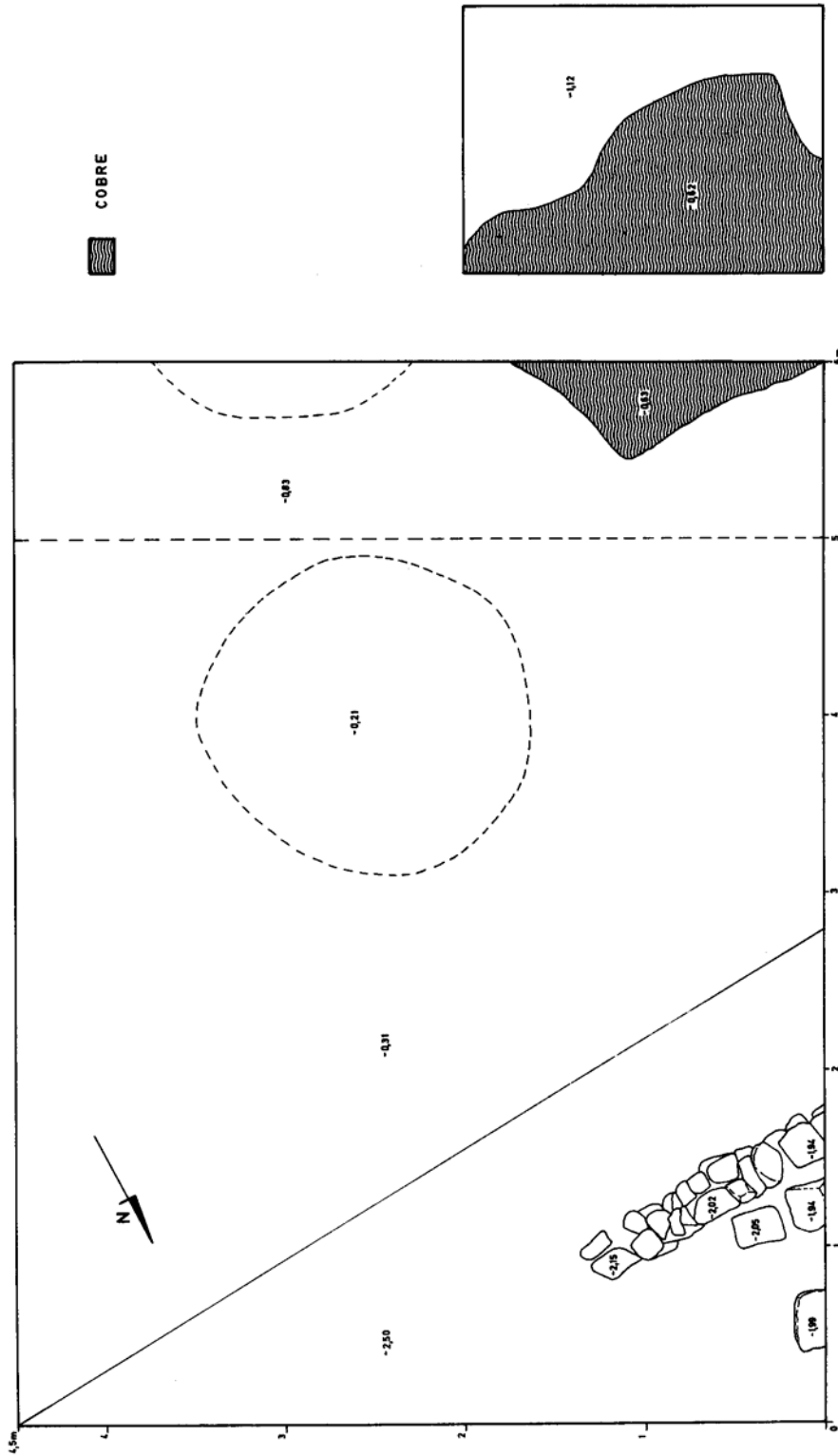


Fig. 34. Planta de los cuadros A-1 y A-2 de Méndez Núñez-4.

5.4.1.3. Estrato 3: frente a la horizontalidad general de la estratigrafía, presentaba un cierto buzamiento. Su tierra era de tonalidad gris verdosa y algo más compacta que la del estrato 2.

5.4.1.4. Estrato 4: corresponde a un pequeño paquete anaranjado- amarillento con restos de adobes, pizarras y puntos de carbón. Se superpone a los estratos 5a, 5b, 6 y 7, que rompen un segundo conjunto de estratos (8, 9, 10a y 10b) que constituyen el relleno producido por el derrumbe de la superestructura del muro hallado en este corte, al que corresponden como niveles de ocupación el segundo grupo de estratos citados.

5.4.1.5. Estrato 5: en él puede hacerse una división en:

Estrato 5a: de tierra amarillenta-verdosa con abundantes lajas y fragmentos cerámicos.

Estrato 5b: de características similares al anterior, pero de tono más amarillento y algo más grasienta. En su base presentaba una línea de arena.

5.4.1.6. Estrato 6: similar al 5b, pero de mayor potencia y con superior número de pizarras y fragmentos de cerámica.

5.4.1.7. Estrato 7: en él siguen siendo abundantes las lajas y ofrece una apariencia semejante a la del estrato 6, aunque la tierra era algo más suelta.

5.4.1.8. Estrato 8: se localiza directamente por debajo de la línea de arena que le sirve de base al estrato 5b. Era de textura arenosa y su color grisáceo.

5.4.1.9. Estrato 9: es el que se corresponde de manera más evidente con el nivel de habitación del muro hallado, alternándose en él los restos de pavimento y de cenizas, siendo su color general amarillo-verdoso y su textura poco compacta.

5.4.1.10. Estrato 10: dadas las dificultades que entrañaba la presencia de agua, lo que impedía continuar la excavación, fue igualmente compleja la diferenciación de este estrato, de tono gris claro con textura homogénea y margosa. No obstante y en

función del muro excavado, fue posible establecer una subdivisión:

Estrato 10a: se corresponde con la última hilada del muro.

Estrato 10b: constituye el terreno sobre el que se asienta el muro, formado por margas corridas.

Los demás cuadros excavados ofrecieron las características que a continuación señalamos.

5.4.2. CUADRO A-2.

Dado el aspecto que presentaba la zona suroccidental del Cuadro A-1, a lo que ya hemos aludido, decidimos abrir un nuevo cuadro (A-2) junto al perfil sur de A-1 (figs. 33 y 34). Sus dimensiones fueron de 2x1'5 m. y lo excavamos hasta -2'31 m.

Al poco de iniciarse su excavación (-0'62 m.) se halló en el ángulo NW una placa formada por los restos de un vertido de espuma de cobre que, alterada, ya habíamos apreciado en el Cuadro A-1. Decidimos tomar muestras de la misma y cortarla, dejando parte de la misma *in situ* al objeto de establecer bajo ella un perfil estratigráfico que así quedaba sellado. La importancia de este corte viene dada por la aparición en él de varios fragmentos de *bucchero nero* (lám. CXXXIV, 1).

5.4.3. CUADRO B-1.

La apertura de este cuadro, de 2x2 m. (fig. 33) y excavado hasta -2'64 m., se explica por el intento de acercarnos lo más posible al solar de Puerto-9, en el que la presencia de cerámicas griegas había sido muy numerosa. Por otra parte, la diferencia de cota entre ambos solares nos hacía prever que a escasa profundidad hallaríamos estratos arqueológicos de interés, dado que en la zona que íbamos a excavar no se observaban alteraciones del terreno.

Una vez iniciada la excavación y prácticamente en superficie, encontramos un muro de lajas de pizarra, con dirección NE-SW, que dividía en dos el cuadro (fig. 36). En realidad y como más tarde mostró la excavación, el muro que en principio hallamos era parte de la reutilización de otro, situado por debajo de él (fig. 37) y que estuvo sobre las pizarras una superestructura de adobes (fig. 38), entre los que se encontró un pequeño fragmento del borde de una copa de comastas.

Una vez excavado este cuadro, procedimos a realizar dos catas que nos permitieran un conocimiento más fidedigno de la estratigrafía, que fue excavada por paquetes naturales.

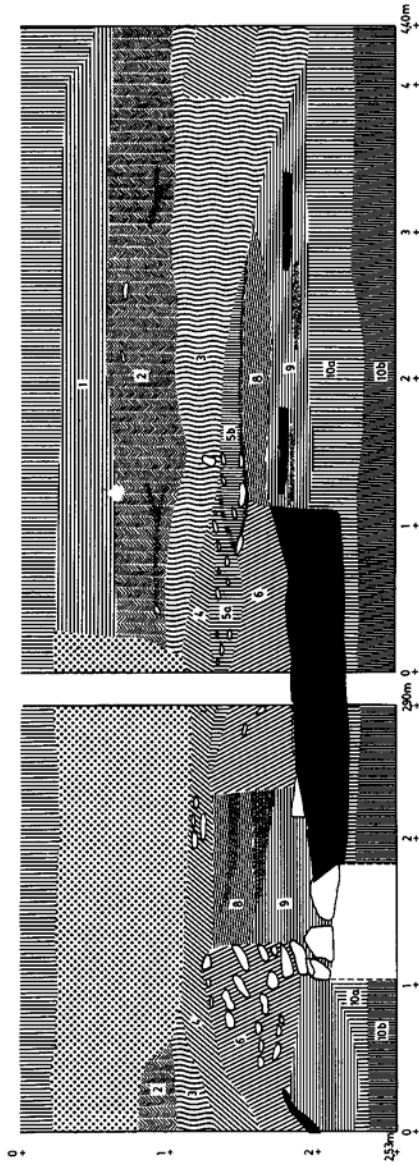


Fig. 35. Estratigrafía noroccidental del cuadro A-1 de Méndez Núñez-4

La primera de las catas la hicimos mediante la ampliación de parte del perfil sur.

La segunda la realizamos en la cara norte del muro que, intencionalmente, habíamos dejado cubierta al usar como perfil la vertical que proporcionaban los restos del muro superior, que se encontraba ligeramente desplazado. Esta segunda cata sirvió, lógicamente, para dejar al descubierto la citada cara norte del muro inferior, que se había construido con lajas de pizarra de mediano tamaño.

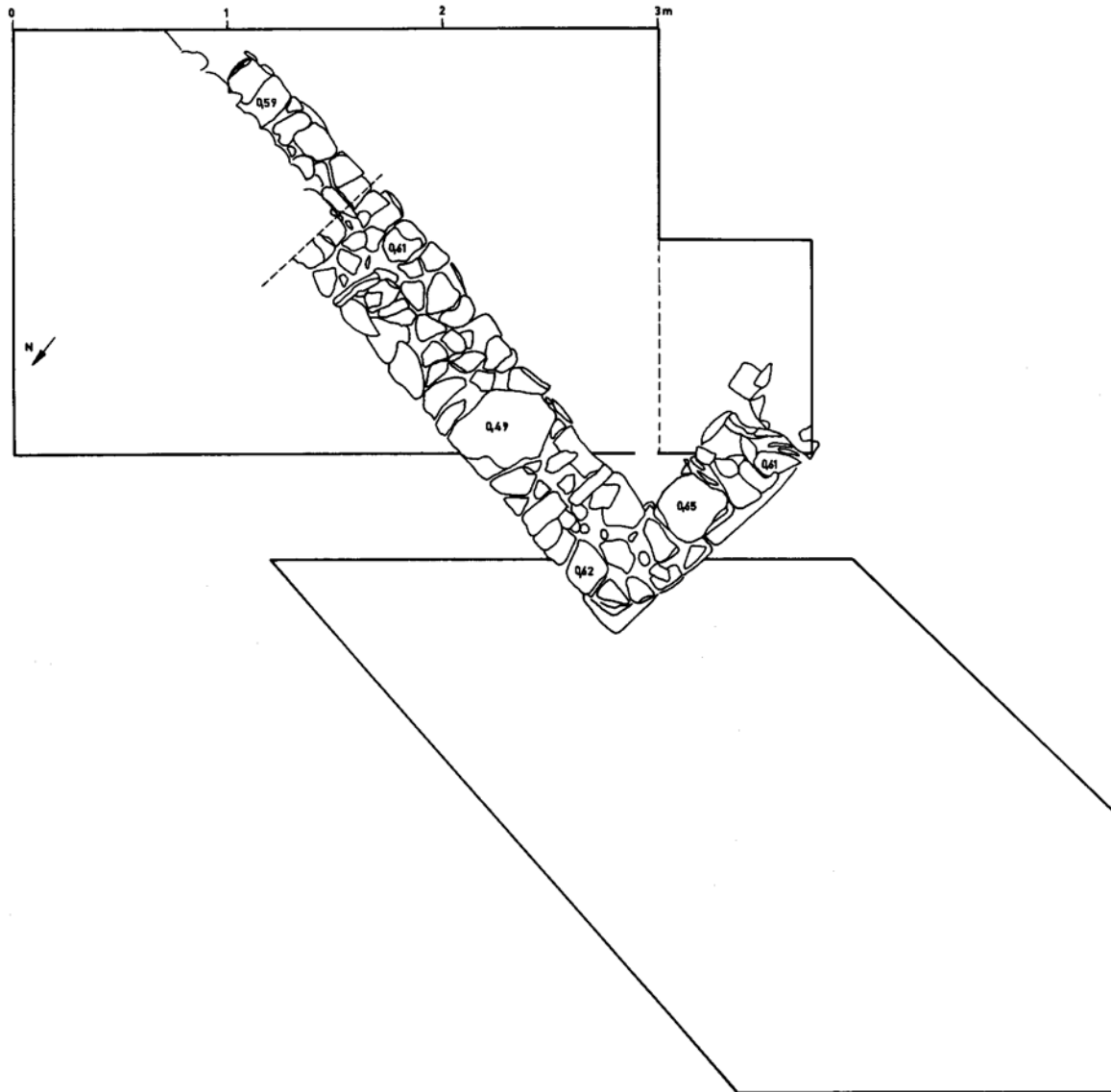


Fig. 36. Planta del cuadro B-1 de Méndez Núñez-4.

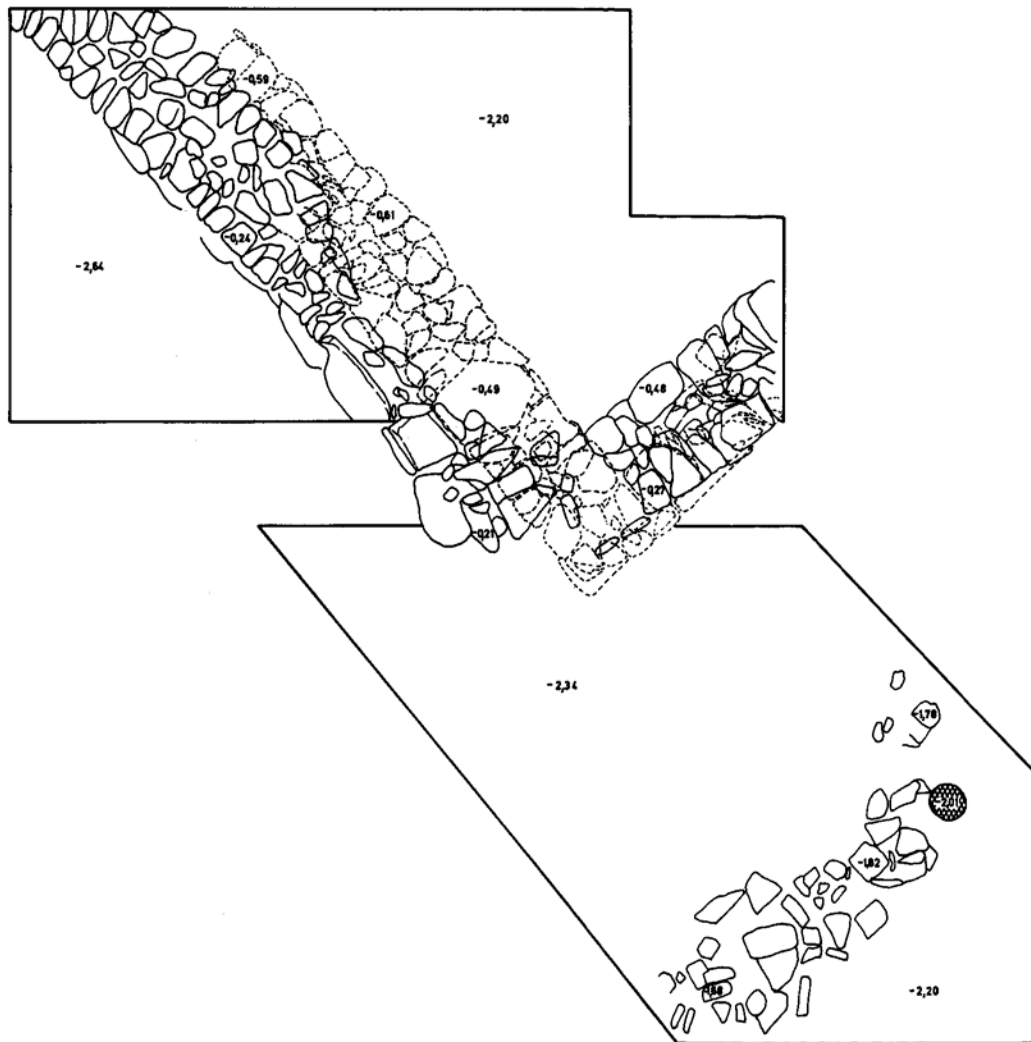


Fig. 37. Construcciones de los cuadros B-1 y B-2 de Méndez Núñez-4.

5.4.4. CUADRO B-2.

La apertura vino condicionada por el intento de seguir, en su totalidad, el muro hallado en B-1 (figs. 36 y 37). La forma de este nuevo cuadro, que excavamos hasta -2'28 m., no fue muy usual (fig. 33), pero la misma estuvo forzada por la necesidad de evitar los restos de cimentaciones y los muros maestros de la casa que había ocupado con anterioridad el solar.

Nuestra intención de conocer la mayor longitud posible del muro de B-1 no se vió totalmente satisfecha, porque de inmediato apareció la esquina que el mismo hacía, tomando una dirección SE, al tiempo que parte de la misma quedaba bajo el testigo existente entre B-1 y B-2, que posteriormente fue desmontado para conocer en su detalle la planta del muro (figs. 36 y 37).

A la profundidad de -1'82 m., encontramos los restos de una nueva estructura con dirección N-S (fig. 37), cuya técnica constructiva y mala factura eran parecidas a la del encontrado en A-1 (fig. 34), con el que pudo y debió estar relacionado, dada la similitud de cota en que ambos aparecieron y a la presencia de un vaso completo, con digitaciones, hallado en posición vertical y situado en un lugar cercano a la probable esquina que debieron formar los muros de A-1 y B-2.

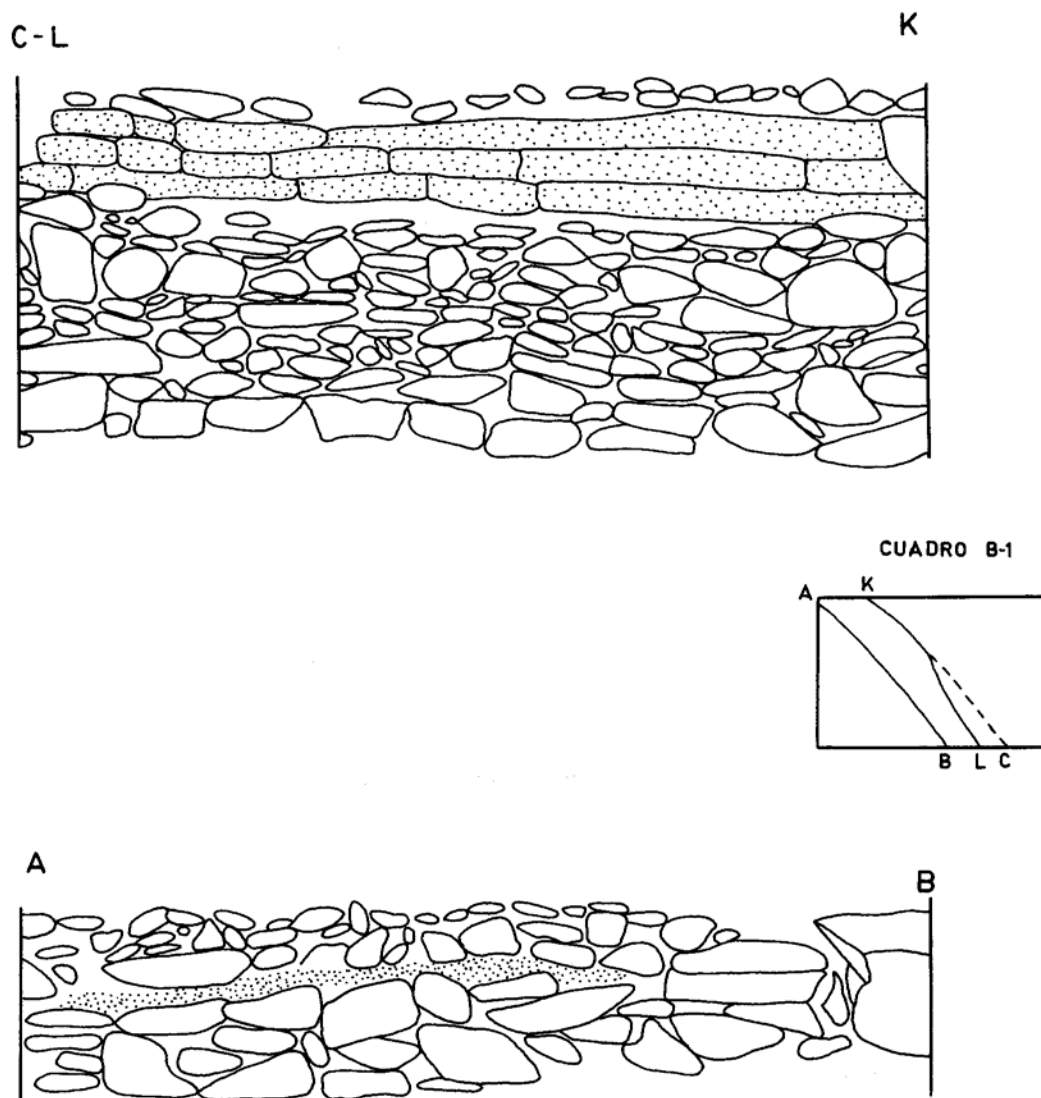


Fig. 38. Alzados sur (arriba) y norte (abajo) del muro de los cuadros B-1 y B-2 de Méndez Núñez-4.

5.4.5. NIVELES ARQUEOLOGICOS.

De la excavación y los materiales hallados, fundamentalmente en el cuadro A-1, puede deducirse la secuencia que, de abajo hacia arriba, a continuación detallamos.

5.4.5.1. Nivel I.

En él y basándonos en la construcción aparecida en el cuadro A-1, hemos establecido dos subniveles:

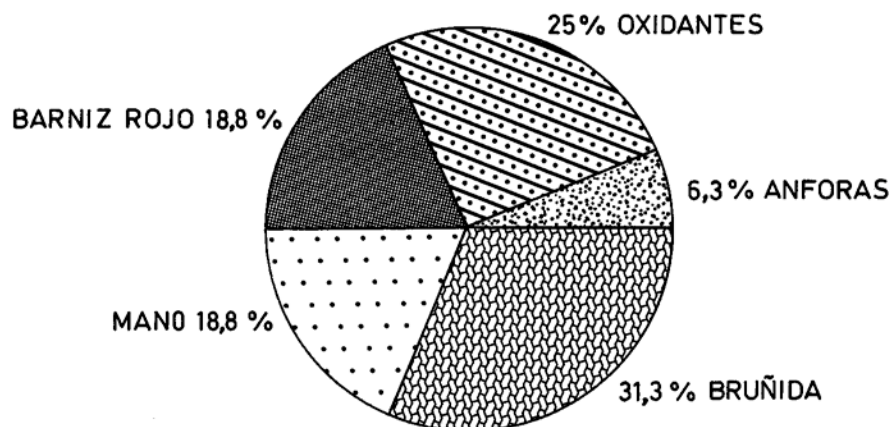
5.4.5.1.1. Nivel Ia.

Situado por debajo del muro citado en A-1 (fig. 34), se caracteriza por el no muy abundante material cerámico, así como por la falta de evidencias metalúrgicas.

Respecto de las cerámicas a mano, que representan el 18,8% (Gráfico 15)(lám. CXVIII, 6-8), hemos de resaltar la ausencia de vasos con digitaciones, si bien las dos base que presentamos (lám. CXVIII, 7 y 8) pudieran haber pertenecido a vasos de dichas características.

GRAFICO 15.

Méndez Núñez-4: Nivel Ia.



Acompaña a estas piezas otra, también realizada a mano, que aunque la dibujamos como un vaso de paredes rectas (lám. CXVIII, 6), tenemos ciertas dudas en esta adscripción, dado que presenta el "exterior" rugoso y el "interior" bien alisado, lo que nos hace pensar que pudiera tratarse de una placa de arcilla y no de un vaso, idea que se ve avalada por lo recto del fragmento, así como por el hallazgo de estas placas en otras excavaciones de Huelva.

En las cerámicas bruñidas, porcentualmente las más numerosas (31'3% ; Gráfico 15), se comprueba la presencia de formas carenadas, aunque las carenas son suaves y poco marcadas (lám. CXVIII, 1, 3 y 4), conservándose en algunos ejemplares el borde cóncavo (lám. CXVIII, 2). La ornamentación bruñida sólo está presente en un pequeño fragmento (lám. CXVIII, 5), cuyas dimensiones nos desaconsejan hacer cualquier intento de reconstrucción del motivo por la escasa fiabilidad que tendría.

También son poco numerosas las cerámicas a torno en este nivel (Gráfico 15), reduciéndose a algunas piezas con engobe rojo (lám. CXIX, 1-2) una lucerna de doble mechero (lám. CXIX, 6), el fondo de un platillo (lám. CXIX, 8), dos botellas, una de ellas de cuello cilíndrico (lám. CXIX, 3 y 5) y el hombro de un ánfora (lám. CXIX, 4), cuya tendencia no es muy horizontal.

No obstante la escasez de cerámicas, podemos hacer alguna precisión sobre las mismas. En primer lugar, creemos oportuno recordar la ausencia de cerámicas a mano con digitaciones, circunstancia a la que ha de añadirse y destacar, la falta de piezas grises en este nivel.

De otra parte y en relación con los platos con engobe rojo, ha de indicarse la presencia de un ejemplar con borde de 5 cm. y 25 cm. de diámetro (lám. CXIX, 2), que si bien en principio puede parecer anómalo en el contexto en que se encuentra, así como por la evolución establecida para estas piezas en las factorías malagueñas (37), no es extraño en Huelva, donde está ampliamente documentada la distinta evolución que, aún dentro de la genérica, siguen estas formas cerámicas (38), manteniéndose de manera constante y en el tiempo la presencia de platos con bordes estrechos (lám. CXIX, 1) en convivencia con los más anchos.

Por último y en relación con este nivel, indicar la presencia de un fragmento de la base de un vaso de alabastro (lám. CXIX, 7).

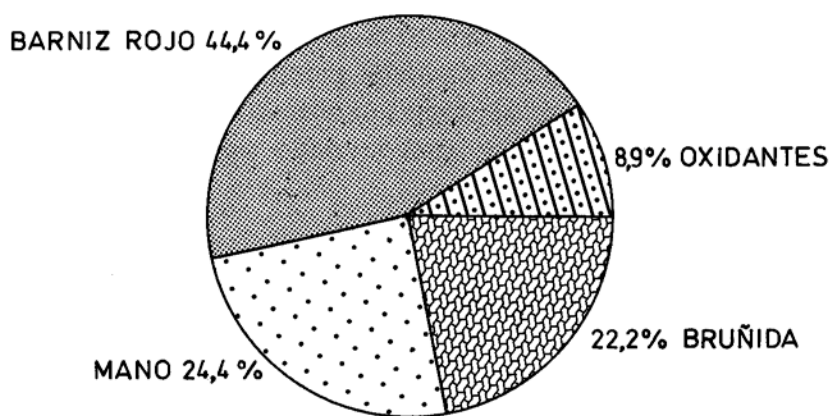
5.4.5.1.2. Nivel Ib.

Corresponde al nivel de habitación del muro hallado en el cuadro A-1 y en él se observa ya la presencia de actividad metalúrgica, tanto por las escorias encontradas como por las piezas cerámicas con restos de fundición (lám. CXX, 2) y por las perforadas que suelen acompañar esta producción, aunque es curioso observar que la pieza encontrada en este nivel (lám. CXX,

17) presenta perforaciones realizadas desde la superficie exterior y sin llegar a atravesar la misma.

GRAFICO 16.

Méndez Núñez-4: Nivel Ib.



Las cerámicas a mano (24'4%; Gráfico 16), están representadas por vasos de paredes rectas (lám. CXX, 12-15), al tiempo que aparecen ya las formas con digitaciones que presentan cuello corto (lám. CXX, 11). También corresponde a este nivel una placa de arcilla (lám. CXX, 16) cuyo extremo se curva muy ligeramente, quizás provocado por la serie de digitaciones que presenta.

Las cerámicas bruñidas, que descienden porcentualmente (22'2%; Gráfico 16), no ofrecen variaciones formales excesivamente acusadas respecto del nivel anterior, observándose que las carenas son más suaves o prácticamente han desaparecido (lám. CXX, 1-7), así como el que ejemplares con borde cóncavo no lo poseen demasiado marcado (lám. CXX, 2, 4 y 5).

Las cerámicas con engobe rojo, que registran un gran incremento respecto del Nivel Ia y alcanzan el 44'4% (Gráfico 16), también ofrecen variaciones con la aparición de nuevas formas y tipos junto a platos de borde estrecho (lám. CXXI, 1), que siguen conviviendo con otros de borde que presumimos son más anchos (lám. CXXI, 2-4). Los nuevos tipos con engobe rojo están representados por un cuenco hemiesférico (lám. CXXI, 5), así como por otros cuencos carenados con el borde ligeramente proyectado hacia el exterior (lám. CXXI, 7-9) y un cuenco hondo de borde entrante, con engobe rojo por el interior, que presenta arista en el exterior (lám. CXXI, 12). Hemos de señalar también la presencia de dos fragmentos de oinocoe, pertenecientes al borde y al galbo (lám. CXXI, 10-11).

Completan las cerámicas a torno una serie de piezas sin tratamiento alguno (lám. CXXII, 3-7), que recuerdan las formas con engobe rojo y de las que alguna es posible lo tuviera, pero al no observarse claramente su presencia hemos preferido no incluirlas en dicho grupo.

Indicar por último el hallazgo aunque escaso en este nivel, de formas grises (lám. CXXII, 1-2) que corresponden a tipos con el borde diferenciado.

5.4.5.2. Nivel II.

Se ubica estratigráficamente por encima del muro aludido con anterioridad y en él se constata la continuidad de las actividades metalúrgicas.

Respecto de las cerámicas a mano, que representan el 17% (Gráfico 17), se observa ahora, además de las formas digitadas (lám. CXXIII, 7), la presencia de vasos con cuello acampanado (lám. CXXIII, 1-3), junto con otros de cuello corto (lám. CXXIII, 5-6), de los que uno podría pertenecer a un vaso con digitaciones (lám. CXXIII, 7) y un ejemplar con paredes rectas (lám. CXXIII, 4).

En las cerámicas bruñidas, que son el 11'3% (Gráfico 17), destacamos el hallazgo de un soporte (lám. CXXIII, 11) junto a dos formas carenadas (lám. CXXIII, 9-10), de las que una de ellas la presenta muy marcada y que en principio nos haría pensar es anómala su presencia ahora, tras comprobar la existencia de formas con carenas suaves en niveles más antiguos, pero la pervivencia de algunos ejemplares como éste no es algo excesivamente extraño; no obstante, tampoco descartamos la posibilidad de su pertenencia al tapial que constituyó la superestructura del muro.

Respecto de las cerámicas a torno, se observa un incremento general de su presencia, así como en las de engobe rojo (37'7%; Gráfico 17) se aprecia la aparición de nuevas formas que acompañan a las ya reseñadas del Nivel Ib, es decir, platos de borde estrecho (lám. CXXIV, 1-3) y cuencos carenados con borde proyectado hacia el exterior (lám. CXXIV, 9-12); las nuevas formas están representadas por vasos (lám. CXXIV, 12) y botellas (lám.

CXXIV, 13), así como por un cuenco con acanaladuras en el exterior (lám. CXXIV, 14), que no son muy acusadas y parecen indicar la evolución que experimenta esta forma cerámica, en las que el recuerdo de las acanaladuras es sólo la presencia de aristas. También en la cerámica con engobe rojo hemos de llamar la atención sobre el hallazgo de platos con borde que terminan en sección de tendencia cuadrada (lám. CXXIV,6-7), que preludian a los que tendrán una acanaladura en el extremo del borde.

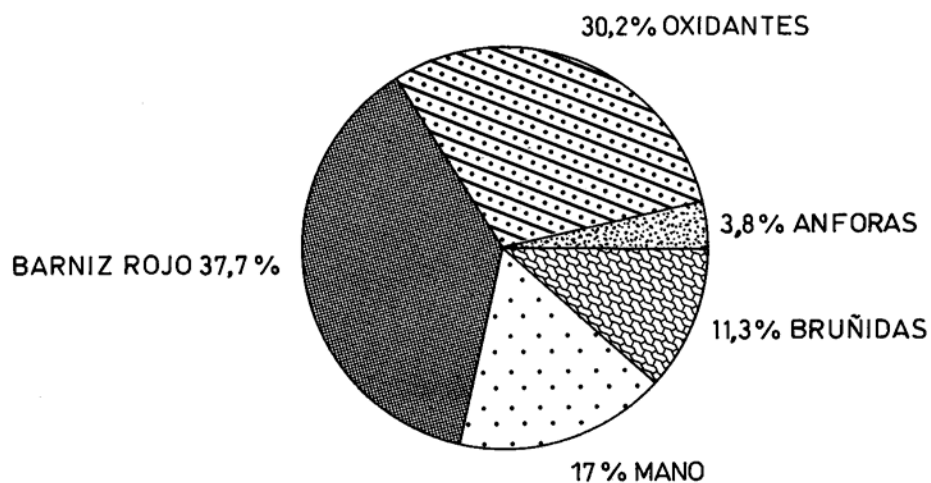
Al resto de las cerámicas a torno hemos de aplicarles los mismos criterios establecidos para el nivel anterior, aunque reseñamos ahora la presencia de piezas decoradas con bandas rojas (lám. CXXIV, 7-8) o rojas y negras (lám. CXXV, 9). Acompañan a estas piezas un fragmento del borde de un ánfora, con borde vertical y hombro muy horizontal (lám. CXXV, 10), así como otros vasos (lám. CXXV, 4 y 6) y cuencos carenados (lám. CXXV, 3).

La cerámica gris sigue siendo muy escasa, correspondiendo a este nivel una sola pieza (lám. CXXV, 1), que presenta una factura cuidada y el borde claramente diferenciado del galbo por medio de dos estrechas acanaladuras.

Excepto las novedades expuestas y la variación porcentual entre cerámicas a mano, bruñidas y a torno (Gráficos 15, 16 y 17), no apreciamos otras diferencias notables respecto de los niveles anteriores y más concretamente del Ib, pareciéndonos el Nivel II la evolución normal y lógica de los momentos precedentes.

GRAFICO 17.

Méndez Núñez-4: Nivel II.

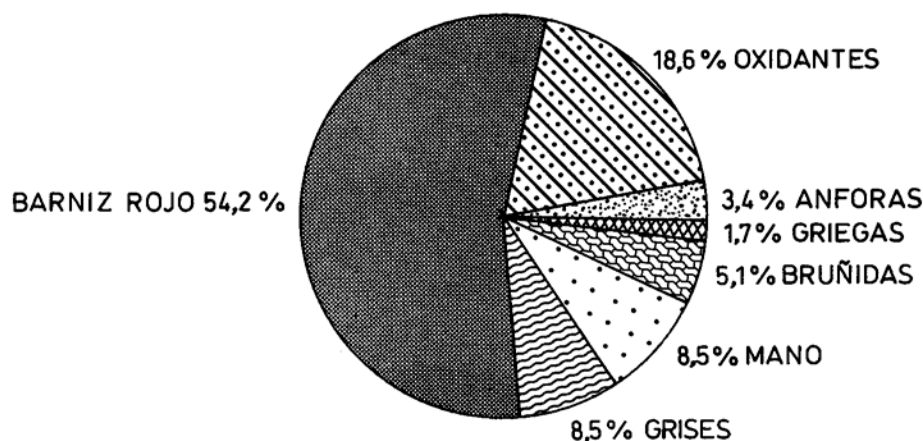


5.4.5.3. Nivel III.

Este sí es un nivel que marca de forma clara la diferencia con los anteriores, lo que podemos apreciar en diversos aspectos formales de las cerámicas, aunque en las a mano sea quizás donde menos se observan las diferencias y sin embargo muestran un claro descenso porcentual, pues ahora sólo alcanzan el 8'5% (Gráfico 18); también continúan los vasos de cuello acampado (lám. CXXVI, 4), así como otros de cuello corto (lám. CXXVI, 7-8), en los que en algún caso se han sustituido las digitaciones en el hombro por pequeñas incisiones verticales (lám. CXXVI, 7). Por otra parte, llama la atención en el conjunto de las cerámicas a mano, la presencia de la base de un vaso que aparece cubierta de una capa espesa de pintura roja (lám. CXXVI, 6).

GRAFICO 18.

Méndez Núñez-4: Nivel III.



Respecto de las cerámicas de técnica bruñida se observa también una clara modificación, pues sólo están presentes las formas hemisféricas de borde indiferenciado (lám. CXXVI, 1-3), habiendo desaparecido las piezas carenadas y presentando, las ahora encontradas, las superficies peor cuidadas que las de niveles anteriores. Representan el 5'1% (Gráfico 18).

En las cerámicas a torno, que ya han consolidado su presencia numérica, observamos la predominancia de las de engobe rojo, que son el 54'2% del total (Gráfico 18) y entre las que destacan los platos de borde estrecho (lám. CXXVII, 1-6), algunos con diámetros muy reducidos y que consideramos puedan ser lucernas (lám. CXXVII, 16-18), a los que siguen acompañando otros de borde más ancho (lám. CXXVII, 7-11) y algunos con acanaladura en el extremo del borde (lám. CXXVIII, 12-13).

El resto de cerámicas a torno y de tradición orientalizante, no ofrece otras diferencias apreciables, excepto el incremento de las formas grises (8'5%; Gráfico 18) (lám. CXXVIII, 1-4), que siguen siendo tipos con el borde diferenciado.

Las ánforas, en general escasas en esta excavación y que en este nivel son tan sólo el 3'4% (Gráfico 18), presentan ya bordes menos verticales y más engrosados por el interior, así como hombros que van perdiendo la horizontalidad (lám. CXXVIII, 5-6).

Por último, hemos de reseñar la presencia de un fragmento griego que corresponde a parte del labio y al asa de un cántaro de la Grecia del Este (lám. CXXVIII, 11). Esta pieza presenta unas superficies muy bien tratadas y cubiertas de un espeso engobe blanco sobre el que se ha pintado una banda negra, también espesa, en la unión del borde con el asa. Estas características de tratamiento de las superficies y el color castaño de la pasta, nos hacen pensar que pueda proceder de Quios. Este cántaro supone el inicio de la presencia de cerámicas de origen griego en esta excavación.

5.4.5.4. Nivel IV.

Continúa en este nivel, además de la actividad metalúrgica, que desde su aparición en el Nivel Ib no ha cesado, la evolución de las formas cerámicas, independientemente de cómo se hayan fabricado.

En las realizadas a mano, que ahora son el 6'3% (Gráfico 19), han desaparecido las decoraciones digitadas, aunque las formas de los vasos no varían sustancialmente y aparecen ornamentaciones de líneas incisas (lám. CXXIX, 10).

Respecto de las de técnica bruñida, que alcanzan el 9'4% (Gráfico 19), se observa un predominio absoluto de los cuencos hemiesféricos (lám. CXXIX, 1-9), apreciándose en algunos ejemplares la tendencia a poseer bordes de sección cuadrada (lám. CXXIX, 7 y 9).

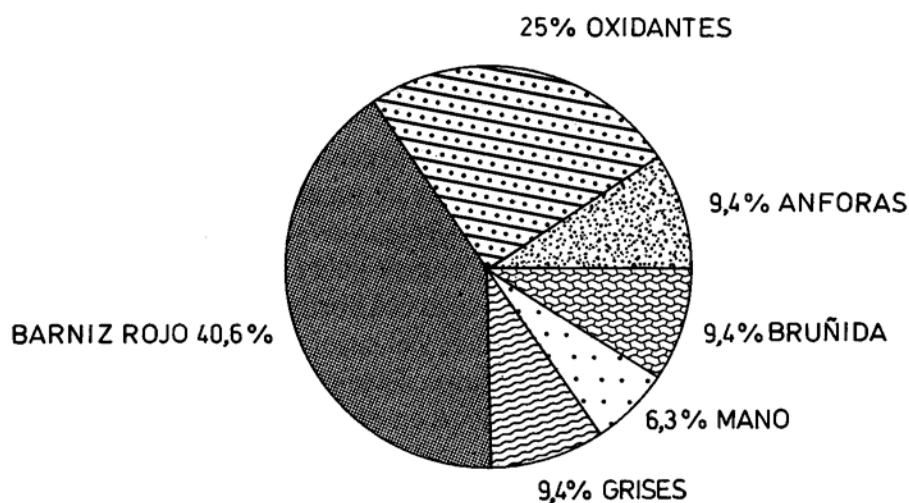
En las cerámicas con engobe rojo, que son el 40'6% (Gráfico 19), además de seguir estando presentes botellas (lám. CXXX, 11) y platos de borde estrecho (lám. CXXX, 3), predominan ahora los de borde ancho (lám. CXXX, 1, 2 y 4-6) y hacen también su aparición cuencos carenados de borde apuntado y tendencia vertical (lám. CXXX, 7-8).

La cerámica gris sigue siendo muy escasa, estando sólo representada por una base con ligera moldura exterior (lám. CXXXI, 1).

Las ánforas siguen evolucionando y presentan ahora bordes redondeados (lám. CXXXI, 3) o ligeramente apuntados (lám. CXXXI, 2).

GRAFICO 19.

Méndez Núñez-4: Nivel IV.



5.4.5.5. Nivel V.

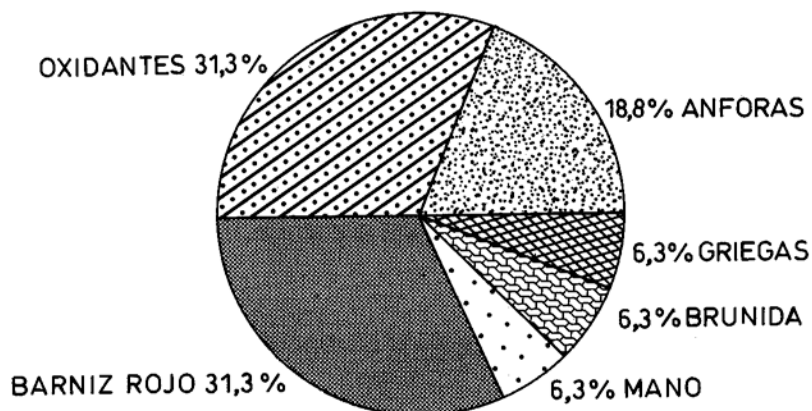
Este nivel, como el resto, se ha definido básicamente por sus elementos cerámicos, al tiempo que éstos nos han servido para establecer una división dentro de él:

5.4.5.5.1. Nivel Va.

Es un nivel en el que la metalúrgia sigue estando presente y donde las cerámicas a mano (lám. CXXXII, 5) y de técnica bruñida (lám. CXXXII, 1-4), son realmente escasas, aún dentro de lo reducido del número de piezas pertenecientes a este nivel, siendo tanto unas como otras el 6'3% (Gráfico 20).

GRAFICO 20.

Méndez Núñez-4: Nivel Va.



Las cerámicas con engobe rojo, que ya sólo son el 31'3% (Gráfico 20), están representadas por platos de borde ancho (lám. CXXXIII, 4-5), alguno con acanaladura (lám. CXXXIII, 6) y por cuencos carenados con borde de tendencia vertical (lám. CXXXIII, 7). Dentro de este conjunto deberíamos incluir, por su tipología, una lucerna (lám. CXXXIII, 8), pero no presenta engobe rojo sobre sus superficies.

También están presentes dos morteros (lám. CXXXIII, 13 y 15), con tipología bien diferenciada, poseyendo uno de ellos un borde de sección cuadrangular, mientras que el otro lo tiene de tendencia triangular y proyectado hacia el exterior.

Las cerámicas grises, que siguen siendo escasas, están representadas por cuencos (lám. CXXXIII, 9-11) y no aparecen las formas de borde diferenciado.

Las ánforas, que reiteramos siguen siendo escasas, están presentes en formas con borde de sección triangular (lám. CXXXIII, 3), así como otras que alargan, redondean y proyectan el borde hacia el exterior (lám. CXXXIII, 1-2).

En cuanto a las cerámicas griegas, éstas aumentan considerablemente su número y alcanzan ya el 6'3% (Gráfico 20), existiendo un predominio

que podemos decir es absoluto de las de Grecia del Este, con presencia de cuencos (lám. CXXXIV, 10-13), copas B.1 (lám. CXXXIV, 8), B.2 (lám. CXXXIV, 5-7 y 9) y una pieza que recuerda a tipos en *bucchero gris* eolio (lám. CXXXIV, 2), aunque en este caso el color de la pasta sea de tono marfil; con estas cerámicas se encuentran ánforas de Quios (lám. CXXXIV, 3) y lucernas (lám. CXXXIV, 4).

Pero, si importante es la presencia de cerámicas griegas, más aún creemos es el hallazgo de varios fragmentos de un cántaro de *bucchero nero* etrusco del tipo 3e de Rasmussen (39), con la típica decoración de muescas de diamante sobre la carena (lám. CXXXIV, 1), que unido al fragmento encontrado en el Nivel I de Puerto-9 (lám. LVII, 5) en un ambiente similar al de Méndez Núñez-5 (fig. 21), nos ha de hacer recapacitar en relación a que no estamos ante un hallazgo aislado, como pudiera parecer si analizáramos de forma independiente cada una de estas excavaciones (40).

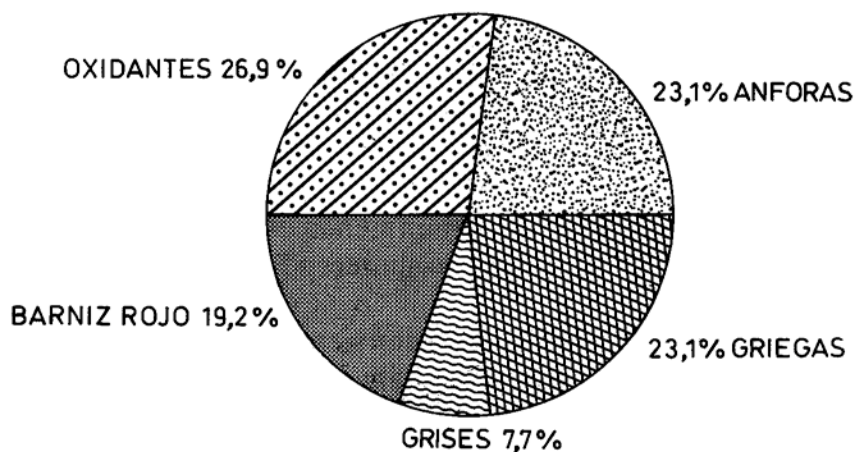
5.4.5.5.2. Nivel Vb.

Lo más destacable en éste es la ausencia de cerámicas a mano, tanto toscas como de técnica bruñida.

En las cerámicas con engobe rojo, que han descendido al 19'2% (Gráfico 21), hemos de señalar que por primera vez faltan los platos con borde estrecho, al tiempo que aparecen los que muestran una acusada carena en el exterior (lám. CXXXV, 1), acompañados de cuencos hemisféricos con engobe rojo por el interior (lám. CXXXV, 4).

GRAFICO 21.

Méndez Núñez-4: Nivel Vb.



Las cerámicas grises, que sólo son el 7'7% (Gráfico 21), están representadas por cuencos hemiesféricos (lám. CXXXV, 12-13) y han desaparecido las formas con borde diferenciado.

Al margen de las piezas griegas, que más adelante veremos, siguen estando presentes los vasos decorados con pintura roja (lám. CXXXV, 11, 14 y 15), así como se observa un incremento del número de ánforas, que ahora alcanzan el 23'1% (Gráfico 21), y cuyos bordes presentan secciones de tendencia triangular (lám. CXXXV, 6,7 y 9-10), y excepto alguno que lo posee más redondeado (lám. CXXXV,5).

Respecto de las cerámicas griegas, que también aumentan su número y son ya el 23'1% (Gráfico 21), decir que están representadas por un cuenco decorado con bandas rojas (lám. CXXXV, 16), así como por el pie de un vaso también decorado en rojo (lám. CXXXV, 17) y dos fragmentos de copas barnizadas en negro, uno correspondiente al cuerpo de la pieza (lám. CXXXV, 18) y otro al pie (lám. CXXXV, 19), que por su tipo podemos clasificar dentro del grupo de las B.2.

5.4.5.6. Nivel VI.

Supone una nueva modificación, tanto desde el punto de vista de las cerámicas como en lo relativo a otros aspectos; y así, en este segundo sentido, comprobamos la ausencia de evidencias metalúrgicas, lo cual no necesariamente implica el que ésta no se esté llevando a cabo, sino que en este momento y en este lugar del conjunto urbano, no se detecta; pero, insistimos, es significativa su falta.

En cuanto a las cerámicas, se observa una muy escasa presencia de las realizadas a mano, sólo el 3'3% (Gráfico 22) y cuyos vasos (lám. CXXXVI, 11) son en ocasiones difícilmente distinguibles de los fabricados a torno (lám. CXXXVIII, 8), siendo ahora cuando aparecen estas producciones toscas a torno.

A las cerámicas citadas les acompaña un vaso bruñido de tendencia globular y cuello corto (lám. CXXXVI, 12), no siendo ésta una forma frecuente en las cerámicas realizadas con esta técnica.

En las piezas con engobe rojo siguen estando ausentes los platos de borde estrecho, predominando los que lo poseen ancho (lám. CXXXVII, 1-6), que se encuentran acompañados de cuencos carenados (lám. CXXXVII, 7-8) y platos con carena exterior (lám. CXXXVII, 9-10).

Las cerámicas grises están representadas por cuencos hemiesféricos (lám. CXXXVI, 7-9) y por un vaso (lám. CXXXVI, 10) del que sólo poseemos el tramo que corresponde a la unión del galbo con el cuello, presentando éste una ligera tendencia troncocónica.

También están presentes una serie de vasos decorados con bandas de pintura roja (lám. CXXXVI, 1-4 y 6), aunque algunos las alternan con moti-

vos de lazos (lám. CXXXVI, 4) o con otras bandas más estrechas de color negro (lám. CXXXVI, 5).

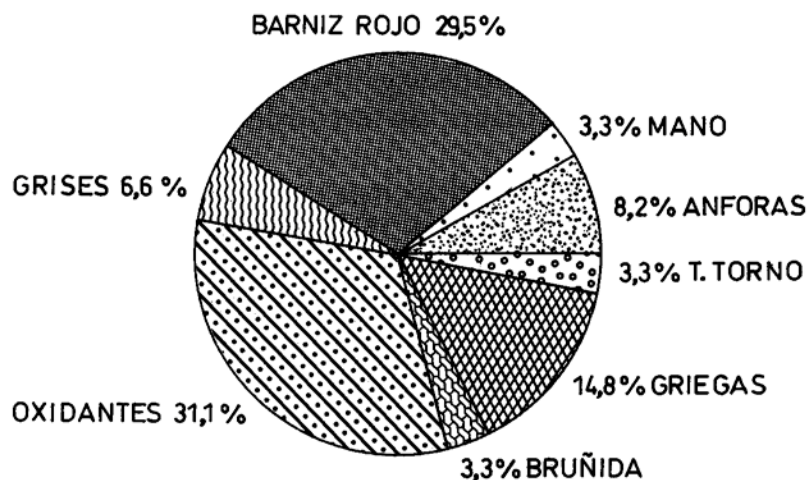
Entre las decoradas en rojo encontramos un vaso (lám. CXXXVI, 6) con borde de tendencia horizontal y sección cuadrada y cuello con moldura exterior. Este vaso, cuya pasta es muy depurada y de tono marfil, nos recuerda tipológicamente a ejemplares griegos y más concretamente a otro encontrado en Botica 10-12 (41).

Respecto de las ánforas (lám. CXXXVIII, 1-4), éstas siguen su proceso evolutivo y presentan el borde con una sección de tendencia más triangular que las de niveles anteriores. Completa el conjunto una tapadera con pomo cuadrangular (lám. CXXXVIII, 10).

En las cerámicas griegas, que representan el 14'8% (Gráfico 22), encontramos ahora copas (lám. CXXXIX, 2-4), una lucerna (lám. CXXXIX, 1), ánforas jónicas *à la brosse* (lám. CXXXIX, 7) y de Quios (lám. CXXXIX, 6), así como un escifo ático con barniz negro (lám. CXXXIX, 5).

GRAFICO 22.

Méndez Núñez-4: Nivel VI.



5.5. VALORACION DE LA DECADA DE LOS OCHENTA.

Tal como hemos venido haciendo con las anteriores décadas, que ya vimos cómo parece han ido marcando la actividad arqueológica en Huelva, dedicaremos las páginas que siguen a valorar los trabajos de la de los ochenta.

Con anterioridad hemos aludido a que Huelva hay que considerarla como un único yacimiento, del que las distintas excavaciones son otros tantos cortes estratigráficos practicados en el mismo, de ahí la necesidad de su análisis en conjunto.

De otra parte, y también a ello hemos hecho referencia, no podemos olvidar la peculiar topografía sobre la que se ha venido asentando la ciudad, con lo que la misma implica y significa para la disposición del poblamiento. Esta realidad, que no puede soslayarse ni dejar al margen cuando estudiamos la historia de Huelva, es la que nos permite entender la distinta cota a la que pueden encontrarse niveles arqueológicos de una misma época y en lugares distintos y distantes; es decir, nos hallamos ante un asentamiento en el que no se aprecian nivelaciones generalizadas del terreno, sino que la población se adaptó al relieve que encontró y, en consecuencia, la distribución del hábitat por las laderas medias y bajas de los cabezos onubenses dió como resultado una población que, como la actual, también tenía *cuestas y desniveles* (42).

La reflexión que acabamos de hacer puede parecer gratuita y obvia, pero hemos querido insistir en esta argumentación porque creemos es fácil olvidar lo evidente y, al mismo tiempo, simplificar en demasía lo que de por sí no presenta excesivas complicaciones, pero que con dicha simplificación lo único que se logra es perder de vista la realidad y todo lo que ella comporta, así como su reflejo e incidencia en lo cotidiano que, por lo general, suele ser más sencillo de lo que imaginamos, aunque a veces no seamos capaces de entender dicha simplicidad.

Expuestas las consideraciones precedentes, vamos a centrarnos en la valoración de las excavaciones; pero, insistimos, sin olvidar lo dicho.

Cada una de ellas nos ha permitido establecer una serie de niveles arqueológicos, en base a la presencia o ausencia y evolución de los distintos materiales que en las mismas se encuentran, así como en función de los elementos constructivos. Esta realidad ha dado como resultado la definición de cinco niveles en Puerto-6, tres en Puerto-9 y seis en Méndez Núñez 4-6.

Ya al analizar cada una de las excavaciones hemos hecho referencia a las características que definían cada nivel y que en síntesis señalamos a continuación, aunque sin hacer por el momento valoraciones cronológicas, como ha sido la pauta que hasta ahora hemos venido siguiendo.

De las excavaciones practicadas podemos deducir una intensa actividad constructiva, como ponen de manifiesto las diversas estructuras de habi-

tación halladas, que son reflejo de la intensa y amplia actividad económica, basada en el comercio de la plata, que tuvo lugar en época protohistórica.

Las tres excavaciones y sus correspondientes niveles, que se relacionan y encadenan entre sí, evidencian también el rápido e intenso proceso de aculturación que experimentó la población autóctona en base a la relación comercial y a los contactos mantenidos con gentes que procedían del Mediterráneo, fundamentalmente del ámbito oriental.

Esta aculturación e influencia, que no colonización, tuvo como resultados más evidentes la modificación de las viviendas, que pasaron de ser cabañas a constituirse como estructuras hechas en piedra, así como la sustitución progresiva de las cerámicas a mano, tanto toscas como bruñidas, por las realizadas a torno.

Por lo que se refiere a las construcciones en piedra, se observa en ellas una evolución en cuanto a los materiales usados y las técnicas constructivas empleadas; pero, no obstante, debemos recordar que no se han detectado elementos constructivos de estas características en los niveles Ia, Ib y IIa de Puerto-6 y Ia de M. Núñez 4-6, aunque sí se había producido ya la ocupación del lugar, como evidencian los hallazgos cerámicos y a pesar de no haber tenido la suerte y oportunidad de encontrar vestigios de construcciones, sin que olvidemos que con anterioridad ya se había edificado el muro del cabezo de San Pedro (43).

Los primeros restos arquitectónicos se encuentran en los niveles IIb y Ia de Puerto-6 y M. Núñez 4-6 respectivamente, presentando el primero una factura más cuidada que el segundo y siendo su construcción de bloques y lajas de pizarra, mientras que el de M. Núñez al que nos referimos estaba realizado con bloques de margas fosilizadas, algunas pizarras, cantos rodados y bloques de escoria, técnica empleada, aunque sólo en base a lajas y escorias, para la edificación del M-4 de Puerto-6, correspondiente al Nivel IIa.

La utilización de bloques de escoria como material constructivo es algo que no debe extrañarnos, dada la ausencia de piedra en Huelva y sus cercanías, encontrándose los afloramientos de pizarra más próximos a unos 15-20 km. aguas arriba del río Odiel, que sería un magnífico *camino* para su transporte hasta la ciudad, actividad que debió ser frecuente y que evidencia una buena organización social, así como un elevado nivel económico, dada la profusión con que fue usado este material en las construcciones de la Huelva protohistórica y que posteriormente siguió utilizándose.

Estos muros a los que nos hemos referido, con mejor o peor factura, no poseen fosa de cimentación y a lo sumo embuten en el terreno la primera hilada, constituida generalmente por bloques más gruesos que los del resto de la construcción, que suele caracterizarse por estar realizada con piedras no muy bien escuadradas y un tanto irregulares. Una vez edificado el zócalo de piedra, sobre él se ubicaba una pared de adobes, cuya existencia ha podido

constatarse en el Nivel III de Puerto-6 y en el muro de los cuadros B-1 y B-2 de M. Núñez 4-6. Pero este muro, que pertenece al Nivel Vb de esta excavación en su parte inferior y al Nivel VI en su remodelación, presenta una clara diferencia respecto de los anteriormente aludidos, pues si bien tiene una hilada de base constituida por bloques gruesos, el resto de la construcción ofrece una factura más cuidada, usándose pizarras de mediano tamaño y pequeños ripios para rellenar los intersticios, dando todo ello un resultado bastante uniforme y un aspecto muy cuidado y sólido.

De características similares al muro citado es el que encontramos en el Nivel IV de Puerto-6, presentando como diferencia el poseer éste una pequeña fosa de cimentación que, en definitiva, sirvió para embutir la primera hilada, como es norma en el resto de las construcciones.

Pero si los distintos tipos de muros pueden servir para comprobar la evolución constructiva y su mejora técnica, con lo que ello pueda implicar desde el punto de vista cronológico, es evidente que son las cerámicas las que nos proporcionan una mayor precisión y a ellas nos referiremos.

Es indudable que el hallazgo de cerámicas arcaicas griegas en Huelva ha supuesto una revalorización de la arqueología de y en esta ciudad; y, al mismo tiempo, nos van a servir para una definición más precisa de las etapas y cronologías de la protohistoria onubense. En este sentido, la correlación que hagamos de los niveles arqueológicos tendrán un gran apoyo en aquellos que incluyen estas cerámicas, tanto por lo que ellas mismas permiten definir, como por ser los niveles que marcan el final del período que estudiamos y estar representados en las tres excavaciones que hemos presentado, aunque cada una de ellas tiene una amplitud cronológica distinta. Ahora bien, no sólo las cerámicas griegas van a servirnos para nuestro estudio, sino que lo será el conjunto de las halladas el que nos permita llevarlo a cabo.

Con anterioridad y al ir presentando cada una de las excavaciones, hemos ido describiendo las circunstancias que acompañaron e influyeron en el desarrollo de las mismas, así como su realidad estratigráfica, todo ello acompañado de una somera descripción de las cerámicas halladas. Nuestra intención no es hacer un inventario exhaustivo de todas y cada una de las piezas, pues el mismo aparece reseñado en otro lugar y acompañando a las láminas correspondientes en cada caso, con expresión de la excavación donde fue hallada y nivel al que pertenece; pero sí analizaremos la presencia, ausencia y/o evolución de las distintas formas y tipos cerámicos que, en suma, son los que nos van a permitir establecer la periodización cronológica y cultural que presentaremos más adelante.

NOTAS.

1. M. DEL AMO. "Restos de la población romana de Onuba". *HA II*. Huelva 1976.

Curiosamente, también estuvieron centradas en una época: la romana, siendo éstas las únicas excavaciones dedicadas a dicha etapa en Huelva durante la década de los setenta.

2. J. P. GARRIDO. "Avance sobre las excavaciones de urgencia en la calle del Puerto, Huelva". *XVI CNA* (Murcia-Cartagena 1982). Zaragoza 1983, pp. 549-556.
3. En Octubre de 1981 el Ayuntamiento de Huelva solicitó, de diversos investigadores, opinión sobre la problemática arqueológica que las continuas obras en la ciudad planteaban. Nuestra respuesta en Diciembre del citado año, fue un plan de actuación basado en una actividad arqueológica de carácter preventivo, eliminando así y en lo posible las intervenciones de urgencia. En resumen, nuestra propuesta se fundamentaba en el establecimiento de cuatro zonas arqueológicas en el casco urbano de la ciudad, en las que sería necesario y obligatorio realizar excavaciones y/o investigaciones arqueológicas antes de llevar a cabo construcciones u obras de nueva planta, estableciéndose para los trabajos arqueológicos plazos de actuación comprendidos entre uno y seis meses, según la mayor o menor importancia de la zona en la que se fuese a intervenir. Nuestra propuesta fue aceptada y dió lugar a la modificación del Plan General de Ordenación Urbana de Huelva, al que se incorporó en su totalidad (Artículo 104.3), facilitando con ello el que desde Febrero de 1982 vengamos actuando de forma continuada y sistemática en Huelva, lo que nos ha permitido realizar un total de 18 excavaciones, numerosos sondeos, así como un permanente control y supervisión de todas las obras de nueva planta e infraestructura urbana que se llevan a cabo en la ciudad. En la actualidad, con las variaciones concretas y específicas que cada caso requiere, nuestro modelo está siendo incorporado a los distintos tipos de planeamiento urbanístico que se encuentran en redacción para las poblaciones y el territorio que configuran la provincia de Huelva.
4. Agradecemos a D. José Martín Gómez el habernos proporcionado la pieza que él encontró en el cabezo de La Esperanza y que fué causa de estos trabajos.
5. Estas excavaciones ya han sido recogidas en las páginas correspondientes a la década de los sesenta (ver índice).
6. D. RUIZ MATA. "El Bronce Final -Fase Inicial- en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas". *AEspA* 52. Madrid 1979, p. 6.
7. D. RUIZ MATA. "El Bronce Final...".
8. D. RUIZ MATA. "El Bronce Final...", p. 7.
9. D. RUIZ MATA y J. FERNANDEZ JURADO. "El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)". *HA VIII*. Huelva 1986. (En adelante: ALMONTE, 1986).
10. J. FERNANDEZ JURADO. "Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica". *HA IX*. Huelva 1987. (En adelante: TEJADA 1987).

En este yacimiento, propiedad de la Diputación Provincial de Huelva, iniciamos nuestras excavaciones en 1983, documentándose una amplia actividad minero-metalúrgica.

11. SAN PEDRO 1978, p. 258.
12. Queremos agradecer públicamente las facilidades que en todo momento nos dió la empresa constructora MARBLANC, que incluso modificó sus planes de obras y trasladó de lugar, a sus expensas, la grúa necesaria para la edificación que realizaba en el solar contiguo y que suponía un inconveniente para nuestro trabajo.
13. Hemos de reseñar que esta fué la primera excavación realizada por la Sección de Arqueología de la Diputación de Huelva en en núcleo urbano de la ciudad, dándose inicio con ella al amplio programa de trabajo que aún sigue en curso y que se integra en el proyecto de investigación sistemática "Análisis y definición de la cultura tartésica en base a Tejada la Vieja (Es-

cacena) y Huelva", aprobado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía mediante Resolución 45/89 de fecha 15-03-89, y que lleva a cabo la citada Sección de Arqueología.

14. Lo que tras esta excavación nos pareció accidental, es decir, la ausencia de niveles romanos, es algo que casi se había convertido en una constante realidad en el resto de las excavaciones que veníamos realizando en Huelva, en las que comprobábamos la inexistencia de niveles romanos en la mayoría de ellas, aunque nunca dejaban de aparecer, pero revueltos con otros materiales arqueológicos más modernos algunos fragmentos cerámicos pertenecientes a dicho momento. Sin embargo, las últimas excavaciones que hemos realizado ponen de manifiesto la existencia de niveles arqueológicos y estructuras constructivas de dicha época histórica, concretamente en los trabajos efectuados en Fernando El Católico 10, Tres de Agosto 9-11, Palos 1-3 y Puerto 12 (fig. 21). Con excepción de Palos 1-3, que presentaba una estratigrafía de algo más de 4 m. de potencia con niveles exclusivamente romanos, en el resto hemos podido comprobar que los estratos romanos suelen apoyar directamente sobre los pertenecientes a los de comienzo del siglo III a. C. y anteriores, habiendo sido arrasados los posteriores a dichas cronologías hasta mediados del siglo I d. C., momento a partir del cual se fechan los niveles romanos hallados hasta ahora en Huelva. De otra parte, también se comprueba que las evidencias romanas encontradas se circunscriben, con excepción de Puerto-12, a las laderas oriental y suroriental del cabezo del Molino de Viento, lo que parece poder explicarse por la menor dimensión del casco urbano en dicha época y por la previsible subida de la línea de mareas a que hemos hecho referencia en el capítulo dedicado al marco geográfico, lo que también parece justificar la existencia de construcciones romanas en Puerto-12, dado que su alta cota (curva de 10 m.) es coincidente con las de Tres de Agosto 9-11 y Palos 1-3 y muy cercana a la de Fernando El Católico 10 (fig. 9), siendo todo ello asimilable con la cota ligeramente más baja de las factorías de salazones romanas, excavadas en la década de los setenta que se localizan en las calles Palos y Tres de Agosto (fig. 6). La circunstancias aquí descritas, así como las reflejadas en el texto, en relación con los trabajos de preparación del solar Puerto-6, nos hacen pensar que también en éste pudieran haber existido niveles romanos que nosotros ya no pudimos documentar, lo que es congruente con su existencia en Puerto-12 y con las afirmaciones del Dr. Garrido respecto de Puerto-10.

J. P. GARRIDO. "Excavación de urgencia en... calle Puerto", p. 555.

15. En nuestra opinión este cabezo no ha desaparecido sino que al haber sido desmontada su cubierta cuaternaria a principios del presente siglo, para construir el Paseo de Sta. Fe (fig. 20), se ha perdido la visión real que del mismo se tenía, circunstancia a la que ha de añadirse el que sus laderas, como en la antigüedad están cubiertas por el urbanismo actual, siendo clara muestra de ello las propias calles Puerto y Tres de Agosto, ambas con un acusado desnivel.

16. Excavaciones actualmente en estudio, aunque ya hemos emitido informes preliminares.

J. FERNANDEZ JURADO. "Excavación de urgencia del solar 13-15 de la calle La Fuente (Huelva)". *AAA*'85. Sevilla 1987.

J. FERNANDEZ JURADO y P. RUFETE TOMICO. "Excavación arqueológica en el solar nº 8 de la calle Méndez Núñez de Huelva". *AAA*'87. Sevilla 1990.

J. FERNANDEZ JURADO, P. RUFETE TOMICO y C. GARCIA SANZ. "Excavación en el solar nº 9 de la calle Tres de Agosto de Huelva". *AAA*'88 (en prensa).

17. SAN PEDRO 1977, pp. 175-176.

18. J. FERNANDEZ JURADO. "Economía tartésica...", p. 159, fig. 4.

19. ALMONTE, 1986, pp. 202-206. Fig. 37 y 38.

20. D. RUIZ MATA. "Las cerámicas del Bronce Final tartésico". Tesis doctoral (inedita). Univ. Aut. Madrid.

21. J. FERNANDEZ JURADO. "Die Phönizier in Huelva". *MM* 26. Mainz 1985. pp. 49-60.

----- "La influencia fenicia en Huelva". *AO* 4. Ed. AUSA. Sabadell 1986, pp. 211-225.

22. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos hallados en Huelva". *HA X-XI*, vol. 3. Huelva 1988, pp. 125-126, fig. 2, 1.
23. J. FERNANDEZ JURADO. "Fenicios y griegos en Huelva". *HLS* (C. Almanzora 1984). Sevilla 1986, pp. 567-568, fig. 4, 1-3.
24. M. DEL AMO. "Restos... de Onuba". *HA II*, pp. 40-43, fig. 9, 9, lám. 5.
25. P. ROUILLARD. "Fragmentos griegos de estilo geométrico y Corintio Medio en Huelva". *HA III*. Huelva 1977, pp. 397-401, fig. 169, lám. XV.
- R. OLMOS y P. CABRERA. "Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva". *AEspA* 53. Madrid 1980, pp. 5-14.
- R. OLMOS y J. P. GARRIDO. "Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar". *HSB*. Badajoz 1982.
26. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos...". *HA X-XI*, vol. 3, p. 127, fig. 3, 6.
27. Agradecemos a la empresa MARBLANC las facilidades que en todo momento nos dió y que hicieron posible la excavación.
28. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos...". *HA X-XI*, vol. 3, pp. 127-128, fig. 3, 4-5.
29. En las excavaciones que hemos realizado en Méndez Núñez-5 y Puerto-12 (fig. 21), encontramos algunos fragmentos más de cerámica laconia.
30. TEJADA 1987.
31. J. FERNANDEZ JURADO. "Presencia de cerámicas etruscas en Huelva". *HA X-XI*, vol. 3. Huelva 1988, pp. 101-120.
- "Las cerámicas etruscas de Huelva". *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica*. Barcelona 1990 (en prensa).
32. LA JOYA 1978, p. 36, fig. 17, 1.
33. LA JOYA 1963, p. 19, fig. 8.
34. J. FERNANDEZ JURADO. "Presencia etrusca...". *HA X-XI*, vol. 3, p. 109, fig. 3, 3.
35. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos...". *HA X-XI*, vol. 3, p. 128, fig. 4, 2.
36. Ver nota anterior, p. 128, fig. 4, 1.
37. H. SCHUBART. "Westphönizische Teller". *SF* 4, 1976.
38. J. FERNANDEZ JURADO. "Die Phönizier...". *MN* 26, 1985.
- J. FERNANDEZ JURADO. "La influencia fenicia...". *AO* 4, 1986.
- P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe rojo...". *HA X-XI*, vol. 3. Huelva 1988, pp. 9-40.
39. T. B. RASMUSSEN. *Bucchero Pottery from Southern Etruria*. CCS, 1979, lám. 31, 166.
40. Insistimos en que no podemos considerarlos como hallazgos aislados a los que han de sumarse las ánforas del mismo origen, sino que evidencian un proceso comercial incardinado dentro del más amplio que supone el de las cerámicas griegas, con el que es evidente están íntimamente relacionados.

41. Esta excavación (Botica 10-12) (fig. 21) se encuentra actualmente en estudio y los resultados que proporciona no varían sustancialmente de los obtenidos en las excavaciones que aquí presentamos, en lo que se refiere a los siglos VII y VI a.C.
42. C. GARCIA SANZ. "El urbanismo protohistórico...". *HA X-XI*, vol. 3, p. 167.
43. SAN PEDRO 1978, pp. 179-195, figs. 21-28.

6. PERIODIZACION CRONOLOGICA-CULTURAL DE HUELVA.

Conocer un yacimiento arqueológico pasa, necesariamente, por el estudio y análisis de sus elementos materiales y más concretamente de sus cerámicas; pero, no sólo el conocimiento que con ello se alcance es el que nos descubre y habla del grupo humano que habitó en el lugar objeto de estudio, sino que debemos considerarlo como punto de partida para profundizar en las circunstancias sociales, económicas, culturales..., que definieron a aquella comunidad para, a partir de los datos obtenidos, seguir ampliando los conocimientos en cuanto a sus relaciones con el exterior, con otras gentes, que nos permitan saber de qué forma y en qué medida se vieron influenciados por dichos contactos, con lo que ello implica de relaciones comerciales, intelectuales y sociales entre dos o más grupos humanos y el resultado que conlleva, que puede ser de dominio y sumisión o de igual a igual, sin que descartemos los procesos de aculturación que pudieran producirse, tanto de carácter unidireccional como bidireccional, aunque éstos últimos sean generalmente escasos.

Hasta aquí hemos venido describiendo las circunstancias que acompañaron e influyeron en el desarrollo de las excavaciones realizadas, junto con la realidad estratigráfica de las mismas, uniendo a todo ello la descripción de las cerámicas halladas en los diversos cortes efectuados. Nuestra intención no es ahora, por tanto, hacer un inventario descriptivo de todas y cada una de las piezas que presentamos, pues el mismo aparece reseñado en otro lugar (vol. 2) y acompañando a las láminas correspondientes en cada caso, con expresión de la excavación donde fueron halladas y nivel al que corresponden. Lo que

sí pretendemos es explicitar qué formas y tipos cerámicos pertenecen a cada momento, con qué técnicas se fabricaron, cuál fue la evolución que siguieron, qué finalidad y/o uso tenían y, por último, su posible origen.

De otra parte, la consideración de Huelva como un único yacimiento, a lo que reiteradamente hemos venido aludiendo, nos permite el estudio en conjunto del mismo y la utilización de cada una de las excavaciones como si de diversos cortes estratigráficos se tratase. Es esta visión, en definitiva, la que nos facilita el establecimiento de la periodización cronológico-cultural que a continuación exponemos y que aparece sintetizada en el **Cuadro 4** (pág. 264). Esta periodización se fundamenta, además de en realidades estratigráficas, en la presencia y/o ausencia de determinadas formas y tipos cerámicos, elementos constructivos, actividad metalúrgica, así como en cualquier otra circunstancia que permita definir el origen de los diversos materiales arqueológicos hallados, junto con la razón de su existencia en Huelva; todo ello queda recogido, de forma sucinta, en el **Cuadro resumen**.

Pero, antes de entrar en la sistematización a la que nos referimos, consideramos oportuno hacer una serie de consideraciones.

El presente trabajo se fundamenta en las diversas excavaciones efectuadas por nosotros (fig. 21) y su correlación con otras realizadas anteriormente (fig. 20). Del conjunto de las mismas se desprende el conocimiento de unas formas cerámicas, las realizadas a mano en general y las bruñidas en particular, en las que se observa un proceso evolutivo, que quizás pudiéramos considerar más exactamente como degenerativo, que las lleva casi a desaparecer. La *evolución* de estas cerámicas bruñidas se ve acompañada por la presencia y/o aparición de otras torneadas, de origen fenicio-oriental, que pronto serán imitadas y producidas en la propia Huelva o en talleres próximos, como pudiera ser el ámbito gaditano. A la presencia fenicia se le sumará posteriormente la de los griegos, aquellos que encontraron en Tartessos un "*emporio comercial (que) estaba sin explotar*" (Heródoto IV, 152).

Y han sido estos hallazgos griegos los que provocaron, en cierta medida, una hipervaloración de los aspectos y elementos de lo que dicha presencia representó, al tiempo que se dejaban al margen otras realidades y se olvidaba que sin el estudio y conocimiento de las etapas anteriores a la presencia griega, ésta no puede entenderse. Afortunadamente, las aguas parecen volver a su cauce y aquellos que veían en los hallazgos griegos de Huelva un más intenso proceso de aculturación, aceptan ahora que esta masiva presencia no es la única solución de los problemas arqueológicos que plantea el mundo griego arcáico en el sur peninsular (1), aunque sí sea, en nuestra opinión, la base y punto de partida para el esclarecimiento de los mismos.

Estas breves reflexiones son las que nos permiten, ahora, establecer una periodización cronológico-cultural para Huelva, la cual nos la planteamos como respuesta a diversas interrogantes, tales como el conocimiento de

la presencia fenicia, sin duda anterior a la griega, pero de la que intentaremos saber sus causas y el momento en que se inicia; la forma en que influyó sobre la población autóctona; su posterior *convivencia* con el comercio griego, así como las características y razones que motivaron éste; y un largo etcétera que, en definitiva, es lo que pretendemos conocer y que dieron lugar a una profunda transformación de la población autóctona, que evolucionó al unísono de las tendencias mediterráneas que, a través del comercio, le llegaban de dicho ámbito.

De otra parte, creemos oportuno establecer una sistemática de trabajo fundamentada en los grupos socio-culturales básicos que conformaron el período que estudiamos: el autóctono o tartésico; el fenicio; y el griego; lo que nos permitirá analizar y definir tres momentos de marcada personalidad cada uno de ellos, pero todos bajo el denominador común de lo tartésico.

Estos tres períodos, que ya presentamos y hemos ido llenando de contenido (2), son los que denominamos **Tartésico Antiguo (TA)**, **Tartésico Medio (TM)** y **Tartésico Final (TF)**.

Pero, hablar de ellos es hacerlo también de un momento cuyo inicio desconocemos, pues el origen del denominado **Bronce Final**, inmerso en el **Tartésico Antiguo**, es difícil de definir hoy en base a los datos que se poseen. Es indudable que podrían rastrearse distintos elementos que diesen explicación a lo aún no sabido, de ahí que sean diversas y variadas las posibilidades que se han propuesto, apuntándose desde orígenes centroeuropeos (3) a otros claramente mediterráneos (4), sin descartar los que inciden en la propia dinámica evolutiva interna de las poblaciones indígenas (5), sobre todo en base al paralelismo entre algunos motivos bruñidos con otros campaniformes (6).

Tanto unas tendencias como otras no han sido ajenas a las líneas de investigación que, en cada época, han marcado la pauta y la orientación de las mismas; y sin descartar tampoco los condicionamientos ideológicos y de *escuela* de los propios investigadores, de los que difícilmente podemos sustraernos cada uno de nosotros, aún a pesar de los esfuerzos que hagamos por alcanzar el mayor grado posible de objetividad en nuestros estudios y análisis.

Podríamos entrar, aquí y ahora, en un amplio debate de estas diversas posturas que defienden un origen distinto para el Bronce Final, pero consideramos que las tendencias reseñadas son suficientemente conocidas y tampoco queremos, ni creemos, sea esta la finalidad de nuestro trabajo. De cualquier forma, si estimamos oportuno señalar ya, aunque en las páginas que siguen podrá comprobarse más explícitamente, que somos partidarios de la corriente que establece un origen autóctono con evolución interna para el Bronce Final, sin que ello implique ausencia total de relaciones con el exterior, pues absurdo nos parece considerar siquiera tal posibilidad.

6.1. TARTESICO ANTIGUO.

Los hallazgos acaecidos en Huelva, así como en numerosos yacimientos de Andalucía Occidental, ponen de manifiesto que el Bronce Final está plenamente formado cuando encontramos sus vestigios. Esta realidad es, en nuestra opinión, fruto de la carencia de estratigrafías fiables y válidas que, al mismo tiempo, presenten una formación lineal e ininterrumpida, sin *hiatus*, que nos permitan conocer las causas y características de la evolución que dió lugar al Bronce Final.

Podemos afirmar que las razones se encuentran en que la mayoría de las estratigrafías excavadas se inician con materiales de Bronce Final ya totalmente evolucionados y faltan elementos de las presumibles fases precedentes. Esta realidad nos podría hacer decir que la causa hay que rastrearla en un posible movimiento de la población, que en ese momento busca nuevos lugares donde asentarse, por lo que no es posible hallar restos de cultura material de épocas precedentes. Cierto es que en algunos yacimientos así sucede, como es el caso concreto de Huelva; pero no menos cierto es que en otros asentamientos sí existe una estratigrafía en la que se observa la presencia de restos de épocas anteriores al Bronce Final, como sería el caso, por citar algunos de los excavados más recientemente, de Carmona, Setefilla, San Bartolomé de Almonte o el Castillo de Doña Blanca.

En el primero de ellos, Carmona (Sevilla), se documentan cerámicas de época calcolítica (7), pero las mismas no aparecen en una posición estratigráfica definida y no se observa una relación directa con la de los materiales de Bronce Final y las de origen oriental.

Igual sucede en San Bartolomé de Almonte (Huelva)(8), pues aunque en este caso no existe una estratigrafía vertical sino horizontal, se comprueba que el mismo lugar fue ocupado tanto en época calcolítica como de Bronce Final, pero no existe elemento alguno que permita establecer un proceso lineal que una ambos momentos.

Una situación similar parece que se produce en el Castillo de Doña Blanca (Pto. de Sta. María, Cádiz), donde en el lugar conocido como La Dehesa, al pie de la Sierra de San Cristóbal, se constata la existencia de un horizonte calcolítico que no tiene continuidad, aunque en superficie se recogieron materiales típicos del Bronce Final I, siendo con posterioridad, en el Bronce Final I-II, cuando se inicie el poblamiento propiamente dicho del Castillo de Doña Blanca (9).

Sí parece que esta situación, la de continuidad, se da en Setefilla (Lora del Río, Sevilla)(10), donde la estratigrafía aparece ininterrumpida, aunque, sin embargo, el Nivel XIII, por sus características, amplitud y cronología es aún objeto de debate. En todo caso, sería el ejemplo que nos permitie-

ra considerar que ciertamente hubo una evolución interna de las poblaciones autóctonas.

En definitiva, parece poder afirmarse que faltan elementos que expliquen cómo el Bronce Final llegó a ser lo que fue, en cuanto a cultura material se refiere, así como las razones que hacen aparecer como de *nueva planta* a los yacimientos de esta época que, por otra parte, se configuran como poblados abiertos constituidos por cabañas. Y esta realidad, la de posibles poblados de cabañas cuyos habitantes buscaban nuevos lugares para asentarse, o que volvían a ocupar áreas ya habitadas con anterioridad y que habían sido abandonadas, es la que parece reflejar Huelva.

Ya hace años se hablaba de la posibilidad de restos calcolíticos en la ciudad, pero hoy quedan en el ámbito de la conjetura pues parecen haberse perdido las evidencias de esta presumible realidad, que bien pudiera encontrar apoyo en el hallazgo, aunque fuera de contexto, de algún material calcolítico en excavaciones que hemos efectuado en Huelva (11), todo ello sin olvidar la realidad documentada en la muy cercana marisma de El Rincón (fig. 8)(12); sin embargo y por desgracia, no ha sido posible excavar en Huelva alguna cabaña, en sentido estricto, de las que se ubicasen en las laderas medias y bajas de los cabezos onubenses. Quizás la explicación haya que buscarla en diversas causas.

De una parte, consideramos muy difícil el que se pueda documentar la existencia de un poblado de cabañas en un asentamiento en el que las estratigrafías evidencian, como en Huelva, una continuada e intensa ocupación del mismo espacio, con lo que ello comporta de riesgo de destrucción de los restos de etapas precedentes, máxime cuando éstos no constituían una organización urbana definida y los materiales constructivos eran perecederos prácticamente en su totalidad.

De otro lado, porque la desaparición y/o transformación de los cabezos de Huelva, ha dado lugar a la pérdida de numerosos vestigios arqueológicos, que si bien no pasan desapercibidos cuando son objetos de naturaleza duradera, caso de la piedra, no ocurre igual cuando lo único que se observa es la existencia de una diferente coloración y textura del terreno, junto con algunos restos cerámicos; y, por último, porque hasta no hace muchos años ni la misma investigación arqueológica prestaba excesiva atención al estudio de los posibles poblados de estas características que pudieran existir.

No obstante y a pesar de esta negativa realidad, sí creemos poder afirmar que los cortes por nosotros practicados en 1.983 en el Cabezo de La Esperanza, son reflejo de un posible hábitat de cabañas perteneciente a la época que aquí estudiamos, tal como hemos apuntado al presentar dichos trabajos en páginas precedentes. Igual interpretación puede hacerse, como también hemos señalado con anterioridad, del Nivel I de **Basurero**, localizado en este mismo cabezo, aunque es ligeramente posterior a este momento. En

principio, pudiera parecer contradictoria esta afirmación, es decir, la coexistencia en un mismo marco cronológico de estructuras de habitación en piedra con cabañas, algo a lo que ya nos hemos referido en otros escritos (13), pero no lo es si comprobamos la pervivencia de San Bartolomé de Almonte (14) en pleno período orientalizante y relacionado con la ciudad de Tejada la Vieja (15); o el poblado de la Sierra de San Cristóbal, cercano y vinculado al Castillo de Doña Blanca (16).

Respecto de las cerámicas, éstas se definen por estar realizadas mayoritariamente a mano, aunque no podemos dejar al margen la disyuntiva que plantean las de técnica bruñida, siendo hoy generalmente aceptado el que se pudieran haber hecho con molde o a torno lento; no obstante y por un estricto sentido metodológico, seguiremos considerando a estas cerámicas como fabricadas a mano, mientras no se demuestre de forma fehaciente cómo se realizaron. Pero, sin duda, son estas cerámicas bruñidas, que con frecuencia aparecen decoradas con igual técnica, las que mejor definen el Bronce Final, al menos en sus últimos momentos, período al que denominamos **Tartésico Antiguo**.

Suficientemente conocidas, no vamos a entrar ahora a recordar en detalle las diversas denominaciones con que se les ha nombrado, simplemente decir que hoy es común llamarlas *bruñidas*, sin añadir más calificativos que, como es lógico, sólo son usados para definir el tipo de ornamentación que porta cada pieza cuando aparece decorada.

De las diversas clasificaciones que se han hecho de estas cerámicas, vamos a seguir básicamente la del Dr. Ruíz Mata (17) pues nos parece adecuada la manera en que las define y denomina, dejando al margen criterios subjetivos; por otra parte, seguimos también esta clasificación, que con él hemos usado al estudiar San Bartolomé de Almonte, porque fueron las excavaciones que este investigador realizó en el Cabezo de San Pedro, las que le permitieron ajustar y establecer las bases cronológicas y tipológicas de estas cerámicas (18).

Las formas abiertas características parten del modelo A.I, que se define como un recipiente con tendencia a casquete de esfera y fondo plano que se une al galbo por el exterior suavemente, mientras que por el interior no suele apreciarse distinción entre ambas partes; el borde, que es un tramo corto y más grueso que el resto de la pieza, es de tendencia almendrada y se remata de forma apuntada, marcando su diferencia con el galbo, por el exterior, mediante una carena muy acusada que termina en una arista por lo general aguda, mientras que por el interior se indica con una suave concavidad que, habitualmente, se sitúa por debajo de la línea de la carena. En base a esta forma se han establecido diversos tipos (A.I.a; A.I.b; A.I.c; A.I.d y A.I.f), aunque en el TA, sólo encontramos los dos primeros, que se caracterizan por tener una carena estrecha (A.I.a) o de tramo alargado (A.I.b). De otro lado, seña-

lar que no es extraña la presencia de perforaciones, tanto en el borde como en la carena, destinadas a suspender las piezas, así como el que se encuentren también pequeños elementos metálicos (lám. II, 6), que no parecen responder a lañas y que pudieron estar destinados a dicho fin.

Suelen presentar arcillas bien depuradas y su cocción reductora debió ser a suficiente temperatura, dada la consistencia y dureza de las mismas. Aparecen siempre bruñidas por el exterior y, en este período, no es extraño que lo estén también por el interior, aunque lo frecuente es que sólo se bruñe el borde.

La circunstancia citada, es decir, el que aparezcan también con la superficie interior bruñida, es un elemento a tener en cuenta y útil a la hora de establecer cronologías, pues si bien en Huelva no ha sido frecuente el hallazgo de piezas con estas características, sí son más numerosas en San Bartolomé de Almonte, donde se fechan en los primeros momentos del poblado (s. IX-VIII a.C.)(19), así como en Setefilla (20). A esta realidad hay que añadir la de los motivos ornamentales, que igualmente sirven de orden cronológico. En general, la decoración aparece en el interior de la pieza y realizada sobre la superficie mate, pues el interior a excepción del borde no suele bruñirse; sin embargo, no son extraños los ejemplares cuya decoración se hace sobre una superficie también bruñida. Entre los motivos usados son prácticamente exclusivos los reticulados, generalmente dispuestos en cuadrantes que se separan mediante una cruz también bruñida. Estas cerámicas, así como otras formas bruñidas que veremos más adelante, aparecen también decoradas por el exterior con motivos geométricos pintados en rojo, aunque en Huelva no son muy abundantes. Mucho se ha discutido sobre el origen de esta forma decorativa y su posible relación con el estilo geométrico griego. Hoy parece estar desechada esta idea (21), pues aunque la técnica se sigue usando en etapas posteriores, no parece posible pensar en contactos directos en fechas tan tempranas como para que se asimilase un concepto decorativo concreto, más bien podemos pensar que nos encontramos ante un sistema de decoración fácil de definir por cualquier artesano que, al mismo tiempo, realiza ornamentaciones bruñidas; es decir, sólo cambia el útil usado para decorar, bruñidor o pincel, según se use una técnica u otra. No obstante, no puede olvidarse que las culturas del Mediterráneo, y el sudoeste peninsular en aquella época es más mediterráneo que atlántico, estaban inmersas en esquemas decorativos de carácter geométrico (22). Pero, al igual que sucede con la ornamentación bruñida, también en la decoración pintada se observará una evolución en los esquemas compositivos, siendo característicos de este momento los motivos compuestos mediante bandas rayadas, más o menos gruesas, y la disposición en metopas (23).

Ya hemos señalado que no es frecuente en Huelva el hallazgo de cerámicas decoradas con esta técnica, pero no por ello hemos de dejar de indi-

car, en base a otros yacimientos, su pertenencia al **TA**, así como el que las onubenses puedan provenir del área sevillana, según se desprende de los análisis de pastas realizados (24).

Continuando con las cerámicas bruñidas, hemos de indicar también la existencia en este momento de una forma muy frecuente, la **BI**, que es una copia en tamaño reducido de los tipos **AIa** y **AIb**, presentando como variante formal el que en ocasiones los fondos presentan un rehundimiento central.

Junto a las formas cerámicas ya definidas aparecen otras, también bruñidas, que completan el conjunto de las que han sido tratadas con esta técnica.

Usuales en este momento son los soportes (**D.I**), constituidos por dos troncos de cono que se unen por medio de un baquetón, que en Huelva suele poseer un ángulo aristado, aunque también es frecuente que haya ejemplares que lo tengan redondeado e incluso de tendencia cuadrangular (25), al igual que sucede en la Fase III de Setefilla (26), aunque ésta es algo más tardía que el momento que nos ocupa. La evolución de estos baquetones, que irán desapareciendo, es un elemento útil desde el punto de vista cronológico, pues los más desarrollados corresponden a las épocas más antiguas.

Respecto de las formas cerradas hemos de señalar la presencia de piezas que se caracterizan por poseer cuerpos ovoides y fondos gruesos y planos, estando sus superficies mal alisadas, cuando no aparecen rugosas. Esta forma, la **G.I**, permite una seriación tipológica en base al borde de la pieza, que puede ser muy corto y vertical y que se separa del galbo mediante una carena aristada (**G.I.a.1**); pero también existe la forma que posee un borde ligeramente cóncavo que a veces se engrosa y no se une al galbo mediante una arista, sino de forma más suave y dando lugar a un perfil en **S** (**G.I.a.2**). Un tercer tipo es el que posee un borde corto exvasado y biselado al interior (**G.I.a.3**).

Aunque no se encuentra en Huelva, hemos de incluir en este período una forma cerámica, denominada bicónica, que es frecuente en otros yacimientos del ámbito del Guadalquivir, así como también la encontramos en Almonte (27), siendo ésta una forma de gran perduración, como lo evidencian los túmulos **A** y **B** de Setefilla (28).

Una vez presentadas las cerámicas que en Huelva son características de este período, el **TARTESICO ANTIGUO**, consideramos oportuno hacer una serie de reflexiones y consideraciones.

Como habrá podido observarse, no hemos hecho una continua alusión a los paralelos que, de cada forma o tipo cerámico, podíamos hallar en diversos yacimientos del mismo ámbito cronológico-cultural y geográfico. Y no lo hacemos porque consideramos más oportuno el definir cuáles son los elementos ejemplificadores de este período, antes que hacer una permanente mención de paralelos, que si bien pueden serlo desde el punto de vista formal, quizás no lo sean respecto del marco en que se hayan; es decir, conside-

ramos que la exclusiva presencia de una forma o tipo cerámico en dos o más yacimientos no es causa suficiente para establecer correlaciones directas entre los mismos, sino que ha de ser el conjunto de elementos con los que aparecen los paralelos el que permita establecer la correspondencia pertinente. Esta idea de carácter general creemos, además, se refuerza en ambientes arraigados y de poco o escaso dinamismo socioeconómico.

En base a la opinión expresada, consideramos más oportuno hacer valoraciones y establecer paralelismos en función del conjunto de las características culturales y no exclusivamente de las formas cerámicas; no obstante, será ineludible la referencia concreta, en algún caso, a elementos individuales, pero dicha alusión lo será más en función de lo que los mismos puedan servir para identificar o diversificar períodos, que en lo que por sí mismos pudieran ser.

Hasta aquí nos hemos referido a las formas cerámicas propias y típicas de esta etapa, así como a las decoraciones características que las ornamentan, sen bruñidas o pintadas. Pero hay otros elementos que también definen a este período.

Lo primero que ha de resaltarse es la ausencia de cualquier elemento ajeno a lo autóctono, es decir, no se encuentran objetos de importación, por lo que podemos afirmar que es una etapa preorientalizante. Ahora bien, lo que ya no es tan fácil de definir es su origen y/o procedencia. Mucho se ha especulado sobre este problema y a ello, aunque sucintamente, ya nos hemos referido con anterioridad. Con el nivel de conocimientos que hoy poseemos es difícil rastrear una línea directa que una el Bronce Final con los períodos precedentes, de ahí que no sea fácil, aunque pensamos que no imposible, entroncarlo con el mundo de las cistas onubenses, el momento más cercano en el tiempo; ni con el ámbito mediterráneo; ni tampoco con las culturas mesetanas.

También hemos hecho alusión al cambio de ubicación del poblamiento que se observa con la aparición del Bronce Final, así como las características del mismo, definiéndose ahora como asentamientos constituidos por cabañas.

Desde el punto de vista de los recursos económicos también resulta una etapa problemática. Sería fácil afirmar que el fundamento es agropecuario, lo cual no deja de ser cierto, pero no menos lo es el que las actividades minero-metalúrgicas debían estar ya desarrollándose, lo cual se pone de manifiesto por diversas circunstancias, tanto directas como indirectas. En este sentido, el hallazgo de objetos metálicos, así como de restos de escorias en Huelva, y de éstas y de mineral en los fondos de cabañas que definen la Fase I de San Bartolomé de Almonte (29), junto con la presencia en la Fase IIb de Setefilla de una tobera muy tosca y un crisol con restos de escoria en su interior (30), ponen de manifiesto que la minería y la metalurgia estaban ya en

funcionamiento y sólo hacía falta el empuje del comercio con el Mediterráneo para que dichas actividades pasaran a ser, en las etapas siguientes, el eje fundamental de la economía tartésica.

Desde el punto de vista estratigráfico, el TA se documenta en el Cabezo de San Pedro en los cortes A.2.1 y A.2.3, en sus estratos I, II y III, así como pueden tomarse en consideración algunos de los materiales procedentes de La Esperanza (31).

Expuestas las realidades referentes a la posición estratigráfica en que aparecen los materiales arqueológicos del TA, junto con el resto de elementos y características que definen esta etapa, queda por establecer la cronología de la misma.

Ya hemos indicado que éste es un período en el que no se encuentran objetos de importación, por lo que su momento final ha de situarse antes de la primera evidencia de materiales arqueológicos foráneos. Esta argumentación es la que nos permite afirmar, como punto de referencia, que es en el tránsito del siglo IX al VIII a.C. cuando finaliza el **TARTESICO ANTIGUO**. Problema más complejo es saber su inicio, lo que por los datos de las excavaciones de Huelva no es fácil conocer, debiéndose definir por los de otros yacimientos en los que se hallan piezas arqueológicas integrables en este período y más concretamente nos referimos a la Fase II de Setefilla.

En definitiva, nos encontramos con una realidad histórica bien definida por su cultura material, pero de la que es difícil precisar su cronología. No obstante, en base a las estratigrafías y a los datos que proporcionan, consideramos que el **TARTESICO ANTIGUO** parece iniciarse en el cambio del segundo al primer milenio antes de Cristo, como evolución del Bronce Pleno, y finaliza con las primeras evidencias de presencia foránea, lo que nos hace fechar este momento con anterioridad al siglo VIII a.C., o, a lo sumo, en sus inicios.

6.2. TARTESICO MEDIO

Si al presentar el **TARTESICO ANTIGUO** hemos aludido a que no considerábamos ineludible insistir en la relación de numerosos paralelos cerámicos, también va a ser esa la trayectoria que sigamos en adelante, aunque ahora las referencias deberán ser necesariamente más numerosas, dado que la dinámica comercial que en esta etapa se da, con un progresivo incremento de la misma, ofrece una mayor variedad y transformación de las formas cerámicas, lo que nos obligará a un examen más detenido de ellas y fundamentalmente de las que impliquen una novedad y/o indiquen una nueva aportación, lo que nos permitirá ir diferenciando fases dentro de lo que denominamos **TARTESICO MEDIO (TM)**, estando cada una de ellas definida igualmente

por las necesarias y obligadas referencias a los elementos arquitectónicos, actividades metalúrgicas, relaciones comerciales y todas aquellas circunstancias o materiales arqueológicos que ayuden a una más clara individualización de cada fase.

6.2.1. Tartésico Medio I.

La diferencia entre el comienzo de este momento y la finalización del precedente (TA) es, y así lo reconocemos, muy sutil en algunos aspectos.

Desde el punto de vista de las cerámicas (**Cuadro resumen**), éstas no ofrecen variaciones formales respecto del TA, pero se observa la presencia de una nueva forma a mano, E.I, que en Huelva hace su aparición presente a partir de la Fase Ib del Cabezo de San Pedro (32). Esta evidencia contrasta con San Bartolomé de Almonte, en el que dicha forma está presente en la Fase I (33), conviviendo con elementos que, en Huelva, aparecen ya desde el TA, por lo que Almonte parece en este caso ligeramente más moderno en sus inicios y por tanto integrable en el TM I más que en el TA, hipótesis que se ve acompañada por la presencia también de vasos bicónicos decorados con pintura roja en este yacimiento (34) y su ausencia en Huelva; no obstante, esta forma cerámica no parece elemento definidor de carácter exclusivo, pues ya hemos visto que se inicia su presencia en otros yacimientos, caso de Setefilla, en momentos contemporáneos al TA, pero su perduración es amplia y, como ya hemos visto, alcanza hasta la época de los túmulos A y B de dicho yacimiento (35). Es, en nuestra opinión, una forma cerámica de carácter muy arcaizante y en consecuencia no tan útil como otras para ayudar a definir etapas culturales.

Lo anteriormente expuesto es lo que nos lleva a considerar que es la aparición de la forma E.I la que, junto con otros elementos que analizaremos más adelante, nos permite establecer la diferencia entre el **TARTESICO ANTIGUO** y el **TARTESICO MEDIO I**.

La forma E.I corresponde a un vaso cerrado, de superficies cuidadas, que se caracteriza además por tener un cuerpo ovoide o de tendencia esférica, siendo la estructuración del borde la que permite establecer diversos tipos dentro de esta cerámica. El borde puede ser corto y cóncavo (E.I.a), o recto y abocinado (E.I.b), que en ocasiones se engrosa (E.I.d); aunque también existe el tipo que posee un borde corto y vertical que se une al galbo mediante una carena aristada (E.I.c).

Ya hemos indicado que esta forma cerámica aparece en Huelva desde la Fase Ib de San Pedro y perdura en la Ic, encontrándose paralelos de la misma en el fondo XXXII-XXXIII de Almonte (36), en el fondo de cabaña de El Carambolo (37), así como en la Fase Iib de Setefilla (E.I.c)(38).

Quizás otros elementos a tomar en consideración sean, a partir de ahora, la presencia de motivos radiales y estrellados como ornamentación de

las cerámicas bruñidas, que en el caso del Cabezo de San Pedro aparecen en la Fase Ib (39); así como el hallazgo de algún vaso cerrado con incisiones, preludio de lo que en periodos posteriores será algo generalizado.

Llegados a este punto, podría decirse que no es lógica la separación entre TA y TM, en base a la aparición de una forma cerámica que, dadas sus características formales y tipológicas, es perfectamente encuadrable en el período anterior y que, como hemos visto, siempre convive en otros yacimientos con las cerámicas de la etapa precedente, caso de Almonte. Ahora bien, no es sólo la presencia de la forma E.I, con sus variantes tipológicas, la que define el TM I, sino que además lo hacen las nuevas estructuras arquitectónicas, distintas a las cabañas que, aún en este momento, debían constituir el poblamiento básico distribuido por los cabezos onubenses. Nos estamos refiriendo, como es lógico suponer, al muro de sillares y mampuestos hallado en el Cabezo de San Pedro y al que ya en páginas precedentes hemos dedicado nuestra atención, cuando presentamos dichas excavaciones.

Este muro (fig. 39, 1) podemos asimilarlo tanto al **tipo A** de los establecidos por J. Elayi, como al **tipo B** (fig. 39 2-3)(40), estando constituidos ambos por un pilar de sillares a *soga y tizón*, que deja dos caras totalmente verticales sobre las que se apoyan los mampuestos; la diferencia entre ambos tipos se encuentra en la disposición interna de los sillares del pilar. El muro de San Pedro no es una reproducción fiel de ninguno de los dos tipos, pues sólo en una de las hiladas colocadas a *tizón* tiene dos sillares, como es lo frecuente, mientras que en las demás tiene tres (fig. 39, 1); igualmente, ha de reseñarse que los desplazamientos que se observan en los sillares de San Pedro deben ser el resultado de los empujes y corrimientos que toda obra de contención sufre, siendo ésta la finalidad que le atribuimos y que encuentra su paralelo más directo, en lo que a utilidad se refiere también, en el estrato IX de Tiro (41).

La cronología de estos muros de filiación fenicia es sumamente amplia y abarca desde mediados del segundo milenio hasta sobrepasar el cambio de era, encontrándose incluso esta misma técnica en Utica en el siglo IV d.C. (42), por lo que otorgar cronología exclusivamente por las características arquitectónicas nos parece aventurado, debiéndose hacer por el contexto arqueológico en que se halle.

Según se comprueba por los datos estratigráficos de la excavación, el muro se construyó en un ambiente indígena que se corresponde con la Fase Ib. De otra parte, el paralelo citado de Tiro, que sería asimilable al **tipo A irregular** (43), debe fecharse según su posición estratigráfica a mediados del siglo IX a.C. (44); realmente esta es una fecha que se nos antoja algo elevada para la construcción de Huelva; pero, de la misma manera, nos parece demasiado moderna la de fines del siglo VIII a.C. (45) que en un primer momen-

to se le otorgó, aunque con posterioridad se ha fechado a comienzos de dicho siglo (46), lo que nos parece más correcto.

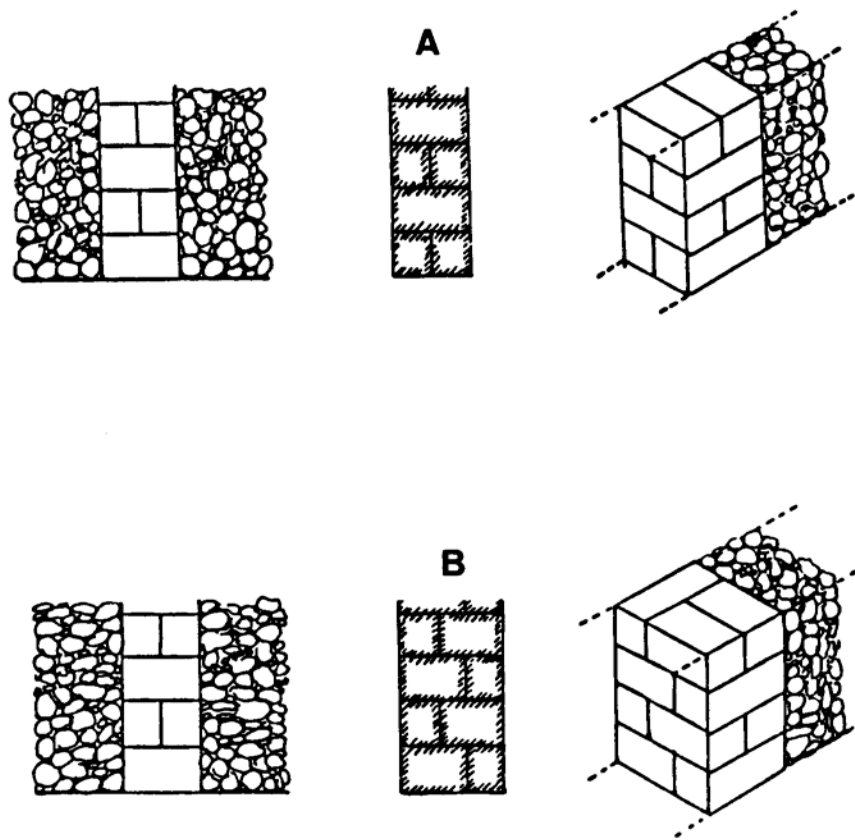
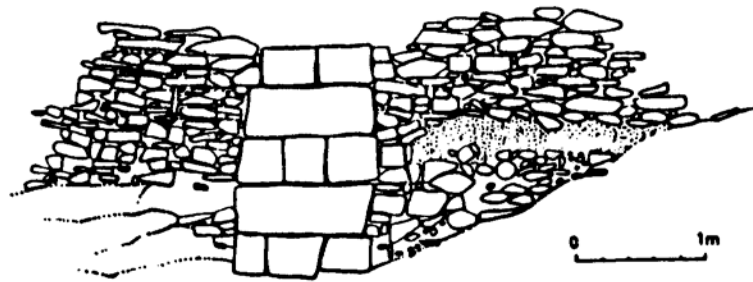


Fig. 39. Muro de San Pedro (según Ruiz Mata, 1981) y tipos A y B (según Elayi, 1980).

Junto a esta evidencia de la temprana presencia fenicia, hallamos otras que a continuación explicamos.

Durante la excavación de una factoría de salazones romana, localizada en la calle Palos de Huelva (fig. 6, 2), fue hallado el, hasta ahora, fragmento cerámico griego más antiguo de la Península Ibérica (fig. 40), que ha sido causa de controversias en cuanto a la forma cerámica a la que perteneció y a la cronología que debía otorgársele.

Fue dado a conocer como de época subgeométrica y fechable en el primer tercio del siglo VII a.C. (47), aunque en corrección añadida a la misma edición, se le asignaba un origen ático y no insular como se afirmaba en un principio, fechándose a mediados del siglo VIII a.C. (48). Posteriormente, P. Rouillard (49), para quien el fragmento es también de una cratera, lo consideró perteneciente al Geométrico Reciente I y en consecuencia lo fechó entre el 760 y el 730 a.C. Por último, Coldstream y Shefton (50) lo sitúan en el Geométrico Medio II (800-760 a.C.), al tiempo que el primero opina que se trata de una píxida y no de una cratera (51).

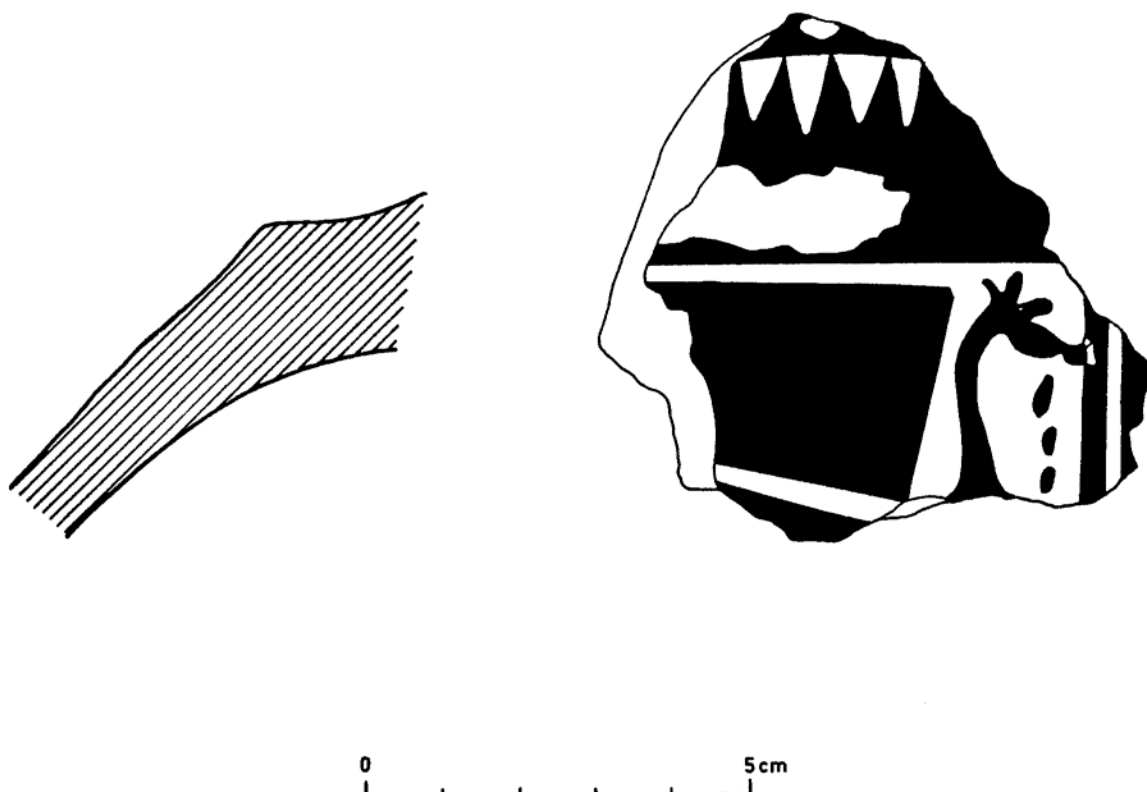


Fig. 40. Pixida geométrica (MGII) hallada en la calle Palos (Huelva).

Es indudable que un objeto hallado fuera de contexto arqueológico siempre plantea dudas, no tanto en lo que se refiere a la fecha de su fabricación como en lo relativo a la de su llegada al lugar donde se encuentra. Es ésta la problemática que se plantea con la píxida geométrica de Huelva.

Ante situaciones de este tipo y sobre todo cuando se trata de presumibles objetos de prestigio, como es el caso que nos ocupa, se suele solventar el problema mediante la adscripción de una fecha más moderna a la pieza, lo que en este caso vendría *avalado* porque es frecuente, en yacimientos fenicios orientales, la aparición de piezas del GM II en ambientes posteriores a la fecha de producción de las mismas (52).

Nuestra opinión, en este sentido, no es coincidente con la expresada generalmente por los diversos investigadores. Sí es posible que objetos de lujo y/o de prestigio puedan perdurar y ser usados, con la misma finalidad que tuvieron en principio, en épocas posteriores; pero también creemos que es adoptar una postura poco comprometida el proponer y aceptar cronologías bajas ante el temor de ser acusados de elevarlas. Por ello, somos partidarios de ajustar cronologías en base a los datos estratigráficos de carácter general que ofrezca el yacimiento.

Cierto es que la píxida que nos ocupa debió llegar en manos fenicias, no griegas, y que aquellos debieron recibirla de éstos en sus propias metrópolis o colonias, donde ya se ha dicho son frecuentes los vasos áticos en dicha época y ya el profesor Shefton ha argumentado en este sentido (53):

"In view of the almost total absence of decorated Attic pottery in the central Mediterranean before the end of the 8th century it would be extremely hazardous to argue that this krater travelled west from Attica. It was, however, just during the MG II period that Attic pottery reached Cyprus and the Eastern Levant in some quantity and it is therefore entirely possible to suggest that the krater went first from Attica to a North Syrian or Phoenician seat of power and thence, after an undetermined interval, to the other extremity of the Mediterranean and even beyond, carried there, I have little doubt, by Phoenicians to end up in Huelva, one of the principal seats of Tartessian power. It may in fact turn out to be the earliest securely datable evidence so far recovered of Phoenician activity in the Far West !".

("En vista de la casi total ausencia de cerámica ática decorada en el Mediterráneo Central antes del final del siglo VIII, sería extremadamente arriesgado argumentar que esta cratera viajó desde el Atica hasta Occidente. Era, sin embargo, justamente durante el GM II, cuando la cerámica ática llegaba a Chipre y a

Oriente en cierta cantidad y es por lo tanto bastante posible sugerir que la cratera fue primero desde el Atica al norte de Siria o a un asentamiento de poder fenicio, y que entonces, después de un intervalo indeterminado, al otro extremo del Mediterráneo y aún más lejos, llevado allí, tengo poca duda, por los fenicios para terminar en Huelva, uno de los principales asentamientos de poder tartésico. ¡Puede ser que de hecho sea la evidencia fenicia más antigua, fechada con seguridad, obtenida hasta ahora en Occidente!").

Difícil, por no decir imposible, es saber en qué lugar concreto obtuvieron los fenicios esta pieza, pero como apunta Coldstream pudo ser en la propia Tiro, donde se halla un fragmento del pie de una cratera de la misma cronología (54). Y no podemos olvidar la trascendencia del comercio tiro con Tartessos.

Ante los argumentos expuestos parece poder afirmarse, entonces, que sería lógico pensar en una fecha más tardía del GM II para la llegada de esta pieza a Huelva, pero nos resulta difícil admitir que el tiempo empleado en el *viaje* del Atica a la costa siro-palestina y posteriormente a Huelva, sea superior al propio período cronológico en que se data la pieza, es decir, tendríamos que admitir un margen más amplio que los cuarenta años (800-760 a.C.) que enmarcan el MG II, lo que no parece lógico, máxime cuando partimos de la idea del uso dado a estas piezas de prestigio cuya finalidad, en gran número de ocasiones, sería la de facilitar el inicio de una relación comercial.

En definitiva y por lo expuesto, creemos poder afirmar que este período se ha de fechar en la primera mitad del siglo VIII a.C. y se caracteriza, además de por los elementos que hemos analizado, por darse ya con seguridad actividad metalúrgica.

La afirmación que hacemos respecto de la metalurgia la fundamentamos en la presencia de fragmentos de coladores en las Fases Ib y Ic de San Pedro (55), cuyo uso en tareas metalúrgicas parece fuera de toda duda (56). Es en este momento cuando se construye el muro de San Pedro.

Desde el punto de vista estratigráfico, este período (TM I) se documenta en todos los cortes practicados en el Cabezo de San Pedro (campanas de 1.977 y 1.978; Fases Ia y Ic)(57), con excepción del A.2.2; y encuentra su correspondencia, entre otros yacimientos, con el momento final de la Fase I y la I-II de Almonte (58), el fondo de cabaña del Carambolo (59) y el final de la Fase II de Setefilla (60).

De otra parte, no podemos olvidar que en el Castillo de Doña Blanca, es en el horizonte del Bronce Final I-II, de la primera mitad del siglo VIII a.C. (61), cuando se inicia la ocupación del lugar con evidencias de muros de

mampostería, revocados y enlucidos de cal, que constituyen habitaciones cuadrangulares con pavimentos de arcilla roja. Es este horizonte el que define los primeros contactos entre los indígenas y los fenicios de Gadir, según se desprende del hallazgo de platos con engobe rojo cuyos bordes presentan dimensiones en torno a los 2 cm., lo que es coincidente en tipo y cronología con los que se encuentran en Morro de Mezquitilla (62).

Por último y resumiendo, creemos poder afirmar que el **TM I** ocupa la primera mitad del siglo VIII a.C. y se define por la predominancia de las cerámicas a mano indígenas frente a las primeras a torno que llegan en manos fenicias, como la píxida del **GM II** y el fragmento de oinocòe con engobe rojo de la Fase Ic de San Pedro (63), así como por el incremento de las actividades minero-metalúrgicas y el más que posible inicio de la transformación del hábitat de cabañas por el realizado con mampuestos y de habitaciones cuadrangulares, que tendrá pleno desarrollo en el periodo siguiente (64).

6.2.2. Tartésico Medio II.

Si el periodo anterior se corresponde, desde el punto de vista estratigráfico, con la construcción y colmatación del muro de San Pedro, así como se caracteriza por las novedades que suponen también la presencia de una nueva forma cerámica realizada a mano (E.I) y las primeras importaciones (píxida del **GM II** y fragmento de oinocòe con engobe rojo de San Pedro), el **TM II** denota una transformación más profunda de las relaciones con el exterior, el Mediterráneo, que se manifiestan ahora con una incuestionable y creciente presencia de cerámicas a torno de origen fenicio.

Desde el punto de vista estratigráfico, este período lo documentamos en el Cabezo de San Pedro en los cortes A.2, A.2.1, A.2.2, A.2.3, A.2.5 y A.2.6.

Es esta una etapa en la que se observan variaciones sustanciales respecto de las precedentes, como es la presencia de un muro de mampostería en el estrato II del corte A.2.1 de San Pedro (65), lo que indica por primera vez la modificación y sustitución del hábitat de cabañas por otro realizado con materiales más duraderos (66). Pero, junto a esta novedad, a la que se suma el paulatino incremento de la actividad metalúrgica, que ya no cesará, se observan otras realidades que tienen su más claro reflejo en las cerámicas (**Cuadro resumen**).

En las producciones a mano se comprueba ahora una serie de variaciones tipológicas en las formas bruñidas, así como en las de superficies cuidadas y la aparición de otras nuevas, tanto bruñidas como toscas.

Respecto de las primeras y en cuanto a las formas carenadas, éstas siguen estando presentes, aunque se observa un empeoramiento en la calidad del tratamiento dado a las superficies y lo que en el **TA** eran bordes de tendencia vertical y carenas muy acusadas, con ornamentaciones de gran calidad en su ejecución, ahora son bordes cóncavos (A.II.a) o que se marcan muy acu-

sadamente, casi en escalón, en su unión con el galbo (A.II.c), así como presentan carenas sólo indicadas (A.II.b). En esta evolución se observa una pérdida en la calidad de las decoraciones, así como disminuye su presencia y el tratamiento de las superficies es de peor calidad.

Acompañando a estas cerámicas aparecen ahora otras nuevas, como las piezas de pequeño tamaño (B.II) en diversos tipos; las distintas variantes de los cuencos en casquete de esfera (C.II), tanto de borde indiferenciado como de perfil ligeramente marcado; los vasos de cuello alto y acampanado (E.II); y las formas cerradas de superficies toscas y decoración digitada (G.II). Esta última forma es la que, desde nuestro punto de vista, tiene un significado más evidente y al mismo tiempo, en las cerámicas a mano, sirve como elemento diferenciador entre el **TM I** y el **TM II**, de ahí el que nos detengamos con más atención en su análisis.

De pastas poco depuradas, con desgrasantes medios y gruesos, las superficies se alisan someramente y aparecen rugosas, contrastando con el mejor tratamiento del cuello y el borde. La decoración de digitaciones se sitúa generalmente en el hombro de la pieza y no es extraño que se encuentre sobre el borde. Esta forma cerámica, de la que se han establecido varios tipos en función básicamente del borde, es una de las más características de la etapa protohistórica de Andalucía Occidental, aunque su distribución es bastante irregular. Así, encontramos que son muy abundantes en yacimientos como Cerro Salomón, San Bartolomé de Almonte, Tejada la Vieja, Cerro Macareno y la propia Huelva; sin embargo, es escasa en Setefilla, Valencina de la Concepción y Castillo de Doña Blanca, estando prácticamente ausente en El Carambolo.

Mucho se ha discutido el origen de esta cerámica, habiéndosele otorgado orígenes célticos (67) o claramente indoeuropeo, que encontraría paralelos en piezas de Cataluña, Aragón y la Meseta (68). Para otros investigadores podrían ser dos las posibilidades: que se relacionen con las del norte de la Península o que sean un producto casero de los colonizadores, argumentación que se apoya en la presencia de estas cerámicas en los asentamientos peninsulares y en yacimientos norteafricanos (69). Ciertamente es que se encuentran en algunas factorías de la costa mediterráneo-andaluza (70) y en las costas africanas (71), pero en tan escaso número que se nos hace difícil aceptar un origen fenicio para estas piezas, aunque no menos cierto es que el máximo desarrollo de las mismas, en cuanto a su porcentaje de aparición, coincide con la presencia de las cerámicas a torno; sin embargo, no podemos olvidar que ya en la Fase I de San Pedro están presentes (72).

De lo expuesto y de su mayor presencia en yacimientos vinculados a tareas y actividades minero-metalúrgicas (Cerro Salomón, Almonte, Tejada, Huelva), con excepción del Cerro Macareno, donde también se documentan, parece poder deducirse que estas cerámicas con decoraciones digitadas tie-

nen una relación directa con las poblaciones indígenas tartésicas que se dedican a las labores citadas, lo que ya en su día fue apuntado por el Dr. Blanco Freijeiro al referirse a la presencia de estas cerámicas en el Cerro Salomón (73). En definitiva, creemos estar en condiciones de poder afirmar que estas cerámicas tienen un origen autóctono, tartésico, vinculado directamente al área minera de la actual provincia de Huelva y pudiéndose descartar en consecuencia los pretendidos orígenes indoeuropeo, por razones cronológicas también, o fenicio, explicándose su presencia en yacimientos de esta última filiación por los contactos que los mismos mantuvieron con las poblaciones tartésicas.

Completan el elenco de las cerámicas a mano los vasos cerrados que, siendo de la misma tipología que los anteriormente descritos, se decoran con incisiones en lugar de motivos digitados. Y siguen estando presentes los coladores.

Respecto de las cerámicas a torno, que inician ahora su presencia de una manera cada vez más generalizada, se pueden hacer algunas precisiones, pues aunque aún no son numerosas estas cerámicas, sí se observa ya la presencia, junto a piezas de cierta calidad, como oinocós, de algunas ánforas, todavía escasas, así como cerámicas con engobe rojo y producciones grises, siendo estas dos clases de cerámicas las que nos permiten hacer mejores valoraciones cronológicas y culturales, pues otras no facilitan tanto esta tarea, dada su permanencia en el tiempo con escasa evolución tipológica.

Las excavaciones de Huelva no nos han permitido hacer excesivas precisiones respecto de las etapas que marcan el inicio de la presencia de las producciones a torno; sin embargo, San Bartolomé de Almonte sí nos facilitó el intento. La excavación de este poblado de cabañas, que permite el estudio de conjuntos cerrados, nos ha posibilitado establecer un momento intermedio (Fase I-II) entre el período indígena (Fase I) y aquél en que la presencia oriental se incrementa de manera considerable (Fase II). Esta delimitación nos ha permitido comprobar que los platos grises, de bordes vueltos y cóncavos, están ya presentes en la Fase I-II (74), situación que se corresponde con la Fase IIa del Cabezo de San Pedro (75).

Es esta clase cerámica, la gris, a la que se han dedicado diversos trabajos monográficos (76), una de las que sigue planteando dificultades en relación a su origen y al ámbito cultural en el que nació, así como su posterior desarrollo y difusión. Para algunos autores esta cerámica sería una producción local (77), mientras que la gran mayoría mantiene opiniones encontradas (78). Lo que sí podemos afirmar, es que estos primeros ejemplares que se encuentran recuerdan claramente la tipología de las cerámicas bruñidas carenadas y al igual que éstas, ofrecen un aspecto muy cuidado y una gran calidad en el tratamiento de sus superficies, pareciendo querer imitar en aspecto y tacto a las producciones tartésicas bruñidas.

Pero, sin duda, son las cerámicas con engobe rojo y fundamentalmente los platos, las que mejor permiten establecer diferencias cualitativas entre diversos períodos. En este sentido, observamos una ligera diferencia entre la Fase IIa de San Pedro y las siguientes, así como con los inicios de las estratigrafías por nosotros excavadas (79).

En la citada fase están presentes platos (P.1) junto con un cuenco (C.2.a) configurando así un conjunto escaso en número, pero significativo por lo que supone su presencia (**Cuadro resumen**)(80).

Los platos, es sabido, han sido objeto de estudio pormenorizado, por lo que se refiere fundamentalmente a los asentamientos fenicios de la costa malagueña y a su relación con los del resto del sur peninsular (81), por lo que no consideramos necesario insistir, por ser ampliamente conocido, en el hecho de la diferencia existente entre los yacimientos malagueños y Huelva, respecto de las peculiaridades que este yacimiento ofrece relativas a la evolución de los diámetros de los platos y anchura del borde de los mismos; simplemente recordar que los platos de borde estrecho mantendrán su presencia en Huelva, desde que aparecen, conviviendo con los de borde más ancho, que sí continúan la tendencia evolutiva general que parecen marcar los yacimientos malagueños (82). Sí queremos señalar, no obstante, que en Huelva los primeros platos, aún siendo de borde estrecho como ya hemos indicado, son más anchos que los también estrechos que se dan con posterioridad (siglo VII a.C.)(83).

El resto de las cerámicas a torno es prácticamente inexistente, si exceptuamos un pequeño fragmento del borde de un ánfora (84).

A la vista de lo expuesto y recapitulando, podemos decir que este período, (**TM II**), se caracteriza por la evolución de las cerámicas bruñidas, que en el caso de las carenadas van haciendo sus perfiles más suaves; por la irrupción masiva de las formas cerradas de superficies toscas y con decoraciones digitadas; así como por el aumento de las producciones a torno. Tanto unas como otras nos permiten fijar cronológicamente este período, que ya hemos señalado se identifica con la Fase IIa del Cabezo de San Pedro. Pero, sin duda, son los platos con engobe rojo los que mejor pueden ayudarnos en nuestro intento de fijar cronologías.

Corresponden los platos al **tipo P.1** de P. Rufete (85) y encuentran sus paralelos más cercanos en yacimientos malagueños (86) y en el Castillo de Doña Blanca (87), por lo que han de fecharse en la segunda mitad del siglo VIII a.C., que igualmente se que corresponde con el **TM II**, debiéndose integrar en este momento una pieza griega hallada fuera de contexto durante la excavación de Puerto-9.

Se trata de un fragmento de escifo de pájaro (fig. 41)(88). De arcilla anaranjada con zonas oscurecidas, probablemente por su contacto con el fuego, presenta el interior completamente barnizado en marrón oscuro, casi ne-

gro, siendo este mismo barníz y color el usado para decorar el exterior, pero aplicándolo sobre un fino engobe de tono crema. En base a este engobe y al color y tipo de pasta, se identifica como eubeo (89). La decoración consiste en la representación del cuerpo esquematizado y rayado de un pájaro, del que no se conserva la cabeza, inscrito en una metopa de cuyos límites sólo se aprecian dos líneas a la izquierda y cuatro a la derecha, desde la posición del espectador, aunque la cuarta no se observa claramente.

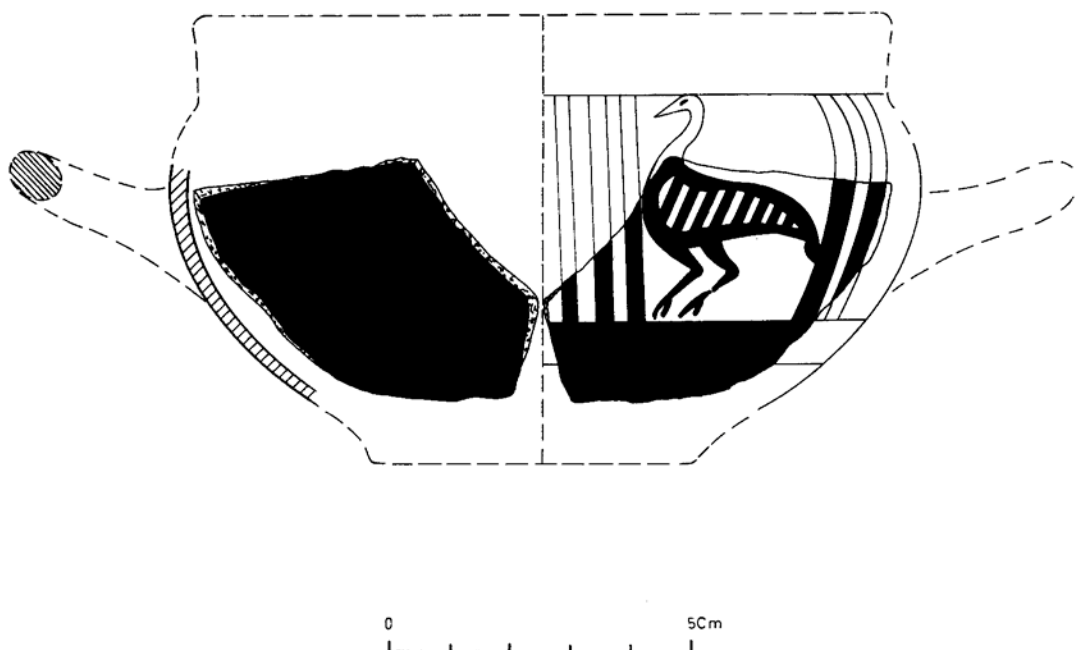


Fig. 41. Escifo eubeo (LG) hallado en Puerto-9 (Huelva).

Lo reducido del fragmento (6,5 cm.), que nos impide afirmar si era un escifo de una o dos metopas, así como el no poseer el borde, dificultan la posibilidad de fechar adecuadamente esta pieza. Si fuese de una sola metopa, como parece por la falta de espacio para situar la segunda, debería fecharse en el GM II, pero la presencia en momentos algo más recientes de escifos con una sola metopa, en Veii (90) o en Kition (91), hace que deba considerarse como del LG (750-700 a.C.)(92) y que lo integremos, en consecuencia, en el **TM II**.

6.2.3. Tartésico Medio III.

Si el **Tartésico Medio** en general se caracteriza por la presencia de elementos orientales y el incremento paulatino que de los mismos puede observarse, es en el **TM III** cuando se comprueba la llegada masiva de dichos productos (**Cuadro resumen**) y lo que suponen respecto de las relaciones comerciales de Tartessos con el Mediterráneo, así como en lo relativo al proceso de aculturación que la sociedad indígena experimenta. Dadas estas circunstancias nos ha parecido oportuno integrar dentro de un mismo período **TM III**, lo que genéricamente se conoce como **Periodo Orientalizante** y que abarca casi en su totalidad el siglo VII a.C.; no obstante, las mismas producciones indígenas y las importaciones cerámicas que tienen lugar, nos obligan a realizar una subdivisión de este amplio momento.

6.2.3.1. Tartésico Medio IIIa.

Este subperíodo se documenta en los niveles Ia, Ib y IIa de Puerto-6, en los niveles Ia, Ib de M. Núñez-4 y en las Fases IIb y IIc de San Pedro, caracterizándose por continuar en él la producción metalúrgica, puesta de manifiesto por la presencia de numerosas escorias provenientes de la fundición de minerales, así como por hallarse fragmentos de coladores y piezas cerámicas con restos de escoria.

Respecto de las cerámicas a mano hemos de señalar su predominancia en los primeros momentos de este período sobre las torneadas, que paulatinamente irán modificando esta realidad hasta alcanzar la mayoría al final del **TM IIIa**.

Las formas cerradas a mano, tanto las de cuellos acampanados como las decoradas con digitaciones y/o incisiones siguen documentándose, pero van disminuyendo su presencia.

Igual sucede con las cerámicas bruñidas, aunque en este caso nos parece más importante señalar no tanto su paulatino descenso en número, como la variación formal que se produce en los tipos y las decoraciones, así se observa que las formas carenadas van haciendo cada vez más suave sus carenaciones y cóncavos sus bordes, al tiempo que van dejando lugar a las hemiesféricas, que incrementan su número de manera constante y ya en el Nivel IIa de Puerto-6 pasan a ser mayoritarias. De otro lado, las decoraciones bruñidas van haciéndose cada vez más complejas y se fundamentan, en general, en motivos radiales que van desplazando a las reticulaciones que, por otra parte, son cada vez más irregulares en su trazado y denotan menor cuidado y calidad.

Las cerámicas a torno continúan incrementando su número, pero además observamos en ellas algunas características que, en definitiva, son las que nos permiten diferenciar el **TM II** del **TM III** y hacer dentro de éste último la distinción entre **IIIa** y **IIIb**.

Lo primero que llama la atención es el incremento, aunque todavía moderado, de las cerámicas pintadas y sobre todo de las ánforas, indicando estas últimas la intensificación de las relaciones comerciales entre fenicios y tartesios, denotando también que ha quedado atrás el comercio exclusivo de objetos de lujo y de carácter básicamente aristocrático, comenzando una relación comercial a mayor escala, claramente premonetal, y que de forma rápida se convertirá en el exponente de una auténtica economía de mercado.

Acompañan a las cerámicas a torno citadas las grises, que siguen estando representadas en su mayoría por formas suavemente carenadas y de perfil en S, aunque las hemiesféricas hacen ahora su aparición.

En cuanto a las cerámicas con engobe rojo, insistir en que siguen siendo el elemento más claramente diferenciador de los distintos periodos y el que mejor posibilita el establecimiento de cronologías, siendo las formas características de este momento los platos P.2 y los cuencos C.1.a y C.3.a (93). Pero lo importante es la convivencia de estos platos P.2 con los de borde estrecho (P.1), a lo que reiteradamente venimos aludiendo dada su importancia, además de comprobar que en el Nivel IIa de Puerto-6 vuelven a estar ausentes los platos con bordes de 4-5 cm. y, sin embargo, los ejemplares de borde estrecho presentan éste con unas dimensiones menores (2-2,4 cm.) a la de los primeros ejemplares. A esta evidencia hemos de añadir la presencia, ya citada al analizar Puerto-6, de un plato con borde estrecho deformado por la cocción, lo que nos hace pensar en producciones locales de este tipo de cerámicas.

Pero si los platos son significativos y útiles para el estudio que realizamos, no menos lo son otras formas con engobe rojo.

Con anterioridad hemos aludido a la relación entre la Fase IIb de San Pedro y el Nivel Ia de Puerto-6; lo dicho viene a colación de la presencia de una misma forma cerámica con engobe rojo, el cuenco con acanaladura (C.1.a), en ambas excavaciones. Esta forma, tanto con el borde entrante como de tendencia vertical, está presente en las Fases IIb y IIc de San Pedro, así como en los niveles Ia y IIa de Puerto-6, faltando en el Nivel Ib de esta última excavación. La circunstancia expresada podría hacer pensar que no existe la correlación que decimos entre ambas excavaciones, máxime cuando en San Pedro no se encuentran los platos de borde ancho (P.2) que sí se hallan en Puerto-6 (niveles Ia y Ib). Sin embargo, la presencia en el Nivel Ib de Puerto-6 de un cuenco carenado con borde saliente (C.3.a), cuyo perfil nos recuerda el de los quemaperfumes hallados en la Fase IIb de San Pedro, nos hace ver que estamos en el mismo periodo en ambas excavaciones, tal como ya habíamos apuntado, y cuyo ajuste cronológico hemos de hacerlo en función del período precedente y de los propios elementos que la definen.

La predominancia aún de cerámicas bruñidas carenadas, que se acompañan de las toscas decoradas con digitaciones, y la escasez de grises, así

como los tipos que la definen, nos permiten relacionar esta subetapa con la Fase I-II de Almonte (94), lo que es congruente con la presencia de los platos con engobe rojo de bordes entre 2,4 y 3,5 cm. de la Fase IIB de San Pedro y el Nivel Ia de Puerto-6, que se han de paralelizar con los del estrato I- II de Toscanos (95) y con los que se hallan también en el Castillo de Doña Blanca (96), por lo que hemos de otorgarles una cronología de la segunda mitad del siglo VIII a.C. Pero, ya hemos señalado también que a estos platos les acompañan otros con bordes entre 4,7 y 5,5 cm., que se relacionan con los del estrato IV de Toscanos (97) y con los que se hallan en el Castillo de Doña Blanca (98), por lo que nos introducimos en el comienzo del siglo VII a.C.

Otro elemento que nos permite otorgar la cronología apuntada para el **TM IIIa**, son los cuencos carenados como el hallado en Puerto- 6, del que encontramos paralelos tanto en Oriente como en Occidente. Este tipo aparece, entre otros yacimientos, en el nivel 5 de Tell Keisan (99) y en los estratos IV y II-III de Tiro (100), fechables en ambos casos en la segunda mitad del siglo VIII a.C., lo que es coincidente con las cronologías de los asentamientos occidentales donde se encuentran, caso de Chorreras (101) o Doña Blanca (102).

A la vista de lo expuesto, parece poder afirmarse que el **TM IIIa** ha de fecharse entre el último cuarto del siglo VIII y mediados del VII a.C.; y esta es también la cronología que pensamos debe otorgarse a diversos enterramientos de la necrópolis de La Joya, concretamente a las tumbas 1, 9, 12 y 17.

La afirmación que hacemos se basa en la presencia, en la tumba 1, de platos con engobe rojo y bordes que oscilan entre 3,6 y 4,7 cm., así como existe un ejemplar que no alcanza los 3 cm., completando el conjunto un vaso de cuello acampanado del tipo de los que se hallan en las Fases IIB y IIC de San Pedro acompañando a estos platos.

Respecto de la tumba 9, hemos de señalar la presencia de platos con borde estrecho, entre 3 y 3 cm., más pequeños que los del resto de enterramientos y que encontramos estratificados en los niveles Ib y IIa de Puerto-6, perdurando en la Fase III de San Pedro.

Por último, indicar que las tumbas 12 y 17 contenían platos de borde igualmente estrecho, pero con una sección más gruesa y un perfilligeramente más curvado que el resto de los tipos. Ejemplares de estas características se documentan en la Fase IIC de San Pedro.

En consecuencia y sin perjuicio de que otras tumbas de La Joya sean más modernas, creemos poder afirmar que los enterramientos 1, 9, 12 y 17 han de fecharse en la primera mitad del siglo VII a.C., teniendo su correspondencia con las Fases IIB y IIC de San Pedro, junto con los niveles Ia, Ib y IIa de Puerto-6, que en conjunto definen el **TM IIIa**, siendo las dos tumbas últimas (12 y 17) las que marcan el paso de una subetapa a otra del **TM**.

A la vista de lo que afirmamos podría argumentarse que rebajamos en demasía el momento final de este periodo, cuando los materiales que hallamos en las distintas fases y niveles, así como los paralelos de los mismos y las consideraciones que hemos hecho, nos obligarían a elevar ligeramente el final del **TM IIIa**; pero, no podemos olvidar que en el Nivel IIA de Puerto-6 hallamos el pie de una copa griega. Ya al hacer la presentación de este nivel aludíamos a la arroyada que sobre el mismo se produjo y a la posibilidad de que la misma hubiese provocado el que materiales más modernos pudiesen haber sido incluidos en estratos más antiguos, como sería el caso de esta copa samia del tipo A.2, según la clasificación de Villard y Vallet (103). Para completar la visión de este periodo vamos a hacer alusión a otros elementos que hemos podido analizar y que pueden ayudarnos a comprender el proceso histórico apreciado en la Huelva protohistórica.

Respecto del desarrollo arquitectónico hemos de recordar que si en el **TM II** empiezan a ser frecuentes las construcciones pétreas, es ahora en el **TM IIIa** cuando se generalizan, aunque conviviendo con muros de tapial que no poseen zócalos de piedra, asociados éstos como los que sí lo tienen a pavimentos de arcilla roja que, en ocasiones y sin solución de continuidad, revocan las paredes (104).

De otra parte y de sumo interés nos parece, el hallazgo en este momento de un grafito realizado sobre un ánfora, perteneciente al Nivel IIA de Puerto-6, que sirve de nexo entre el **TM IIIa** y el **IIIb** (105).

Por lo que se refiere a cuestiones alimentarias, elaboradas a partir de los datos de Puerto-6 (106), las expondremos conjuntamente con el **TM IIIb**, por no ser significativas las diferencias.

6.2.3.2. Tartésico Medio IIIb.

Se documenta en la Fase III de San Pedro; en los niveles IIB y IIC de Puerto-6; y en los niveles II, III y IV de M. Núñez-4.

Desde el punto de vista del urbanismo, o más concretamente de la evidencia de construcciones, es esta etapa la que proporciona los primeros y numerosos ejemplos de edificaciones desde un punto de vista amplio, que ponen de manifiesto, además, una continuada y rápida actividad edificatoria en esta fase (107), quizás como consecuencia del enriquecimiento general que se observa en la población, merced al comercio de la plata, y que tiene su más claro exponente en la espectacular, por sus materiales, necrópolis de La Joya.

Y si los elementos constructivos del **TM IIIb** quedan definidos por los muros 5 (Nivel IIB) y 4 (Nivel IIC) de Puerto-6, también ahora queda totalmente evidenciada la actividad metalúrgica, pues además de la presencia de coladores, escorias y cerámicas con éstas, se documentan dos hornos de fundición de metales (H-2 y H-1)(fig. 27), que corresponden a los niveles

I Ib y I Ic de Puerto-6 respectivamente, siendo frecuente el uso de bloques de escoria como material constructivo (108).

Las cerámicas a mano de superficies toscas siguen manteniendo las formas y decoraciones de los momentos precedentes, aunque se observa una disminución en su número, así como un ligero incremento de las decoraciones incisas frente a las digitadas.

En las formas bruñidas escasean las carenadas y predominan las hemiesféricas, en las que se aprecia el incremento de las que tienen el borde con sección de tendencia cuadrangular, frente a la generalidad del borde apuntado en esta forma cerámica, que es la característica del momento y que hemos de paralelizar con la Fase II de Almonte (109).

Por lo que se refiere a las cerámicas grises, se comprueba que las formas con el borde diferenciado van dejando paso a las hemiesféricas, con el borde más o menos engrosado, pareciendo que siguen en su evolución la de las cerámicas bruñidas, por lo que se refiere a la sustitución de las formas carenadas por las de casquete de esfera.

En las cerámicas con engobe rojo se observa la permanencia de los platos con borde estrecho, junto con la evolución de los que van agrandando el tamaño de los mismos (P.3), existiendo ya ejemplares con borde de hasta 7 cm., documentados en la Fase III de San Pedro (110) y en el Nivel I Ib de Puerto-6 (111), donde un ejemplar muestra una acanaladura en el extremo del borde. La aparición de este tipo de plato (P.3.b), el de acanaladura en el borde, es uno de los elementos que nos permiten definir esta etapa.

El resto de las cerámicas con engobe rojo está representado por la pervivencia de los cuencos carenados (C.3.a), junto con los de borde cóncavo (C.3.b) y el incremento de los hemiesféricos de borde engrosado (C.4.a y C.4.b), que ya habían aparecido, aunque en número escaso, en el Nivel IIa de Puerto-6 (112). Completa el conjunto una tapadera que, como veremos, es una pieza importante a la hora de establecer la cronología del **TM IIIb**.

En cuanto a las urnas, que han sido objeto de estudios monográficos (113), hemos de señalar que están presentes en la forma de cuello cilíndrico con baquetón o de tendencia ligeramente troncocónico, en los niveles I Ib y I Ic de Puerto-6. Se decoran generalmente en rojo o negro sobre rojo y las asas suelen ser geminadas, siendo el ejemplar más significativo el hallado en el interior del Horno 1 de Puerto-6. Esta pieza que responde a la forma que genéricamente se conoce como urna Cruz del Negro, pertenece al tipo II.2.B.b.1 de la clasificación de M. Belén y J. Pereira (114), con un paralelo muy cercano, tanto geográfica como tipológicamente, en el ejemplar hallado en la tumba 12 de La Joya (115), enterramiento que nos sirve para marcar la diferencia entre los dos subperíodos del **TM**.

Respecto de las ánforas no se observan grandes variaciones formales, excepto el hacer cada vez menos horizontal el hombro de las mismas.

Una vez expuestos de forma somera los elementos que caracterizan el **TM IIIb**, es necesario establecer el marco cronológico al que pertenece este momento y para ello, además del conjunto del material hallado, vamos a centrar nuestra atención en algunas cerámicas que, desde nuestro punto de vista, son las que mejor permiten definir la cronología.

La presencia de platos con engobe rojo con borde de alrededor de 7 cm. en el Nivel IIB de Puerto-6, así como la tapadera que también se encuentra en este nivel, nos pone en relación con la tumba 1 de Tramayar (116) y consecuentemente nos sitúa hacia mediados del siglo VII a.C., fecha congruente con la que se otorga a la tumba A-190 de Cartago (117), donde se encuentra una tapadera de características similares.

La cronología que proponemos para el inicio de este período se corrobora con la que se otorga al tipo de urna hallado en el Horno 1, forma cerámica que también encontramos con dicha cronología en la Cruz del Negro (118), Toscanos (119), Doña Blanca (120) y Carmona (121), junto a la ya citada tumba 12 de La Joya.

Pero si las cerámicas aludidas, a las que sumamos las bruñidas hemisféricas y el conjunto de materiales nos permiten indicar la fecha de inicio del **TM IIIb**, su final viene dado por el inicio de la presencia griega que evidencia el comienzo del comercio griego que se generalizará en el **Tartésico Final**.

En definitiva, proponemos para el **TM IIIb** un marco cronológico que se inicia a mediados del siglo VII a.C. y finaliza en el último cuarto del mismo siglo, definiéndose este momento más por el inicio del **Tartésico Final** que por las características del propio **TM IIIb**, las cuales en alguna medida seguirán presentes en los inicios del período siguiente, junto a las cada vez más numerosas cerámicas griegas.

Y si desde el punto de vista de los materiales arqueológicos es posible hacer una subdivisión en el **TM**, no es tan fácil llevarla a cabo en lo referente a los grafitos y a las cuestiones alimentarias.

Respecto de los grafitos, decir que es en el **TM IIIb** cuando se inicia su presencia, aunque uno de ellos, encontrado en el Nivel IIA de Puerto-6, sirve de nexo entre el **TM IIIa** y el **IIIb** (122).

Por lo que se refiere a la alimentación, lo primero que se aprecia es el carácter mayoritariamente doméstico de los mamíferos encontrados, aunque la presencia de algunos ejemplares de ciervo y la dificultad, en algún caso, para distinguir entre los restos de cerdo y jabalí, hablan de actividad cinegética (123). En cuanto a los moluscos, hay un predominio del consumo de ostras, aunque también parece que integraban la dieta la almeja fina y el berberecho, aunque su presencia es escasa (124).

6.3. TARTESICO FINAL.

La denominación de este periodo indica, obviamente, que nos estamos refiriendo al último momento de Tartessos, aunque el mismo ocupe prácticamente cien años. Y lo nombramos así porque al margen de ser una época de indudable desarrollo comercial, con la llegada de productos griegos que compiten con el tradicional monopolio fenicio, es ésta una etapa que marca el fin de una cultura, la tartésica, que estuvo entroncada, desde siglos antes, con el devenir de los acontecimientos del mundo mediterráneo. Cuando a fines del siglo VI a.C. se rompa la unión directa que Tartessos tenía con el Mediterráneo, la Baja Andalucía en general y el ámbito onubense en particular, seguirán otros derroteros que culminarán en la configuración del mundo turdetano.

Pero que sea este el periodo final de Tartessos, no quiere decir que se caracterice por ser una sociedad que económica y culturalmente esté languideciendo; sino que, por el contrario, podemos observar la gran vitalidad que el mundo tartésico sigue teniendo hasta el último tercio del siglo VI a.C., cuando sí se produce ya el derrumbe de lo que había sido un periodo histórico, largo en el tiempo, que se caracterizó por una gran actividad económica, fundamentada en las transacciones comerciales derivadas de la explotación de la plata tartésica.

De otra parte, si el TM se definía por la presencia y monopolio comercial que ejercieron los fenicios, esa situación se modifica en el TF, siendo éste un período en el que fenicios y griegos se disputan la hegemonía en este mercado. A partir de ahora, como sucede cuando desaparece cualquier situación de monopolio, nada volverá a ser igual en el comercio de la plata tartésica, ya no será un intercambio de productos cuyo valor se considere equiparable, aunque dentro de una economía de mercado quizás no totalmente desarrollada, sino que se entra en una clara economía de mercado aunque aún con una situación protomonetal. En definitiva, el comercio se hará de acuerdo con un evidente sistema de intercambio y equivalencias previamente establecido y que se estaba generalizando en el mundo mediterráneo: la moneda; aunque aún no estaba introducida aquí.

Y esta nueva situación, que no se produce de inmediato sino que es el resultado de un largo proceso, en todos los sentidos, también se dió en Tartessos y de la mano, como evidencia la arqueología, de los griegos. La llegada de éstos provocará las modificaciones que brevemente estamos exponiendo, así como su presencia nos va a permitir establecer las distintas etapas que definen el **Tartésico Final**.

6.3.1. Tartésico Final I.

Supone este primer momento el tránsito entre lo que había sido el monopolio fenicio del comercio con Tartessos y el mercado más abierto en

que éste ahora se convierte. Es la época en que se documentan las últimas importaciones fenicias orientales, al tiempo que llega la primera oleada de productos griegos. No obstante esta realidad, no se observa ningún cambio destacable en el resto de la cultura material, aunque sí se aprecian algunos matices que, en las líneas que siguen, intentaremos definir.

Respecto de la actividad metalúrgica, decir que sigue estando presente de forma notoria. Y en cuanto a las técnicas constructivas, se constata que no se han producido novedades, siendo a este momento al que debe adscribirse el muro de adobes (M-3) del Nivel III de Puerto-6, que junto con el I de Puerto-9 y el Va de M. Núñez-4 definen el TM.

En las cerámicas bruñidas hay un predominio, que podemos considerar casi absoluto, de las formas en casquete de esfera y borde apuntado, aunque se encuentran algunos fragmentos aislados con carena de tramo largo (Nivel I de Puerto-9)(**Cuadro resumen**). Este tipo de cuencos son los que definen la Fase III de San Pedro (125) y la II de Almonte (126), siendo este último yacimiento el primero que nos ha permitido ajustar la cronología de aquél para dicha Fase y que ahora, gracias a las nuevas estratigrafías onubenses, podemos corroborar.

El resto de las producciones a mano no experimentan variaciones formales dignas de destacar, aunque se incrementa el número de cuencos con digitaciones en el borde, así como el de las placas cerámicas que también las presentan en el reborde; igualmente, señalar la presencia de vasos cerrados con borde muy corto, ligeramente indicado y vertical, muy similares a otros producidos a torno y de superficies toscas, que también se afianzan en el TF.

En las cerámicas con engobe rojo no se observan tampoco excesivas variaciones, permaneciendo la convivencia de los platos de borde estrecho con los de borde ancho, así como siguen estando presentes los cuencos hemisféricos que, en general, ofrecen un engrosamiento del borde menos acusado; y aún perviven también los cuencos carenados que se caracterizan por exvasar el tramo comprendido entre la carena y el borde, que a su vez lo proyectan hacia el exterior. La única novedad que se observa en estas cerámicas es la presencia, en el nivel Va de M. Núñez-4, de un cuenco carenado que se define por presentar vertical el tramo comprendido entre la carena y el borde, que suele aparecer biselado por el interior, mientras que por el exterior mantiene la verticalidad (127). Ejemplares de estas características no habían aparecido con anterioridad, excepción hecha de una pieza hallada en el Nivel IIb de Puerto-6, aunque en momentos posteriores, como veremos, aumenta considerablemente su presencia (128).

No obstante la monotonía expuesta en relación a las cerámicas con engobe rojo, no podemos dejar de reseñar la presencia de un fragmento que apareció en el Nivel III de Puerto-6 y que definimos como *cerámica de Samaria* (lám. XXX, 11). El fragmento, que ya hemos publicado con anterioridad

(129), es a nuestro entender de suma importancia tanto por lo que supone su presencia respecto de las importaciones fenicias orientales, como por el matiz cronológico que puede introducir, aunque es evidente que no ha de olvidarse la problemática existente, respecto de las fechas de este tipo de piezas, pues sabido es que estas cerámicas aparecen en fechas tempranas en el Próximo Oriente y tienen una amplia pervivencia, además de ser un tema muy debatido su origen y el momento en que dejan de producirse (130).

La pieza de Puerto-6 pertenece al tipo B o cerámica fina (131); no obstante, su adscripción a un tipo concreto no tiene incidencia en la cronología, ya que los tipos A y B conviven en el Hierro II de Palestina (132), lo que al mismo tiempo ofrece un marco cronológico sumamente amplio (900-587 a.C.)(133) para este tipo de cerámicas, lo que en principio dificultaría su fechación, máxime si se acepta que estas cerámicas dejaron de producirse a fines del siglo VIII a.C. como consecuencia de la conquista asiria (134), lo cual no parece poder aceptarse dada su presencia en momentos posteriores en diversos yacimientos, entre ellos Huelva, donde veremos que su cronología queda muy bien definida por la presencia de cerámicas griegas.

Si tras la conquista asiria hubiese dejado de fabricarse no sería posible encontrarla en el estrato IV de Hazor, posterior a la destrucción asiria (135), ni se hallaría en Tiro II/III (760- 700 a.C.)(136) o en el Nivel 5 de Tell Keisan (720-650 a.C.)(137), cuyo momento más antiguo es posterior al inicio de la presencia asiria. Ciertamente que las cronologías que indicamos son anteriores a la fecha que puede otorgarse al fragmento por nosotros hallado en Puerto-6; en este sentido y si analizáramos aisladamente la pieza, tendríamos que encuadrarla, a lo sumo y como más moderna, en la primera mitad del siglo VII a.C., fecha que veremos es ligeramente alta para la realidad estratigráfica onubense, pero en todo caso demostrativa de la falta de realidad en cuanto a que las cerámicas tipo samaria dejaron de producirse tras la conquista asiria.

Y si esta cerámica plantea la problemática aludida, que se *complica* con la presencia de otras de estas mismas características en el Nivel IIb de Puerto-9, evidentemente más moderno, la misma situación provoca el hallazgo de una marmita (cooking-pot), de las denominadas tipo A, en el Nivel I de esta última excavación (lám. LVII, 1).

Este tipo de piezas es conocido de antiguo en el P. Oriente (138) y presenta una larga pervivencia, con las consecuentes modificaciones formales, que han permitido establecer cuatro tipos (A, B, C y D)(139), pero no es frecuente en Occidente; y desde el punto de vista cronológico plantea la misma dificultad que la cerámica de Samaria de Puerto-6, con la que convive dentro del TF I y también, por ejemplo, en el Nivel 5 de Tell Keisan (140).

Estas cerámicas, si no consideráramos la realidad estratigráfica, como ya hemos apuntado, tendríamos que fecharlas en la primera mitad del si-

glo VII a.C., fecha que no sería extraña en Huelva pues ya hemos visto que la presencia fenicia se había iniciado bastante tiempo atrás; pero, estratigráficamente, comprobamos que tanto la cerámica de Samaria de Puerto-6 como la marmita de Puerto-9, han de incluirse en el **TM I**, aunque no es descartable que su llegada a Huelva se hubiese producido en los últimos momentos del **TM IIIb**. No obstante, hemos de insistir en que la cerámica de Samaria y la marmita se dan durante el Hierro II de Palestina, que alcanza hasta los inicios del siglo VI a.C.

En relación con las cerámicas grises, decir que parecen continuar la evolución que marcan las de técnica bruñida, siendo minoritaria la presencia de formas con borde diferenciado, mientras que se consolidan los cuencos de tendencia hemiesférica con el borde ligeramente engrosado al interior, que en esta particularidad formal presentan la misma evolución que los cuencos, igualmente hemiesféricos, con engobe rojo.

Las cerámicas pintadas ofrecen en su decoración un predominio casi absoluto del color rojo, aunque siguen apareciendo algunos motivos en negro, que son cada vez más escasos y que suelen reducirse a finas líneas o estrechas bandas. En cuanto a las formas, generalmente cerradas, siguen estando presentes las urnas del tipo Cruz del Negro.

En las ánforas, se observa que cada vez es más generalizada la tendencia a hacer menos horizontal el hombro, a que los bordes vayan perdiendo verticalidad y se proyecten hacia el exterior en algún tipo, mientras que en otras ocasiones se hacen ligeramente cóncavos por el exterior y se engrosan por el interior. Estas ánforas no experimentan grandes variaciones formales durante todo el siglo VII a.C. y son las que de manera general y abundante se encuentran en las factorías malagueñas, así como en los yacimientos de época tartésica.

Como novedades, señalar la aparición de un cuenco trípode en el Nivel Va de M. Núñez-4, acompañado de un fragmento de cáliz, forma que también aparece en el Hierro II de Palestina (141) y que hallamos de tipología similar en Chipre, concretamente en la tumba 367 de Amathus (142). Completa el conjunto de novedades la aparición de una forma cerámica cerrada, que se caracteriza por fabricarse tanto a mano como a torno, pero sin diferencia tipológica alguna, y que se define por poseer un borde muy corto y escasamente diferenciado. Esta forma cerámica, de superficies toscas tanto en su versión a mano como en la a torno, va a perdurar y en su evolución será donde se marquen las diferencias. Las producidas a mano seguirán presentando mamelones como elementos de suspensión, mientras que las fabricadas a torno, que en principio son una réplica casi exacta de las anteriores e inclusive aparecen decoradas con incisiones, comenzarán a alargar y a proyectar hacia el exterior el borde redondeado, así como poseen asas de forma y sección circular. Estas ollas toscas de Huelva encuentran sus paralelos, como ocurría con

las ánforas, en las factorías malagueñas y en otros yacimientos protohistóricos andaluces.

Pero, si lo expuesto hasta aquí pone de manifiesto la existencia de contactos directos entre Oriente y Tartessos, es ahora cuando se produce el inicio de la presencia griega (143), al tiempo que encontramos también producciones etruscas (144), con todo lo que ello implicará de modificaciones en la relación comercial de Tartessos con el Mediterráneo.

En el conjunto de las cerámicas griegas (**Cuadro resumen**), podemos observar un predominio de las samias y de las de Jonia del Norte, hallándose copas B.1, B.2 y de comastas, así como cuencos, vasos comunes y algún ánfora de Quios; pero, debemos señalar también la presencia de una serie de piezas de indudable interés que nos ayudan, junto con el resto de las producciones, a fijar cronológicamente el TF I y que son las de *bucchero* gris eolio halladas en Puerto-6 y Puerto-9 (**Cuadro resumen**).

De entre las cerámicas a las que nos referimos destaca una cratera de columnas, del Nivel I de Puerto-9 (lám. LVI), cuya superficie estuvo recubierta de un engobe negro bruñado, que prácticamente ha desaparecido. Su forma es globular y posee un cuello corto; las placas son rectangulares y se alargan más allá de las columnas sobre las que se apoyan, las cuales van adelgazándose hasta curvarse en su extremo y terminar en dos botones, imitando así con toda probabilidad un modelo metálico, intencionalidad que quizás se buscaba también al engobar la pieza de negro y bruñirla. De otra parte, las propias características de esta pieza nos permiten hacer diversas consideraciones.

El que las placas se proyecten más allá de las asas es algo común en los modelos más antiguos de esta forma cerámica (145), pero el que sean rectangulares en lugar de oblongas evidencia que estamos ante una pieza algo más evolucionada (146); es decir, encontramos en Huelva una cratera de columnas en la que se mezclan características de dos tipos, lo cual no debe extrañarnos si consideramos que esta forma cerámica, a principios del siglo VI a.C., aún no estaba definitivamente fijada. En principio, podría pensarse que es una imitación local o una producción del sur de Francia; ambas posibilidades, en nuestra opinión, han de ser descartadas.

Respecto de la posible producción local, hemos de señalar la diferencia de pastas entre una y otras, además de tener que considerar la posibilidad de aceptación, por parte de la población autóctona, de conceptos ideológicos y culturales griegos en un momento en el que se da, por primera vez, la llegada de comerciantes de dicho origen.

Considerar que fuese una producción del sudeste francés sería factible, dado que allí también se encuentran crateras de columnas en cerámica gris, aunque son algo más tardías (147) y en concreto, las distintas variantes

que imitan crateras son más recientes y no se decoran con elementos relieve (148), lo que en sí es frecuente en el *bucchero eolio*.

Junto a la cratera encontramos, también de *bucchero eolio*, un oino-cóe de boca trilobulada y una jarra con acanaladuras, ambas cubiertas por engobe negro y procedentes todas ellas del Nivel I de Puerto-9 (lám. LVII, 3 y 4). Completan el conjunto de *bucchero eolio* la copa con incisiones del Nivel III de Puerto-6 y la jarra de igual tipología que la de Puerto-9 hallada en el Nivel Va de M. Núñez-4.

Acompañando a las producciones griegas, en las que encontramos las piezas de lujo descritas junto con otras cerámicas comunes y de igual procedencia, aparece *bucchero nero* etrusco.

La presencia de estas cerámicas en Huelva y en el marco cronológico-cultural en que lo hacen, nos parece de sumo interés, máxime cuando en nuevas excavaciones que realizamos en la misma calle Méndez Núñez-5 en 1.985 (fig. 21), encontramos nuevos fragmentos de *bucchero nero*, tanto cántaros como jarras de boca trilobulada, con lo que ya podemos empezar a considerar abundante la presencia de material etrusco en Huelva, si además a estos materiales añadimos las ánforas halladas en Puerto-9, M. Núñez-4 y M. Núñez-5.

El *bucchero nero* encontrado en el Nivel I de Puerto-9 y en el Va de M. Núñez-4 se reduce prácticamente a la forma de cántaro, pues si bien la pieza de Puerto-9 es pequeña, sus características nos permiten comprobar que es la misma forma que la hallada en M. Núñez-4 y de la que son abundantes los paralelos, debiéndose recordar que la mayoría de los fragmentos encontrados en Huelva parecen pertenecer a cántaros, que también se han hallado en Málaga (149) e Ibiza (150).

La pieza de M. Núñez-4, que ya hemos dado a conocer en una breve nota (151), posee unas superficies muy bien bruñidas y cuidadas, aunque las líneas del bruñido se aprecian con claridad en el arranque del asa. Dadas sus dimensiones, características y decoración de muescas de diamante, hemos de clasificarlo como del tipo 3e de Rasmussen (152). Este tipo de cantaro es muy abundante en Etruria Central y Sur, así como en el Lacio, siendo además el objeto etrusco que más frecuentemente se encuentra fuera de Etruria, hallándose en numerosos yacimientos del Mediterráneo. Respecto de su cronología, decir que aparecen por primera vez en el último cuarto del siglo VII a.C. y perduran hasta mediados del siglo VI a.C. (153). Dada la posición estratigráfica en que lo encontramos en Huelva y los materiales con que aparece, debemos incluirlo en el **TF I**.

A la vista de estas producciones, tanto griegas como etruscas, el jarro de la tumba 5 de La Joya (fig. 11), vuelve a tomar nuevo interés. No vamos a entrar nosotros a discutir si es etrusco o rodio y sabido es que la discusión sobre el asunto aún sigue abierta; pero, de lo que ya no puede dudarse es que no

se trata de un elemento aislado y exótico, sino que nos encontramos ante una pieza que se enmarca perfectamente dentro del ambiente cultural y de la cronología que los hallazgos de nuestras excavaciones ponen de manifiesto, evidenciando también que los defensores de la filiación etrusca para este jarro poseen ahora nuevos argumentos con que apoyar su hipótesis, sin que esto quiera decir que fuesen los propios etruscos quienes comerciasen con Tartessos, sino que ya no es un único elemento el que debemos analizar y tomar en consideración; aunque todos ellos, jarro y cerámicas, creemos debieron ser transportados por los griegos.

Hasta aquí hemos presentado los elementos que definen este periodo, sus características y la posición estratigráfica en la que se encuentran. Así, comprobamos la aparición conjunta de cerámicas bruñidas en casquete de esfera, propias de la Fase III de San Pedro y de la II de Almonte como ya hemos indicado, con las de engobe rojo, fundamentalmente platos, cuyos bordes ya alcanzan los 7 cm. de anchura, además de estar presentes los que poseen acanaladura en el extremo del mismo y que son frecuentes en las factorías mediterráneo-andaluzas, así como también los hallamos en Carmona, Doña Blanca o El Carambolo.

Tanto las cerámicas bruñidas como las de engobe rojo están presentes desde momentos anteriores y perduran con posterioridad, pero es la presencia con ellos del *bucchero*, tanto eolio como *nero*, el que permite el ajuste cronológico. La cratera, dada sus características y las placas rectangulares que posee, parece imitar modelos del Corintio Inicial (630-600 a.C.), lo que unido a que el *bucchero* eolio deja de exportarse a Occidente hacia el 580-570 a.C. (154) y que no volvemos a encontrar *bucchero* eolio en Huelva en niveles posteriores, nos permite poder afirmar que el *bucchero* eolio onubense ha de fecharse a fines del siglo VII o comienzos del VI a.C.

Y la cronología que proponemos se ve corroborada por la del *bucchero nero*, pues al ser el cántaro del tipo 3e de Rasmussen ha de fecharse también y como hemos visto, desde fines del siglo VII a.C., aunque el modelo siga produciéndose durante la primera mitad del siglo VI a.C. (155).

A la vista de estas consideraciones, sí parece que podamos afirmar que el TF I se inicia con los últimos años del siglo VII y abarca hasta el comienzo del VI a.C., marcando su final la falta de importaciones fenicias orientales y la presencia, ya en el TF II, de producciones áticas en número considerable (**Cuadro resumen**), siendo ésta una realidad común a todo el Mediterráneo y que como es lógico entender y se comprueba arqueológicamente, también tuvo su reflejo en Tartessos. Pero, no es sólo esta realidad, la presencia de nuevas producciones griegas, la que establece la diferencia entre el TF I y el II, sino que lo hacen también las cerámicas bruñidas, las a mano toscas y las de engobe rojo.

6.3.2. Tartésico Final II.

Si el periodo anterior supuso la aparición de forma más que evidente de cerámicas griegas y sin que en el resto de los materiales arqueológicos se observaran variaciones apreciables, es ahora en el **TF II** cuando se producen al menos dos circunstancias dignas de mención.

De una parte, consolidan su presencia e incrementan su número y variedad las cerámicas griegas; de otra, la aparición de nuevas formas en las cerámicas con engobe rojo, parece reflejar la pérdida de contactos con el mundo fenicio de Oriente, que ahora se ve sustituido por el comercio fenicio occidental.

Este periodo se documenta en el Nivel IV de Puerto-6 y en los niveles IIa y IIb de Puerto-9 y Vb de M. Núñez-4.

Desde el punto de vista de la arquitectura y del urbanismo se aprecian ligeras variaciones, debiéndose adscribir a este momento la construcción del muro de los cuadros B-1 y B-2 de M. Núñez-4 (figs. 36-38). Las novedades consisten en la aparición de pavimentos de arcilla amarillenta, en lugar de roja, así como otros realizados con lajas planas pequeñas y/o con cantos (156).

Respecto de la metalurgia, decir que parece sigue siendo el eje de la economía, estando documentada por la aparición de escoria, coladores, toberas y por algún ladrillo triangular, a los que ya hemos aludido como elementos asociables a las toberas.

Las cerámicas a mano siguen descendiendo en número y son cada vez más escasas, aunque en las formas y decoraciones no hay grandes diferencias en relación a momentos precedentes, debiéndose reseñar no obstante la aparición de cuencos hemiesféricos a mano que se asemejan tipológicamente más a los realizados a torno que a los bruñidos.

Las cerámicas de técnica bruñida son prácticamente un recuerdo y sólo aparecen algunos fragmentos decorados y pocos cuencos de tendencia hemiesférica, aunque hemos de indicar que se observa en los mismos y a pesar del reducido número de piezas halladas, el predominio de las que poseen el borde con sección de tendencia cuadrangular sobre las que lo presentan apuntado. De otra parte, se produce ahora la aparición de vasos bruñidos con asas de cinta (**Cuadro resumen**), que tipológicamente recuerdan a las ollas toscas a torno, pero el tratamiento bruñido de sus superficies y la calidad de las mismas, nos hace pensar en la posibilidad de que estos vasos sean producciones que, siguiendo la tradición de la técnica bruñida, tartésica, se vean ahora influenciadas por la presencia del *buccherò nero* etrusco, que hizo su aparición en el **TF I**.

Pero, donde sí se aprecian variaciones de interés es en las cerámicas con engobe rojo, pues si bien siguen conviviendo los platos de borde estrecho

con los que lo poseen ancho, es la aparición de nuevas formas lo que realmente marca la diferencia.

Así, observamos ahora la presencia de platos con borde ancho y carena marcada en el exterior (P.3.d.)(157), debiéndose añadir a estas características el que suelen presentar una pasta muy depurada pero cocida a no muy alta temperatura, lo que les da un aspecto más arcilloso y *blando*, al tiempo que el color es más claro y no tan anaranjado como antes, así como el engobe es de peor calidad respecto de las piezas de periodos precedentes. Es ésta una forma cerámica de indudable interés que encontramos, entre otros yacimientos, en el Cerro del Prado (158), El Carambolo (159), Peña Negra (160), Carmona (161) y Tejada La Vieja (162), así como en el cabezo de La Esperanza (163) en la propia Huelva, aunque también ha de señalarse y esto sí nos parece muy significativo, el que esta forma cerámica esté ausente en San Pedro y en La Joya, lo que unido a que también faltan en ambos lugares los platos que poseen el borde con acanaladura en el extremo (P.3.b), permite delimitar mejor el marco cronológico de la necrópolis y el final de la Fase III de San Pedro, aún a pesar de la pervivencia de algunos cuencos bruñidos en este periodo (TF II).

Pero, no es sólo esta forma cerámica con engobe rojo la que ahora aparece, sino que también lo hacen los cuencos carenados de tendencia vertical (C.3.c)(164) (**Cuadro resumen**), es decir, aquellos que presentan vertical el tramo comprendido entre la carena y el borde, que en cuanto al engobe y la pasta ofrece, las mismas características ya señaladas en los platos con carena exterior y que, al igual que éstos, tampoco se encuentran en La Joya ni en San Pedro. No obstante y aunque hemos afirmado que es ahora cuando aparece esta forma cerámica, con ello nos referimos a una presencia numerosa y a su permanencia en el tiempo, pero no podemos olvidar que un fragmento de cuenco de esta forma ya estaba presente en el Nivel IIb de Puerto-6, aunque con la notable diferencia de poseer un borde sensiblemente más apuntado que el de los ejemplares de este momento.

Estos cuencos, también denominados como *de borde en disminución* (165), se encuentran tanto en la costa malagueña, Toscanos (166), Chorreras (167) o Morro de Mezquitilla (168), como en el Castillo de Doña Blanca (169) y fuera de la Península, entre otros, en Cartago (170), aunque allí no sean muy frecuentes, pero no debemos olvidar que el ejemplar con estas características que hemos dicho aparece en el **TM IIIb**, coincide con la tapadera del mismo momento y ya vimos que su paralelo más cercano también se encuentra en Cartago.

De otro lado, hemos de señalar la aparición de una forma cerámica cerrada, denominada como vaso con perfil en S (V.2)(**Cuadro resumen**) porque la unión entre galbo y cuello se hace mediante una curva suave. En esta forma se observará una evolución que permite la definición de varios tipos en

función de que marquen más o menos acusadamente la unión del galbo con el cuello, aunque los más modernos, que ya pertenecen al periodo siguiente (TF III), presentan un perfil muy suave y el cuello algo más corto (171). Estos vasos no son frecuentes fuera de Huelva y en ella están presentes sólo en Puerto-9 y a partir del Nivel IIa; no obstante, hemos de indicar que se encuentran formas similares en el Macareno, aunque de factura menos cuidada que las de Huelva, que por otra parte también son de escasa calidad, lo que está en consonancia con lo ya expresado respecto a las otras formas con engobe rojo que aparecen en este momento. Señalar también que con este mismo perfil se encuentran algunos vasos grises en Carmona (173).

Completan el conjunto de las cerámicas con engobe rojo dos piezas de singular importancia que fueron halladas en el Nivel IIb de Puerto-9. Ambos fragmentos (**Cuadro resumen**) poseen las mismas características de fabricación e igual tratamiento de las superficies, pudiéndose englobar dentro del conjunto de las denominadas cerámicas de *samaria*, lo que no ha de sorprendernos pues ya hemos visto que, en Huelva, piezas de este tipo están presentes en el TF I, siendo en aquél caso un cuenco con acanaladuras en el exterior de tipología similar al hallado en Puerto-9. La otra pieza encontrada en esta última excavación, corresponde al extremo de la base de un ánfora que también posee acanaladuras en el exterior, aunque en este caso aparecen cubiertas por el engobe, mientras que en los cuencos se realizaron con posterioridad a que fuesen engobados, quedando en consecuencia las acanaladuras sin tratamiento alguno. Por otra parte, no creemos necesario insistir en las características de estas cerámicas ni en los, hasta cierto punto problemáticos, aspectos de su fechación, pues a ambas circunstancias nos hemos referido al presentar el cuenco del TF I.

Respecto de las cerámicas grises, sólo ha de destacarse que los platos son ahora minoría frente a los cuencos hemisféricos, que se caracterizan por no presentar el borde engrosado, aparecer algunos con el mismo apuntado y empezar a ser cada vez más frecuente un ligero rehundimiento por el exterior bajo el borde. Estas características son comunes también, *grosso modo*, al resto de los cuencos hemisféricos de este período, sean con engobe rojo, no presenten tratamiento alguno o estén fabricados a mano. En cuanto a las formas cerradas, hemos de reseñar que ahora aparecen en número más abundante los vasos en pastas grises, aunque ya en el TM IIIa habíamos encontrado una de estas piezas (**Cuadro resumen**).

Y siguiendo con las formas cerradas, hemos de reseñar que las urnas se caracterizan ahora por la pérdida del baquetón del cuello, que va haciéndose de tendencia troncocónica invertida frente a la forma cilíndrica que predominaba en el TM IIIb, siendo el TF I la etapa que sirve de separación entre ambas tendencias formales. Igualmente, estas urnas van haciéndose también más alargadas frente a la forma globular que las caracterizaba con ante-

rioridad. Estos vasos son frecuentes en numerosos yacimientos y sería prolijo enumerarlos aquí, hallándose entre otros en Chorreras, Alhonor, Frigiliana, Tejada o el mismo cabezo de San Pedro, pero nos parece más oportuno remitir a trabajos monográficos en los que se clasifican y fechan los diversos tipos, además de recogerse la bibliografía sobre los mismos (174).

La tendencia a que las paredes de las ánforas sean más verticales sigue manifestándose de manera cada vez más acusada, lo que no quiere decir que ofrezcan estas piezas grandes variaciones formales respecto a otros periodos, aunque son más abundantes las que presentan un borde sencillo que se proyecta hacia el exterior y aquéllas que lo poseen ligeramente engrosado en el interior, lo que les da una sección de tendencia triangular; así mismo, algunos ejemplares poseen un pequeño rebaje junto al extremo del borde por el interior, destinado a que en el mismo reposase la tapadera del ánfora. Paralelos del conjunto de ánforas de este momento los encontramos en la mayoría de los yacimientos protohistóricos andaluces, aunque hemos de reseñar la gran afinidad que se aprecia entre las de Huelva y las del Castillo de Doña Blanca (175), circunstancias que se acentúa por la similitud de otras producciones, como las ollas toscas a torno, a las que a continuación nos referimos.

Estas ollas siguen estando presentes y además de las que poseen un borde corto y ligeramente diferenciado del galbo, aparecen otras cuyo borde se alarga y proyecta hacia el exterior, recordando su tipo al de algunas ánforas, aunque estos vasos toscos son de tendencia algo más globular y de menor altura, además de ser frecuente el que posean acanaladuras en y bajo la unión del borde con el galbo, tipo que también encontramos en las factorías malagueñas y en Doña Blanca (176).

En el resto de las producciones a torno, no podemos dejar de mencionar el incremento en número que experimentan los cuencos trípodes y que como el resto de los materiales son comunes a otros yacimientos, caso de Doña Blanca (177), aunque allí el modelo de algún tipo hace su aparición un poco antes, o en Guadalhorce (178), sin que olvidemos que en Huelva estas producciones están presentes desde el TF I, encontrando paralelos del que corresponde a dicho momento en el Cerro Macareno (179).

Pero si los materiales arqueológicos hasta aquí presentados definen y caracterizan claramente una época, no podemos pasar por alto otros objetos, realizados sobre hueso, que como veremos también se enmarcan en el TF II.

De Puerto-6, Nivel IV, procede una pequeña placa (fig. 42) de sección ligeramente curva y en la que se aprecian en su cara posterior cuatro pequeñas muescas, poco profundas, que debieron servir para engarzarla en el objeto que cubriese. Sus dimensiones son 4.2 cm. de alto por 3.2 cm. de ancho, oscilando su grosor entre 4 y 5 mm. Presenta una decoración de dos palmetas de cuenco superpuestas, muy esquematizadas y angulosas, enmarcadas

por un doble rectángulo. Todo el esquema decorativo se realizó mediante incisiones muy finas, poco profundas y de trazo no muy firme, lo que podría hacer pensar en una mano no habituada a este tipo de trabajo, pero parece más lógico considerar, dados los paralelos que de esta pieza pueden encontrarse y que también ofrecen una ejecución de similares características, que estamos ante productos industrializados y, en consecuencia, poco cuidados en su realización. El paralelo más exacto y que nos hace creer incluso puedan proceder ambas piezas del mismo taller, lo encontramos en el grupo de la Cruz del Negro (180). Las dos presentan la palmeta superior de tipo fenicio, mientras que la inferior parece responder al concepto estético de un taller local. En la propia Huelva también encontramos otro paralelo, concretamente en la tumba 5 de La Joya (181).

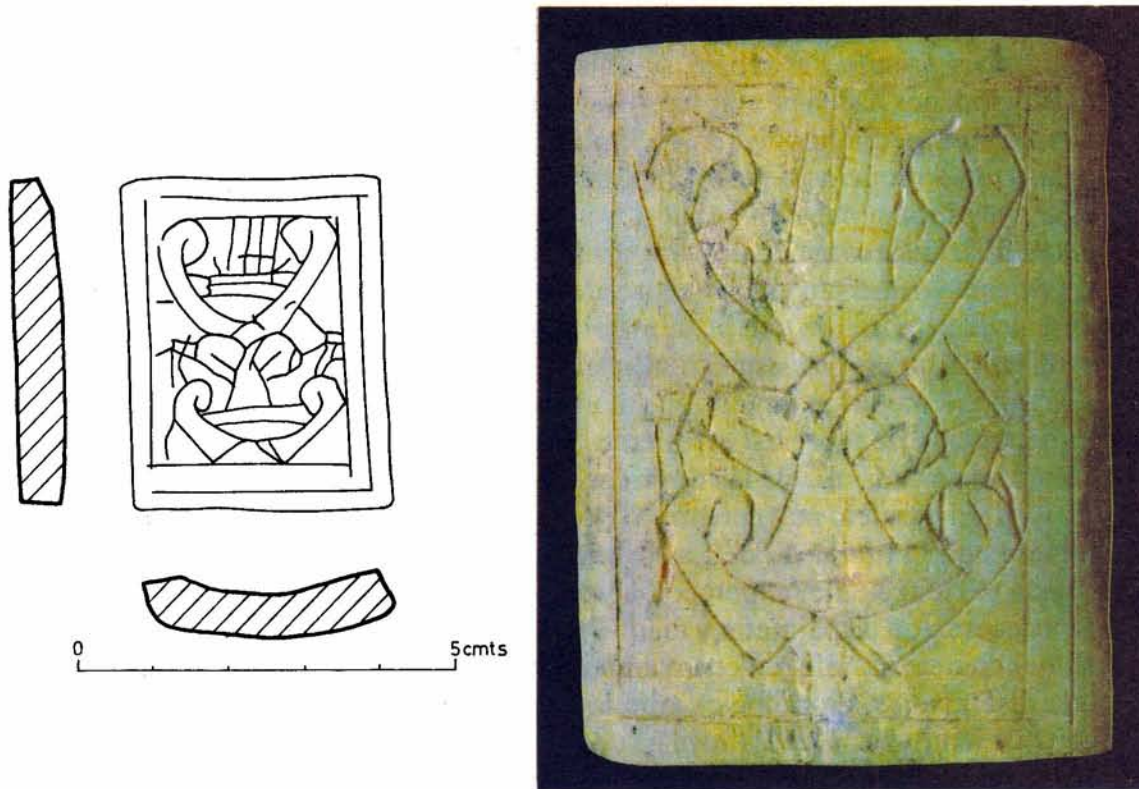


Fig. 42. Placa de hueso del Nivel IV de Puerto-6 (Huelva).

La otra pieza de hueso encontrada procede del corte B-2 de M. Núñez-4 y corresponde a la esquina de una caja. Aparece decorada, en suave relieve, con una superposición de palmetas de cuenco fenicias (fig. 43). Por su posición estratigráfica pertenece al Nivel Vb de M. Núñez-4.

Esta pieza (fig. 44) se realizó sobre un prisma de base cuadrada de 15 mm. de lado y una altura de 8,9 cm., que en una de las caras queda reducida a 8,3 cm. por el rebaje realizado para apoyar, con toda probabilidad, la tapa de la caja. Por el interior, a 1,9 cm. de la base, se trunca el prisma y se inicia el ángulo que forman las caras decoradas. La base que queda del prisma aparece rota, de arriba a abajo, en una de sus esquinas. Las dos caras decoradas, de las que una aparece con una rotura, presentan en el canto y longitudinalmente dos mortajas, en las que se introducirían los paneles que formasen la caja. Dichas mortajas no ofrecen una profundidad regular, sino que aparecen divididas en tres zonas, siendo las de los extremos más profundas que la central, pudiéndose observar también unos pequeños rehundimientos circulares en las zonas más rebajadas. Nos es difícil asegurar la finalidad de estos rehundimientos, pues aunque podrían interpretarse como huellas accidentales del útil usado para efectuar el rebaje, su ubicación pareada en dos casos y su buena definición, nos hacen pensar fueron efectuados intencionadamente y destinados a recibir pequeños pivotes de la placa que se introdujera en la mortaja; no obstante, lo reducido de estos rehundimientos hacen difícil también aceptar esta posibilidad, pues los supuestos pivotes tendrían que ser excesivamente pequeños. La decoración de esta pieza consiste en la superposición de palmetas de cuenco que van alternándose, de forma que encontramos cinco de ellas en una de las caras, la que presenta el rebaje, y seis en la otra. La disposición de estas palmetas deja espacio suficiente entre ellas para que se sitúen otras, en realidad medias palmetas que al unirse en la esquina constituyen una entera, contabilizándose así otras cinco. Completan el conjunto cinco medias palmetas en cada una de las caras decoradas.

El paralelo más cercano lo encontramos en la propia Huelva, concretamente en la tumba 17 de La Joya (182), donde se halla una cinta metálica calada perteneciente, al parecer, al carro allí excavado y que ofrece también una decoración de palmetas y medias palmetas de cuenco que se superponen. El hecho del paralelismo entre ambos objetos pudiera hacer pensar que hay una discrepancia cronológica amplia entre ambas piezas, pues ya hemos dicho que la tumba 17 de La Joya ha de incluirse en el **TM IIIa** y en consecuencia se fecharía en la primera mitad del siglo VII a.C.; pero no podemos olvidar la pervivencia que este tipo de objetos tiene y lógicamente la amplitud cronológica de los mismos, circunstancia a la que hemos de añadir la realidad estratigráfica de su hallazgo.

Volviendo a las características decorativas, debemos recordar que el motivo de superposición de palmetas de cuencos es suficientemente conoci-

do en el ámbito oriental, donde es frecuente su uso en orlas o cenefas decorativas de piezas más complejas (183). De todas formas, no vamos a entrar en un análisis exhaustivo y pormenorizado de las características y evolución de los marfiles fenicios que, por otra parte, vienen siendo estudiados desde hace décadas por diversos investigadores (184); sin embargo, sí parece oportuno que en base a dichos estudios y a la realidad estratigráfica que ahora nos ofrece Huelva, nos detengamos en algunos aspectos de los mismos.

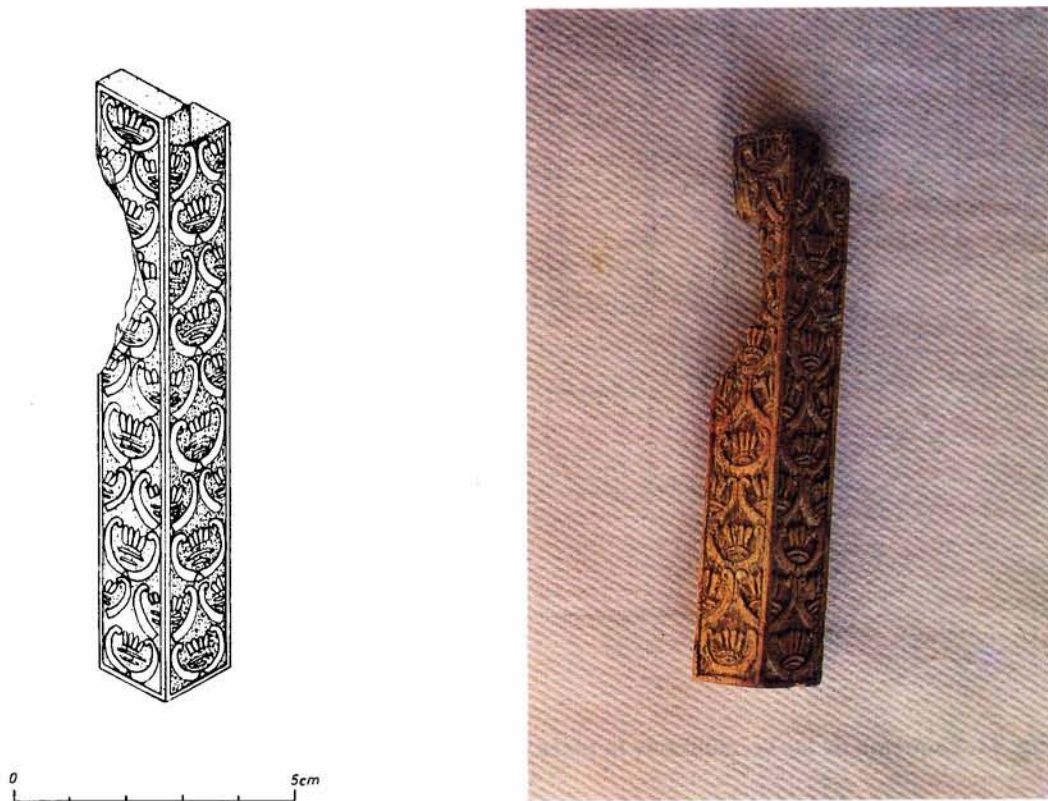


Fig. 43. Pieza de hueso del Nivel Vb de Méndez Núñez-4 (Huelva).

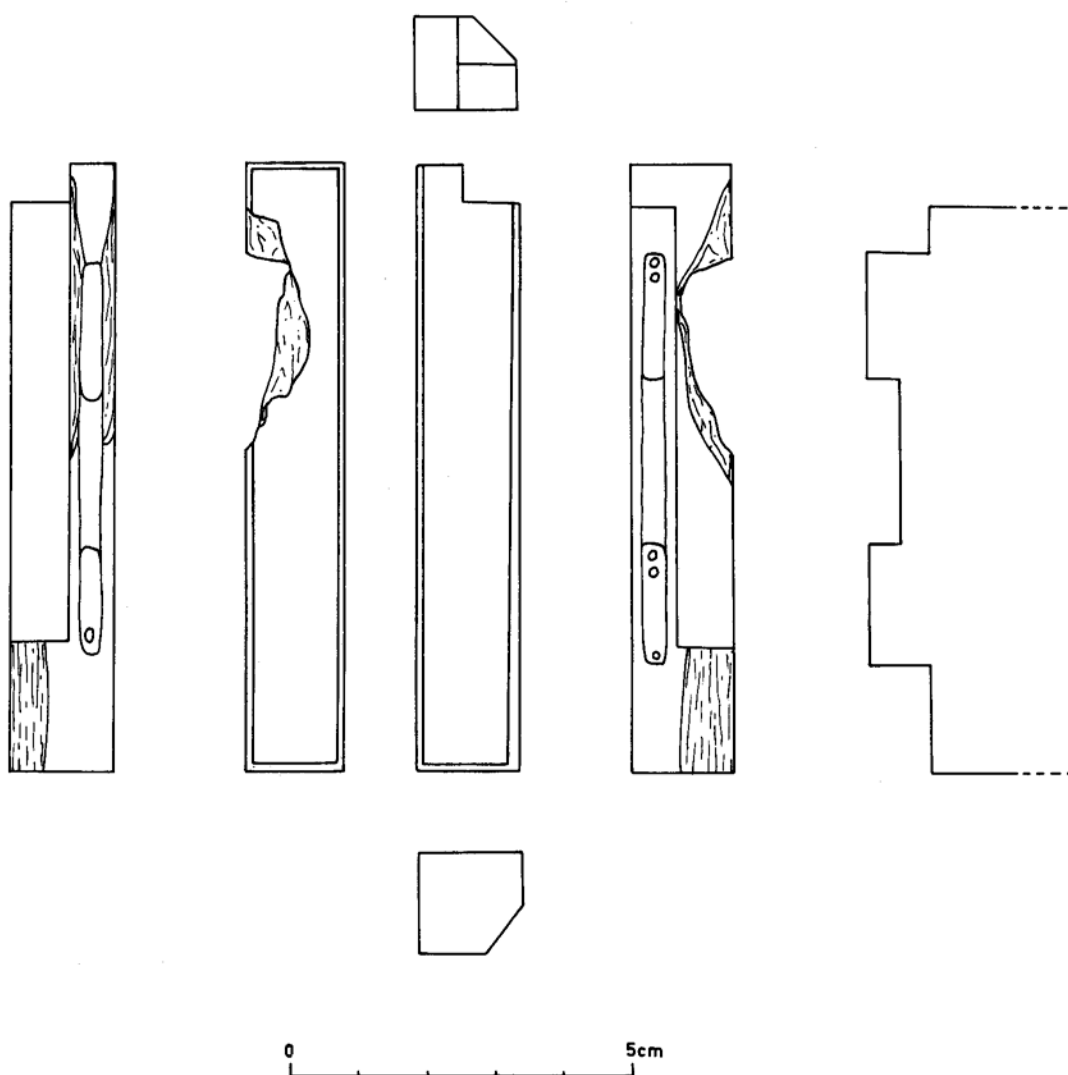


Fig. 44. Esquema de las secciones de la pieza de hueso de Méndez Núñez-4 (Huelva).

La importancia que la talla de marfil tuvo en el mundo fenicio arcaico es sobradamente conocida, teniendo su máximo desarrollo y apogeo esta técnica en los primeros siglos del primer milenio, sobre todo en el período comprendido entre los siglos IX al VII a.C. Esta producción tuvo un gran desarrollo comercial, encontrándose tanto en la propia Palestina como en palacios asirios, necrópolis chipriotas (Salamis) o santuarios (Samos) (185).

De igual forma y como consecuencia del comercio fenicio en Occidente, los productos y la técnica de trabajo en marfil llegaron a este ámbito geográfico, destacando en su producción durante los siglos VII y VI a.C., Cartago, Italia y la Baja Andalucía, donde puede afirmarse existió un centro productor, pero del que aún no poseemos datos suficientes para localizarlo con exactitud geográfica. Parece indudable, sin embargo, que esta producción copia los motivos iconográficos orientales, pero adaptándolos y modificándolos, perdiendo con ello el sentido religioso que en principio habían tenido y convirtiéndose exclusivamente en elementos decorativos, donde la libertad en la interpretación y la mezcla de los símbolos es algo más frecuente, dando lugar a una gran riqueza compositiva. Es esta una realidad que también se observa en Cartago, aunque allí se mantuvo más arraigado el espíritu oriental de estas decoraciones (186).

Por lo que se refiere a las piezas que hemos encontrado en Huelva debemos destacar algunos aspectos, al margen de su inclusión plena en el ámbito de los marfiles andaluces de los siglos VII y VI a.C.

Lo primero que ha de reseñarse es su aparición en el hábitat y no en la necrópolis, donde suele ser lo frecuente; y la importancia de este hecho radica tanto en el dato en sí mismo como porque aparecen, al menos la de M. Núñez-4 (fig.43), en un ambiente en el que la presencia de objetos de importación es abundante. ¿Quiere esto decir que nos encontramos en una zona de almacenes?.

Podría afirmarse que sí, pero también podría negarse. Y usamos el condicional, podría, con toda intención, pues también es en esa área donde aparecen los hornos de fundición y los restos de edificios que, por sus dimensiones, no parecen responder a las necesidades de un almacén. Es indudable que se puede argumentar que ha de extrañar la presencia de hornos junto a almacenes, pues en definitiva estaríamos en un espacio comercial y fabril; pero, se nos antoja demasiado amplio dicho espacio, pues restos de hornos encontramos en Botica 10-12 y pequeñas habitaciones cuadrangulares en M. Núñez-5 (fig. 21) o en Puerto-12.

A lo anteriormente expuesto hemos de añadir que, sin negar rotundamente la existencia de un área comercial y de almacenes, que bien pudiera ser el que venimos excavando en estos últimos años, el hábitat se fue extendiendo por las laderas del cabezo del Molino de Viento, como se manifiesta por estas mismas excavaciones y por la falta de evidencias claras de poblamiento en el cabezo de La Esperanza, así como la reducción del mismo, al menos durante el siglo VI a.C., en el de San Pedro, sin que descartemos que los niveles correspondientes a dicha época en este último cabezo hayan podido desaparecer con las continuas remociones que en el mismo se han venido produciendo a lo largo del tiempo (188).

En definitiva, insistimos, nos parece de sumo interés el hallazgo de estas piezas de hueso fuera de necrópolis, lo que no es un hecho aislado, pues objetos que normalmente aparecen también en ellas, como pueden ser los vasos de alabastro, los hemos hallado igualmente en nuestras excavaciones, como es el caso del fragmento del Nivel Ia de M. Núñez-4, que ya se encuadra en el **TM IIIa (Cuadro resumen)**, o el hallado en Botica 10-12 (189)(fig. 45).

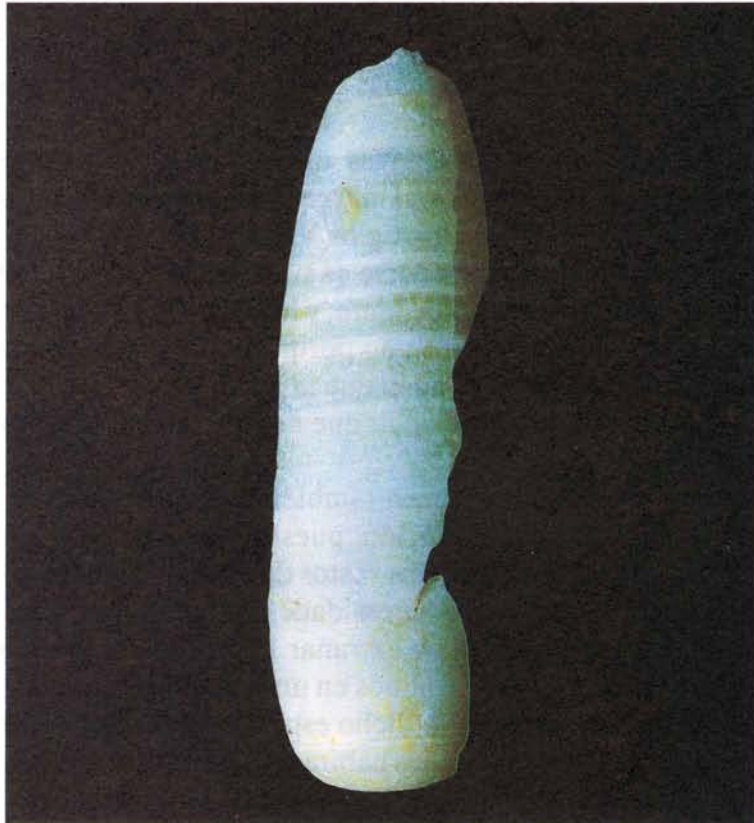


Fig. 45. Alabastro de Botica 10-12.

Pero si importante nos parece lo dicho, no menos lo es el que encontremos dos objetos realizados con técnicas tan distintas como la incisión (Puerto-6) o el bajorrelieve (M. Núñez-4).

La técnica incisa es muy frecuente en los marfiles de la Baja Andalucía, aunque en la época en que se están produciendo (siglos VII-VI a.C.) también es habitual en los marfiles asirios, pero que no pueden relacionarse ni

en forma ni estilo con los andaluces (190), ni con los marfiles cananeos o micénicos (191).

De otra parte, la pieza decorada en bajorrelieve, técnica también difundida entre los artesanos que fabricaron las halladas en Andalucía (192), denota más claramente que se inspira en el trabajo del metal (193), algo muy frecuente en la difusión, a través de otros objetos como los cerámicos, de elementos orientales en su relación comercial con el Occidente. Prueba evidente de ello es el claro paralelismo de la pieza de M. Núñez- 4 y la cinta metálica de la tumba 17 de La Joya.

En suma, nos encontramos ante dos piezas que se enmarcan dentro de las producciones de marfiles de la Baja Andalucía y que en Huelva han aparecido estratificadas en el hábitat, lo que no descarta el que estuviesen destinadas, con posterioridad a su uso cotidiano, a enriquecer los ajuares de los enterramientos de la población de esta época y que aún desconocemos (194), pues ya hemos afirmado que la mayoría de las tumbas de La Joya son anteriores al **TF II**, lo cual es congruente además de por lo ya argumentado, por la ausencia de producciones griegas en los ajuares de dicha necrópolis, excepción hecha y con las reservas que es lógico consideremos del jarro rodio o etrusco de la tumba 5.

Es indudable que la presencia de productos griegos en Huelva marca y define prácticamente un siglo; y si en el **TF I** la aparición de las primeras cerámicas de este origen tiene la relevancia a la que ya nos hemos referido, no menor es la importancia que representa su continuidad y aumento, en número y diversidad de talleres, en el **TF II** representando éste el gran momento de la presencia griega en Tartessos.

Pero, antes de entrar en detalles y pormenores de estas cerámicas, creemos oportuno hacer una valoración global, aunque somera, de estos hallazgos.

Lo primero que se detecta es el considerable aumento de su número, así como la mayor diversidad de talleres, pues si en el **TF I** su origen era básicamente de la Grecia del Este, con predominio de la Jonia del Norte y Samos, pero sin que faltaran las producciones eolias y áticas, aunque en menor número, ahora estas últimas, las áticas, incrementan su presencia, lo que no impide que las de Grecia del Este sigan predominando. Junto a ambos grupos, se constatan ahora las primeras importaciones corintias y laconias, aunque estas últimas sólo las hallaremos en este momento, mientras que las corintias también estarán presentes en el **TF III**; pero, además, la presencia de cerámicas corintias y laconias, nos permite hacer varias consideraciones.

De una parte, es a este momento al que debemos adscribir el fragmento de aríbalo corintio hallado en la Ría de Huelva, lo que hacemos por el hecho de ser ahora cuando aparecen en Huelva las producciones de dicho origen y porque dicho fragmento se fecha en el Corintio Medio (195). De otro

lado, hemos de reseñar que las cerámicas corintias encontradas hasta ahora, aríbalos, copas y ánforas, no son de muy buena calidad, mientras que las escasas laconias halladas podemos considerarlas de lujo. Y es ésta una circunstancia, la presencia de productos de lujo con otros de menor calidad, una de las características de este período, en el que predominan las cerámicas comunes sobre las de lujo, que prácticamente sólo se encuentran en el TF I.

Igualmente, se observa un predominio casi absoluto de las copas, sobre todo de las B.2, lo que es congruente con lo que sucede en el Mediterráneo como resultado del comercio foceo, que fue con toda probabilidad el que también trajo a Tartessos estas producciones.

Y esta realidad se ve completada por el hecho significativo de ser ahora cuando se constatan las que, en justicia, podemos considerar primeras importaciones áticas, ya que los escasos fragmentos hallados en el TF I no parecen responder a un amplio desarrollo comercial, como sí sucede ahora en el TF II. Esta circunstancia no ha de extrañar, pues este mismo fenómeno de importaciones áticas se estaba produciendo en Etruria y Marsella, comercio que se ve igualmente corroborado en Huelva por la presencia, aunque escasa, de algunas cerámicas masaliotas, con toda probabilidad resultado del comercio foceo al que nos hemos referido, así como por el incremento general del número de ánforas, entre las que se encuentran quiotas, corintias y áticas.

Pero, hemos de reseñar otra serie de circunstancias más concretas y fundamentadas en determinadas cerámicas, pues la variada presencia de lucernas, copas, olpes, cuencos, fuentes, ánforas, aríbalos, etc., nos permite hacer ciertas precisiones.

En primer lugar, consideramos necesario insistir en las cerámicas de tipología y decoración griegas que presentan arcilla amarillenta-verdosa. Dijimos que estas producciones son frecuentes en Huelva con una variada tipología; sin embargo, no nos ha sido posible encontrarlas en otros contextos con cerámicas inequívocamente griegas, ni nos es fácil definir el taller de procedencia, por lo que aludimos a la posibilidad de su fabricación en un taller ubicado en el Mediterráneo Central (196), en la ruta comercial seguida por los demás productos griegos, sin dejar al margen que éstas puedan ser las cerámicas foceas propiamente dichas, tal como nos propone la Dra. Cabrera (197), aunque algunos autores no consideren a Focea como un centro productor de cerámicas (198).

También encontramos ahora un vaso, de cuerpo globular, cuello corto cilíndrico, pie anular muy bajo y asa geminada sobre el hombro, que se decora con bandas de color ocre (lám. LXIX). Este tipo de vasos plantea, generalmente, discrepancias a la hora de su adscripción a un ámbito cultural concreto, dada la problemática general que ofrecen las cerámicas pintadas (198). No obstante y como veremos a continuación, no parece sea éste el caso del ejemplar de Huelva, que posee una pasta rosada con abundante mica

dorada muy molida. Piezas semejantes son frecuentes en Sicilia y Etruria (200), pero no podemos asegurar que tengan el mismo origen que la de Huelva, a la que consideramos samia, porque generalmente no se ofrecen descripciones de las pastas. Nuestra identificación como vaso samio viene dado por los paralelos que encontramos en la propia Samos (201) y sobre todo en Naucratis y Tocra (202), donde también se argumenta la posibilidad del citado origen para estos vasos.

Pero, sin duda, no son las cerámicas de arcilla amarillenta-verdosa, ni el vaso samio, las que nos van a permitir establecer valoraciones cronológicas para el TF II, lo que sí nos facilitarán otras piezas que ya dimos a conocer en su día (203).

Es ahora cuando aparecen en Huelva las producciones laconias, de las que aquí recogemos dos fragmentos, ambos del Nivel IIa de Puerto-9 (204).

Uno de ellos (205)(lám. LXX, 1) corresponde a una copa de pasta rosácea muy bien depurada que se cubre con un engobe blanco marfil, característico de las producciones laconias desde el siglo VIII a.C., sobre el que se dispone en el exterior una decoración, en barniz negro, de hojas de mirto bajo el borde y de capullos en el cuenco; el interior aparece cubierto de negro dejando finas líneas en reserva. Por las características de la pieza, de la que encontramos paralelos en Tocra (206), parece posible atribuirla al Pintor de Naucratis (207), ya que sólo él entre los autores laconios pinta los capullos abiertos con tres apéndices (208).

El segundo fragmento laconio (209)(lám. LXX, 2), de tan sólo 3 cm., corresponde al cuenco de una copa que ofrece características similares al anterior, pero no creemos pueda pertenecer a la misma copa, pues además de tener una arcilla menos rosada y ser más amarillento el engobe, su diámetro sería de unos 16 cm. aproximadamente, mientras que la copa del Pintor de Naucratis tiene sólo 14 cm. en la línea bajo el borde; no obstante, es indudable el origen laconio de esta pieza, que aparece decorada con una cabeza masculina imberbe con los cabellos largos y ondulados. Dadas las características del motivo decorativo, fundamentalmente en lo que se refiere al diseño del ojo, que es grande, circular y en el que no se señala el iris, junto al tratamiento de los cabellos, formados por bandas horizontales, ha hecho que se proponga también como autor de la misma al Pintor de Naucratis (210).

Y si estas cerámicas laconias son ejemplo de un comercio de productos de lujo, aunque minoritario dentro de las producciones griegas que ahora llegan Tartessos, también son de gran calidad otras cerámicas griegas de este periodo, caso de las copas Gordion (211).

Hallados en el Nivel IIb de Puerto-9, son fragmentos de una calidad excepcional y que, por otra parte, denotan la libertad creadora de los artistas

que las hicieron y decoraron, pues aún siendo copas Gordion presentan características propias dentro de los esquemas generales que definen el tipo.

Uno de los fragmentos (lám. XCI, 3) corresponde a la banda decorada que rodearía al motivo figurado que se representase en el tondo, mientras que el exterior aparece completamente barnizado de negro, lo que hace que no podamos considerarla como una Gordion típica, pues éstas suelen presentar en el exterior una banda en reserva coincidiendo con el tondo (212). Otro elemento que la diferencia del modelo es el motivo de aspás, cuando lo normal es que entre los puntos aparezcan lengüetas; pero, junto a los elementos *anómalos*, encontramos otros propios de este tipo de copas, como es la presencia de una línea de barniz diluido separando las filas de puntos que, por otra parte, caracteriza las producciones más antiguas (213). En definitiva, nos encontramos ante una pieza de gran calidad y que aún perteneciendo al grupo de las copas Gordion, ofrece una serie de peculiaridades que sólo pueden ser reflejo de la capacidad artística de quienes la crearon y no parece fácil, en principio, asegurar nada en este sentido. No obstante, vamos a exponer una serie de consideraciones en relación con sus posibles autores que, desde ahora y lo adelantamos, creemos pudieron ser Ergótimos y Clitias.

Realmente es difícil poder precisar lo dicho y, al mismo tiempo, no queremos se interprete esta afirmación como resultado de un desmedido afán por ver en cada fragmento obras maestras y todo ello al hilo de los hallazgos griegos de Huelva. Pero, si ésta es una realidad a tener en cuenta, también lo es la presencia de estas piezas.

La excepcional calidad de esta cerámica nos hace pensar, sin duda, en un alfarero de manos sensible y técnica depurada, como lo fue Ergótimos, quien con Clitias produjo una serie de piezas de altísima calidad, como así lo evidencia la delicadeza del tema decorativo que aquí analizamos. El motivo de aspás con puntos fue muy usado por Clitias para decorar los peplos de las figuras femeninas (214) y que comprobamos con exactitud en el Vaso François, así como en las Nereidas de una hidria de la Acrópolis (215) o en la Ateña de la olpe, también de Clitias, hallada en la misma calle Puerto de Huelva (216). De otra parte, el uso de líneas de color rojo para separar las aspás bien pudiera ser una influencia de Sofilos, que usó con asiduidad este color aunque para elementos secundarios (217). Por último, parece un dato definitivo para su adscripción, la existencia de la línea de barniz diluido a la que anteriormente hemos hecho alusión (218).

¿Quiere esto decir que nos encontramos ante una obra de Clitias y Ergótimos?. Creemos poder afirmar que así es.

Con esta pieza hallamos otra (lám. XCI, 1), en este caso correspondiente al labio de una copa que también catalogamos como Gordion, aunque presenta algún aspecto que, en principio, no es definitorio de estas piezas, como es el que aparezca el labio reservado. Ya argumentamos en su día (219),

que al observar esta pieza la reacción inmediata es catalogarla como una "copa de labio", al ver que éste aparece en reserva; pero éstas tienen un perfil que tiende a ser recto, mientras que aquella lo posee ligeramente convexo, al tiempo que la unión entre labio y cuenco es muy marcada, abrupta, lo que es propio de las Gordion (220), característica a la que hemos de sumar el que la articulación de labio y cuenco por el interior se señala mediante una banda ancha en reserva (221). No obstante estas consideraciones, el que aparezca reservado el labio y de acuerdo con la cronología que veremos ha de otorgarse al **TF II**, podría afirmarse que ésta es una "copa de labio" perteneciente a un momento en el que aún no se ha fijado el canon de estas piezas, lo que ocurre hacia el 570-560 a.C. (222); pero no hemos de olvidar que fueron Clitias y Ergótimos quienes crearon las Gordion, unos artistas que debieron ser capaces de producir numerosas variantes de un mismo tipo cerámico, viéndose apoyada esta argumentación por la existencia de otra copa Gordion con el labio igualmente reservado y que también se atribuye a estos artistas (223).

Por último, hemos de indicar que coincidiendo con la aparición de nuevas formas con engobe rojo, a las que atribuimos un posible origen fenicio occidental, se produce una mayor presencia de grafitos (224), a los que han de sumarse dos inscripciones griegas realizadas sobre cerámica de dicha filiación (225).

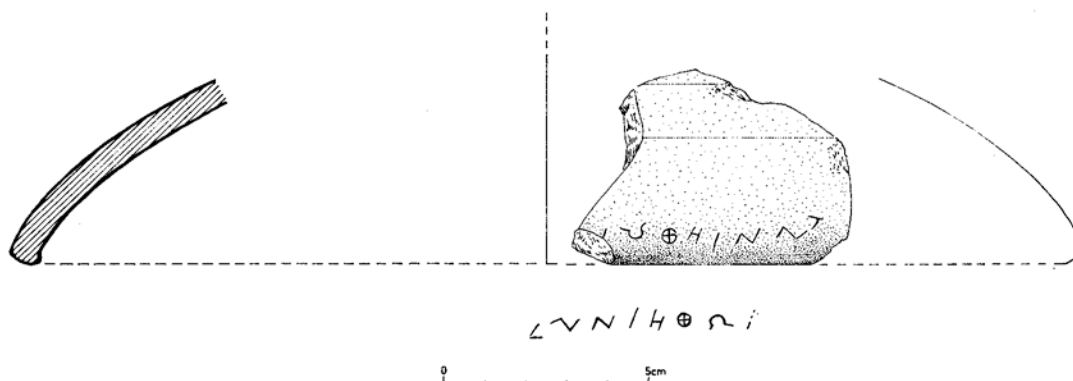


Fig. 46. Inscripción griega (NIETHO) sobre pieza milesia, procedente de Puerto-9.

Una de las inscripciones (fig. 46), que procede de Puerto-9, está realizada en el exterior de una pieza milesia que consideramos tuvo uso como tapadera, tal como es frecuente en la propia Mileto (226). La pieza, de 25 cm. de diámetro y 0.7 cm. de grosor, posee un borde aristado y ligeramente engrosado al interior; su pasta es amarillenta, con desgrasantes muy finos entre los que abunda la mica; las superficies, cubiertas de un fino engobe del mismo color de la pasta, aparecen bien cuidadas, especialmente la exterior sobre la que se realizaron dos finas incisiones y la inscripción, cuya lectura nos da el posible nombre propio **NIETHOS** (227). Si esta lectura es correcta, parece que nos encontramos ante el nombre tartesio, pero helenizado, de un personaje masculino al que se hace la dedicatoria o regalo.

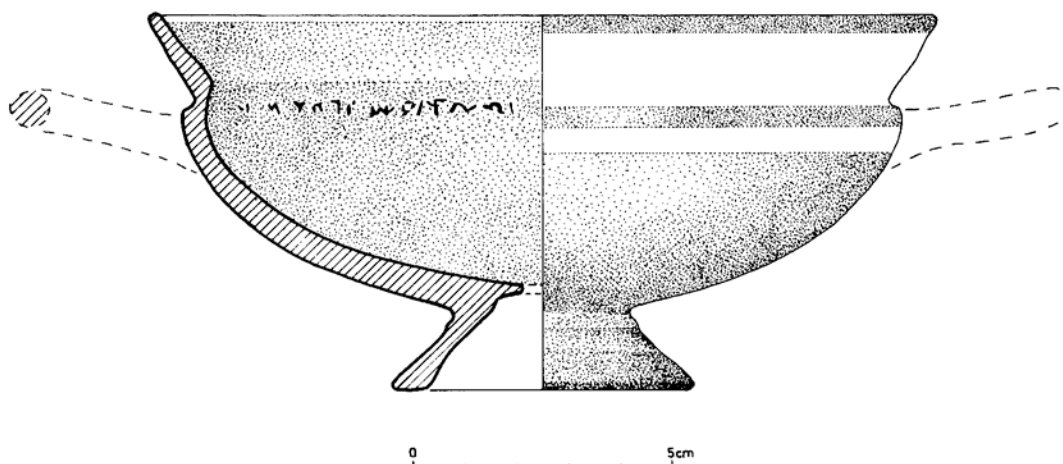


Fig. 47. Inscripción griega sobre copa B.2, de Botica 10-12 (Huelva).

La segunda de las inscripciones (fig. 47), procedente de Botica 10-12, fue realizada en el interior de una copa B.2, pero su ejecución sobre el barniz y el mal estado de conservación del mismo impide su lectura (228).

Hasta aquí hemos venido presentando los elementos que caracterizan y definen el **TF II**; y son estos mismos los que nos van a permitir fechar este período, que ya hemos visto ofrece una serie de novedades respecto del **TF I**, como son entre otras la presencia de pequeños vasos bruñidos, la aparición de platos con engobe rojo y carena exterior, o el incremento de los productos griegos, con la presencia de cerámicas laonias, corintias y áticas, además de las todavía mayoritarias procedentes de la Grecia del Este. Todo ello, unido a los paralelos que de estos materiales hemos ido presentando y refrendado por la posición estratigráfica en que aparecen, así como por las cerámicas griegas que, en algún caso, hemos de atribuir a artistas concretos, nos permite establecer un marco cronológico entre el 590 y el 570/560 a.C. para el **Tartésico Final II**.

6.3.3. Tartésico Final III.

El que este periodo venga marcado, en su cronología, por un comienzo al que damos el margen de una década (570/560), que es al mismo tiempo el final del **TF II**, se explica por diversas circunstancias, aunque en principio creemos poder sentirnos satisfechos, porque no siempre es posible precisar la cronología como Huelva lo permite, circunstancia que se ve favorecida por la buena estratificación de los materiales, el amplio conocimiento que de algunos de ellos se va teniendo y el que de otros se posee.

En el sentido expuesto, es indudable que son los productos griegos los que facilitan las precisiones que venimos expresando y los que más nos han posibilitado, junto a las cerámicas con engobe rojo y las etruscas, el establecer los subperíodos del **Tartésico Final**. Pero sobre todo esto volveremos más adelante, una vez presentemos las escasas novedades que los niveles IIIa, IIIb y IIIc de Puerto-9, V de Puerto-6 y VI de M. Núñez-4 ofrecen. No se observan ahora innovaciones respecto de las técnicas constructivas, si acaso una reducción en el tamaño de los mampuestos, que también se trabajan mejor, persistiendo y conviviendo los pavimentos de arcilla roja con los que lo son de arcilla amarillenta (229).

La producción de metales, plata fundamentalmente, sigue documentándose a través de las escorias que se hallan, pero parece apreciarse una menor presencia de coladores y cerámicas con restos de fundición, lo que puede interpretarse como el inicio de la reducción de la actividad metalúrgica.

En general, las cerámicas tampoco ofrecen muchas novedades, por no afirmar que no las hay, y la cuestión se centra en la mayor o menor presencia de ciertas formas y tipos cerámicos.

En las producciones a mano y bruñidas sólo se constata una disminución generalizada de las mismas, aunque siguen estando presentes los vasos

bruñidos que aparecieron en el **TF II**, al tiempo que aumenta discretamente el número de los cuencos a mano.

Las cerámicas con engobe rojo tampoco ofrecen variaciones dignas de mención respecto del periodo precedente, excepción hecha de la desaparición de los cuencos carenados que proyectan el borde hacia el exterior (C.3.a), o la aparición de nuevo de cuencos aristados (C.1.b) del tipo de los que ya encontramos, aunque de forma exclusiva, en el **TM IIIb (Cuadro resumen)**. No obstante, sí se observan algunas variantes en diversas formas cerámicas, como puede ser la mayor abundancia de cuencos hemiesféricos con el borde apuntado, o aquellos que marcan ahora menos el engrosamiento y tienden a presentar el borde sólo redondeado e incluso ligeramente aplanado (C.4.b)(230). Por último, señalar que los vasos con engobe rojo de perfil en S (V.2), presentan ahora un cuello más corto y la unión de éste con el galbo se hace más suave.

De otra parte y en general, las cerámicas a torno tampoco ofrecen grandes variaciones ni novedades. Las urnas siguen su tendencia a presentar el cuello cada vez más abocinado, aunque continúan estando presentes los ejemplares de cuello cilíndrico; y los cuencos, sean de pastas grises, de cocción oxidada o aparezcan pintados, siguen desde su aspecto formal la misma tendencia que los fabricados a mano y los de engobe rojo, pareciendo que no es la forma lo que los define, sino el distinto tratamiento lo que los distingue entre sí. No es éste, sin embargo, el caso de los platos grises, aquéllos que siguen diferenciando el borde mediante una suave carena o haciéndolo cóncavo, pues ahora aparecen ejemplares que se decoran con la adición de anillos que circundan el galbo, encontrándose también bases en anillo.

Tampoco se aprecian variaciones formales en las ánforas, ni en las ollas toscas a torno, pero sí se observa que aparecen formas cerámicas, sobre todo grandes cuencos y fuentes, que recuerdan a las fuentes griegas que habían hecho su aparición en el **TF II**, circunstancia a la que ya hicimos referencia al presentar los niveles y cerámicas de cada una de las excavaciones estudiadas, fundamentalmente Puerto-9, que es donde mejor se ha podido apreciar este fenómeno.

Pero, sin duda, como ocurría en los subperiodos precedentes del **Tartésico Final**, son las producciones de origen griego las que nos permiten definir y aquilatar las características y cronologías de este último momento de Tartessos. Ahora bien, no vamos a entrar en una pormenorización de todos los elementos griegos, pues ya los hemos presentado en páginas precedentes, sino que como hasta ahora haremos una valoración global de la problemática que estos objetos plantean y sólo nos detendremos en aquéllos que por su singularidad, interés intrínseco o extrínseco y utilidad para precisar datos de diversa índole, sea oportuno hacerlo.

Lo primero que se observa es una disminución generalizada de las producciones griegas y aunque siguen predominando las de Grecia del Este, las áticas se acercan porcentualmente, pero no es que éstas aumenten su presencia, pues mantienen el mismo nivel que en el **TF II**, sino que aquéllas descienden en número. Del mismo modo, se observa la ausencia de productos laconios que, como hemos visto, parecen exclusivos del periodo precedente, aunque sin embargo sí están presentes las producciones corintias, que junto con las laconias habían hecho su aparición en el **TF II**; y, en general, también se aprecia cierta pérdida de calidad en el conjunto de las cerámicas griegas, lo que parece es una tendencia que se observa en todo el Mediterráneo (231).

Entre las cerámicas de la Grecia del Este siguen estando presentes las copas B.2 y B.3, así como las ya aludidas con anterioridad de pasta amarillento-verdosa, observándose en general un predominio de los productos samicos sobre los focoe- eolios, al tiempo que se mantiene una suficiente presencia de ánforas de diversa procedencia (milesias, corintias, quiotas, áticas, masaliotas...), a las que deben sumarse las ánforas etruscas (232).

Las cerámicas áticas que, como hemos dicho, casi se equiparan porcentualmente a las de Grecia del Este, también se caracterizan por la pérdida de calidad y por ser mayoritarias las copas de bandas, a las que acompañan otras de Siana, de comastas y producciones como las ánforas de figuras negras y la píxida- trípode. Y son básicamente algunas de estas producciones áticas, junto con las masaliotas que más adelante veremos, las que nos permiten establecer la cronología de este período.

Ya hemos hecho alusión a que el inicio de este momento ha de establecerse en la década que va del 570 al 560 a.C.; y es así por la posición estratigráfica de diversas cerámicas que analizamos a continuación.

Tanto en el Nivel Ib de Puerto-9, integrado en el **TF II**, como en el IIIa del **TF III**, aparecen sendos fragmentos de ánforas que por las características de su decoración parece posible atribuirlos al círculo del Pintor de la Gorgona.

El primero de ellos (lám. XCI, 4) es muy pequeño como para que podamos hacer precisiones ni afirmaciones categóricas respecto del mismo, no siendo posible siquiera identificar el motivo que lo decora, aunque la impresión que ofrece es la de haberse representado una melena de cabellos pintada de rojo.

El segundo fragmento (lám. CVIII, 17) conserva de la decoración parte de una cabeza de perfil en la que el cabello se representa con una línea ondulada de pintura roja, mientras que en el ojo, de gran tamaño, la pupila y la ceja se marcan con incisiones. Con estos escasos datos es difícil saber qué figura es la representada, de la que sólo podemos afirmar debió ser de gran tamaño.

Cierto es que con estos elementos de juicio que poseemos es difícil adscribir estas piezas a un autor o taller concreto, aunque ya hemos adelantado que pudieran pertenecer al círculo del Pintor de la Gorgona. Y lo hacemos básicamente en función del segundo fragmento, pues es característico del pintor citado señalar la pupila con un círculo (233), algo que no hacen otros artistas como Sofilos, lo cual no quiere decir que fuese él exactamente el autor, sino que bien pudo ser alguno de los miembros del taller que dirigía y que representa uno de los primeros ejemplos de industrialización de la cerámica (234).

Junto a estas piezas aparecen algunas con decoración de comastas, de las que debemos destacar la presencia de varios fragmentos que atribuimos al Pintor KY (235), uno de los artistas más innovadores y que entre otros motivos aportó el de puntos unidos por líneas, en realidad una red de puntos (lám. CVIII, 15)(236), lo que también proporciona un dato cronológico, pues las cerámicas así decoradas son más modernas que las que llevan rosetas en el borde (237). Característico igualmente del Pintor KY es representar las manos con el pulgar extendido y sin incisiones para señalar los dedos (238), lo que observamos en uno de nuestros fragmentos (lám. CVIII, 16). De este mismo pintor consideramos otra pieza en la que se conserva parte de la pierna de un comasta (lám. CVIII, 14), representándose la articulación de la rodilla por medio de las características incisiones que recuerdan una Y.

A los fragmentos decorados con comastas por nosotros hallados, hemos de añadir el perteneciente a un escifo encontrado entre las tierras extraídas de Puerto-10 y que también se atribuye al Pintor KY (239).

Por lo que se refiere a los diversos fragmentos de copas de Siana que ahora aparecen, hemos de señalar en primer lugar su perfecta adecuación estratigráfica, ya que aparecen junto con las copas y escifos de comastas, pues son contemporáneas de éstos en sus inicios, aunque aquéllas perduran hasta el último cuarto del siglo VI a.C. De entre el conjunto de copas de Siana halladas vamos a referirnos en detalle a una de ellas, ya publicada por nosotros con anterioridad (240), pero que por sus características, concretamente su decoración floral, es digna de ser analizada con mayor detenimiento.

Decorada según el sistema *double-decker* (lám. CVIII, 11)(241), es decir, mediante el establecimiento de dos frisos decorados que se ubican en el labio y la zona de las asas respectivamente, ofrece un esquema decorativo en el que se encadenan flores de loto y palmetas, alternando el rojo y el negro de los pétalos, así como la zona de unión entre flor y palmeta. Lo primero que llama la atención es que la decoración aparece truncada por una incisión, debido a que es la zona inmediata al asa, como se deduce de la pequeña mancha de barniz negro que se observa a su derecha y que debió cubrir ésta. El esquema decorativo que analizamos no es extraño aparezca ornamentando otro tipo de vasos, sobre todo olpes y ánforas, principalmente en el cuello

de las denominadas *Tyrrhenian amphorae* (242) y fue usado por el Pintor de la Gorgona para decorar el ánfora que de este autor se conserva en el Louvre (243), sin que pretendamos se interprete esta alusión como que fue dicho pintor quien realizó la copa de Huelva.

Pero el Nivel IIIa de Puerto-9 no sólo aporta los materiales que vemos reseñando, sino que es también el último donde aparecen producciones quietas y *à la brosse*, probablemente áticas, así como un ánfora etrusca del tipo EMC de Gras (244)(lám. CVI, 3).

Dado lo pequeño del fragmento, la ausencia de las asas y de la base, no es fácil catalogarlo dentro de un tipo concreto de los establecidos por diversos autores (245); no obstante, intentaremos clasificarlo tipológicamente. De arcilla castaño-rojiza con desgrasantes medios, presenta un borde redondeado que, por el exterior presenta un ligero hundimiento bajo el borde. Estas características del borde hacen que podamos incluirla en el grupo de ánforas de los tipos 3A y 3B de F. y M. Py (246), que se corresponden con el modelo EMC de M. Gras, más concretamente con el EMC 3, aunque no sería descartable su adscripción al tipo EMB (247), pues el ejemplar de Huelva presenta muy marcado el hundimiento bajo el borde, como es normal en este modelo; sin embargo, el perfil del borde está más cerca del tipo EMC 3, pues sobre una hipotética vertical se apoyarían los extremos del casquete de esfera que constituye el perfil del borde, mientras que en el modelo EMB la arista que establece la diferencia entre el borde y el cuello se proyecta más allá de la vertical. También ayuda a englobarlo en el tipo EMC 3 el tramo de cuello conservado y que nos da idea que éste sería alargado, mientras que en los tipos EMC 1 y EMC 2 el cuello es muy corto y es mínima la separación entre el borde y el cuerpo del ánfora.

Y la definición del tipo al que pertenece el ánfora etrusca de Huelva no es algo secundario, que nunca lo es cuando se trata del estudio de cerámicas, sino que en este caso toma una especial relevancia.

Si consideráramos que se corresponde con el modelo EMB, deberíamos aceptar entonces que tuvo la base plana. Por el contrario, si pertenece al modelo EMC, su base sería puntiaguda. Puede parecer banal el que nos detengamos en estas consideraciones tipológicas, pero no lo son desde el momento en que se comprueba que muy raramente se exportaron ánforas etruscas de base plana (grupos EMA y EMB) y sí por el contrario las de fondo puntiagudo, sobre todo de los tipos EMC 2 y 3, hacia Marsella y el Languedoc (248).

Pero, sin duda, es la cuestión cronológica la que también debe preocuparnos y no es tarea fácil, pues son diversas y en algún caso encontradas las opiniones de los especialistas.

Si consideramos el ánfora de Huelva como del tipo EMC 3, debe fecharse antes de mediados del siglo VI a.C., ya que el grupo EMD, que se co-

rresponde con el tipo 4 de F. y M. Py es posterior a aquél, se fecha en la segunda mitad del siglo VI a.C. y durante todo el V (249). debiéndose tener en cuenta además que para los grupos EMA y EMB se considera una cronología amplia de la primera mitad del siglo VI a.C. (250), sin que por el momento sea posible, al parecer ajustar más estas fechas.

A la vista de las consideraciones expuestas, junto al hecho de encontrarse este ánfora acompañada de las cerámicas griegas que hemos presentado (ánforas del círculo del Pintor de la Gorgona, cerámicas decoradas por el Pintor KY, copas de Siana, últimas producciones quietas y *à la brosse* áticas...), además de la aparición de las primeras copas de banda, nos hacen insistir en la fecha citada del 570/560 a.C. para el Nivel IIIa de Puerto-9, que al mismo tiempo sirve para marcar la diferencia entre el último momento del **TF II** y el inicio del **TF III**, que se caracteriza por la presencia, cada vez más numerosa, de copas de banda y de cerámicas masaliotas.

De entre las copas de banda destacamos una de ellas (lám. CXIV, 10), barnizada en negro y en la que se conserva la parte trasera y el ala desplegada de un cisne junto a una palmeta, no completa que se iniciaba en el asa. La decoración, que aparece delimitada por incisiones, está realizada en negro con puntos de color rojo- vinoso en la palmeta y una banda del mismo color que cruza el ala. Esta copa la hemos atribuido con anterioridad al Pintor de Tleson (251), en base a las características y diseño de la decoración y así fue aceptado posteriormente por otros investigadores (252), que en nuevos y más recientes estudios dudan de dicha autoría (253), aunque aceptan puede ser de su círculo (254). Sea como fuere, quizás lo de menos sea el autor, lo que realmente interesa es comprobar que en Huelva aparecen copas de los Pequeños Maestros (560-530 a.C.) y de gran calidad como la aludida, que por lo profundo del cuenco ha de considerarse como de las más antiguas (255). El conjunto hallado en Huelva se acerca a las producciones encontradas en Etruria, donde se documentan los mejores y más numerosos ejemplares del Mediterráneo Occidental. Y no es gratuita esta referencia que hacemos a Etruria, pues allí también se exportaron, junto con las copas de banda, el mayor número de cerámicas decoradas con comastas, lo que parece tener cierta correlación con los hallazgos griegos de Huelva, equiparables en calidad, y que se ven completados por los cántaros y ánforas etruscas encontradas en esta ciudad.

Por último y de entre el variado grupo de cerámicas griegas que forman el conjunto de las mismas en el **TF III**, hemos de referirnos a algunas otras piezas que nos van a permitir el encuadre cronológico del periodo, así como aportan nuevas perspectivas respecto de las relaciones y rutas comerciales existentes. Y para ello vamos a centrarnos en una píxida-trípode y en una ánfora de figuras negras.

La primera pieza a la que nos referimos (lám. CXVII, 1)(256), la reconstruimos en base a dos fragmentos. Uno corresponde al borde e inicio del cuenco, presentando en reserva el plano del borde; el otro fragmento pertenece a una de las placas y conserva parte de la decoración figurada, concretamente una cabeza masculina cubierta por un casquete de color rojo, tras la cual y delante de ella parecen adivinarse restos de otras figuras. Su forma responde al canon de estas piezas en época arcaica, cuya fabricación se inicia con el siglo VI a.C. y perduran toda la centuria (257). No obstante y por su posición estratigráfica (Nivel IIIc de Puerto-9), parece poder otorgársele una cronología de mediados del siglo VI a.C., coincidente con las producciones de los Pequeños Maestros halladas en Huelva y junto a las que aparece.

Acompañando a estas piezas encontramos un fragmento de ánfora, en el que se conserva la parte inferior de dos figuras danzando (lám. CXVII, 2), de las que una viste un chitón negro que se adorna con puntos rojos y una orla marcada con incisiones, mientras que la segunda, por lo que se aprecia, está desnuda y debe corresponder a un personaje masculino porque no se aprecian restos de pintura blanca, como es frecuente en las carnaciones de las figuras femeninas. La que aparece vestida también debe pertenecer a un hombre. Por lo que se conserva de la decoración es difícil hacer cualquier argumentación sobre la escena representada, ¿quizás dionisiaca?, lo que igualmente sucede al intentar decir quien pintó este ánfora, lo que no impide sin embargo considerarla como cercana al círculo del Pintor de Amasis (258) y en consecuencia fechable desde poco antes de mediados del siglo VI a.C., aunque nuestro ejemplar debe ser algo más moderno dado el contexto en que aparece.

Reseñamos por último la presencia, aunque reducida, de cerámicas masaliotas acompañando a las producciones áticas y etruscas, lo que puede interpretarse como que el comercio griego con Tartessos está ahora más integrado en los circuitos del Mediterráneo Occidental y no depende tan directamente del ámbito oriental.

Pero, junto a estas cerámicas, aparecen ahora otros elementos que evidencian, aún más que dichas producciones, los intercambios comerciales que se estaban produciendo ya, y probablemente desde antes, con una clara concepción económica de mercado. Naturalmente nos estamos refiriendo a la presencia de los *obeloids* hallados en M. Núñez-5 (fig. 21) y a los que vamos a dedicar ahora nuestra atención (259).

Hace algún tiempo, en uno de nuestros trabajos (260) y antes de encontrar estos *obeloids* (fig. 48), habíamos expresado la opinión respecto a que la presencia griega en Tartessos pudiera venir explicada, entre otras causas, por la introducción que los griegos estaban haciendo de un nuevo patrón económico que ya no se basaba en el mero intercambio de productos, sino que se fundamentaba en un sistema de pesos, medidas y equivalencias que finalizó

en la consecución de la moneda. Esta argumentación, para la que en ese momento nos faltaba el dato objetivo que hoy poseemos, gracias a los *obelos*, era una hipótesis de trabajo que se basaba en el conocido texto de Herodoto (I, 163) donde se hace referencia a que Argantonio ofreció *dinero* a los focenses para fortificar su ciudad contra los persas.



Fig. 48. Obeloi hallados en Méndez Núñez-5 (Huelva).

Esta opinión fue objeto de cierta controversia (261), aunque con anterioridad incluso a nuestro escrito se había apuntado esta misma posibilidad (262), pero quizás en ese momento el autor usó el término *dinero* de pasada y sin prestar excesiva atención a lo que el mismo implica en cuanto a las relaciones económicas y que en el caso que nos ocupa, insistimos, es de la máxima importancia.

La posibilidad que apuntábamos se negaba en base a la interpretación del término *chrémata* y no en función del análisis económico de la realidad que planteábamos; cierto es que lo hacíamos a partir de un texto, pero tomando como punto de partida la evidencia arqueológica que nuestras excavaciones habían puesto de manifiesto. El que propusiéramos esta hipótesis, que hoy consideramos más cercana a la realidad, no quería decir que defendiéramos la presencia física de monedas en Tartessos y menos aún que éste acuñase, como ya argumentamos al objeto de hacer más clara y comprensible nuestra idea (263), al tiempo que aludíamos nuevamente al establecimiento del valor de cambio de los productos en base a un patrón económico predeterminado. No obstante, vamos ahora a insistir de nuevo en la duda planteada.

Se opinaba que los foccos debieron repetir "*en Tartessos un esquema comercial ya prefigurado por los fenicios o, acaso, por los mismos samios*", para continuar afirmando que "*la clave de la discusión textual estaría en el término chrémata, que se traduce habitualmente por un equívoco dinero*", cuando en realidad "*chrémata significa lo que se utiliza, lo que sirve para pagar*" (264). Igualmente, se indicaba también que cuando Herodoto (IV, 154) se refiere al viaje de Colaios a Tartessos y a las ganancias que obtuvo, se puede deducir el uso de un sistema metrológico basado en el peso de la mercancía y, por tanto, apuntar a un sistema premonetal que ya habían usado los fenicios antes que Colaios (265).

Llama la atención el que se insista en una "*discusión textual*" y al mismo tiempo se hable de la posibilidad de un sistema premonetal que para "*nada innovarían* (los foccos)" (266); y hemos de insistir en lo que el término premonetal puede implicar, pues somos partidarios de aquellos que defienden que no es lo mismo un sistema **premonetal** que uno **protomonetal**, pues aquél es anterior a toda moneda y en consecuencia está más cerca del intercambio de productos y/o regalos; mientras éste, el promonetal, se basa en un patrón susceptible de ser más fácilmente dividido e incluso modificado en base a los avatares propios de la economía, es decir, puede ser devaluado (267). Sin olvidar que si "*claramente*" es "*lo que sirve para pagar*", es sin duda "*dinero*", aunque no sea moneda.

Y esta es la situación que defendíamos y hoy hacemos con más énfasis, gracias al hallazgo de los *obelos*.

Siempre nos hemos referido al intento de introducción de un nuevo sistema económico y esto, como es lógico suponer, no se produce de inmediato sino que es necesario un proceso, normalmente largo, de adaptación a la nueva realidad económica, algo que parece deducirse del relato de Heródoto referido a Colaios, pues como bien ha sido apuntado (268), al mismo tiempo que nos habla de la "*ganancia en negocios, de los beneficios*", nos dice que ofreció a los dioses una cratera de metal, ofrecimiento que se enmarca en la tradición aristocrática homérica.

De lo expuesto pudiera deducirse que existe una contradicción en el texto de Herodoto, "*ganancias*" frente a "*dones*"; pero creemos que no, y opinamos que en él se refleja con claridad la idea que defendemos; es decir, no se pasa del intercambio de regalos a la moneda en un instante, sino a través de un proceso al que es necesario ir adaptándose. Quizás, en relación con lo dicho, pudieran defenderse las teorías de aquellos investigadores que opinan que la presencia de moneda en áreas "*bárbaras*" tiene un sentido de talismán o presente de hospitalidad (269), probablemente también porque los *obelois* se suelen encontrar en santuarios e incluso en tumbas *bárbaras* como las de Pontecagnano (270).

Y, de nuevo, observamos la diferencia en Huelva. Como sucedía con las piezas de hueso o de alabastro, también los *obelois* aparecen en el hábitat y no en la necrópolis, ni en santuario alguno. En el caso de los primeros, ya explicamos la posibilidad de ser la zona de los hallazgos el área de almacenes y era lógico el que allí pudieran aparecer como en los enterramientos. Este podría decirse es también el caso de los *obelois*; pero, ¿siempre hemos de recurrir al mundo religioso para explicar lo que debió ser cotidiano y no entendemos o no queremos admitir?. Por lo que a nosotros respecta, nos negamos a seguir dicha línea de pensamiento.

En definitiva, creemos poder afirmar que la hipótesis relativa a la posible introducción por los griegos de un nuevo sistema económico en Tartessos, está más cerca de poder confirmarse gracias al hallazgo de los *obelois* de M. Núñez-5.

Pero esta modificación, que debió ser pareja a la que se estaba produciendo en el ámbito mediterráneo, hemos de situarla en el tránsito del **TF II** al **III** (570-560 a.C.), desarrollándose durante este último período al que otorgamos, por el conjunto de materiales que lo definen, el marco cronológico que abarca del 570/560 al 540/530 a.C., siendo también en el **TF III** donde debe integrarse el casco griego de la Ría de Huelva (fig. 49)(271) y más concretamente a mediados del siglo VI a.C. (272).

De otra parte, hemos de indicar que continúa la presencia de grafitos en este último período (273), sin que la misma suponga variaciones respecto de los hallados en el momento precedente.

Sí se observan, sin embargo, algunas diferencias entre el **TF** y el **TM** desde el punto de vista de algunos recursos alimentarios, como es la casi exclusiva recolección de ostras en el **TF**, frente a la mayor diversificación de moluscos observada en el **TM** (274), al tiempo que se aprecia un aumento de la cabaña ovicaprina en el **TF** frente a las de porcino y vacuno, predominantes en el **TM** (275). Esta modificación de las cabañas suele explicarse por un cambio ambiental, que da lugar a una mayor aridez y a una vegetación abierta (276); si bien no negamos esta posibilidad, sí nos atrevemos a apuntar que, en el caso de Huelva, esta modificación pudiera venir condicionada por la inten-

sa deforestación del entorno, como consecuencia de la necesidad de abundante combustible para las tareas metalúrgicas.

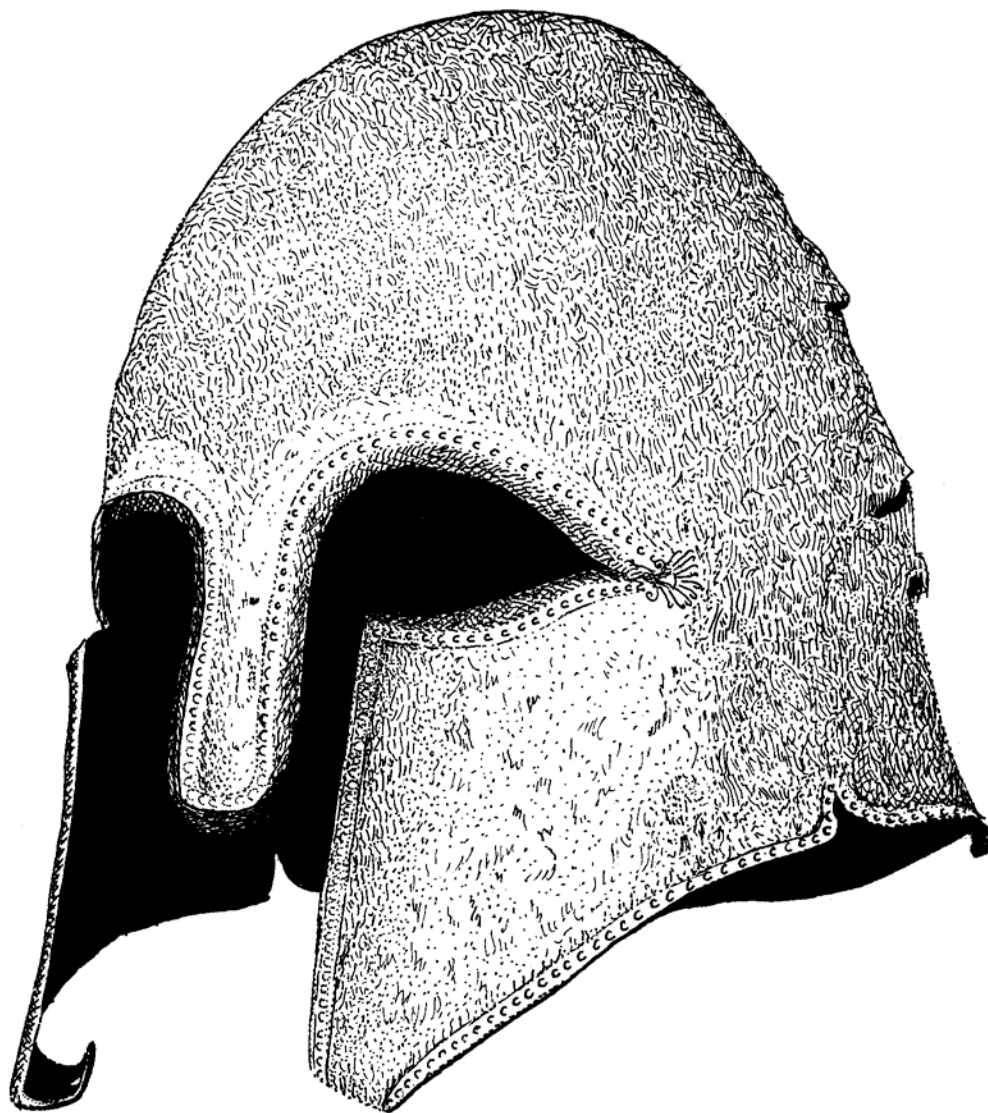


Fig. 49. Casco griego de la Ría de Huelva (según Albelda y Obermaier 1931).

Cuadro 4. Periodización cronológica-cultural

TARTESICO ANTIGUO							800
	TARTESICO MEDIO	I		Ia			
			Ib				
II			Ic				725/700
			II a				
TARTESICO MEDIO	IIIa	1		Ia	Ia		650
		9	II b	Ib			
		12					
	17	IIc	IIa	Ib			
III b			III	IIb	II		625/600
				IIc	III	IV	
TARTESICO FINAL	I	5		III	Va	I	590
	II			IV	Vb	IIa	570/560
						IIb	
III			V	VI	IIIa	540/530	
					IIIb		
						IIIc	
PERIODIZACION	LA JOYA	S. PEDRO	PUERTO-6	M. NUÑEZ-4	PUERTO-9	CRONOLOGIA	

NOTAS.

1. R. OLMOS. "Los griegos en Tarteso; replanteamiento arqueológico-histórico del problema". *HLS* (C. Almazora, 1984). Sevilla 1986, p. 597.
2. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega arcaica en Huelva". *EH 1*. Huelva 1984, p. 57.
 - "Fenicios y griegos". *HLS* (C. Almazora, 1984). Sevilla 1986, p. 573.
 - "Die Phönizier in Huelva". *MM 26*, 1985, pp. 59-60.
 - "La influencia fenicia en Huelva". *AO 4*, 1986, pp. 224-225.
 - "La orientalización de Huelva". (En M^a. E. AUBET, coord.: *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*). Ed. AUSA. Sabadell 1990, pp. 364-365.
3. K. RADDATZ y J. M. CARRIAZO. "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona". *AH 103-104*. Sevilla 1960.
4. H. SCHUBART. "Acerca de la cerámica del Bronce del Suroeste peninsular". *TP 28*. Madrid 1971, p. 171.
5. Ver nota anterior, p. 173.
6. D. RUIZ MATA. "Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla)". *MM 16*, 1975, p. 86, fig. 9.
 - R. J. HARRISON y otros. "The Beaker pottery from el Acebuchal, Carmona (Sevilla)". *MM 17*, 1976, pp. 131-132, fig. 39.
 - C. LOPEZ ROA. "Las cerámicas de decoración bruñida en el suroeste peninsular". *TP 34*. Madrid 1977, p. 346
7. M. PELLICER y F. AMORES, "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B". *NAH 22*. Madrid 1985, p. 182, fig. 44.
8. ALMONTE 1986, pp. 37-40 y 140, lám. I.
9. D. RUIZ MATA. "Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Occidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)". *HLS* (C. Almazora 1984). Sevilla 1986, p. 543.
10. M^a. E. AUBET y otros. "La mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla), Campaña de 1979". *EAE 122*. Madrid 1983, pp. 30 ss.
11. En la excavación de la calle Botica 10-12 encontramos, entre los materiales de relleno, un fragmento de cazuela carenada del tipo Papauvas.
 - J. C. MARTIN DE LA CRUZ. "Papauvas I, Aljaraque, Huelva. Campañas de 1976 a 1979". *EAE 136*. Madrid 1985.
 - "Papauvas II. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1981 a 1983". *EAE 149*. Madrid 1986.
12. J. P. GARRIDO. "Poblados de la Edad del Bronce y otros elementos culturales". *HPA*. Madrid 1975, p. 186.
13. J. FERNANDEZ JURADO y C. GARCIA SANZ. "Arquitectura y urbanismo tartésicos". *RH-79*, 8. Huelva 1989, pp. 36-39.
14. ALMONTE 1986, p. 236.

15. J. FERNANDEZ JURADO. "Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica". *HA IX*. Huelva 1987.
16. D. RUIZ MATA. "Aportación al análisis...", p. 543.
17. D. RUIZ MATA. "El Bronce Final -Fase Inicial- en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas". *AEspA 52*. Madrid 1979, pp. 3 ss.
18. SAN PEDRO 1977.
19. ALMONTE 1986, pp. 197 ss.
20. SETEFILLA 1979, p. 76.
21. P. CABRERA. "La cerámica pintada de Huelva". *HA V*. Huelva 1981, p. 327.
22. Ver nota anterior, p. 329.
23. Ver nota 21, p. 327.
24. V. GALVAN. "Análisis de pastas cerámicas". *HA VIII*. Huelva 1986, p. 311, fig. 46.
25. SAN PEDRO 1978, fig. 36, 23.
26. SETEFILLA 1979, fig. 37, 195.
27. ALMONTE 1986, lám. IX, 134-137.

También hemos encontrado esta forma cerámica en nuestras excavaciones del poblado de Peñalosa (Escacena, Huelva), localizado en las cercanías de Tejada la Vieja, que ofrece características similares, poblaciones y cronológicas, a las de San Bartolomé de Almonte, en su momento más antiguo (Fase I). Este yacimiento, excavado en el verano de 1990, se encuentra actualmente en estudio, aunque ya hemos emitido informes preliminares.

J. FERNANDEZ JURADO, C. GARCIA SANZ y P. RUFETE TOMICO. "El yacimiento tartésico de Peñalosa (Escacena, Huelva)". *RH-79, 12*. Huelva 1990.

J. FERNANDEZ JURADO, P. RUFETE TOMICO y C. GARCIA SANZ. "Cerámicas campaniformes y del Bronce Final en Peñalosa (Escacena, Huelva)". *Cuadernos del Suroeste 2*. Museo de Huelva (en prensa).
28. D. RUIZ MATA. "El Bronce Final...", p. 12.
29. ALMONTE 1986, pp. 233 ss.
30. SETEFILLA 1979, fig. 30, 133-134.
31. LA ESPERANZA 1967.
 LA ESPERANZA 1983.
32. SAN PEDRO 1978, pp. 238 ss.
33. ALMONTE 1986, p. 174.
34. ALMONTE 1986, lám. IX, 134-137.
35. SETEFILLA 1975, pp. 53-160 y 161-224.
36. ALMONTE 1986, p. 174, lám. X.
37. EL CARAMBOLO 1973, figs. 344-346 y 348 (E.I.a); fig. 380 (E.I.b).

38. SETEFILLA 1979, fig. 28, 110; fig. 29, 120-121.
39. SAN PEDRO 1978, pp. 244-245.
40. J. ELAYI. "Remarques sur un type de mur phénicien". *SF VIII*, 2, 1980, figs. 1 y 2.
41. P. M. BIKAI. *The Pottery of Tyre*. Warminster 1978, pp. 10- 11, lám. LXXXIX, 5-6. (En adelante: TIRO 1978).
- A fines del mes de Abril de 1984 pudimos comprobar la existencia de restos de otro muro de estas características en el solar nº 10 de la Plaza de San Pedro, pero por "avatares de competencias entre diversas Administraciones" no pudimos excavar, lo que sí pudimos hacer al año siguiente en el solar nº 13-15 de la calle La Fuente (fig. 21), colindante con el anterior. La finalidad del muro de la Plaza de San Pedro debió ser la misma que la del excavado en el cabezo del mismo nombre, aunque en este caso se ubicaba en la ladera oriental del desaparecido Molino de Viento. También hemos de recordar que en 1974, siendo estudiante, pudimos comprobar la existencia de un sillar de las características de los de los muros citados, tras el vaciado de un solar cercano a Puerto-9 por el Este y frente al Paseo de Santa Fé (fig. 21), en lo que debió ser la ladera meridional del Molino de Viento. En este último solar pudimos recoger algunos fragmentos de cerámicas pintadas a bandas rojas.
42. J. ELAYI. "Remarques sur un mur...", pp. 178-179.
43. Ver nota anterior, fig. 1c.
44. TIRO 1978, p. 67.
45. SAN PEDRO 1978, p. 259.
46. D. RUIZ MATA. "Aportación al análisis...", p. 540.
47. M. DEL AMO. "Restos de la población romana de Onuba". *HA II*. Huelva 1976, pp. 40 y 42, fig. 9, 9, lám. 5.
48. Ver nota anterior. La corrección se introdujo mediante una octavilla añadida a la p. 43.
49. P. ROUILLARD. "Fragmentos griegos de estilo geométrico y corintio medio en Huelva". *HA III*. Huelva 1977, p. 399, fig. 169, lám. XV.
50. B. B. SHEFTON. "Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula, The archaeological evidence". *MB* 8, 1982, p. 342, nota 11.
51. La opinión de COLDSTREAM se recoge en la discusión de la ponencia del Prof. SHEFTON citada en la nota anterior.
52. P. CABRERA, "El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía". *HA X-XI*. Huelva 1988, vol. 3, p. 45.
53. B. B. SHEFTON. "Greeks and Greek...", p. 343.
54. Afirmación hecha en la discusión de la ponencia del Prof. SHEFTON citada en la nota 50, p. 369.
- TIRO 1978, lám. 9a, 27.
55. SAN PEDRO 1978, figs. 37, 40; 42, 174; 45, 262; 47, 311.
56. J. FERNANDEZ JURADO, "Aspectos de la minería y la metalurgia en la Protohistoria de Huelva". *HA X-XI*. Huelva 1988, vol. 3, p. 187, fig. 4.
57. SAN PEDRO 1978, fig. 28.
58. ALMONTE 1986, pp. 171-176 y 236.

59. EL CARAMBOLO 1973, pp.
60. SETEFILLA 1979, pp. 85-86.
61. D. RUIZ MATA. "Aportación al análisis...", p. 543.
62. Ver nota anterior, p. 549.
63. SAN PEDRO 1978, fig. 41, 153.
 P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe rojo de Huelva". *HA X-XI*. Huelva 1988, vol. 3, p. 25.
64. C. GARCIA SANZ, "El urbanismo protohistórico de Huelva". *HA X-XI*. Huelva 1988, vol. 3, p. 159.
65. SAN PEDRO 1977, pp. 27 y 31, fig. 8.
66. C. GARCIA SANZ "El urbanismo protohistórico...", p. 159.
67. E. CUADRADO. "La cerámica a torno de collar con impresiones". *II CNA*, 1951, pp. 269 ss.
 M. DEL AMO. "El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva". *HA IV*. Huelva 1978, pp. 299-342.
68. A. BLANCO. "Antigüedades de Riotinto". *Zephyrus XIII*, 1962, pp. 31 ss.
69. SAN PEDRO 1970, pp. 12-13.
70. H. SCHUBART, H. G. NIEMEYER y M. PELLICER. "Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1964". *EAE 66*, Madrid 1969, lám. XXIII, 190a y 684.
71. P. CINTAS. "Contribution a l'Etude de l'Expansion Carthaginoise au Maroc". *IHEM*, t. LVI, 1954, figs. 41-44.
 M. TARRADELL. *Marruecos púnico*. Tetuán 1960, fig. 37.
 A. JODIN. "Mogador, comptoir phénicien du Maroc Atlantique". *ETAM VII*. Tánger 1966, lám. XLVIII.
72. SAN PEDRO 1978, p. 254.
73. Ver nota 67.
74. ALMONTE 1986, p. 221.
75. SAN PEDRO 1977, fig. 28, 193.
76. M. BELEN. "Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva". *RABM 79*. Madrid 1976.
 C. ARANEGUI. "La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio". *PLAV II*. Valencia 1975.
 A. M. ROOS. "Cerámica gris a torno en la Península Ibérica". *Ampurias 44*, 1982.
77. TOSCANOS 1971, p. 156.
78. M. PELLICER. "Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir. Evolución y cronología según el Cerro Macareno, (Sevilla)". *MB 8*, 1982, p. 405.

79. Aunque en otros escritos hemos estudiado con detenimiento los platos con engobe rojo de Huelva, el estudio pormenorizado de las excavaciones donde se hallaban nos permite ahora hacer nuevas precisiones. Igualmente, la realización por Doña Pilar Rufete Tomico de su Tesis de Licenciatura sobre las cerámicas con engobe rojo, ha venido a clarificar aún más algunos aspectos de la misma.
- J. FERNANDEZ JURADO, "La influencia fenicia en Huelva". *AO* 4, Sabadell 1985.
- "Die Phönizier in Huelva". *MM* 26, 1985.
- P. RUFETE TOMICO. "La cerámica con barniz rojo fenicia de Huelva". Tesis de Licenciatura (inédita). Universidad de Sevilla 1987.
- "La cerámica con barniz rojo de Huelva": (En: *Tartessos, Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*). Ed. Ausa, Sabadell 1990.
- "Die Phönizische rote ware aus Huelva". *MM* 30, 1989.
- "Las cerámicas con engobe rojo de Huelva". *HA X-XI*. Huelva 1988, vol. 3.
80. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe...", pp. 25-27, fig. 2.
81. H. SCHUBART. "Westphönizischer Teller". *SF* 4, 1976, pp. 179 ss.
- "Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica". *HA VI*. Huelva 1982, pp. 71 ss.
82. J. FERNANDEZ JURADO. "Die phönizier...", pp. 211-225.
- "La influencia fenicia...", pp. 49-60.
83. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe...", p. 37.
84. SAN PEDRO 1977, fig. 26, 159.
85. Ver nota anterior, p. 15.
86. M^a. E. AUBET "Chorreras; un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo". *NAH* 6. Madrid 1979, pp. 89 ss., figs. 4 y 5. (En adelante: CHORRERAS 1979).
- H. SCHUBART. "Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1976". *NAH* 6. Madrid 1979, pp. 177- 207, fig. 12.
87. D. RUIZ MATA. "Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Pto. de Sta. María, Cádiz)". *AO* 3. Sabadell 1985, fig. 2, 1-6.
88. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", pp. 34-35, fig. 12.
89. J. N. COLDSTREAM. *Greek Geometric Pottery*. Londres 1968, p. 191.
90. J. DESCOEDRES y K. KEARSLEY. "Greek Pottery at Veii; Another Look". *BSA* 78, 1983, pp. 35 y 62, fig. 26.
91. J. N. COLDSTREAM. "The Greek Geometric and Plain Archaic Imports, (Excavations at Kition)". Nicosia 1981, pp. 17 ss., lám. XVI, 7 y 8.
92. P. CABRERA. "El comercio foceo en Huelva...", p. 45.
93. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe...", p. 27, fig. 3.
94. ALMONTE. 1986, p. 237.
95. H. SCHUBART. "Westphönizische Teller", p. 185.

96. D. RUIZ MATA. "Las cerámicas fenicias...", p. 247, fig. 2, 1- 5.
97. H. SCHUBART. "Westphönizische Teller", p. 184.
98. D RUIZ MATA. "Las cerámicas fenicias...", p. 250, fig. 4.
99. J. BRIEND y J. B. HUMBERT. "Tell Keisan (1971-1976). Une cité phénicienne en Galilée". *OBO, Serie Arqueológica I*, Freiburg/Göttingen 1980, fig. 40 7b y c. (En adelante: TELL KEISAN 1980).
- J. B. HUMBERT. "Récents travaux à Tell Keisan (1979-1980)". *RB 3*. París 1981, pp. 382-383.
100. TIRO 1978, lám. IX, 9-10 (estratos II-III); lám. XV, 2 (estrato IV).
101. CHORRERAS 1979, fig. 6, 66.
102. D. RUIZ MATA. "Las cerámicas fenicias...", fig. 2, 6-7.
103. F. VILLARD y G. VALLET. "Megara Hyblaea V. Les lampes de VII siècle et chronologie des coupes ioniennes". *MEFRA 67*, 1955, pp. 15-18, pl. IIIB.
- Queremos adelantar que es la clasificación de las copas realizada por estos autores la que vamos a seguir básicamente, aún a sabiendas de su amplio carácter, tanto por considerar es la más conocida y comunmente utilizada como por evitar continuas referencias bibliográficas. Al mismo tiempo, queremos eliminar también con ello reiteradas citas y comparaciones entre las numerosas clasificaciones propuestas por diversos autores para estas piezas cerámicas.
104. C. GARCIA SANZ. "El urbanismo protohistórico...", pp. 159- 160.
105. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos hallados en Huelva". *HA X-XI*, 1988, vol. 3, pp. 125-126 y 130, fig. 2, 1.
106. M. A. CEREIJO PECHARROMAN y D. PATON DOMINGUEZ. "Estudio sobre la fauna de vertebrados del yacimiento de Puerto-6: los mamíferos". *HA X-XI*. Huelva 1988, vol. 3.
- R. MORENO NUÑO. "Puerto-6: los moluscos". *HA X-XI*. Huelva 1988, vol. 3.
107. C. GARCIA SANZ. "El urbanismo protohistórico...", pp. 159- 162.
108. Ver nota anterior, p. 162.
109. ALMONTE 1986, p. 237.
110. SAN PEDRO 1977, p. 167.
111. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe...", p. 29, fig. 4, 3-4.
112. Ver nota anterior, p. 29, fig. 4, 5-8 y 10-11.
113. C. ARANEGUI. "Contribución al estudio de las urnas del tipo Cruz del Negro". *Saguntum 15*, 1980, pp. 99-118.
114. M. BELEN y J. PEREIRA. "Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía". *HA VII*. Huelva 1985, pp. 307-360.
115. LA JOYA 1978, fig. 11.
116. H. SCHUBART y H. G. NIEMEYER. "Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del Algarrobo". *EAE 90*. Madrid 1976, lám. 12, 547. (En adelante: TRAYAMAR 1976).
117. S. LANCEL. "Les niveaux funéraires, Byrsa II". *CEFR 41*, 1982, fig. 550.

118. M^ª. E. AUBET. "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)". *Ampurias* 38-40, 1976-78, pp. 267 ss.
119. H. SCHUBART y G. MASS LINDEMANN. "Toscanos, un asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavación de 1971". *NAH* 18. Madrid 1984, pp. 71-74, fig. 1. (En adelante: TOSCANOS 1971).
120. D. RUIZ MATA. "Las cerámicas fenicias...", pp. 256-257, fig. 6, 7-9.
121. CARMONA 1.980, fig. 18, 5, 7 y 8.
122. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos...", p. 130, fig. 2.
123. M. A. CEREIJO PECHARROMAN y D. PATON DOMINGUEZ. "Puerto-6: mamíferos", pp. 228-229.
124. R. MORENO NUÑO. "Puerto-6: moluscos", pp. 264-266.
125. SAN PEDRO 1978, pp. 257 ss.
126. ALMONTE 1986, pp. 177 ss.
127. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe rojo...", p. 31, cuadros 3, 4 y 5.
128. Al igual que los cuencos del tipo C.1 de P. Rufete, pueden haber sido en realidad y en algún caso quemaperfumes; lo mismo sucede con los del tipo C.3.b, que también pudieron ser parte de quemaperfumes, existiendo piezas de similares características en Chipre.
P. M. BIKAI. *The Phoenician Pottery of Cyprus*. Nicosia 1987, p. 36, láms. XVII y XXVII (437).
129. J. FERNANDEZ JURADO. "Fenicios y griegos...", pp. 567-568, fig. 4, 1.
----- "Die Phönizier...", abb. 3, 1.
130. E. OLAVARRI. "Diferencias de la cerámica de Israel y Judá en el periodo de la monarquía dividida (900-587)". *TP* 30. Madrid 1973, pp. 125-130.
131. Ver nota anterior, p. 127.
132. Ver nota 130, p. 130.
133. V. ALBRIGT. *The Archaeology of Palestine and the Bible*. Nueva York 1949, p. 112.
134. Ver nota 130, p. 129.
135. Ver nota 130, p. 129.
136. TIRO 1978, p. 68.
P. M. BIKAI. "The Phoenicians Imports, (Excavations at Kition)". Nicosia 1981, p. 33.
137. TELL KEISAN 1980, p. 27.
138. R. AMIRAN. *Ancient pottery of the Holly Land*. Jerusalén 1969, lám. 75.
139. Ver nota 130, pp. 136-141, láms. V-VI.
140. TELL KEISAN 1980, p. 175, lám. 46.
141. R. AMIRAN. "Ancient pottery...", p. 213, lám. 68.
142. P. M. BIKAI. "La nécropole d'Amathonte, Tombes 113-367. Cerámiques non chypriotes". *EC VIII*. Nicosia 1987, láms. V y VII.

143. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", Huelva 1984.
144. J. FERNANDEZ JURADO. "Le bucchero étrusque de Huelva". *Archeologia* 227. Dijon 1987, p. 64.
- "Presencia de cerámicas etruscas en Huelva". *HA X- XI*. Huelva 1988, vol. 3.
- "Las cerámicas etruscas de Huelva". *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica*. Barcelona 1990 (en prensa).
145. H. PAYNE. *Necrocorinthia. A Study of Corinthian Art in the Archaic Period*. McGrath Publis. Co. Maryland 1971, p. 301.
146. Ver nota anterior, p. 301.
147. CH. ARCELIN. "Recherches sur la céramique grise monochrome de Provence". *CGE*. Nápoles 1978, pp. 243-247.
148. CH. ARCELIN. "La céramique gris monochrome de Provence". *RAN, Sup. 10*, 1984, p. 143.
149. J. M. GRAN-AYMERICH. "Málaga Antique, une position stratégique clé dans le secteur du Détroit de Gibraltar". *Archeologia* 227. Dijon 1987, p. 64.
- M^a. E. AUBET y otros. "Consideraciones sobre el bucchero del Cerro del Villar (Guadalupe, Málaga)". *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica*. Barcelona 1990 (en prensa).
150. C. GOMEZ BELLARD., "Le canthare étrusque d'Ibiza". *Archeologia* 227. Dijon 1987, p.64.
151. J. FERNANDEZ JURADO. "Le bucchero étrusque...", p. 64.
152. T. B. RASMUSSEN. *Bucchero Pottery from Southern Etruria*. CCS, 1979, lám.31, 166.
153. Ver nota anterior, pp. 104 ss.
154. J. P. MOREL. "La céramique archaïque de Velia et quelques problèmes connexes". *SCB*, 1974, p. 154.
155. T. B. RASMUSSEN. *Bucchero Pottery...*, p. 106.
156. C. GARCIA SANZ. "El urbanismo protohistórico...", p. 163.
157. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe rojo...", p. 31, fig. 5, 5-6.
158. H. SCHUBART. "Asentamientos fenicios...", fig. 5, a.
159. D. RUIZ MATA. "Aportación al análisis...", fig. 8, 12-14.
160. A. GONZALEZ PRATS. "Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra, Crevillente (Alicante), 1^a y 2^a campañas". *EAE* 99. Madrid 1979, fig. 61.
161. CARMONA 1980, fig. 27, 12.
162. P. RUFETE TOMICO. "La cerámica con engobe rojo de Tejada". *HA IX*. Huelva 1987.
163. H. SCHUBART. "Westphönizische Teller", lám. XXXV, 8.
164. P. RUFETE TOMICO. "La cerámica con engobe rojo...", p. 21.
165. TOSCANOS 1971, p. 85.
166. TOSCANOS 1971, fig. 4.

167. CHORRERAS 1979, fig. 6, 74 y 77.
168. TRAYAMAR 1976, lám. 6, 273-274.
169. D. RUIZ MATA. "Las cerámicas fenicias...", fig. 5, 7-9.
170. S. LANCEL. "Byrsa II. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques". *CEFR 41*. Roma 1982, fig. 259. (En adelante: BYRSA II).
171. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe rojo...", p. 22.
172. M. PELLICER y otros. "El Cerro Macareno". *EAE 124*. Madrid 1983, fig. 60, 797.
173. CARMONA 1980, fig. 20, 20.
174. M. BELEN y J. PEREIRA. "Cerámicas a torno...", pp. 307-360.
175. D. RUIZ MATA. "Castillo de Doña Blanca (Pto. de Sta. María, Cádiz). Stratigraphische Untersuchung einer orientalisierenden Ansiedlung". *MM 27*, 1986, abb. 9, 1-6.
176. Ver nota anterior, abb. 9, 18-19.
177. D. RUIZ MATA. "Las cerámicas fenicias...", fig. 6, 1.
178. A. ARRIBAS y O. ARTEAGA. "El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)". *CPUG 2*. Granada 1975, lám. I, 1 y lám. XXXI, 155.
179. M. PELLICER. "Las cerámicas... del Cerro Macareno", fig. 20, 12.
180. M^a. E. AUBET. "Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir (I)". *SA 52*. Valladolid 1979, p. 39, fig. 6, 13, lám. VII, A. (En adelante: MARFILES FENICIOS I).
181. LA JOYA 1970, fig. 19, 3.
182. LA JOYA 1978, figs. 44 y 45.
183. J. W. CROWFOOT. "Early ivories from Samaria". *PEF*, 1938, p.40, fig. 10.
184. Son numerosos los trabajos dedicados a este tema, por lo que nos parece más oportuno remitir a publicaciones donde se recoge la bibliografía:
- MARFILES FENICIOS I.
- M^a. E. AUBET. "Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir (II)". *SA 63*. Valladolid 1980. (En adelante: MARFILES FENICIOS II).
185. M^a. E. AUBET. "Marfiles fenicios en Andalucía". *RA 30*. Madrid 1983, p. 8.
186. MARFILES FENICIOS II, p. 76.
187. J. P. GARRIDO. "Avance sobre las excavaciones de urgencia en la calle del Puerto, Huelva". *XVI CNA*, 1983, pp. 549-556.
188. En nuestra opinión, uno de los lugares que podría permitirnos comprobar lo dicho es el que en la actualidad ocupa la Iglesia Mayor de San Pedro, situada en la falda meridional del cabezo del mismo nombre; quizás una excavación en su interior permitiría sacar nuevas conclusiones.
189. J. FERNANDEZ JURADO y P. RUFETE TOMICO. "La orientalización de Tartessos y la presencia griega en Huelva". *HP 2*. Sevilla 1986, p. 188.
190. MARFILES FENICIOS I, p. 64.

191. Ver nota anterior, p. 64.

La reciente aparición en Montoro (Córdoba) de posible cerámica micénica no debe dar lugar, en nuestra opinión, al renacimiento de esta presunta relación, pues la diferencia cronológica entre ambos impide cualquier posible conexión.

J. C. MARTIN DE LA CRUZ. "¿Cerámicas micénicas en Andalucía?". *RA* 78. Madrid 1987, pp. 62-64.

192. M^a. E. AUBET. "Marfiles fenicios en Andalucía". *RA* 30, 1983, p. 10.

193. M^a. E. AUBET. "Cuencos fenicios de Praeneste". *CEHAR XIII*, 1969.

194. Pudiera ser, aunque no lo podemos asegurar, que dicha necrópolis estuviera situada en el área de Sta. Marta y el Parque Moret (fig. 8), al norte de La Joya y con la que no creemos esté relacionada directamente. En el lugar citado se aprecia la existencia de varios posibles túmulos, pero queremos insistir en que la opinión sobre que este área sea la necrópolis del siglo VI a.C. es totalmente subjetiva, pues ni hemos excavado en el lugar, ni hallado en superficie materiales que pudieran ser indicadores de ningún tipo, pero la falta de otras evidencias, al menos por el momento, nos hacen seguir manteniendo esta opinión, aún a sabiendas del subjetivismo que la define y siendo plenamente conscientes que se trata más de una hipótesis, intuición si se quiere, que de una realidad.

195. P. ROUILLARD. "Fragmentos griegos...", p. 400, lám. 15.

196. En visita a Huelva, la Dra. Ana M^a. Bisi nos indicó que en Sicilia había visto pastas cerámicas muy similares, aunque no podía asegurar que se tratase también de las mismas formas.

197. P. CABRERA. "El comercio focceo...", pp. 61-62.

En definitiva y por las opiniones expresadas en la nota anterior y en esta misma, sigue sin poder resolverse el problema, aunque parece que estamos acercándonos cada vez más, según se desprende de los comentarios hechos por la Dra. Bisi y el profesor Bayburtluoglu.

198. P. DUPONT. "Classification et détermination de provenance des céramiques grecques orientales archaïques d'Istros". *Dacia* 27, 1983, p.22.

199. M. BELEN. "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental". *AO* 4, 1985, p.266.

200. M. MARTELLI-CRISTOFANI. "La cerámica greco-orientale in Etruria". *CGE*, 1978, p. 187, lám. LXXXIII, fig. 55.

201. J. P. ISLER. "Samos: la cerámica arcaica". *CGE*, 1978, p. 82, figs. 49-58.

202. J. BOARDMAN y H. HAYES. "Excavations at Tocra I". *BSA*, 1966, p. 66, nº 840-842. (En adelante: TOCRA I).

203. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...".

204. En Botica 10-12, M. Núñez-5 y Puerto-12 (fig. 21), hemos encontrado nuevos fragmentos de cerámica laconia.

205. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", p. 20.

206. TROCA I, láms. 61 (942) y 62 (943).

207. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", p. 20.

208. C. M. STIBBE. *Lakonische Vasenmalerei des sechsten Jahrhunderts V Chr.*. Amsterdam 1972, p. 55.

209. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", p. 20, fig. 5, 7.

210. P. CABRERA. "El comercio foceo...", p. 57, fig. 10, 164.
211. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", pp. 20-23, fig. 6, 8-9.
212. M. ROBERTSON. "Gordion Cups from Naucratis". *JHS* 71, 1951, p. 144. (En adelante: NAUCRATIS 1951).
213. NAUCRATIS 1951, p. 146.
214. P. COLAFRANCESCHI. "Decorazioni dei costumi vasi attici a figure nere". *SM* 19, 1971-72, lám. XII-XXII.
215. J. BEAZLEY. "The Development of Attic Black Figure". *CUP*, 1951, lám. XII, 1-2. (En adelante: ABV).
216. R. OLMOS y P. CABRERA. "Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva". *AEspA* 53. Madrid 1980, pp. 5-14, fig. 1-9.
217. G. BAKIR. "Sophilos. Ein Beitrag zu seinem Stil". Mainz-am-Rhein, 1981, p. 13.
218. En visita efectuada a Huelva, fue el Prof. B. B. Shefton el que, tras coincidir con nosotros en la atribución a Clitias de este fragmento, nos indicó que la existencia de barniz diluido era, en su opinión, un elemento clave a la hora de considerarlo obra de este autor.
219. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", pp. 22-23, fig. 6, 8.
220. J. BOARDMAN. "Athenian Black Figure Vases". Londres 1974, p. 59. (En adelante: ABFV).
221. J. BOARDMAN. ABFV, p. 58.
222. B. B. SHEFTON. "Greeks and Greek Imports...", p. 358.
223. J. BEAZLEY. ABV, p. 79, nº 1.
224. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos...", p. 130, fig. 3.
225. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", pp. 32-34, fig. 11.
226. W. VOITGLÄNDER. "Funde aus der Susula westlich des Bulenterion in Milet". *IB* 32, 1982, p. 85, lám. 40, 252-257.
227. J. FERNANDEZ JURADO y R. OLMOS. "Una inscripción jonia arcaica en Huelva". *Lycenium* 4. Alicante 1985, pp. 110-111.
228. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", p. 32, fig. 11.
229. C. GARCIA SANZ. "El urbanismo protohistórico...", pp. 165-166.
230. P. RUFETE TOMICO. "Las cerámicas con engobe rojo...", p. 33, fig. 5.
231. P. CABRERA. "El comercio foceo...", p. 62.
232. J. FERNANDEZ JURADO. "Presencia de cerámicas etruscas...", pp. 107-109, fig. 3.
233. G. BAKIR. "Sophilos...", p. 13.
234. P. CABRERA. "El comercio foceo...", pp. 69-71.
235. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", p. 26, fig. 8, 14 y 16.
236. H. A. G. BRIDJER. "Siana Cups I and Komast Cups". *APS* 4, 1983, p. 51.

237. J. BOARDMAN. ABFV, p. 18.
238. J. BOARDMAN. ABFV, p. 23.
239. R. OLMOS. "La cerámica griega en el Sur de la Península Ibérica. La aportación de Huelva". *PdP*, 1982, p. 396.
240. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", pp. 23-24, fig. 7, 10.
241. J. BEAZLEY. ABF, p. 21.
242. J. BOARDMAN. ABFV, pp. 36-37.
243. J. BOARDMAN. ABFV, fig. 12.
244. M. GRAS. "Trafics Tyrrhéniens Archaiques". *BEFAR* 258. Roma 1985, pp. 329 ss., fig. 462.
245. F. y M. PY. "Les amphores étrusques de Vaunage et de Villevieille (Gard)". *MEFRA* 86, 1974, p. 249, fig. 44.
- M. GRAS. "Trafics Tyrrhéniens...", pp. 328-329, fig. 46b.
246. F. y M. PY. "Les amphores étrusques...", fig. 44.
247. M. GRAS. "Trafics Tyrrhéniens...", fig. 46b.
248. Ver nota anterior, p. 336.
249. Ver nota 247, p. 329.
250. Ver nota 247, p. 332.
251. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", p. 16.
252. P. CABRERA. "Los griegos en Huelva: los materiales griegos". *HLS* (C. Almanzora 1984). Sevilla 1986, p. 580.
253. P. CABRERA. "El comercio griego en Huelva en época arcaica". UAM, 1987 (Tesis Doctoral, inédita).
254. P. CABRERA. "El comercio foceo...", p. 69.
255. J. BOARDMAN. ABFV, pp. 59-60.
256. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", pp. 24-26, fig. 7, 11.
257. J. BOARDMAN. ABFV, p. 191.
258. P. CABRERA. "El comercio foceo...", p. 70.
259. J. FERNANDEZ JURADO. "Aspectos de la minería y la metalurgia...", pp. 202-209, fig. 7-11, tabla 11.
260. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", p. 54
261. R. OLMOS. "Los griegos en Tarteso...", pp. 584-600.
262. R. OLMOS y J. P. GARRIDO. "Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar". *HSB*. Madrid 1982, p. 257.
263. J. FERNANDEZ JURADO. "Fenicios y griegos...", p. 572.
264. Ver nota 261, p. 591.

265. Ver nota 261, p. 589.
266. Ver nota 261, p. 589.
267. P. COURBIN. "Obéloi d'Argolide et d'ailleurs". *SLA*. Estocolmo 1983, pp. 149-156, nota 7.
268. Ver nota 261, pp. 588-589.
269. Ver nota 261, p. 591.
270. P. COURBIN. "Obéloi...", p. 149, fig. 1-2, nota 5.
271. J. ALBELDA y H. OBERMAIER. "El casco griego de Huelva". *BRAH*, tomo 98. Madrid 1931, pp. 642-648, láms. I-V.
272. R. OLMOS. "El casco griego de Huelva". *CAH 1/1.988*, p. 62.
273. J. FERNANDEZ JURADO y J. A. CORREA. "Nuevos grafitos...", pp. 130-134, fig. 4.
274. R. MORENO NUÑO. "Puerto-6: moluscos", p. 266.
275. M. A. CEREIJO PECHARROMAN y D. PATON DOMINGUEZ. "Puerto-6: mamíferos", p. 230.
276. Ver nota anterior, p. 230.

7. CONCLUSIONES

Como hemos expresado en páginas precedentes, fue la excavación que efectuamos en 1.982 en el solar nº 6 de la calle Puerto, la que evidenció la existencia de una estratigrafía de época protohistórica bien ordenada, lo que nos hizo poner en marcha un amplio programa de arqueología urbana en Huelva y que hoy sigue en marcha gracias a la modificación que en su día logramos se realizara del P.G.O.U. de la ciudad, lo que nos permite efectuar la investigación arqueológica antes de las tareas de construcción.

La intensa actividad desarrollada desde entonces, con la realización de numerosas excavaciones y el seguimiento constante de las obras de nueva planta y de urbanización que se llevan a cabo en Huelva, son los elementos que nos han permitido efectuar el estudio que aquí presentamos. Igualmente, esta labor nos ha facilitado el ir ampliando y completando los conocimientos que sobre este yacimiento ya se tenían, tanto por excavaciones precedentes en las zonas más elevadas del mismo, caso de los cabezos de La Esperanza y sobre todo de San Pedro, como por las de la necrópolis de La Joya.

No obstante lo expuesto, las excavaciones citadas dejaban abiertas diversas interrogantes respecto de la protohistoria onubense. Ciertamente es que las estratigrafías obtenidas en el Cabezo de San Pedro, sobre todo en 1.977 y 1.978, proporcionaban datos muy clarificadores respecto de momentos anteriores al siglo VIII a.C., así como de dicha centuria y la siguiente, pero poco nos decían sobre el poblamiento del siglo VI a.C., lo que no dejaba de ser paradójico ante el otorgamiento de dicha cronología a La Joya; es decir, daba la

impresión de que la necrópolis no tenía población contemporánea o aún no se había logrado encontrar. La realidad tras nuestras excavaciones se nos ofrece distinta, pues no consideramos que La Joya sea tan moderna en su conjunto y, al mismo tiempo, sí hemos hallado el poblamiento del siglo VI a.C., del que curiosamente, y parece que se ha invertido la situación, no conocemos aún su necrópolis, aunque bien pudiera ser la conformada por una serie de túmulos que se hallan y distribuyen por las zonas de Sta. Marta y Parque Moret (fig. 8).

Lo hasta aquí dicho nos permite poder afirmar que la ciudad que estamos excavando fue incrementando su perímetro y su potencial económico desde el siglo VIII a.C., merced a las relaciones comerciales que se entablaron y mantuvieron con los fenicios, para ya en el siglo VI a.C. aparecer como un gran centro comercial abierto también al ámbito griego.

Pero, el núcleo urbano que llegó a ser centro metalúrgico y comercial de primer orden, así como puerto de salida para la plata que se obtenía en las minas de la serranía onubense, surgió casi con toda seguridad de un poblado de cabañas que se extendería, de forma nuclearizada, por las diversas laderas de los distintos cabezos y no sobre los mismos como frecuentemente se buscaba y pretendía con anterioridad, pues tanto daban e iguales condiciones ofrecían todas y cada una de estas laderas, que junto con la plataforma creada por los materiales de arrastre sobre las marismas, constituyen la denominada **Zona de transición cabezos-marismas** (fig. 8), sobre la que en definitiva se ubicó, y sigue estando, el núcleo central de la población.

Este presumible poblado de cabañas, del que nos parecen evidencias suficientes las estratigrafías de San Pedro y algunos de los diversos hallazgos de La Esperanza, del que ya sabemos también en él se desarrolló actividad metalúrgica, se caracterizó por una cerámica bruñida que se decora con motivos pintados en rojo o con la propia técnica bruñida, pudiéndose afirmar que la evolución hacia la complejidad de las ornamentaciones son un claro elemento cronológico, siendo los motivos de cuadrantes reticulados los más antiguos, algo que también pudimos comprobar en las excavaciones de Almonte (1), aunque allí la definición cronológica ha podido ser más evidente, dada la posibilidad que ofreció el poder excavar fondos de cabañas de forma individualizada y no bajo una potente estratigrafía, como es el caso de Huelva, que impide incluso la delimitación de ni siquiera uno de estos fondos, de ahí que presumamos la existencia de los mismos en base a los materiales arqueológicos hallados, aunque no podamos afirmar nada categóricamente.

Y este fue el tipo de poblamiento que los fenicios encontrarían a su llegada; pero el que estuviese constituido por cabañas no es óbice para que admitamos que el grupo humano que las habitaba era, según muestra la cultura material que hasta nosotros ha llegado, una sociedad bien organizada y poseedora de unas muy buenas técnicas de fabricación cerámica y producción

metalúrgica, aunque ésta mejorase tecnológicamente y aumentase su producción como consecuencia del comercio fenicio, que es en definitiva el que pone a la sociedad tartésica en relación con el Mediterráneo y hace que lleguen a Tartessos, y a partir de entonces de manera continuada, las corrientes culturales y económicas mediterráneas, de forma que el suroeste peninsular esté inmerso en el ámbito mediterráneo, aún a pesar de su ubicación geográfica en el Atlántico.

La investigación sobre la llegada y establecimiento de los fenicios en el sudoeste peninsular, se ha venido fundamentando en el conocido relato de Estrabón (III, 5, 5) donde nos cuenta las tres tentativas tirias que dieron como resultado la fundación de Cádiz. No vamos a centrar nuestra atención en este problema, tanto por no ser objeto de nuestro estudio como por estar en entredicho no sólo la alta fecha que se otorga a la supuesta fundación, que sabido es no tiene hoy corroboración arqueológica, sino incluso la propia veracidad histórica del relato que, sin embargo, sí nos ilustra sobre una realidad incontestable y a la que en otras ocasiones, como ahora hacemos, nos hemos referido (2).

Cuando en el relato citado se dice que los sacrificios en cada uno de los intentos no fueron favorables, creemos es posible interpretar dicha afirmación como las dificultades que ofrece el paso del estrecho de Gibraltar y en general la navegación hacia poniente en el sudoeste peninsular, donde los vientos dominantes vienen desde dicha dirección. Estas circunstancias obligarían a la espera de un tiempo favorable para la navegación y aprovechar los meses en que es el viento delevante el que predomina, generalmente en Marzo-Abril y Julio-Agosto (3); pero, incluso con viento favorable, la navegación es dificultosa a partir del Cabo de Trafalgar, donde la influencia de los vientos citados suele disminuir y al mismo tiempo la corriente del sur empuja hacia la costa a los barcos, por lo que éstos deberían navegar hacia poniente siguiendo el paralelo de Trafalgar hasta alcanzar, aproximadamente, la vertical de Huelva y aprovechar desde ahí los vientos de componente suroeste que, por la propia deriva, ayudan a llegar a la Bahía de Cádiz, único refugio favorable de toda la costa suratlántica. Y no debe extrañarnos el alejamiento de la costa que este tipo de navegación supondría, pues parece probado que los fenicios también practicaron la navegación de altura y no exclusivamente la de cabotaje (4).

De lo expuesto, repetimos, puede deducirse que las diversas tentativas no son más que una forma poética de expresar las dificultades de la navegación, pero sin olvidar que también lo impedía el que las costas atlánticas parece estaban más pobladas que las mediterráneo-andaluzas, facilitando esta circunstancia el establecimiento de los fenicios en éstas y no en aquéllas, asentamientos desde los que partía, según refiere Avieno en la controvertida *Ora Marítima* (v. 178-182) un camino terrestre que alcanzaba el Bajo Guadal-

quivir. Quizás debemos considerar esta ruta como la alternativa usada por los comerciantes fenicios en épocas en que la navegación a través del Estrecho no era posible.

Pero, también hemos de estudiar cuáles fueron las causas que dieron lugar a la llegada de los fenicios, qué circunstancias caracterizaron el comercio de éstos con Tartessos y qué tipo de relación pudo establecerse entre ambas poblaciones, sin que olvidemos el análisis sobre cuando se iniciaron los contactos.

Mucho se ha opinado sobre la *colonización* fenicia y también a ella nos hemos referido en otras ocasiones (5). En nuestra opinión, se ha venido hablando con cierta ligereza y aún se sigue haciendo con relativa frecuencia, de colonización fenicia desde el momento en que aparece un objeto de dicha filiación, lo que ha servido de base para que algunos investigadores argumenten sobre la llegada y establecimiento de los fenicios en épocas anteriores al siglo VIII a.C. (6), cronología que por el momento se nos antoja algo elevada. Indudablemente, y retomamos el argumento, el hecho de la aparición de un fragmento o de un objeto puede implicar presencia fenicia, pero no necesariamente colonización; y aludimos a presencia porque un sólo objeto explica ésta pero no implica aquélla, pues son muchas y variadas las circunstancias que han podido tener lugar para que el citado objeto haya llegado al sitio donde se encuentra. Y como corroboración del argumento expuesto podemos citar la presencia en Huelva de cerámicas griegas, que evidentemente nadie considera como exponente de *colonización griega*, situación que ni siquiera se produjo durante el siglo VI a.C. en que se documenta la abundancia de cerámicas de dicha filiación.

Y es que hablar de colonización es hacerlo de la influencia, autoridad y dominio, también territorial, que un pueblo (el colonizador) ejerce sobre otro (el colonizado), lo que comporta situaciones de desigualdad producidas por el desfase, generalmente tecnológico, existente entre colonizador y colonizado; y de otra parte, no podemos olvidar que el uso del término *colonización* implica y traduce, por su mismo significado, una serie de conceptos que en el caso que nos ocupa, la colonización fenicia, no parece sea posible aplicarlo al área onubense, pues desde el punto de vista que exponemos es difícil que pueda hablarse de colonización fenicia en el ámbito tartésico. Y prueba de ello nos parecen, además, las fundaciones fenicias de las costa mediterráneo-andaluza, que al tiempo que son asentamientos de nueva planta que en principio pudieron tener una finalidad exclusiva de apoyo en la navegación hacia el sudoeste peninsular, de inmediato se convierten en auténticos centros urbanos, con capacidad de almacenamiento e incluso producción propia, realidades a las que hay que añadir un control territorial cada vez más amplio, junto con la evidencia de las necrópolis que acompañan a estas fundaciones y que ponen de manifiesto un deseo de permanencia en el lugar.

La situación expuesta no parece darse de la misma manera en la costa atlántico-andaluza y aún menos en Tartessos, aunque bien pudiera comenzar a considerarse con mayor rigor la bahía gaditana en cuanto a la posibilidad de una fundación fenicia y en este sentido no podemos dejar al margen el Castillo de Doña Blanca (7), aunque hoy por hoy y como hemos expuesto y la arqueología evidencia, no parece posible aceptar las altas fechas que sugieren y proponen las fuentes clásicas respecto de la fundación de Cádiz y en consecuencia del asentamiento de los fenicios.

De otra parte, parece evidente que Tartessos era una sociedad bien organizada y perfectamente desarrollada cuando entró en contacto con los fenicios, unos comerciantes que acudieron hasta Occidente, quizás siguiendo el modelo de expansión eubeo (8), pero no como tradicionalmente se ha venido admitiendo por la presión de los asirios, sino precisamente por el cambio de orientación de la economía de éstos, que ya no demanda prioritariamente oro, marfil y piedras preciosas (9) que los fenicios, los tirios concretamente, podían obtener en el Mar Rojo, sino que en ese momento necesitan fundamentalmente plata, cobre, estaño y hierro. Esta nueva tendencia, a la que ha de añadirse el importante crecimiento demográfico y las facilidades otorgadas por los asirios a los tirios, cuya presión tributaria más que un freno supuso un acrecentamiento de la actividad comercial y propiciaron que Tiro comenzara a expandirse fuera de su marco geográfico, lo que dió como resultado el inicio de fundaciones, como Kitium a mediados del siglo IX a.C. (10), que sirvieran como cabezas de puente en su acercamiento a las áreas mineras, el Laurion primero (11) y Tartessos después, que les proveyeran de los metales que ahora les demandaba el mundo asirio.

Ante estas actividades económicas, parece evidente que debe empezarse a considerar cada vez más a los fenicios como intermediarios de una economía premonetal y no como meros comerciantes que intercambian productos de diverso origen y naturaleza. Esta idea, que ya hace muchos años viene manejándose por diversos investigadores, parece no ser definitivamente aceptada y siguen teniendo mayor predicamento las tesis relativas al *port of trade* (12), al puerto de comercio, que sería un lugar abierto, neutral y característico de una economía no inmersa en una clara dinámica mercantilista.

El problema radica en definir cuándo y cómo se produce una economía de mercado; o si, por el contrario, la relación económico-comercial se fundamenta en el intercambio de dones y regalos, así como en la valoración económica que de este último sistema se haga.

Para algunos autores, el intercambio de dones se rige por el principio de la reciprocidad y, en consecuencia, en el mismo predomina más el valor social y de prestigio que el estrictamente económico (13). Si bien esta definición es admisible para la relación entre sociedades tribales, no lo es tanto cuando se aplica a grupos ya alejados de esta forma de organización e in-

mersos en un concepto de sociedad estatal. En este segundo caso, el intercambio de regalos adquiere un evidente y marcado carácter económico que prima sobre el de prestigio, dando lugar a un comercio organizado cuya finalidad es el beneficio económico. Esta última realidad, la búsqueda de beneficio, es la que establece la diferencia entre ambas concepciones del intercambio de dones. Y es que este sistema, el intercambio de dones, puede no ser igualitario y por tanto ocultar relaciones de poder y/o de lucro que encubren, al mismo tiempo, una finalidad última que es obtener más adelante unos derechos y obligaciones que culminen en el reconocimiento de transacciones continuadas y permanentes (14).

Claro está que, para quienes apoyamos esta idea, no es necesario que exista moneda en esta relación comercial para que la admitamos como realmente económica, pues la ausencia de moneda no implica falta de dinero; es decir, todo aquello que se entrega para obtener otra cosa es dinero; distinto es saber qué precios rigen el intercambio. En este sentido, consideramos que tanto el muro de San Pedro como la píxida del Geométrico Medio II reflejan claramente el intercambio de dones; pero, al mismo tiempo, nos ilustran sobre la relación comercial fenicio-tartésica, pues el primero espera obtener posteriormente un beneficio económico y el establecimiento de relaciones futuras.

A la vista de estas consideraciones, parece que el contexto comercial fenicio-tartésico ha de enmarcarse dentro del esquema de economía de mercado, en la que los objetos y productos intercambiados adquieren el carácter de elementos premonetales (15). Esta situación lleva, consecuentemente, al establecimiento de un sistema de equivalencias que se ajusta en virtud de la propia dinámica del mercado, es decir, hay fluctuación de precios basada en la oferta y la demanda; y por tanto no necesita obligatoriamente de la existencia de moneda para que se lleve a efecto y funcione.

Podrá argumentarse que las valoraciones que hacemos son excesivamente subjetivas y que es más lógico aceptar los conceptos del *port of trade* y del *tready trade*, en los que el afán de lucro no se constata y los precios, equivalencias, se fijan previamente y de común acuerdo (16).

Si aceptáramos esta idea, no podríamos argumentar como lo hemos hecho respecto de la relación tirio-asiria, es decir, la necesidad de Tiro en cumplir unas exigencias tributarias nunca habrían sido causa de un proceso colonizador y aún menos propiciaría la *libertad* tiria respecto de los asirios, si es que la relación comercial hubiese estado fundamentada única y exclusivamente en el intercambio de productos que se realizara en un puerto franco y que sería más propia de una actividad individual de comercio, sin que ello quiera decir tampoco que aceptemos totalmente la idea, para la colonización fenicia, de una *empresa de estado*, pero sí compartimos con otros investigadores (17), que fuera el resultado de una actividad privada ejercida por una oli-

garquía de comerciantes con un concepto empresarial de la actividad comercial y que, lógicamente, intervendría desde su privilegiada posición social y económica en las decisiones político-administrativas de Tiro, es decir, participaría en la gobernabilidad de la metrópolis y en consecuencia en la colonización. En este sentido, consideramos que la colonización fenicia, con todo lo que el uso del término implica, fue en cierta medida una empresa privada bajo los auspicios y el amparo de la autoridad estatal.

Podrá pensarse que nos hemos extendido demasiado en las consideraciones expuestas, pero nos parecía de todo punto necesario hacerlo y sentar con ello las bases que nos sirven para entender cómo fue y qué resultado conllevó la relación comercial fenicio-tartésica.

Con anterioridad hemos apuntado que en la costa atlántico-andaluza no se dió el proceso colonizador fenicio que tuvo lugar en el litoral mediterráneo-andaluz, pero sí hubo una presencia que con el paso del tiempo produjo la progresiva orientalización de Tartessos. Esta idea, la de aculturación oriental de la sociedad tartésica, que hoy es aceptada por la mayoría de los investigadores, sigue siendo aún causa de controversia para algunos autores. Con los datos que hoy tenemos, tanto del mundo tartésico como del fenicio en Occidente, creemos poder afirmar que realmente se produjo la aculturación de la sociedad tartésica, circunstancia que dió lugar a la aceptación de nuevas formas de vida e implicó la paulatina reorganización de esta sociedad y su plena integración en la corriente orientalizante que primaba en el mundo mediterráneo y que igualmente había afectado, aunque con mayor incidencia helénica, en el ámbito etrusco, cuya presencia en Tartessos se nos aparece ahora como algo lógico. Aculturación que, por otra parte, se debió ver favorecida por el grado de organización social y evidente cultura propia que Tartessos poseía con anterioridad.

A la vista de los elementos de juicio que poseemos, con abundancia de materiales y estratigrafías fiables que nos permiten fechar con suficientes garantías, no parece posible aceptar dudas respecto a la aculturación de la sociedad tartésica y aún menos cifrar ésta, cuando se admite, a comienzos del siglo VI a.C. (18), momento en el que ya hemos visto está produciéndose el más que importante comercio griego con Tartessos.

La realidad de la aculturación producida se pone de manifiesto tanto en las evidencias de las transformaciones a nivel mental, que se reflejan en los enterramientos, como en la paulatina transformación del poblamiento y de las actividades económicas.

En el primero de los casos, el de los enterramientos, se comprueba la coexistencia de incineraciones e inhumaciones, realidad sobre la que se sigue discutiendo en base a si las primeras son un influjo externo o pervivencia de rituales precedentes, algo que igual sucede respecto de las inhumaciones,

siendo aún un problema por dilucidar dada la falta de suficientes necrópolis que hayan podido estudiarse.

Respecto de la modificación del poblamiento y de las actividades económicas, así como de sus consecuencias, parece posible hacer más y mejores precisiones.

Es indudable que la aparición de estructuras cuadrangulares en piedra son un claro exponente de la influencia que los comerciantes mediterráneos ejercieron sobre la población autóctona, que modificó su poblado de cabañas por otro de claro carácter urbano. Y esta transformación no implica sólo un mero cambio en la forma de la vivienda, sino que refleja también una modificación social que se fundamenta, a su vez, en las variaciones económicas que se produjeron al tiempo que evolucionaba el tipo de habitación.

Por otra parte y aunque se ha afirmado que la introducción de nuevas técnicas, en todos los ámbitos, no significó la ruptura de la tradicional producción doméstico-familiar (19), no podemos estar de acuerdo con esta opinión, pues como evidencian las excavaciones en Huelva sí se produjo dicho cambio, puesto de manifiesto por la aparición de posibles *áreas industriales* asociadas a los hornos de Puerto-6, junto con un esquema urbano que contrasta con la existencia de poblados abiertos, caso de San Bartolomé de Almonte, donde sí se mantuvo un tipo de producción más cercano al doméstico-familiar, lo que es congruente con la permanencia de las cabañas como vivienda; es decir, la transformación urbana y la modificación de los esquemas económicos no se produjo de igual forma en todos los yacimientos, pero sí fue evidente en Huelva.

Y una transformación de estas características, que modifica los esquemas productivos y de habitación, provoca también unas nuevas relaciones sociales, dándose una mayor estratificación social, que se aprecia en los diferentes ajuares de La Joya y que se fundamenta en la división del trabajo y consecuentemente en una más intensa especialización, lo que redundará en el agrandamiento de las diferencias económicas entre los miembros de la sociedad tartésica.

Esta situación queda lejos del comercio aristocrático, cuyos mejores exponentes van desde el propio muro de San Pedro hasta las cerámicas geométricas griegas, sin olvidar las piezas fenicias de lujo halladas en los primeros momentos de contacto, encontrándonos ahora un claro sistema premonetario que más adelante, con la aparición en Tartessos de los griegos, sufrirá una nueva modificación.

El comercio griego siguió, en principio, pautas similares a las que habían empleado los fenicios en un primer momento, es decir, se inició con la introducción de cerámicas de lujo y con un concepto de comercio aristocrático, como ponen de manifiesto las producciones eolias y más concretamente la presencia entre ellas de una cratera de columnas.

Pero, si el contacto y comercio con los fenicios llevó a Tartessos a orientalizarse, no ocurrió así con la presencia griega que, de inmediato, modificó el citado esquema aristocrático y comenzó a introducir un sistema económico nuevo, claramente protomonetal, como evidencian los *obelos* hallados en Méndez Núñez-5. En nuestra opinión, esta nueva realidad económica vino condicionada tanto por la competencia que suponían los comerciantes fenicios occidentales, ya desligados de sus metrópolis orientales y volcados en una política comercial que les permitiera una mayor independencia en todos los sentidos, como por el propio interés griego en introducir un esquema económico que le posibilitara dominar y monopolizar el comercio con Tartessos, además del conjunto mediterráneo.

Del mismo modo, la nueva fórmula económica que se estaba introduciendo facilitaría la concentración urbana, así como las relaciones productivas y socioeconómicas que ello conlleva, ocasionando al mismo tiempo y definitivamente la desaparición de los esquemas productivos doméstico-familiares que en cierta medida se habían mantenido con los fenicios, siendo uno de los exponentes más claro de esta realidad San Bartolomé de Almonte, cuyo abandono se produce al unísono de las transformaciones económicas que las nuevas reglas comerciales suponen, a las que no debieron ser ajenos los fenicios occidentales que compartían con los griegos el mismo mercado.

Pero, parece oportuno que nos detengamos algo más en lo que supuso y cómo se desarrolló el comercio griego con Tartessos, que en definitiva siguió las pautas de lo que fue la expansión comercial griega por el Mediterráneo (20).

Así, se observa en principio un predominio de los productos samios y de la Jonia del Norte, junto con la presencia de las primeras cerámicas etruscas (TF I), situación que contrasta con la etapa siguiente (TF II) en que se incrementa de manera considerable la presencia ática, se inicia la corintia y es el único momento en que se documentan productos laconios. Esta situación, similar a la que se produce en Etruria y Marsella, nos permite comprobar que Tartessos estaba inmerso en los circuitos comerciales mediterráneos del momento. Por último (TF III), se equipara la presencia de cerámicas jónicas con las áticas y siguen estando presentes las corintias, al tiempo que se documentan las primeras importaciones marsellesas y se mantienen las ánforas etruscas.

El hallazgo de estas cerámicas ha dado lugar a numerosas interpretaciones y casi todas ellas han hecho hincapié en resaltar el carácter aristocrático y de lujo que suponía la comercialización de las mismas. Pero, es evidente, que cuando los griegos llegaron a Tartessos éste ya se encontraba inmerso en unos esquemas, comerciales y económicos, que difícilmente permitirían aceptar una situación de estricto intercambio aristocrático, de ahí que no participemos de las opiniones de quienes fundamentan en dicho tipo de relación

el comercio griego- tartesio. Y no somos partidarios porque desde el primer momento se encuentran, junto a productos de lujo, numerosas ánforas y cerámicas comunes tales como las copas B.2, un producto de serie que inundó todos aquellos lugares en que comerciaron los griegos. Esta realidad, la del hallazgo de numerosas producciones comunes, nos hace pensar que el comercio griego estaba destinado al conjunto de la sociedad y no sólo a las élites, a las que indudablemente irían dirigidos los productos de lujo que también se encuentran, lo que debió facilitar la introducción de esquemas protomonetales y en consecuencia el establecimiento de un sistema de relaciones comerciales que no debió alejarse en demasía de lo que hoy conocemos como *economía de mercado*.

Problema distinto es saber qué provocó, en el último tercio del siglo VI a.C., la decadencia del floreciente comercio que Tartessos mantenía con el Mediterráneo.

Tradicionalmente se han alegado causas bélicas, caso de la batalla de Alalia, para la interrupción de esta actividad comercial; y no negamos que pudieran influir, pero creemos que fueron también, si no más importantes, las propias relaciones comerciales las que dieron al traste con la situación establecida. En este sentido, opinamos fue la falta de rentabilidad económica de las explotaciones mineras la que originó, en gran medida, la decadencia del comercio de la plata tartésica, trasladándose el centro económico-comercial que se fundamentaba en este metal hacia el suroeste peninsular. Indudablemente, a esta circunstancia hemos de añadir los acontecimientos relativos a la situación bélica de Focea, cuya caída también influyó enormemente en la decadencia del comercio griego con Occidente, así como con anterioridad la conquista de Tiro había afectado de la misma manera al comercio fenicio.

Ahora bien y en relación con estos problemas, no deja de llamar la atención la ausencia de armas en Tartessos, un lugar donde el comercio de la plata podía haber sido causa y origen de enfrentamientos por monopolizar dicho mercado. En realidad, no sabemos el por qué de esta ausencia, pero lo cierto es que no se aprecian huellas de actos bélicos en las excavaciones, ni aparecen armas en la ciudad ni en la necrópolis de La Joya. Parece que, en este aspecto, sí son más fiables las fuentes clásicas cuando se refieren a la paz que reinaba en Tartessos. No obstante, no deja de ser extraño que prácticamente durante tres siglos, los que van del VIII al VI a.C. inclusive, no hubiese ningún tipo de enfrentamiento bélico que haya dejado huella. Esta realidad, la ausencia de armas, sólo se vería modificada si consideráramos como tales, y no lo hacemos, los cuchillos hallados en diversos enterramientos de La Joya (fig. 12), donde igual sentido bélico podría dársele al carro de la rica tumba 17, pero sabido es que el uso de los mismos era diverso y tanto servían para la guerra como para ceremonias y recreo, debiéndoseles dar un claro ca-

rácter de elemento de diferenciación social y económica cuando aparecen en necrópolis (21), como es el caso que nos ocupa.

Situación distinta, aunque similar en ciertos aspectos, es la que se deduce de la presencia del casco griego de la Ría de Huelva. Es evidente que en este caso es imposible partir de la idea de no considerar como elemento bélico este objeto, máxime si tenemos en cuenta la cronología de mediados del siglo VI a.C. que se le otorga, momento en el que los enfrentamientos y avatares político-bélicos parecen estar recrudeciéndose en el Mediterráneo, sin que olvidemos tampoco las referencias de Herodoto (I, 163) respecto del uso de penteconteras por los griegos, circunstancia que no hemos de considerar exclusivamente como evidencia de actividad bélica, ya que el uso por aquéllos de *barcos mercantes*, en sentido estricto, no parece estar atestiguado hasta fines del siglo VI a.C. A estas realidades han de añadirse las consideraciones que hemos hecho respecto a las nuevas relaciones comerciales que introdujeron los griegos en Tartessos, lo que también pudo haber sido causa de fricción con los tradicionales comerciantes fenicios en este mercado, aunque en tal caso más lógico sería pensar se produjera el enfrentamiento en los primeros momentos de la llegada griega y no en la etapa terminal de los contactos comerciales con ellos, como parece deducirse de la cronología del casco. Pero, tampoco podemos olvidar el carácter religioso, de ofrenda, que en algunos casos y circunstancias se les dió en la antigüedad a útiles bélicos. No podemos asegurar fuese ésta la finalidad del casco griego de Huelva, pero tampoco es posible en la actualidad atribuirle otra, dado su total aislamiento de cualquier contexto, por lo que hoy sólo nos sirve como un elemento a sumar a los numerosos que evidencian las relaciones de los griegos con Tartessos.

De otra parte y al margen de la permanente discusión sobre si Tartessos fue una cultura o una ciudad, si estaba formado cuando llegaron los fenicios o si éstos con su orientalización de la sociedad que hallaron dieron lugar al mismo, creemos que nuestras investigaciones en Huelva permiten hacer diversas precisiones y clarificar algo más el panorama existente en la actualidad.

En la actualidad creemos poseer datos suficientes como para hacer la exposición de las páginas precedentes y las valoraciones sociales urbanísticas, culturales, económicas y de diversa índole que hemos venido haciendo. Esta situación es la que nos permitió también proponer en su día, a lo que ya hemos aludido, una periodización cronológica-cultural que, con las nuevas excavaciones y la profundización en su análisis e investigación, podemos sintetizar de la siguiente manera:

TARTESICO ANTIGUO (...-800 a.C.): es el periodo anterior a todo contacto con el mundo fenicio y consecuentemente no

puede ser posterior a los primeros años del siglo VIII a.C. Se caracteriza por un poblamiento abierto, con cabañas de planta redondeada y estructura vegetal. Las cerámicas son a mano, siendo características las de técnica y ornamentación bruñida, que también se decoran con motivos geométricos pintados en rojo. En este período ya hay producción metalúrgica y de él conocemos su final, aunque no sabemos con certeza cuando se inicia.

TARTESICO MEDIO (800/750-625/600 a.C.): se corresponde con la presencia fenicia y el proceso de orientalización que la misma produjo en la sociedad tartésica, por lo que es susceptible de ser subdividido en varias etapas (I, II, IIIa, IIIb), cada una de ellas en función de los diversos elementos de cultura material que se hallan en Huelva. Se caracteriza por el descenso paulatino de las cerámicas bruñidas y a mano en favor del incremento de las torneadas de filiación fenicia. Igualmente, se comprueba la transformación del poblamiento, que pasa a tener una mayor caracterización urbana, sustituyéndose las cabañas circulares por edificios cuadrangulares construidos con piedras y adobes o tapial. La economía se fundamenta en la producción y comercialización de plata.

TARTESICO FINAL (625/600-540/530 a.C.): refleja una cultura orientalizada en la que las cerámicas bruñidas prácticamente han desaparecido. Es en este momento cuando se produce la presencia griega, lo que posibilita subdividir este periodo (I, II y III) en función de los tipos, procedencias y momentos en que aparecen las cerámicas griegas. Se produce ahora la *convivencia* comercial entre fenicios y griegos en el mercado de la plata tartésica, comenzando éstos la introducción de un esquema económico protomonetal. El poblamiento mantiene las características urbanísticas y constructivas del período precedente.

Es evidente que esta periodización la proponemos no como definitiva, sino como punto de partida de nuevas hipótesis y líneas de investigación a desarrollar que, en breve, esperamos puedan darnos a conocer más ampliamente la protohistoria onubense.

Pero, también entendemos que Huelva no es un yacimiento aislado de su entorno inmediato ni del más amplio *hinterland* que consideremos se le relaciona, de ahí que el estudio debe ampliarse con el de otros yacimientos, caso de Almonte, Tejada, la bahía gaditana, los enclaves fenicios mediterráneo-andaluces, las costas atlántica y norteafricana, etc. En este sentido y considerando que Huelva no fue una colonia fenicia, no descartamos que en sus cercanías no pudiera existir un enclave, quizás una factoría, que facilitara las relaciones comerciales tartesio-fenicias. Por el momento no es posible afirmar esta idea, pues si bien Aljaraque puso en evidencia que allí existía un núcleo urbano con elementos de cultura material fenicios (22), por los datos publicados no es posible afirmar ni negar que fuese una factoría comercial; ni saber tampoco si se trata de un poblado indígena aculturado, que ayudase en el control de la margen derecha del Odiel, por donde también llegarían a Huelva los minerales del Andévalo occidental (23). Por todo ello, consideramos sería oportuno volver a realizar excavaciones en Aljaraque, posibilidad que no descartamos.

Por último, creemos necesario hacer hincapié en lo que fue y debió significar Huelva en la protohistoria del suroeste peninsular, pues presumimos que un yacimiento que ha proporcionado los datos y elementos que nos han permitido hacer las valoraciones hasta aquí expresadas, debió tener una especial relevancia.

En definitiva, consideramos que la sociedad tartésica estaba formada y organizada cuando, en el siglo VIII a.C. y a través del comercio de la plata, entró en contacto con los fenicios, lo que dió lugar a transformaciones, tanto socio-culturales como económicas, a lo largo de dicho siglo y el siguiente. Más tarde, ya en el siglo VI a.C., la llegada de los griegos supuso nuevas modificaciones económicas, aunque la realidad socio-cultural no parece se modificase excesivamente.

Y si estas relaciones propiciaron la riqueza y el protagonismo de este yacimiento, fue la falta de rentabilidad económica de la explotación minera de plata y en consecuencia la crisis del comercio en ella basado, lo que provocó la decadencia de Tartessos, con el consiguiente desplazamiento poblacional y de los intereses económicos hacia otras zonas, más concretamente hacia la Alta Andalucía y el sudeste peninsular.

A la vista de estas consideraciones, parece poder afirmarse que lo tartésico era algo preexistente a la llegada de los fenicios y que la presencia de éstos y la consecuente orientalización, no fueron los elementos que conformaron y definieron lo tartésico. Problema distinto es el que se plantea a la hora de dilucidar si Tartessos fue una ciudad o una cultura.

La confusión surge cuando se interpretan las fuentes escritas y se olvida que, todas ellas, se escribieron en momentos históricos y ambientes culturales concretos que, lógicamente, influyeron en quienes las redactaron; sin

que olvidemos que muchas de ellas son síntesis de otras referencias más antiguas al momento en que se escribieron, así como que muchas de ellas tienen interpolaciones más modernas. En este sentido, parece lógico afirmar que la idea que hasta nosotros ha llegado de Tartessos está deformada desde el mismo momento en que en la antigüedad se intentó describir y explicar lo que era o había sido Tartessos.

En nuestra opinión y aceptando que el adjetivo *tartésico* es aplicable a un numeroso grupo de yacimientos que se localizan en el suroeste peninsular, consideramos sin embargo que el sustantivo **TARTESSOS** es sólo identificable con aquel *emporio comercial* que Herodoto dice encontraron los samios; y en dicho sentido, creemos es sólo Huelva quien responde a esta realidad.

Pero, no queremos que la ecuación **HUELVA = TARTESSOS** se interprete como reflejo de ser ésta la ciudad-capital de un reino que tantos han buscado, sino que con ella sólo pretendemos dar sentido histórico, concreto y objetivable a las fuentes escritas que hablan de las relaciones y de la presencia griega en Tartessos; y a la realidad que la arqueología ha puesto de manifiesto.

NOTAS

1. Durante el verano de 1990 hemos realizado excavaciones en Peñalosa (Escacena, Huelva), un poblado de similares características a las de Almonte y cercano a Tejada la Vieja, donde también se aprecia esta circunstancia relativa a las decoraciones bruñidas.
J. FERNANDEZ JURADO, C. GARCIA SANZ y P. RUFETE TOMICO. "El poblado tartésico de Peñalosa (Escacena, Huelva)". *AAA'90* (en prensa).
2. J. FERNANDEZ JURADO. "La presencia griega...", pp. 49 ss.
3. "Derrotero de las costas de Portugal y SW de España". *IHM*, 1977, nº 2, t. II, p. 10.
4. P. GASULL. "Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el sur de la Península". *AO* 4, 1985, p. 196.
5. J. FERNANDEZ JURADO. "La influencia fenicia...", pp. 211-212.
6. H. G. NIEMEYER. "La cronología de Toscanos y de los yacimientos fenicios en las costas del sur de la Península Ibérica". *I CISP*. Roma 1983, pp. 635-636.
M. ALMAGRO GORBEA. "El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura". *BPH*. Madrid 1977, pp. 491-496.
7. Agradecemos al Dr. Ruíz Mata las informaciones facilitadas respecto a la posible existencia de un barrio fenicio en este yacimiento.
8. V. RÖLLING. "Die Phönizier des Mutterlandes zur Zeit der Kolonisierung". *MB* 8, 1982, pp. 22-26.
9. M^a. E. AUBET. "Los fenicios en España; estado de la cuestión y perspectivas". *AO* 3, 1985, p. 15.
10. P. M. BIKAI. "The Phoenicians Imports". Nicosia 1981, pp. 23- 35.
11. J. N. COLDSTREAM. "Greeks and Phoenicians in the Aegean". *MB* 8, 1982, p. 265.
12. R. B. REVERE. "Tierra de nadie; los puertos comerciales del Mediterráneo oriental". (En K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*). Ed. Lábor. Barcelona 1976, pp. 99 ss.
13. M^a. E. AUBET. "Tiro...", pp. 111 ss., se recogen las opiniones de la Escuela de Polanyi.
14. M^a. E. AUBET. "Tiro...", pp. 111 ss.
15. M^a. E. AUBET. "Tiro...", p. 117.
16. K. POLANY y otros (ed.). *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Ed. Lábor. Barcelona 1976, pp. 99 ss.
M^a. E. AUBET. "Tiro...", pp. 83 y 85.
17. M^a. E. AUBET. "Los fenicios en España...", p. 29.
18. C. G. WAGNER. "Notas en torno a la aculturación en Tartessos". *Gerión* 4. Madrid 1986, p. 152.
19. Ver nota anterior, p. 157.
20. M. MARTELLI. "Prime considerazioni sulla statistica delle importazioni greche in Etruria nel Periodo Arcaico". *SE XLVII*, 1979, pp. 37-52.

21. J. M. BLAZQUEZ. "La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica". *AEspA* 59. Madrid 1986, p. 194.
22. J. M. BLAZQUEZ y otros. "La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva". *NAH XIII-XIV*. Madrid 1971.
23. La zona occidental de la provincia de Huelva está falta aún de una investigación sistemática, de ahí que sean escasos los datos referidos a la más que posible ruta comercial y de todo tipo que representa el Guadiana. En este sentido y ante los frecuentes hallazgos de Portugal, así como por la riqueza minera del Andévalo occidental, consideramos de máximo interés el estudio del curso y de la desembocadura del citado río, con especial énfasis en la población de Ayamonte y sus alrededores, dado que su posición geográfica y características generales se asemejan en gran medida a Huelva, por lo que no sería extraño existiera en dicho lugar un yacimiento arqueológico de singular importancia.

BIBLIOGRAFIA

- ALASTAIR, F.R.S. "Molluscs: Prosobranch and Pyramidellid Gastropods". *Synopses of the British Fauna (New Series)*, 2. 1988.
- AL-IDRISI. "Geografía de España". Valencia 1974.
- ALBELDA, J. y OBERMAIER, H. "El casco griego de Huelva". BRAH 98. Madrid 1981.
- ALBRIGT, W. "The Archaeology of Palestine and the Bible". Nueva York 1949.
- ALMAGRO BASCH, M. "Depósito de bronce de la Ría de Huelva". HPA. Madrid 1975.
- ALMAGRO GORBEA, M. "El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura". BPH. Madrid 1977.
- AMADASI GUZZO, M. G. y GUZZO, P. G. "Di Nora, di Eracle e della più antica navigazione fenicia". AO 4. Sabadell 1986.
- AMADOR DE LOS RIOS, R. "Huelva". Barcelona 1981.
- AMIRAN, R. "Ancient Pottery of the Holy Land". Jerusalén 1969.
- AMO Y DE LA HERA, M. DEL. "Restos de la población romana de Onuba". HA II. Huelva 1976.
- "El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva". HA IV. Huelva 1978.
- AMO, M. DEL y BELEN, M. "Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro". HA V. Huelva 1981.
- ARANEGUI, C. "La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio". PLAV 11. Valencia 1975.
- "Contribución al estudio de las urnas del tipo Cruz del Negro". Saguntum 15. Valencia 1980.

- ARCELIN, CH. "Recherches sur la céramique grise monochrome de Provence". CGE. Nápoles 1978.
- "La cerámica gris monochrome de Provence". RAN sup. 10. Narbona 1984.
- ARENAS, A. "El verdadero Tartessos". Valencia 1976.
- ARFE, J. "Quilatador de la plata, oro y piedras". Minist. E. y Ciencia. Madrid 1978.
- ARRIBAS, A. y ARTEAGA, O. "El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)". CPUG 2. Granada 1975.
- AUBET, M^a. E. "Cuencos fenicios de Praeneste". CEHAR XIII. Roma 1969.
- "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)". Ampurias 38-40. 1976-1978.
- "Chorreras: un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo". NAH 6. Madrid 1979.
- "Marfiles Fenicios del Bajo Guadalquivir (I)". SA 52. Valladolid 1979.
- "Marfiles Fenicios del Bajo Guadalquivir (II)". SA 63. Valladolid 1980.
- "La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla) (Túmulo A)". Andalucía y Extremadura. Barcelona 1981.
- "La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla) (Túmulo B)". Andalucía y Extremadura. Barcelona 1981.
- "Marfiles fenicios de Andalucía". RA 30. Madrid 1983.
- "Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas". AO 3. Sabadell 1985.
- "La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular". HLS (C. Almanzora 1984). Sevilla 1986.
- "Tiro y las colonias fenicias de Occidente". Ed. Bellaterra. Barcelona 1987.
- "Cerro del Villar, Guadalhorce (Málaga). Campaña de Excavaciones de 1989". AAA'89 (en prensa).
- AUBET, M^a. E. y otros. "La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979". EAE 122. Madrid 1983.
- AUBET, M^a. E. (coordinadora). "Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir". Ed. AUSA. Sabadell 1990.
- BAKIR, G. "Sophilos. Ein Beitrag zu seinem Still". Mainz-am-Rhein 1981.
- BEAZLEY, J. "The Development of Attic Black Figure". CUP, Cambridge 1951.
- BELEN DEAMOS, M^a. "Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva". RABM 79. Madrid 1976.
- "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental". AO 4. Sabadell 1986.
- BELEN DEAMOS, M^a. y ESCACENA, J.L. "Las comunidades prerromanas de la Baja Andalucía". Paleoetnología de la Península Ibérica. Univ. Complutense. Madrid 1989 (en prensa).
- BELEN DEAMOS, M^a. y PEREIRA, J. "Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía". HA VII. Huelva 1985.

- BELEN DEAMOS, M^a. y otros. "Los orígenes de Huelva". HA III. Huelva 1978.
- "Secuencia cultural del poblamiento en la actual ciudad de Huelva durante los siglos IX-VI a.C.". HA VI. Huelva 1982.
- BIKAI, P.M. "The Pottery of Tyre". Warminster 1978.
- "The Phoenicians Imports". (En V. Karageorghis y otros: "Excavations at Kition IV: The Non Cypriote Pottery"). Department of Antiquities. Nicosia 1981.
- "La necrópole d'Amathonte. Tombes 113-367. Cerámiques non chypriotes". EC VIII. Nicosia 1987.
- "The Phoenician Pottery of Cyprus". A. G. Leventis Foundation. Zavellis Press Ltd. Nicosia 1987.
- BLANCO FREIJEIRO, A. "Antigüedades de Riotinto". Zephyrus XIII, 1962.
- "Mineros y metalúrgicos antiguos en Huelva". Invest. y Ciencia 90. Madrid 1984.
- BLANCO FREIJERIRO, A. y ROTHEMBERG, B. "Excavaciones en Tejada la Vieja". EAH. Ed. Labor. Madrid 1982.
- BLANCO FREIJEIRO, A. y otros. "Panorama tartésico de Andalucía Occidental". V SPAP (Jeréz 1968). Barcelona 1969.
- "Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón. Riotinto, Huelva". AUH 4 (Serie Filosofía y Letras). Sevilla 1970.
- BLAZQUEZ, J. M^a. "La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz)". AEspA 59. Madrid 1986.
- BLAZQUEZ, J. M^a., RUIZ MATA, D. y otros. "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977". EAE 102. Madrid 1979.
- BLAZQUEZ, J. M^a. y otros. "Las cerámicas del Cabezo de San Pedro". HA I. Huelva 1970.
- BOARDMAN, J. "Athenian Black Figure Vases". Thames & Hudson. Londres 1974.
- BOARDMAN, J. y HAYES, H. "Excavations at Tocra. The Archaic Deposits I". BSA. Atenas 1973.
- BRIDJER, H. A. G. "Siana Cups I and Komast Cups". APs 4. Amsterdam 1983.
- BRIEND, J. y HUMBERT, J. B. "Tell Keisan (1971-1976). Une cité phénicienne en Galilée". OBO, Serie Archaeologica 1. Freiburg 1980.
- BUCHNER, G. "Die Beziehungen zwischen der euböischen Kolonie Pithekoussai auf der Insel Ischia und dem nordwestsemitischen Mittelmeerraum in der zweiten Hälfte des 8 Jhs. v. Chr.". MB 8. Mainz 1982.
- CABRERA BONET, P. "Las cerámicas pintadas de Huelva". HA V. Huelva 1981.
- "Los griegos en Huelva: los materiales griegos". HLS (C. Almanzora 1984). Sevilla 1986.
- CARRIAZO, J. M. "Tartessos y El Carambolo". Ed. Nacional. Madrid 1973.
- CINTAS, P. "Contribution a l'Etude de l'Expansion Carthaginoise au Maroc". IHEM, LVI, 1954.
- "Manuel d'Archéologie punique I". A. et J. Picard. Paris 1970.

- CLASON, A. T. "Some remarks on the use and presentation of arqueozoological data". *Helveticum*, 12, 2. 1972.
- CLEMENTE, L. y otros "Los depósitos holocenos en el estuario de los rios Tinto y Odiel (Huelva)" *IRCI*. Lisboa 1987.
- COLAFRANCHESCI, P. "Decorazioni dei costumi nei vasi attici a figure nere". *SM* 19, 1971-1972.
- COLDSTREAM, J. N. "Greeks and Phœnicians in the Aegean". *MB* 8, Mainz 1982.
- "The Greek Geometric and Plain Archaic Imports. (En V. Karageorghis y otros: "Excavations at Kition IV: The Non Cypriote Pottery"). Department of Antiquities. Nicosia 1981.
- "Greek Geometric Pottery. A survey of ten local styles and their chronology". Methuen & Co. Ltd. Londres 1968.
- COOK, R. M. "The Distribution of Chiot Pottery". *BSA* 44, 1949.
- CORREA, J. A. "Consideraciones sobre las inscripciones tartesias". *III CLCP* (Lisboa 1980). Salamanca 1985.
- "El signario tartésico". *IV CLCP* (Vitoria 1985). *Studia Palaeohispanica*, Veleia 2-3 (1985-1986) Vitoria 1987.
- "Estela en escritura tartesia (o del SO.) hallada en Alcoforado (Odemisa, Baixo Alentejo)". *AEspA* 61. Madrid 1988.
- COURBIN, P. "Obeloi d'Argolide et d'ailleurs". *SIA*. Estocolmo 1983.
- CRADDOCK, P. "Composición de los metales no férreos de Tejada la Vieja". *EAH*. Ed. Labor. Madrid 1982.
- CROWFOOT, J. W. y CROWFOOT, G. "Early ivories from Samaria". *PEF*, 1938.
- CUADRADO, E. "La cerámica tosca de collar con impresiones y su origen céltico". *II CNA*, 1951.
- CULLEN, M. R. y otros. "Adult Inorganic Lead Intoxication". *Medecine*, vol. 62, nº, 4, 1983.
- D'ANGELO, G. y S. GARGIULLO. "Guida alle Conchiglie Mediterranèe". Fabri Editori. Milán 1987.
- DESCOEUDRES, J. y KEARSLEY, K. "Greek Pottery at Veii: Another Look". *BSA*, 78. 1983.
- DIMITRIU, S. "L'importation de la cerámique attique dans les colonies du Pont-Euxin avant les Guerres Médiques". *RA*, 1973.
- DOMINGUEZ MONEDERO. "Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el Sudeste peninsular y Levante en época arcaica". *HLS* (C. Almanzora 1984). Sevilla 1986.
- DRIESCH, A. v. D. "Osteologische untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel". *Stüdien über frühe tierknochen funde von der Iberischen Halbinsel*. 1972.
- "Messmetodik". Munich 1976.
- DUNBABIN, J. N. "The Western Greeks". Oxford 1948.
- DUPONT, P. "Amphores commerciales archaiques de la Grèce de l'Est". *PdP*, 1982.

----- "Classification et détermination de provenance des céramiques grecques orientales archaïques d'Istros". Dacia 27, 1- 2. Bucarest 1983.

ELAYI, J. "Remarques sur un type de mur phénicien". SF VIII, 2. Roma 1980.

ESCALERA, A. "Examen de laboratorio de los materiales de La Joya (Huelva)". EAE 96. Madrid 1978.

FERNANDEZ JURADO, J. "Objetivos, clasificación de zonas y actuación en materia arqueológica en el casco urbano de Huelva". RH nº. 3. Huelva 1982.

----- "San Bartolomé de Almonte: yacimiento metalúrgico de época tartésica". RA 26. Madrid 1983.

----- "Propuesta de diálogo Urbanismo-Arqueología en Huelva". I JUH. Huelva 1984 (inédito).

----- "La presencia griega arcaica en Huelva". EH 1. Huelva 1984.

----- "La influencia fenicia en Huelva". AO 4. Sabadell 1985.

----- "Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica". RH- 79, nº. 0. Huelva 1985.

----- "Die Phönizier in Huelva". MM 26. Mainz 1985.

----- "Fenicios y griegos en Huelva". HLS (C. Almanzora 1984). Sevilla 1986.

----- "El poblamiento ibérico en Huelva". I JMI (Jaén, 1984). Sevilla 1986.

----- "Economía tartésica: minería y metalurgia". HH 1. Sevilla 1986.

----- "La Huelva antigua: poblado o ciudad". III JUH. Huelva 1986 (inédito).

----- "Le bucchero étrusque de Huelva". R. Archeología 227. Dijon 1987.

----- "Excavaciones arqueológicas de urgencia en el solar nº 4-6 de la calle Méndez Núñez en Huelva". AAA'85. Sevilla 1987.

----- "Excavación de urgencia del solar nº 5 de la calle Méndez Núñez en Huelva". AAA'85. Sevilla 1987.

----- "Excavación de urgencia del solar nº 13-15 de la calle La Fuente (Huelva)". AAA'85. Sevilla 1987.

----- "Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica". HA IX. Huelva 1987.

----- "La orientalización de Huelva". (En "Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir")(M. E. Aubet, ed.). Ed. AUSA. Sabadell (Barcelona) 1989.

----- "Las cerámicas etruscas de Huelva". La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica. Barcelona 1990 (en prensa).

FERNANDEZ JURADO, J. y CABRERA BONET, P. "El comercio griego en los siglos V y IV a.C. en Huelva". Grecs et Ibères au IV siècle avant Jésus-Christ (Burdeos 1986). REA LXXXIX, 3-4. Burdeos 1987.

FERNANDEZ JURADO, J. y GARCIA RINCON, J. M^a. "El área minera de Tejada la Vieja". RH-79, nº 6. Huelva 1988.

FERNANDEZ JURADO, J. y GARCIA SANZ, C. "Arquitectura y urbanismo tartésico". RH-79, nº 8. Huelva 1989.

----- "Informe de la excavación de urgencia realizada en el solar nº 1 de la calle Palos de Huelva". AAA'87. Sevilla 1990.

FERNANDEZ JURADO, J. y OLMOS. R. "Una inscripción jonia arcaica en Huelva". *Lvcentvm* 4. Alicante 1985.

FERNANDEZ JURADO, J. y RUFETE TOMICO, P. "La orientalización de Tartessos y la presencia griega en Huelva". *HP* 2. Ed. Tartessos. Sevilla 1986.

----- "El final de Tartessos". *HP* 2. Ed. Tartessos. Sevilla 1986.

----- "Informe de la excavación de urgencia realizada en el solar nº 29 de la calle Puerto de Huelva". AAA'87. Sevilla 1990.

----- "Excavación arqueológica en el solar nº 8 de la calle Méndez Núñez de Huelva". AAA'87. Sevilla 1990.

----- "Informe sobre los trabajos arqueológicos en el solar nº 7 de la calle Botica de Huelva". AAA'88 (en prensa).

----- "Informe sobre los trabajos arqueológicos en el solar nº 3 de la calle Jaén de Huelva". AAA'88 (en prensa).

FERNANDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. Y GARCIA SANZ, C. "Excavación en el solar nº 9 de la calle Tres de Agosto de Huelva". AAA'88 (en prensa).

----- "Excavación en el solar nº 10 de la calle Fernando el Católico de Huelva". AAA'88 (en prensa).

----- "Excavación en el solar nº 12 de la calle Puerto de Huelva". AAA'89 (en prensa).

FERNANDEZ JURADO, J. y RUIZ MATA, D. "La metalurgia de plata en época tartésica en Huelva". *II Reunión de Economía en la Antigüedad* (Barcelona 1982). *Pyrenae* 21. Barcelona 1985.

FERRON, J. y otros. "Una inscripción fenicia procedente del Cabezo de La Esperanza (Huelva)". *TP* 32. Madrid 1975.

FUENTES ESTAÑOL, M.J. "Corpus de las inscripciones fenicias en España". *AO* 4. Sabadell 1986.

GALVAN, V. "Análisis de pastas cerámicas". *HA* VIII. Huelva 1986.

GAMMER-VALLET, I. "Der Skarabäus vom Cabezo de La Joya in Huelva". *MM* 14. Heidelberg 1973.

GARCIA BELLIDO, A. "Tartessos pudo estar donde está ahora la isla Saltés, en el estuario de Huelva". *AEspA* 55. Madrid 1944.

GARCIA BELLIDO, A. "Hispania Graeca". *IEEM*. Barcelona 1948.

GARCIA SANZ, C. "Excavación de la muralla de Tejada". *HA* IX. Huelva 1987.

GARRIDO, J. P. "Excavaciones en Huelva. El Cabezo de La Esperanza". *EAE* 63. Madrid 1968.

----- "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva (1ª y 2ª campañas)". *EAE* 71. Madrid 1970.

----- "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva". *EAE* 71. Madrid 1971.

----- "Poblados de la Edad de Bronce y otros elementos culturales". *HPA*. Madrid 1975.

- "Avance sobre las excavaciones de urgencia en la calle Puerto, Huelva". XVI CNA (Murcia-Cartagena 1982). Zaragoza 1983.
- GARRIDO, J. P. y ORTA, E. "La tumba orientalizante de La Joya (Huelva)". TP 11. Madrid 1963.
- "Una nueva urna de incineración en los cabezos de Huelva". Ampurias XXVIII, 1966.
- "Hércules de la isla de Saltés. Huelva". IX CNA. Zaragoza 1966.
- "Edad de Hierro". HPA. Madrid 1975.
- "Las nuevas campañas de excavaciones arqueológicas de la necrópolis de La Joya en Huelva". XIII CNA (Huelva 1973). Zaragoza 1975.
- "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva (3ª, 4ª y 5ª campañas)". EAE 96. Madrid 1978.
- GASSULL, P. "Los soportes en el Bajo Guadalquivir: intento de clasificación". MM 23. Mainz 1982.
- "Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el sur de la Península". AO 4. Sabadell 1986.
- GJERSTAD, E. "Greek Geometric and Archaic Pottery found in Cyprus". AIARS XXVI, 1977.
- GOMEZ BELLARD, C. "Le canthare étrusque d'Ibiza". R. Archeologia 227, Dijon 1987.
- GONZALEZ, C. "Informe geológico de Huelva". Coleg. Arquitectos. Huelva 1977.
- GONZALEZ PRATS, A. "Excavaciones en el yacimiento protohistórico de la Peña Negra, Crevillent (Alicante), 1ª y 2ª campañas". EAE 99. Madrid 1979.
- GRAN-AYMERICH, J.M.J. "Cerámicas griegas y etruscas de Málaga. Excavaciones de 1980 a 1986". AEspA 61. Madrid 1986.
- "Málaga Antique, une position strategique clé dans le secteur du Detroit de Gibraltar". R. Archeologia 227, Dijon 1987.
- "Céramiques grecques du V et IV s. av. J.-C. de Málaga (campagnes de fouilles 1980-1986)". Grecs et Ibères au IV siècle avant Jésus-Christ (Burdeos 1986). REA LXXXIX, 3-4. Burdeos 1987.
- GRAS, M. "Trafics Tyrrhéniens Archaiques". BEFAR 258. Roma 1985.
- "Aspects de l'économie maritime étrusque". Ktema 10. Estrasburgo 1985.
- HARRISON, R. J. y otros. "The Beaker Pottery from El Acebuchal, Carmona (Sevilla)". MM 17. Heidelberg 1976.
- HEALY, J. F. "Mining and Metallurgy in The Greek and Roman World". Thames & Hudson. Londres 1978.
- HOROWITZ, A. "Exploración de la llanura costera de Huelva". EAH. Ed. Labor. Barcelona 1981.
- HOZ, J. DE "Acerca de la historia de la escritura prelatina en Hispania". AEA 42. Madrid 1969.
- "La epigrafía prelatina meridional en Hispania". I CLCP (Salamanca 1974). Salamanca 1976.

- "Escritura fenicia y escritura hispánicas, su relación". AO 4. Sabadell 1986.
- HUMBERT, J. B. "Recents travaux a Tell Keisan (1979-1980)". RB 3. Paris 1981.
- IFRAH, G. "Las cifras". Madrid 1987.
- I.G.M.E. "Investigación minera submarina en el subsector "Huelva I". Golfo de Cádiz". PMI. Madrid 1974.
- ISLER, H. P. "Samos: la cerámica arcaica". CGE. Nápoles 1978.
- JODIN, A. "Mogador, comptoir phénicien du Maroc Atlantique". ETAM VII. Tánger 1966.
- JONES, M. P. "Los depósitos minerales de la provincia de Huelva". EAH. Ed. Labor. Barcelona 1982.
- JORDAN, B. "Tiernoche funde aus der Magula Pevicakia in Thessalien". Diss. Munich 1975.
- KERMORVANT, A. Y PONSICH, M. "Prospection géophysique à Saltés (Huelva)". MCV. XX. Paris 1984.
- LANCEL, S. "Byrsa II. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques". CEFR 41. Roma 1982.
- LOPEZ ROA, C. "Las cerámicas de decoración bruñida en el suroeste peninsular". TP 34. Madrid 1977.
- LUQUE, A. "Estudio malacológico" (En J.C. Martín de la Cruz: "Papauvas I. Aljaraque, Huelva". EAE 136. Madrid 1985).
- LUZON NOGUE, J. M. "Tartessos y la ria de Huelva". Zephyrus, 13. 1962.
- MARAÑÓN, G. y BALCELLS, A. "Manual de diagnóstico etiológico". Espasa-Calpe, 13ª ed. Madrid 1984.
- MARTELLI, M. "Prime considerazioni sulla statistica delle importazioni greche in Etruria nel Periodo Arcaico". SE XLVII. Florencia 1979.
- MARTELLI-CRISTOFANI, M. "La cerámica greco-orientale in Etruria". CGE. Nápoles 1978.
- MARTIN DE LA CRUZ, J. C. "Papauvas I. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1976 a 1979". EAE 136. Madrid 1985.
- "Papauvas II. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1981 a 1983". EAE 149. Madrid 1986.
- "¿Cerámicas micénicas en Andalucía?". RA 78. Madrid 1987.
- Mykenische Keramik aus bronzezeitlichen Siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir. MM 29. Mainz 1988.
- MELLO BEIRAO, C. DE "Une civilisation protohistorique du sud de Portugal (1er ge du Fer)". Ed. De Boccard. Paris 1986.
- MELLO BEIRAO, C. y VARELA GOMES, M. "Grafitos da Idade do Ferro do Centro e Sul de Portugal". III CLCP (Lisboa 1980). Salamanca 1985.
- MIGUEL, F. J. DE "Estudio comparado de las faunas de vertebrados asociados a yacimientos holocénicos ibéricos: implicaciones paleoeconómicas, cronológico-culturales, tafonómicas y metodológicas de los informes faunísticos". Univ. Autónoma. Madrid 1987.

- MIGUEL, F. J. DE y MORALES, A. "Informe sobre los restos faunísticos recuperados en el yacimiento del Cerro de Santa Ana (Entrena, Logroño)". Berceo. Ciencias 1. Inst. Est. Riojanos. Logroño 1983.
- MONTERO, I. "Moluscos bivalvos españoles". AUH (Serie Veterinaria), 5. Sevilla 1971.
- MORA, J. A. DE "Huelva Ilustrada. Breve historia de la Antigua y Noble Villa de Huelva". (Sevilla, 1762)(Edición Facsimil). Huelva 1974.
- MORALES, A. "Análisis faunísticos de Verdelpino (Cuenca)". TP 34. Madrid 1977.
- MORALES, A. y MIGUEL, F. J. "Catálogo para una unificación de las medidas del esqueleto postcranial de mamíferos en España". I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica (Soria 1981). Madrid 1984.
- MOREL, J. P. "Les Phocéens en Occident, certitudes et hypothèses". PdP. 1966.
- "La céramique archaïque de Velia et quelques problèmes connexes". SCB. Barcelona 1974.
- NEGUERUELA, I. "Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de barniz rojo en la Península Ibérica". Hom. a Martín Almagro. Madrid 1983.
- NEVES, J. "Estudos geograficos e historicos sobre Faro e a formação lagunar do Sotavento Algarvio". Graf. Almondina. T. Novas 1981.
- NIEMEYER, H. G. "La cronología de Toscanos y de los yacimientos fenicios en las costas del sur de la Península Ibérica". I CÍSP (Roma 1979), vol. 3. Roma 1983.
- "Un ánfora chiota procedente de Toscanos". Hom. Martín Almagro. Madrid 1983.
- "Griechische Keramik in phönizischen Falztoreien. Der Befund der Kampagne 1967 in Toscanos (Málaga)". Ancient Greek and Related Pottery. Amsterdam 1984.
- "El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función". AO 3. Sabadell (Barcelona) 1985.
- "Cerámica griega en factorías fenicias. Un análisis de los materiales de la campaña de 1967 en Toscanos (Málaga)". Monografies Empuritanes VII (1985), 1987.
- OLAVARRI, E. "Diferencias de la cerámica de Israel y Judá en el período de la monarquía dividida (900-587)". TP 30. Madrid 1973.
- OLMOS, R. "La cerámica griega en el Sur de la Península Ibérica. La aportación de Huelva". PdP, 1982.
- "Auriga y monomaquias en una copa "Droop" en Murcia". AEspA 56. Madrid 1983.
- "Los griegos en Tarteso: replanteamiento arqueológico-histórico del problema". HLS (C. Almanzora 1984). Sevilla 1986.
- "El casco griego de Huelva". CAH 1. Huelva 1988.
- OLMOS, R. y CABRERA, P. "Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva". AEspA 53. Madrid 1980.
- OLMOS, R. y GARRIDO, J. P. "Cerámica griega de Huelva. Un informe preliminar". HSB. Badajoz 1982.
- ORTA, E. y GARRIDO, J. P. "Un hallazgo arqueológico en Huelva". VIII CNA. Zaragoza 1964.

- OTERO, M. y MELENA, J. L. "La estela inscrita de Siruela, Badajoz". ICLCP (Salamanca 1974). Salamanca 1976.
- PADRO, J. "De nuevo sobre los hallazgos egipcios y egiptizantes de la Península Ibérica". HAntq XI-XII (1981-1985). Valladolid 1986.
- PAYNE, H. "Necrocorinthia. A Study of Corinthian Art in the Archaic Period". McGrath Publis. Co. Maryland 1971.
- "Partial recovery and sample bias: The results of some sieving experiment". Higgs Ed. 1972.
- PELLICER CATALAN, M. "Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir. Evolución y cronología según el Cerro Macareno". MB 8. Mainz 1982.
- PELLICER, M. y AMORES, F. "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B". NAH 22. Madrid 1985.
- PELLICER, M. y otros. "El Cerro Macareno". EAE. 124. Madrid 1983.
- PERREAULT, J.Y. "Disparités régionales de la céramique attique au Levant: VI^e-V^e siècles av. J.C." Ancient Greek and Related Pottery. Amsterdam. 1984.
- PICAZO, M. "La cerámica ática de Ullastret". Univ. de Barcelona, 1977.
- PINEDO, I. "Piritas de Huelva". Ed. Summa. Madrid 1963.
- POLANYI, K. y otros. "Comercio y mercado en los Imperios Antiguos". Ed. Labor. Barcelona 1976.
- PY, F. y M. "Les amphores étrusques de Vaunage et de Villevielle (Gard)". MEFRA 86. 1974.
- RADATZ, K. y CARRIAZO, J. M. "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona". AH 103-104. Sevilla 1960.
- RASMUSSEN, T. B. "Bucchero Pottery from Southern Etruria". CCS, Cambridge 1979.
- REED, C. M. "Maritime Trades in the Archaic Greek World". Ancient World 10. 1983.
- RIELD, R. "Fauna y flora del mar Mediterráneo". Ed. Omega, 1986.
- ROBERTSON, M. "Gordion Cups from Naucratis". JHS 71. 1951.
- ROLAND, E. "Moluscos de la Ría de Vigo. I, Gasterópodos". Velograf S.A. Santiago de Compostela 1984.
- RÖLLIG, W. "Las inscripciones fenicio-púnicas de España". AO 4. Sabadell 1986.
- "Die Phönizier des Mutterlandes zur Zeit der Kolonisierung". MB 8. Mainz 1982.
- "Cerámica gris a torno en la Península Ibérica". Ampurias 44. 1982,
- ROUILLARD, P. M. "Fragmentos griegos de estilo geométrico y corintio medio en Huelva". HA III. Huelva 1977.
- "Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est et leurs imitations dans la Península Ibérique". CGE, Nápoles 1978.
- RUFETE TOMICO, P. "La cerámica con engobe rojo de Tejada". HA IX. Huelva 1987.
- "La cerámica con barniz rojo de Huelva" (En "Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir") (M^º. E. Aubet, coordinadora). Ed. AUSA. Sabadell (Barcelona) 1989.

- "Die phönizische rote ware aus Huelva". MM 30. Mainz 1989.
- RUIZ MATA, D. "Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla)". MM 16. Heidelberg 1979.
- "El Bronce Final -Fase Inicial- en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas". AEspA 52. Madrid 1979.
- "El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)". MM 22. Mainz 1981.
- "Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Pto. Sta. María, Cádiz)". AO 3. Sabadell 1985.
- "Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Sudoccidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), San Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de D^a. Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)". HLS (C. Alanzora 1984). Sevilla 1986.
- "Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Prov. Cádiz). Stratigraphische Untersuchung einer orientalisierenden Ansiedlung". MM 27. Mainz 1986.
- "Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final". (En "Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir")(M^a. E. Aubet, coordinadora). Ed. AUSA. Sabadell (Barcelona) 1989.
- RUIZ MATA, D. y FERNANDEZ JURADO, J. "El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)". HA VIII. Huelva 1986.
- RUIZ MATA, D. y otros. "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978". HA V. Huelva 1981.
- SABELLI, B. "Guía de Moluscos". Ed. Grijalbo 1980.
- SALKIELD, L. U. "Anciens slags in the South West of the Iberian Peninsula". Minería Hisp. e Iberoamericana, I.
- SANTOS ROCHA, A. DOS "Memórias e explorações arqueológicas II. Estações pré-romanas da Idade do Ferro nas vizinhanças da Figueira". Coimbra 1971.
- SILES, J. "Léxico de inscripciones ibéricas". Madrid 1975.
- SNODGRASS, A. M. "Early Greek Armour and Weapons". Edimburgh Univ. Press, 1964.
- SOKAL, R. R. y ROHLF, F. J. "Introduction to biostatistics". W. H. Freeman and Company. San Francisco.
- SCHUBART, H. "Acerca de la cerámica del Bronce del suroeste peninsular". TP 28. Madrid 1971.
- "Westphönizische Teller". SF 4, 2. Roma 1976.
- "Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1976." NAH 6. Madrid 1979.
- "Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica". HA VI. Huelva 1982.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. "El mundo de las colonias fenicias occidentales". HLS (C. Alanzora 1984). Sevilla 1986.
- SCHUBART, H. y GARRIDO, J. P. "Probegrabund auf den Cerro de La Esperanza in Huelva". MM 8. Heidelberg 1967.

- SCHUBART, H. y MAAS LINDEMANN, G. "Toscanos, un asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavación de 1971". NAH 18. Madrid 1984.
- SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. "Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del Algarrobo". EAE 90. Madrid 1976.
- SCHUBART, H. y otros. "Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1964". EAE 66. Madrid 1969.
- SHEFTON, B. B. "Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence". MB 8. Mainz 1982.
- STIBBE, C. M. "Lakonische Vasenmalerei des sechsten Jahrhunderts V Chr.". Amsterdam 1972.
- SUAREZ BORES, L. "Determinación de la edad mediante medidas del contenido en C14, en muestras de conchas procedentes de los litorales de Huelva y Valencia". GANOP. Madrid 1971.
- TARRADELL, M. "Marruecos púnico". Tetuán 1960.
- TERRERO, J. "Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del Puerto de Huelva". Hauser y Menet. Madrid 1944.
- TORELLI, M. "Per la definizione del commercio greco-orientale: il caso de Gravisca". PdP, 1982.
- TRIAS, G. "Cerámicas griegas de la Península Ibérica". The William L. Bryant Foundation. Valencia 1968.
- TYLECOTTE, R. F. "From pot bellows to tuyeres". Levant XIII. Jerusalén 1981.
- UNTERMANN, J. "Monumenta linguarum Hispanicarum I". Wiesbaden 1975.
- "Monumenta linguarum Hispanicarum II". Wiesbaden 1980.
- VILLARD, F. y VALLET, G. "Mégara Hyblaea V. Les lampes de VII siècle et chronologie des coupes ioniennes". MEFRA 67. Roma 1955.
- VOITGLÄNDER, W. "Funde aus der Susula westlich des Bulenterion in Milet". IB 32, 1982.
- WAGNER, C. G. "Notas en torno a la aculturación en Tartessos". Gerion 4. Madrid 1986.
- WILLIAMS, W. J. "Hematología". Ed. Salvat. Barcelona 1975.
- VV. AA. "Derrotero de las costas de Portugal y SW de España". IHM 2, t. II. Madrid 1977.

Se terminó de imprimir en los
talleres de la Imprenta de la
Diputación Provincial de
Huelva, siendo Presidente Manuel
Eugenio Romero Castilla

